

Selecta

Anny Peterson

El poder de
LA MAGIA



tofo

El poder de La Mafia

La Mafia 2

Anny Peterson

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mi familia, por apoyarme tanto.

Prólogo

Adriana

¡Cómo odiaba esas fiestas!

Entré en la casa, crucé el salón y fui directamente a la cocina. Necesitaba que el alcohol invadiera mi sangre e hiciera más soportable tener que fingir que me divertía.

Durante el trayecto, las mismas imágenes de siempre golpearon mis ojos: vestidos imposibles, *gin-tonics* a mansalva, lujo por doquier, tíos con los ojos vidriosos muriéndose de ganas por recolocarse el paquete. Vomitivo.

«Un whisky doble, por favor», agonice alcanzando una botella de la que ni su puta madre conocía la marca de lo cara que era, y me serví una copa.

Macizo de revista haciéndome ojitos a las tres en punto. «No te acerques a mí, por Dios, aún no. Necesito anestesia», supliqué para mis adentros.

Una mano en mi espalda.

—Adri, has venido... —me susurró Cloe extrañada.

—Sí... Hola, ¿está aquí? —pregunté expectante.

—Llegará en cualquier momento.

—Perfecto —respondí apurando mi copa.

—¿Cuándo has vuelto? Hace dos días estabas en...

—Ayer por la noche. Pero me voy mañana, tengo un evento el viernes en España. Un amigo de mi padre se jubila.

Mi amiga parpadeó sorprendida.

—Suenan aburrido, ¿de verdad tienes que ir?

—Sí. Mis padres y sus amigos son una panda de psicópatas. Se creen una gran familia feliz. Es espeluznante. Los llamamos *La Mafia* a sus espaldas. Y está prohibido faltar a ninguna celebración que marque un antes y un después y, por lo visto, esta es una de ellas.

—Joder... ¿me estás diciendo que has venido hasta Los Ángeles solo para ver a Alejandro esta noche e irte mañana? —preguntó alucinada.

—Pues... sí.

—Estás loca... —susurró vigilando que nadie la escuchara.

—Lo que sería una locura es no hacerlo y condenar a muerte a treinta personas solo para ahorrarme un dolor de cervicales —mascullé hastiada—, además, en primera clase los asientos son muy cómodos y te dejan emborracharte.

Ella sonrió con pena.

—Ten cuidado, por favor —añadió preocupada.

—Lo tendré, y gracias por avisarme de que estaría aquí hoy. Llevo mucho tiempo queriendo coincidir con él.

—Sabes que apoyo tu causa, pero me da miedo. Algún día podría salirte mal la jugada y...

—Tranquila. Está controlado. —La esquivé después de acariciarle el brazo y noté que el tío que no me había quitado los ojos de encima me seguía hasta el salón.

Y no le culpaba.

Llevaba un vestido increíble de Hervé Léger con estampado de piel de serpiente en tonos blancos y grises. Una auténtica brutalidad. Sexy, fiero y venenoso. Como yo.

No lo mareé durante mucho rato porque mi objetivo entró por la puerta cinco minutos después.

Empezaba la acción. Automáticamente corregí mi postura y le miré de reojo coqueta. Nuestros ojos coincidieron y, con un gesto de decepción que

anunciaba un juicio velado, le di a entender que no me interesaba lo que veía.

Nunca fallaba. Conocía a los tíos como él. Sabía que en media hora le tendría comiendo de mi mano al sentirse rechazado. Coqueteé con mi nueva mascota un rato más mientras sentía la mirada de Alejandro sobre mí, ansioso por apoderarse de mis ojos de nuevo. Estaba cansada y me pareció tan interesado que utilicé la maniobra más vieja del mundo para darle la oportunidad masticada.

El plan consistía en acercarme a la persona que estaba hablando con él y preguntarle amablemente si sabía dónde estaba el aseo mientras disfrutaba de ignorar a mi presa de una forma desquiciante.

No me sorprendió que, al salir del baño, Alejandro me estuviera esperando en la puerta. Y no tuve que insistirle mucho para conseguir lo que necesitaba de él, prometiendo darle lo que todos los tíos deseaban de mí.

BEAUTIFUL GIRLS

Adriana

Llamé repetidamente a la puerta de casa de mi hermano, confiando en que no estuviera. Parecía el jodido Sheldon Cooper, pero necesitaba a mi mejor amigo que, ironías del destino, era su compañero de piso. No dejé de golpear con insistencia hasta que alguien abrió.

—¿Quién coño...? —apareció Manu cabreado, pero, al verme, se le cortó la voz.

—Hola —saludé moribunda pero satisfecha.

—Adri...

Al momento nos abrazamos con fuerza. Nos oímos, nos rozamos y nos achuchamos. Era nuestra forma de asegurarnos de que el otro estaba bien.

—¿Hace más de un mes que no sé nada de ti! —me acusó separándose de mí para fulminarme con la mirada.

—Tuve algunos problemas...

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí. Solo cansada.

—Ven, siéntate, ¿de dónde vienes? —demandó arrastrándome hacia el sofá.

Esa era una pregunta demasiado grande.

—De todas partes —respondí encogiéndome de hombros—. He cogido tres aviones en dos días, pero no me puedo quejar. ¿Cómo estás tú?

Manu no contestó enseguida. Nos miramos a los ojos y supe que escondía algo gordo.

—¿Quieres un bien de mentira o la flagrante verdad?

—¿Qué ocurre? —atajé.

—Noa va a acudir a la fiesta de jubilación de La Mafia. Ha vuelto. Y esta vez para quedarse.

Puse los ojos en blanco y me dejé caer en el sofá derrotada.

—No dejes que se acerque a mi hermano, por favor —le rogué.

Aún no le había perdonado que lo dejara plantado, prácticamente, en el altar, cuando era evidente que nunca había estado enamorada de él. Había gente lenta tomando decisiones y luego estaba ella. Los demás parecían haberlo olvidado, pero yo, ni de coña, porque había repercutido en demasiadas vidas que me importaban.

—No te preocupes, algo se me ocurrirá, aunque no será fácil. Diego está como loco por verla.

Maldita Mafia. Lo de mis padres y su grupo de amigos era para psicoanalizar en otros dos libros aparte. No se habían conformado con hacer perrerías en su juventud, sino que se habían propuesto criar a sus vástagos como si fueran hermanos, ignorando el pequeño detalle de que, en realidad, ¡no lo éramos! Las víctimas de ese experimento sociológico estábamos destinadas a fracasar en nuestras vidas amorosas, sin ningún género de duda.

Cuando pasas tanto tiempo con la misma gente, ves frases no pronunciadas escritas en el aire por todas partes. Ni siquiera había cumplido los ocho años cuando me di cuenta de que Manu sufría por Noa y de las buenas migas que acabaría haciendo con Diego. Antes de los diez, ya sabía que mi amiga, Martina, tenía debilidad por mi hermano, y que la mía, aunque me pesara, era el suyo.

El activo se llamaba Ander y, aunque éramos el día y la noche, le amé desde la primera vez que le sostuve en mis brazos a las pocas horas de nacer. ¡Qué guay, ¿verdad?! Pues no. Fue una sensación rarísima. Él abrió lentamente sus

ojos hinchados y noté cómo se quedaba quieto para que nadie le arrebatara la oportunidad de quedarse junto a mí. Esa conexión duró mucho tiempo hasta que, un buen día, la eché a perder.

—¿Te quedas a dormir aquí o irás a casa de tus padres? —preguntó Manu al ver mi equipaje.

—No quiero dormir, quiero salir. Vámonos de fiesta. Necesito beber.

—Es miércoles —objetó sonriente.

—Mejor. Así no vamos a una de tus salas y te diviertes un poco, para variar.

Manu se dedicaba al mundo de la noche y se le daba bien.

Me levanté del sofá decidida a cambiar el chip y a borrar el último mes de mi vida.

—Voy a ducharme y nos vamos, ¿vale?

—¿Tengo elección? —murmuró sumiso.

—No —sentencié yendo hacia el baño.

Los dos sabíamos cómo acabaría aquella noche: como todas las que aterrizaba en Madrid. Enterrados en nuestros mutuos cuerpos para sentir por un momento que estábamos en «casa». Un lugar del que te sientes parte y sabes que te querrán pase lo que pase.

Un par de días más tarde, aparecí en la fiesta de La Mafia y pude observar con desidia cómo Noa ya había «flasheado» a mi hermano y a Manu como si fueran un par de *Men in Black*. Mi cuerpo ardió de furia y tuve que ir a defenderlos.

—Hola, Noa, ¿ya te has cansado de jugar a polis y a cacos en Nueva York? —solté con aspereza dándole dos besos.

—Hola, Adriana —respondió tranquilamente—. ¿Qué tal te va? ¿Sigues malgastando tu vida y tu potencial sin hacer nada? Qué lástima...

Hubiera gritado: «¡Drakaris!» para quemarla viva, pero mi garganta falló cuando, de repente, escuché la única voz capaz de doblegarme con su

inconfundible deje sexy: la de Ander, que, junto a su hermana Martina, se acercaban a nosotros mientras saludaban a los mayores.

Reorganicé mis hormonas e intenté mantener la compostura, porque me conocía. Verle arreglado para salir era peor que ver a Josh Hartnett vestido de aviador acercándose a mí después de frenar el ataque sobre Pearl Harbour.

Saludé a Martina justo a tiempo, antes de abalanzarme sobre él. Odiaba que mi cuerpo hiciera eso.

—Hola, Bollycao —le susurré al oído con voz de golfa.

Era olerle y mi instinto aullaba: «Tú, yo, aquí y ahora».

Ander dio un paso atrás visiblemente incómodo, exiliándome de su espacio vital.

—Hola... —respondió distante. Acto seguido, vio a Noa y se le iluminó la cara.

¿Qué cojones les daba a todos esa maldita cría?

Supongo que eso no se elige, va en la sangre, y la de Noa debía de tener purpurina azul. ¿Para qué molestarse en competir?

Por eso no me cortaba ni un pelo en mostrarles mi lado oscuro. Ese que terminaba salvándome de todos los males con los que lidiaba, soportando en silencio los gritos de mi verdadero yo, que estaba amordazado, lloroso, y atado en algún rincón olvidado de mi alma. Lo había sacrificado a vivir a la sombra, pero, gracias a eso, había conseguido salvar a muchos otros.

Pronto la conversación derivó en felicitaciones entre mi hermano y mi oscuro objeto de deseo, por conseguir ser un cardiólogo reputado y un juez en funciones, respectivamente.

Precioso. Bravo por ellos.

Y para cuando empezaron a ser modestos, yo ya había desconectado recordando mis propias hazañas. Alcanzar logros entre algodones está fenomenal, pero hacerlo arrastrándote por el barro es muy distinto. Mi trabajo no era un caminito de rosas, pero me daba la mejor recompensa del mundo.

Gracias a Dios, en poco más de dos horas tenía un cubata en la mano y

estaba cómodamente instalada en la zona vip de una de las salas de fiesta de Manu.

Intenté acercarme a Ander, pero estaba tan reacio como siempre a admitir su atracción por mí.

Seguiría insistiendo. Creía firmemente que un día caerían las barreras y me arrastraría hasta un callejón para montárnoslo contra una pared. Así podríamos disfrutar por fin el uno del otro como ya lo hicimos una vez.

«Solo es cuestión de tiempo», pensé convencida. Ambos sabíamos que teníamos gemidos pendientes desde hacía años. Y cada mes que pasaba iba ganando atractivo como si fuera una botella de vino gran reserva. Echad cuentas.

Al final de la noche, la diversión se vio truncada por el esguince de tobillo de Martina y decidimos volver a casa; sin embargo, Manu me hizo un gesto para que me quedara con él.

—Tengo una idea —comenzó en cuanto nos quedamos solos—. Supongo que has visto cómo tu hermano le cogía la manita a Noa... —dijo chasqueando la lengua—, el pobre va directo al precipicio de nuevo, pero se me ha ocurrido un plan para alejarla de él.

—¿Cuál?

—Noa tiene paranoia con que alguien de Nueva York la está siguiendo y no quiere que Diego se entere.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté perdida.

—Ve a casa de tu hermano y consigue el móvil de Noa. Después, mándale un mensaje con una frase amenazante con número oculto. El resto, déjame a mí.

—¿Estás seguro, Manu? ¿Y si va a la policía?

—No lo hará. En casa del herrero...

—¿Y cómo sabes que acudirá a ti?

—Simplemente, lo sé —sentenció con convicción y me mantuvo la mirada como si de esa apuesta dependiera su vida.

—Está bien. Llámame el lunes y cuéntame qué tal ha ido.

—Gracias, mi niña —dijo dándome un pico en los labios. Me metió veinte euros entre los dedos y pidió un taxi.

Los problemas comenzaron cuando llegué a casa de mi hermano y, para mi sorpresa, allí no había nadie.

CISNE NEGRO

Ander

Hacía tiempo que no me sentía tan inútil.

Me senté en uno de los sofás individuales en casa de mi hermana y observé la situación confundido.

No alcanzaba a entender qué hacía Diego allí, a las cinco de la mañana, inspeccionando el tobillo que Martina se había torcido en la discoteca como si se tratara de una grave lesión. Sabía que pasaban mucho tiempo juntos, que llevaban años viéndose todos los días en el hospital y supuse que, probablemente, se habrían hecho más íntimos de lo que pensaba. Aun así, su preocupación por ella me pareció excesiva. Puede que...

Imposible.

Hacía unos tres años, Diego se había comprado un piso en el mismo edificio que mi hermana porque, aparte de tener un estupendo diseño de vanguardia, quedaba muy cerca del hospital donde ambos trabajan como médicos.

—Chicos, estoy bien —insistió Martina abochornada desde el sofá—, podéis iros a casa, de verdad.

—Mañana no pensarás lo mismo, mejor me quedo —respondí categórico—. Es viernes, no tengo otra cosa que hacer este fin de semana, y sí, acabo de darme cuenta de lo patético que ha sonado eso.

Martina puso los ojos en blanco y Diego sonrió.

—Hazle caso —apoyó este último—, necesitas reposo absoluto. Que te lo haga todo. Intenta moverte lo menos posible para curarte cuanto antes.

—Unos días de baja no me vendrían mal —repuso Martina.

—No puedes —alegó preocupado—. ¿Quién va a traerme el lunes mi café jamaicano con extra de nata a las once y media en punto?

Ella se rio y él le devolvió el gesto mientras le hacía un vendaje en el pie que descansaba en una de sus rodillas.

Yo sobraba. Punto. Y Martina lo confirmó al decir:

—Ander, tienes la habitación de invitados lista, cuando quieras, vete a dormir.

Bostecé disimuladamente y me levanté.

—Está bien, ¿necesitas ayuda para «teletransportarte» hasta la cama?

—Sí, por favor.

—Mejor entre los dos —sugirió Diego—, no apoyes el pie para nada. Mañana te traeré unas muletas.

Nos pusimos uno a cada lado de la inválida y la llevamos en volandas hasta su cuarto. Cuando Diego le abrió la cama y le preguntó dónde estaba su pijama, salí escopeteado de la habitación completamente convencido de que allí estaba de más.

Me disponía a analizar qué significaba todo aquello, cuando oí unos golpes de nudillos en la puerta de la vivienda. Me acerqué extrañado y, al abrir, me encontré a Adriana apoyada en la jamba con la mirada turbia y una sonrisa sesgada.

—Ander... —soltó sorprendida—, ¿qué tal, cariño? ¿Está por aquí mi hermano? No puedo entrar en su casa —dijo cruzando el umbral tambaleante.

—Sí, se está encargando de la herida en batalla —contesté cerrando la puerta.

—Qué mono. Y tú, ¿qué estás haciendo aquí?

—Pues..., por lo visto, nada —mascullé hacia el cuello de mi camisa.

—Yo puedo darte ideas muy satisfactorias para matar el rato. —Sonrió coqueta con una mueca en la cara que evidenciaba que era adicta a demasiadas cosas que no le convenían.

Qué pena de chica. Y pensar que en algún momento de mi vida fue todo mi mundo...

—Déjalo ya, Adri... —dije cansado—. Estoy harto de tus insinuaciones baratas.

No sabía de dónde había salido eso. Solía ignorar sus comentarios pasajeros, pero esa noche había colmado mi paciencia.

—¡Qué miermo! —replicó risueña—. Pensaba que ahora que ya habías terminado con ese rollo de estudiar y tenías por fin un mazo en tu poder, te apetecería divertirme un poco.

—Ya me divierto.

—Pues tienes pinta de follar poco y mal.

—¿Cómo? Oye, he tenido novia hasta hace un par de meses...

—Ah, sí, ese ratón de biblioteca.

—Al menos no era una ramera —solté a bocajarro.

Ella abrió mucho los ojos y yo los cerré lamentándolo.

—Perdona... —atajé rápido—. No me calientes más la cabeza, por favor.

—Podría hacer maravillas con esa frase, señorita. —Sonrió jocosa.

Negué con la cabeza y me di por vencido.

—No es culpa mía, ¡me las dejas a huevo! —se mofó.

—Será mejor que nos vayamos a la cama.

—Dime cuándo y allí estaré. —Sonrió gatuna.

La miré impasible y su borrachera explotó de risa.

—¡Estás que lo petas, Ander! —Se carcajeó encantada.

—Adri..., ya basta, de verdad. ¿Por qué te divierte tanto hacerme esto? Es una falta de respeto.

—Pero ¿qué dices, hombre? ¿Qué falta de respeto?

—¿Te parecería apropiado que persiguiera a una chica, que claramente no

está interesada en mí, y le preguntara si le apetece rabo? Creo que no tengo por qué aguantar esto.

—Hay una diferencia, señorita, tú sí estás interesado en mí.

—¿Qué?... Oye, ¿qué te metes exactamente?

—Ya follamos una vez —alegó vanidosa—, y no creo que lo hayas olvidado. Sé que te mueres por repetir.

—Mejor no toquemos ese tema o podrías acabar en la cárcel —repliqué sorprendiéndome a mí mismo.

A ella le cambió la cara y sus ganas de bromear se esfumaron.

—¿Qué coño estás diciendo...? —susurró desconcertada.

—Lo sabes muy bien, pero olvídalo. Y no volvería a acostarme contigo ni por todo el oro del mundo.

—Pero... si te vuelvo loco... —farfulló poco convencida.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté alucinado—. ¿Te he hecho alguna señal sin darme cuenta? Porque te aseguro que no eres mi tipo. Yo quiero compartir mi vida con una chica un poco más reservada, comedida, tranquila...

—Es decir, ¿aburrida?

—Con que no esté como una puta cabra y se tenga respeto a sí misma, me conformo.

—¿Y crees que estará tan buena como yo? —provocó altanera sacando pecho, luciendo en su empeño un escote perfecto.

Mis ojos se estrellaron contra él sin poder evitarlo.

—¿Tetas de plástico? Muy tentador, pero paso —dije despectivo apartando la vista.

Ese comentario le sentó mal y supe que arremetería con crueldad. Esos no eran sus pechos, podía dar fe, pero algún maldito desgraciado había conseguido aumentarlos de tamaño respetando su forma, caída y armonía natural echando por tierra todos mis prejuicios contra la cirugía estética.

—Ya entiendo —comenzó molesta—, yo no te gusto, te van más las gorditas simpáticas como tu ex. ¿Se puede ser más encantador?

—¡Estaba buena por dentro! ¡No como otras, que están podridas!

Creo que nunca le había levantado la voz a nadie en treinta años. Ella me taladró con sus ojazos verde esmeralda llenos de odio e intenté disimular lo alucinado que estaba por irradiar tanta ira. Por un segundo, su expresión flaqueó y me pareció que iba a echarse a llorar.

—Bajad la voz —intervino Diego de repente entrando en el salón—. Martina necesita descansar.

—Dame las llaves de tu casa, por favor —exigió Adriana malhumorada acudiendo a su encuentro.

Él se las tendió rápidamente. Todo el mundo sabía que, cuando Adri utilizaba ese tono exacerbado, era mejor no llevarle la contraria. Abandonó el piso sin decir nada y su hermano la siguió de cerca. Pero, en el último momento, se detuvo y volvió la vista atrás sujetando el pomo.

—Buenas noches, Ander. Has hecho bien en pararle los pies, ya iba siendo hora, pero no olvides quien es. Nos vemos, tío.

La puerta se cerró y todo quedó en silencio mientras aquellas dos palabras rebotaban en mi mente.

«Quién es», pensé sintiéndome fatal.

Pues era la mayor de todos. Una niña que, hasta que cumplió los doce, cuidaba de nosotros con ahínco, y con especial cariño de mí. Era como una mamá pato, yo la seguía a todas partes. La adoraba y la predilección era mutua, pero el destino quiso que su madre biológica se la llevara dos años a vivir a Milán.

Cuando volví a verla tenía catorce años y noté algo diferente en ella. Su mirada no era la misma, y mucho menos su sonrisa. Ambas destilaban una sombra de crueldad que no reconocía. Nos llevábamos tres años y, a esas edades, la diferencia se acusaba bastante. Adriana comenzó a no tener tiempo para jugar conmigo porque debía pintarse las uñas, tomar el sol o, simplemente, escuchar música pop mientras suspiraba ojeando el póster del cantante de moda.

Una distancia se impuso entre los dos. Las sonrisas soñadoras que le ofrecía ya no eran correspondidas y las pocas veces que me las devolvía, resultaban condescendientes. Nuestra complicidad se fue apagando poco a poco y se perdió del todo cuando, un año después, ella alardeó abiertamente de que ya no era virgen.

Me quedé sin aliento. Creo que estuve un día entero con la boca abierta y, acto seguido, mi infancia se apagó. Adriana demostró ser más rebelde de lo que jamás imaginé, y entendí que no quedaba nada de aquella niña dulce y tierna a la que veneraba. La decepción fue demoledora, pesándome como una mochila cargada con años de recuerdos preciosos a su lado.

Desde aquel día, comencé a ignorarla sistemáticamente, y ella a mí, y no parecía importarnos, pero el verano que cumplí los dieciséis, todo cambió.

Adriana apareció en Ibiza, en la casa de veraneo que mis padres y sus amigos compartían, de vuelta de todo, después de su primer año en la universidad. Y no se le ocurrió otra maravillosa idea que llevarme al límite, sin prever cómo afectaría traspasarlo a mi inocente alma.

¿Olvidar quién era? Imposible después de lo que sucedió la noche de San Juan...

Era la primera vez que nos dejaban acudir solos a una fiesta en la playa. En aquel momento, formábamos un grupo de chavales con edades comprendidas entre los quince y los diecinueve años. Esa noche bebimos y fumamos, unos con más moderación que otros. Noa, Diego y yo siempre fuimos los más sensatos y, teniendo en cuenta que la feliz pareja decidió desaparecer para celebrar su primer aniversario juntos, yo me quedé más solo que la una en medio de un ambiente que terminó siendo desenfrenado. Aquel día bebí más de la cuenta, pero no lo suficiente como para olvidar ni el más ínfimo detalle.

Recordaba perfectamente la ropa que llevaba puesta Adriana. Era un vestido color marfil tejido a ganchillo que se adaptaba con descaro a cada una de sus sublimes y bronceadas curvas. La zona del pecho parecía un bikini atado al cuello que ocultaba a duras penas un busto perfecto, que llamaba mi

atención como un faro en una noche de niebla. Su pelo largo y salvaje, con algunos mechones nacarados por el sol, se enredaba con el viento mientras unos grandes aros dorados parecían esconderse vergonzosos entre la maraña de rizos. Estaba espectacular. Aquella noche no pude dejar de mirarla, y ella, que nunca perdía detalle de ese tipo de cosas, se dio cuenta.

No sé cómo lo hizo, pero consiguió, cruzándose varias veces en mi trayectoria, que la tocara y me ardieran las manos al hacerlo.

En algún momento de la madrugada, me localizó cerca de la hoguera y me propuso volver a casa alegando que se encontraba fatal y que los demás habían desaparecido. La historia me cuadró. Mi hermana Martina, hacía rato que había advertido que se iría con el grupo de una amiga; Manu, solía perderse a propósito en ese tipo de eventos; y Noa y Diego estaban fuera de juego. Así que partimos hacia casa, haciendo más eses que en un circuito de Fórmula Uno.

Al llegar, parecía muy mareada y la acompañé hasta su cuarto, que compartía con mi hermana. La tumbé suavemente, apagué la luz y abrí la ventana dejando que el reflejo de la luna y el aire fresco bañaran la habitación. Era tan ingenuo que fui a por una palangana por si, en mitad de la noche, le apetecía vomitar y, cuando volví para colocarla junto a ella, me acerqué a su cama pensándola dormida.

De repente, levanté la vista y vi que se había quitado el vestido. Tan solo llevaba unas braguitas blancas que refulgían junto a su bronceada piel en la penumbra. Acto seguido, me fijé en sus pechos y mi polla reaccionó como se esperaba de ella.

Nuestros ojos conectaron. Los tenía tan verdes que podía verlos brillar mientras se incorporaba imitando un movimiento de pantera perfecto. Me quedé paralizado como lo haría ante tal carnívoro. Ni siquiera podía esconder que estaba vergonzosamente duro mientras ella caminaba a mi alrededor con pasos lentos y estudiados. Se pegó a mi espalda y coló los dedos por debajo de mi camiseta arrastrándola hacia arriba para quitármela.

Lo siguiente que noté fueron sus pezones duros rozando la piel de mi espalda, lo que hizo que mi respiración se acelerara.

Se puso frente a mí y comenzó una caricia desde las clavículas hasta los músculos oblicuos mientras me mantenía una mirada felina y hechizante. Cuando quise darme cuenta, me había desabrochado el pantalón, que cayó fulminado hasta mis pies. Después me cogió de la mano y me instó a que me tumbara en la cama.

No sabía qué hacer: si salir corriendo o comenzar a besarla dejándome llevar. Finalmente, no tuve que decidirlo porque se deshizo de mis calzoncillos y se abalanzó sobre mí.

Yo era un chico tímido. Ni siquiera había besado a ninguna chica todavía y cuando ella posó directamente los labios en mi miembro, el placer que sentí superó cualquier expectativa que mi imaginación pudiera haber elucubrado respecto a una felación. Me agarré a las sábanas y comencé a hiperventilar luchando por no desmayarme de placer. Poco después, paró y deslizó sus braguitas por sus piernas para terminar subiéndose a horcajadas sobre mí. Nunca había visto a una mujer completamente desnuda en vivo y en directo y, menos, tan de cerca. Adriana comenzó a tocarse y dejé de respirar. Me perdí el momento exacto en que me colocó un preservativo (más que nada, porque no lo hizo), pero nunca olvidaré la sensación que tuve cuando descendió y se encajó en mí. Extraordinaria. Si no hubiese esperado cinco segundos para comenzar a moverse de nuevo, me habría corrido al momento inevitablemente.

Comenzó a impulsarse con un ritmo lento y ondulante. Tenía los ojos cerrados y gemía bajito mientras se acariciaba los pechos.

Yo había perdido el reflejo de parpadear. Hacía esfuerzos sobrehumanos por seguir respirando y tragar toda la saliva que se acumulaba en mi boca. Gradualmente, ella aceleró sus movimientos y llegó al orgasmo, otorgándome una presión deliciosa que me hizo caer en un profundo abismo de placer. Cuando todo terminó, Adriana se levantó y se dirigió al baño.

Me incorporé y me quedé sentado en la cama. Estaba mareado. Todavía no

podía creer hasta dónde habíamos llegado ni cómo, estaba eufórico. Pero cuando volvió, se encargó de romper la burbuja de ilusiones, dudas y sentimientos en la que estaba sumido con una simple frase que me quemó por dentro de un modo inexorable.

—Será mejor que nadie se entere de esto... Vete y no hagas ruido.

Sin mediar palabra, me puse los calzoncillos, recogí el resto de mi ropa y me fui sin mirar atrás arrastrando los pies hasta mi desangelada cama.

Ella no volvió a dirigirse a mí lo que restaba de verano, lo cual hizo que cerrara dolorosamente una puerta con cadenas y candados, anulando mis sentimientos por ella. Mi Adriana había desaparecido, y con ella cualquier afecto que pudiera quedar en mí; fue como si de pronto me quitaran una venda de los ojos y me enfrentara a una nueva realidad.

A partir de aquel momento, me volví más callado de lo habitual. Hablaba con Noa y con Diego, cuando no estaban demasiado ocupados viviendo su romance de cuento y, el resto del tiempo, lo dedicaba a la lectura. Al año siguiente, en cuanto noté a Adriana más simpática de lo habitual conmigo, aproveché para dejarle cristalino que ya no estaba interesado. El mensaje era claro: «una y no más, Santo Tomás». Aquello pareció envalentonarla y, a medida que pasaron los años, sus proposiciones eran cada vez más descaradas, pero siempre había logrado capearlas con hábil indiferencia.

Me centré en mi carrera, «ese rollo de estudiar», como ella lo había descrito y, ahora que por fin era juez, me irritaba más que nunca que siguiera mangoneándome verbalmente a su antojo.

Puede que hace cinco minutos me hubiera pasado de la raya, pero necesitaba desahogarme después de tantos años sintiendo que había jugado con mis sentimientos.

Quería cortar esa dinámica y quitarle esa mirada de diva que arrastraba a todas partes a pesar de parecerse cada día más a *Beetlejuice*.

Joder... Odiaba mentirme a mí mismo. Era tan pueril.

Sabía que era la ira la que hablaba por mí, porque Adriana era preciosa,

siempre lo había sido... A la naturaleza se le había ido la mano confeccionándola. Pero también era un auténtico desperdicio, como una flor tóxica que no podías oler ni apreciar de cerca porque era venenosa. No tenía corazón. Se lo había dejado en Milán, encerrado en una caja junto a las muñecas y a los cuentos de su infancia; y, por alguien así, no merecía la pena perder ni un minuto sintiéndome culpable. Ni siquiera se había dignado a besarme en mi primera vez... Era fría, inflexible e inhumana. Yo, sin embargo, tuve que robarle mi primer beso a una chica en la barra de una discoteca después de invitarla a una copa y no sentí absolutamente nada al hacerlo. Cero emociones porque, esa noche de San Juan, mis sentidos habían ardido con una intensidad que jamás creí posible.

Había tardado quince años en escupirle mi opinión a la cara sobre lo que hicimos, y hasta su hermano me había dado su beneplácito, pero... entonces...

¿Por qué me sentía tan mal?

«Por algo que has visto en sus ojos».

PENA DE MUERTE

Adriana

No podía salir de la cama.

Maldije haberme instalado en casa de mi hermano cuando, sobre las cuatro de la tarde, abrió la puerta para asegurarse de que seguía viva.

—¿Quieres comer algo? —preguntó preocupado cuando vio mis ojos abiertos mirando al vacío.

—No —respondí hecha un ovillo en la sábana.

Llevaba tiempo despierta y no había querido moverme porque me encontraba fatal. Tenía un horrible dolor que no estaba segura de dónde provenía. Puede que de las hirientes palabras que Ander me había lanzado la noche anterior.

¡Prácticamente me echó en cara haberle violado cuando todavía era menor de edad! Y me parecía gravísimo. Sabía que no había hecho las cosas bien con él ese verano, pero nunca tuve mala intención.

¿Creía que no podía haber parado en cualquier momento? ¿Pensaba que iba a retenerle?

Dios... ¡¿Qué concepto tenía de mí?!

Una lágrima escapó de mis ojos. Sentía mucha vergüenza. Estaba segura de que aquel cachondeo de insinuaciones picantes que nos traíamos entre manos desde siempre, terminarían una noche sacando el animal que Ander llevaba

dentro y estampándome contra una pared para hacerme el amor como un auténtico empotrador. Pero me equivocaba. Ahora sabía lo que realmente pensaba de mí. Lo que había pensado durante todos aquellos años en los que creí que estaba muerto de deseo, cuando en realidad opinaba que era una violadora superficial y podrida por dentro.

¡Precisamente, Ander! La única persona con dos dedos de frente que alguna vez me miró con verdadera admiración, y no por lo que escondía entre mis piernas. Después de todos los garrulos con los que me había acostado, pensé que, si alguien se merecía tenerme en su cama, era él. Por eso lo hice.

Cuando empecé la universidad él todavía era un adolescente con granos, gafas y melena tazón. Y reconozco que, en esa época, —después de lo que viví en Milán—, me despendolé y pasé bastante de reunirme con la familia. Siempre tenía un plan mejor. Pero, cuando volví a verle un par de veranos después, me topé con un chico esquivo (que no tímido), con el pelo perfecto y mirada interesante que licuó mi pequeño centro de mando (localizado en la entrepierna), debidamente entrenado durante mi periplo estudiantil.

Manu, al ver cómo me relamía, no tardó en advertirme.

—Adri..., no lo hagas.

Maldito. Siempre me captaba. Conocía mis gestos, mis mentiras y mis verdades, porque también eran las suyas. Y me conocía íntimamente mejor que nadie, ya que juntos descubrimos la sexualidad en un común acuerdo platónico, dado nuestro grado de confianza.

—¿Por qué no? —me quejé infantil.

—Es una mala idea. Es demasiado joven.

—Tiene tu edad.

—Pero no es como yo. Y lo sabes.

Llevaba razón, pero algo dentro de mí tenía las riendas de mi libido. Me sentía inquieta. Cuando Ander se acercaba a mí, mis órganos sexuales parecían prepararse para un acoplamiento. En una palabra, estaba en celo. Un celo selectivo. Por él.

—Si tiene que pasar, pasará —dije encogiéndome de hombros. Me parecía tan irremediable...

—Pasará y lo lamentaréis —sentenció Manu.

Le miré enfadada por meterse en mi vida, o por romperme la ilusión más bien, porque su opinión me importaba mucho y no dudé en responder a la defensiva.

—¿Lo dice el que está beneficiándose a su tierna hermana?

Manu se mordió los labios.

—Yo no tengo más remedio... —murmuró mirando hacia otro lado.

—Sí, claro. Lo pasas fatal con tu querida alumna.

En aquella época, cada uno cargaba con sus miserias y, tonta de mí, no le hice caso.

Sabía que era una locura, pero la noche más larga del año se me puso a tiro, y me juré a mí misma que sería «solo la puntita». Me convencí de que le estaba haciendo un regalo al estrenarse con alguien que le quisiera y que siempre le querría. Pero me preocupaba que sufriera e intenté que se quedara todo en un simple revolcón que ambos nos merecíamos por lo que siempre habíamos significado el uno para el otro.

Él siempre había sido «mi niño». No puedo explicar por qué, pero cuando nació me acerqué a su madre y le pregunté: «¿Puedo cogerlo?».

Cualquiera pensaría que me hacía ilusión compararlo con mi Nenuco, pero, cuando me lo colocaron encima, sentir su respiración me pareció lo más mágico que había experimentado en la vida. Me hice mayor de golpe. Un amor inconmensurable se extendió dentro de mí y se convirtió en mi ojito derecho. Y, aunque después llegaron más bebés a La Mafia, él fue el primero y el único que consiguió despertar esa emoción en mí.

Di vueltas en la cama y el enfado dio paso a una profunda decepción conmigo misma, pero con él también. Por su silencio, por querer ser tan educado que había demostrado el mayor menosprecio hacia mí callándose lo

que más necesitaba oír para dejar de hacer el ridículo

¡Vaya falta de comunicación!

Saber que no le interesaba y que nunca lo había hecho me dejó hundida. ¿Cómo iba a volver a mirarle a la cara?

No sabía que psicológicamente pudieran herirte tanto que se reflejara en un dolor físico tan lacerante, pero, a las ocho de la tarde, me dejé de «metáforas» y decidí pedir ayuda. Porque Ander no tenía nada que ver con lo que estaba padeciendo.

Llamé a mi hermano con la poca voz que me salió, pero nadie contestó. Un silencio me indicó que estaba nefastamente sola.

Me acerqué a la maleta y cogí un pantalón de chándal de Gucci, unas deportivas y una sudadera de Philip *Plein* con una calavera enorme en la parte de atrás. Un *look* ideal para ir al hospital.

Cogí mi bolso de Padra y me fui de casa dispuesta a coger un taxi que me dejara en la puerta de Urgencias, porque estaba empeorando por momentos. Lo más probable es que fuera un cólico, pero necesitaba que alguien detuviera ese dolor infernal. Antes de llegar al portal, me desvanecí, cayendo al suelo con un golpe brusco.

—¡Adriana!

Lo siguiente que oí fue una voz familiar que me palmeaba la cara con brío.

—Deja de pegarme —conseguí decir.

—¡Menos mal! —exclamó Ander aliviado—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—¿A ti qué te parece? —dije tocándome la cara con un gesto doloroso.

—No te la toques —aconsejó cogiéndome la mano—, tienes una buena contusión.

«¿Contusión?... dirás que me he metido una hostia como un piano. Parecida a la que tú me diste anoche verbalmente», pensé mirándole con el ceño fruncido.

Podía haberme fijado en lo bien que le quedaba ese polo tono tierra combinando perfectamente con sus ojos miel, pero no tenía tiempo para eso.

El dolor no había desaparecido y me retorcí buscando una postura que me ayudara a superarlo.

—¿Qué te ocurre?! —preguntó Ander preocupado.

—Tengo mucho dolor... Llama a un taxi, por favor.

—¿Un taxi? ¡Lo que necesitas es una ambulancia, estás sangrando mucho! Me toqué la cabeza buscando la hemorragia.

—No, por ahí no —aclaró apurado señalando mi pantalón.

—¡Mierda! ¡Mi chándal de Gucci! —exclamé sin pensar.

Su expresión estupefacta me hizo reaccionar.

—Vale... Por favor, ¿puedes llamar a una ambulancia? —supliqué volviendo a apoyarme en el suelo con calma—. Diles que una materialista de mierda se está desangrando por sus partes íntimas.

Él sacó el teléfono de su bolsillo sin dejar de mirarme asustado e hizo lo necesario para que llegaran lo antes posible.

Fueron doce minutos interminables.

—¿Viene con ella? —le preguntó un camillero a Ander.

—No —me adelanté a su respuesta.

—Avisaré a Diego —anunció al oírme.

—¡Ni se te ocurra decirle nada! —grazné—. Si te importa, aunque sea un trozo microscópico de mi ser, cerrarás la boca.

—¡No puedes ir sola al hospital!

—¡Pues ven tú, si tanto te preocupa! Pero no le digas nada a nadie. Quiero privacidad.

—De acuerdo —aceptó mientras me alejaban de él y me metían en la cabina de la ambulancia. Después, un enfermero lo ayudó a subir.

—¿Está embarazada? —fue lo primero que me preguntó el médico mientras palpaba mi abdomen.

Ander y yo compartimos una mirada y me cagué en la casualidad. Ya era mala suerte que me hubiera encontrado él y no un vecino discreto.

—Todo es posible... —respondí con la boca pequeña. Rehuí su mirada

mientras notaba sus ojos llenos de preguntas clavándose en mí.

Estuvieron haciéndome pruebas durante lo que me parecieron horas, y no volví a ver a Ander desde que llegamos al hospital.

Tampoco quería. Si antes pensaba mal de mí, ahora no quería ni imaginármelo. Solo esperaba que no le dijera nada a ningún miembro de La Mafia que, en aquellos momentos, volaba de vacaciones hacia las Bahamas.

Me lo habían dicho infinidad de veces: «Te preocupas por todo, menos por ti misma», pero eso cambió cuando me desnudaron y me metieron al quirófano con premura. En ese instante, mi chándal de Gucci, La Mafia y las Bahamas podían irse al cuerno. Tenía miedo.

Los quirófanos me aterraban. Los sonidos, la temperatura, el olor... nada de aquello me gustaba y cerré los ojos, notando cómo caían lágrimas hacia ambos lados de mi cara. No paré de llorar durante todo el tiempo que estuve allí y, cuando por fin me llevaron a la sala de recuperación, encontrarme con Ander fue un broche de lo más desagradable para una noche horrorosa.

—¿Cómo estás? —preguntó inquieto acercándose a mí.

—Bien, bien —dije secándome las lágrimas.

Le vi morderse los labios y cerrar los puños.

—No lo parece... ¿Sabías que estabas encinta? Porque ayer, bueno, bebiste bastante y... —Se le cortó la voz.

«¿Encinta? Eso lo estaría tu abuela, yo estoy preñada», pensé iracunda.

Cerré los ojos y noté que mi cara se empapaba de nuevo. Era como una maldita gotera incesante.

—No sabía que estaba embarazada —respondí finalmente—, pero tampoco me sorprende. Ander..., ¿puedes irte? Vete, por favor —dije girando la cara.

—¿Cómo que no te sorprende? —preguntó alucinado—. ¿Es que no usas protección cuando... estás con alguien?

«¿Estar con alguien? ¡Dirás cuando follo!», bramé mentalmente. Era tan remilgado que me obligaba a mí a ser más bestia que un arado para compensar los niveles de gilipollez de la sala.

Necesitaba que se fuera y lo conseguiría, e intenté espantarlo.

—Sí, pero, ¿sabes?, normalmente, no soy muy consciente de haber mantenido relaciones sexuales —sonreí con inquina—, y dudo que el tío con el que lo hago lo sea tampoco. Así somos los que estamos como una puta cabra y no nos respetamos a nosotros mismos.

—¿Cómo has llegado a esto, Adri? —murmuró pensativo—. No lo entiendo. ¿Qué te ha pasado?

—Que la vida, a veces, te la devuelve. Y ahora, te agradecería que te fueras. No quiero que estés aquí cuando aparezca el médico.

En ese momento, la puerta se abrió y el doctor irrumpió en la sala.

—¿Cómo estás, Adriana? ¿Sigues mareada?

—No. Bueno..., un poco.

—Enseguida estarás mejor. No traigo muy buenas noticias, como podrás imaginar —comenzó apocado.

—Espere, por favor —le corté—. Ander, gracias por todo, ya puedes irte.

—¿Era usted el padre? —preguntó el médico.

—Sí.

—No.

Ambos hablamos a la vez.

—Era el padre, merezco saberlo.

—¡Miente! —exclamé—. En cuanto lo sepa, irá corriendo a contárselo a mis padres.

—Y, si no me lo dice, ella se lo callará todo y nadie podrá ayudarla —replicó Ander furioso.

El médico paseó la mirada de uno a otro percibiendo vibraciones de una relación extraña.

—¿Conoce a sus padres? —preguntó suspicaz.

—De toda la vida. Solo quiero ayudarla —contestó san Ander en su mejor interpretación.

—Adriana —comenzó mi médico condescendiente—, no debes afrontar esta

información sola. Es preferible que haya alguien de confianza, al que conoces de toda la vida, sea el padre o no.

Un silencio caló en el ambiente, invitándole a proceder con las malas noticias.

—Normalmente, hubiéramos dejado que terminaras de expulsar tú sola el embrión con la ayuda de algún calmante, pero que te desmayaras nos obligó a hacerte más pruebas, en las que descubrimos una grave hemorragia interna en tu útero. ¿Te han practicado algún aborto en los últimos seis meses? —preguntó con cautela.

Guardé silencio ignorando la pregunta y, cuando el médico entendió que no iba a responderle, decidió continuar.

—Hemos visto que tenías sinequias uterinas, es decir, cicatrices anteriores... Normalmente, se pueden tratar mediante histeroscopia, pero, dependiendo del grado, desaparecen lo suficiente para que un embrión tenga el espacio que necesita para implantarse de nuevo y que el embarazo salga adelante. Tu caso es bastante severo... en mi opinión, sería muy difícil, casi imposible, llegar a buen puerto... Las paredes de tu útero son muy finas y el endometrio está...

—Ya basta —le corté seria—. Me ha quedado claro. Gracias por todo, doctor.

Esa información no era nueva y no me apetecía volver a escucharla.

—Está bien, si quieres saber más, puedes pedir hora con el especialista. Estaría bien que te hicieses las pruebas para el síndrome de Asherman y descartar posibles...

—¿Cuándo podré irme a casa? —atajé con dureza.

—En cuanto se te pase del todo la anestesia, pero necesitas cuarenta y ocho horas de reposo absoluto. Puede que tengas dolores y sangrado. Las enfermeras te darán antibióticos preventivos y puedes aplicarte calor en el abdomen, suele funcionar. Es muy importante que no tengas relaciones sexuales en las próximas dos semanas... —señaló como si esa le pareciera la

peor idea del mundo.

—Lo intentaré —respondí sarcástica con un gesto de pulgar arriba.

El médico fue hacia la puerta y susurró:

—Adriana, tómate este tema en serio. Y, por favor, cuídate...

El silencio reinó en la habitación tras su partida y deseé despertarme de aquella pesadilla.

—Ander.

—¿Qué?

—Confío en tu discreción. Siendo juez, espero que tengas un mínimo de decencia. Además, no tenías derecho a decir que eras el padre ni a escuchar mi diagnóstico. Es privado —expuse sin mirarle a la cara.

—Si quieres que no diga nada, me dejarás cuidar de ti los próximos dos días.

—Ni hablar. Voy a contratar a una enfermera.

—Pues, en cuanto La Mafia aterrice en Nasáu, avisaré a tu padre y a Naia. Conociéndolos, seguramente empezarán a volver a nado desde el Caribe en vez de esperar el siguiente avión de vuelta.

Cerré los ojos con fuerza y apoyé un antebrazo en la frente.

—Voy a sangrar, Ander. Y me va a doler. Quiero estar tranquila, por favor...
¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque me siento mal. Anoche te dije cosas... y hoy has abortado. Me siento culpable.

Lo miré aturdida y una ola de mala leche se apoderó de mí.

—¿Eres tonto o qué? ¿Acaso no has entendido lo que ha dicho el médico? ¡Es por mí!, ¡soy yo! No puedo tener hijos. Cualquier intento va a naufragar. Ya me ha ocurrido otras veces.

—¿Cuándo te ha ocurrido? —preguntó interesado.

—¿Qué más da? No es culpa tuya. Punto. Déjame sola.

—O me dejas cuidarte o hablaré, no hay más alternativa —insistió tozudo.

—Está bien, jodido Ambrosio. Dos días. Llévame a casa de mi padre y

preparate para obedecerme en todo —ordené seria para recalcar el tono en el que íbamos a relacionarnos.

—De acuerdo —aceptó sacando el móvil de su bolsillo y poniéndoselo en la oreja.

—¿A quién llamas? —pregunté malhumorada.

—A mi hermana, para que se busque otro cuidador para su tobillo. Seguramente, tu hermano se presente voluntario.

Chasqueó la lengua y me dio la espalda.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegamos a la desierta casa de mi padre y mi madrastra. Ander encendió las luces y volvió a mi lado para ayudarme a andar.

—Aquí estaré bien —dije entrando en la habitación principal—, tiene el baño cerca.

Me ayudó a sentarme en la cama con sumo cuidado y respiré dolorida. Me encontraba fatal. ¿Cómo habían dejado que me fuera así del hospital? ¡Te echan a la mínima, oiga!

—¿Quieres ponerte algo más cómodo? —preguntó solícito—. ¿Un pijama?, ¿una camiseta, tal vez?

—Sí... Joder, tengo toda mi ropa en casa de Diego —lamenté recordando mi pijama de Dior de terciopelo.

—Mañana iré a por ella —apostilló amable.

Nuestros ojos coincidieron por un momento y desvié la vista turbada. ¿Por qué ayudaba a alguien podrido por dentro y que pensaba que le había violado cuando era adolescente? No dejaba de pensar en ello mientras él me miraba servicial dispuesto a recibir órdenes.

—Busca en mi habitación, hay pijamas en el tercer cajón de la cómoda...

—Voy —respondió sin demora desapareciendo por la puerta.

Un fin de semana entero con Ander.

No. Ese ya no era el Ander que yo recordaba. Era alguien con poder

suficiente para dictar sentencias y hundirme.

SOMBRA DE SOSPECHA

Ander

Ir a buscar su pijama me pareció la excusa perfecta para perderla de vista un rato porque, aunque no hubiera parpadeado al ofrecerme a cuidarla, todo aquello me ponía nervioso y no sabía por qué. Pero, cuando entré en su dormitorio, mis pies frenaron en seco y lo descubrí.

Hacía casi veinte años que no entraba en esa habitación. La última vez fue en una de las cenas que organizaron nuestros padres cuando todavía no éramos ni adolescentes. Y puedo asegurar que aquel enorme mural plagado de fotos de La Mafia no reinaba encima de la cama.

«Pero ¿qué...?».

Me quedé pasmado y me acerqué para observarlo mejor.

Había muchísimas instantáneas de todos a diferentes edades, desde bebés hasta la última vez que estuvimos juntos hacía un año. No faltaba nadie, pero una de ellas llamó mi atención especialmente. Algo más grande que las demás, mostraba a una Adriana de pequeña sujetando un bebé envuelto en una mantita azul con un nombre bordado en la punta: «Ander». La sonrisa que Adri regalaba a la cámara era impresionante: dulce, entrañable, mostrando una promesa tácita de que cuidaría de ese niño como si fuera la misión más importante de su vida.

—Ander... —escuché que me llamaba en la lejanía—, ¿lo encuentras?

Miré hacia la cómoda y a continuación a mi alrededor admitiendo que ese mueble era el que menos me interesaba de todo el espacio. Esa habitación era un universo repleto de información sobre ella y, a esas alturas del día, yo necesitaba respuestas.

—Sí —mentí.

Desplacé la vista hasta un gran mapamundi que presumiblemente marcaba con chinchetas de colores todos los lugares en los que había estado. Al observarlo más de cerca, vi que había un montón en el continente africano: el Congo, Zimbabue, Liberia, Nigeria... Todos ellos, países que destacaban por su extrema pobreza.

—Ander... —volví a escuchar.

—Ya voy —contesté enseguida. Me dirigí a la cómoda aún pensativo y abrí un cajón al azar.

«¡Qué insensato!».

Una colección de tangas de lo más variopinto golpeó mi vista. Lo cerré de golpe y abrí otro cajón que albergaba los inofensivos pijamas. Elegí uno de Piolín y regresé junto a ella.

—Aquí está —dije mostrándole la prenda.

—Gracias...

—Estaré fuera, avísame al terminar de cambiarte —me despedí dando media vuelta.

—Voy a tardar años —se quejó—, yo quería una enfermera...

—Vale, te ayudaré, total...

«Ya he visto todo lo que hay que ver...», terminé la frase mentalmente.

Ella resopló entendiéndola, pero no dijo nada.

—Empieza por quitarme el pantalón —ordenó cansada.

Me quedé quieto un instante y, finalmente, me agaché y le quité las deportivas. Como era un chándal, fue fácil arrastrarlo hacia abajo, pero hacerlo sin mirar a ninguna parte en concreto lo convirtió en ardua tarea. A continuación, le coloqué cada pernera del pantalón de pijama y lo subí

dejándolo a la altura de sus torneados muslos.

—Me lo terminaré de subir cuando esté tumbada... —anunció. Sin tiempo a decir nada, subió los brazos a noventa grados y lanzó su siguiente mandato—. Haz lo que puedas para quitarme esto.

—¿No puedes quitarte tú la parte de arriba?

—Cada movimiento que hago es un latigazo que incide directamente en mi reciente herida, ¿serías tan amable de hacer lo que has venido a hacer?

Me pregunté desgano si de verdad necesitaba ayuda para eso y dudé. Conocía sus juegucitos.

—Joder, ¿cuántas veces me has visto en bikini? —bramó—. Solo es un sujetador, no un Velociraptor.

Con un gruñido bajo comencé a sacarle la camiseta con cuidado arrastrándola hacia arriba y su apetitosa delantera hizo acto de presencia. Aunque hice lo posible por evitarlo, no pude sortear, en un involuntario vistazo, las prominentes promesas que anunciaban siempre sus escotes. Ella cogió la parte de arriba del pijama y metió los brazos para dejarlos nuevamente suspendidos en el aire.

—¿Me ayudas? —resopló agotada.

No respondí. Conseguí colocar la prenda en su sitio con los ojos forzosamente cerrados y, en cuanto terminé, me alejé con rapidez.

—Último favor... —solicitó Adriana con una mirada de disculpa.

—¿Mmm? —gemí aterrado girándome hacia ella de nuevo.

—¿Me desabrochas el sujetador? Me molesta dormir con él.

Apreté la mandíbula en un gesto reflejo y me acerqué a ella por la espalda. Cuando deslicé las manos por debajo de su camiseta, me puse a sudar como si estuviera manipulando material explosivo, y, en cuanto desenganché el cierre, fue como abrir la compuerta de la presa de mis bajos instintos. Sentí que debía apartarme de ella lo antes posible o...

«¿O qué...?».

—¿Puedes quitármelo? —me pidió, alzando los brazos un poco.

«Está convaleciente. Herida. No está jugando a nada», intenté convencerme.

Di la vuelta y me situé frente a ella para quedarme vergonzosamente anclado en sus ojos a la vez que llevaba despacio los dedos hasta sus hombros por debajo del pijama para deslizar con cuidado las tiras y retirar la prenda.

Tenía un feo cardenal en la cara. Había sido una mala caída contra el suelo. Parecía tan frágil en aquellos momentos...

Me aclaré la garganta, deshaciendo el nudo que me causó recordar la noticia que le habían dado esa misma tarde sobre su infertilidad.

—¿Te duele mucho? —pregunté señalando su cara.

—No. ¿Tengo muy mala pinta?

—¿Has visto *El Club de la lucha*? —disimulé una sonrisa.

Ella sonrió e inmediatamente hizo un gesto de dolor.

—Pues sí, me duele —aclaró cambiando de opinión—. Puede que haya Trombocit en el armario del baño.

—Voy a ver si lo encuentro. Déjame meterte en la cama primero.

Deslicé el cobertor y la sábana hacia abajo y la ayudé a tumbarse muy despacio advirtiendo muecas indescifrables en su cara. Cuando lo consiguió, resopló resignada.

—Mañana estarás mejor —intenté animarla—. Voy a buscar la crema.

Revolví el botiquín siguiendo sus indicaciones, haciendo a un lado miles de productos relacionados con la intimidad femenina con los que desearía no haberme topado.

Al regresar, le extendí la crema suavemente por la zona dañada de la cara y ella cerró los ojos con fuerza.

—Ahora, descansa. Vendré luego a darte otro calmante.

Puse rumbo a la puerta y cuando la abrí volvió a llamarme.

—Ander...

Si me pedía algo más que implicara volver a tocarla, no respondía de mí.

—¿Qué?

—Gracias.

—De nada —respondí justo antes de desaparecer.

Hacía dos meses que no rozaba determinadas zonas de piel en una mujer. Sí, eso era lo que me sucedía. Eso, o que me ponían tontorrón las villanas en apuros.

Lo cierto es que me sentía tremendamente culpable por haberle lanzado por fin mi opinión sobre ella la noche anterior y que, pocas horas después, hubiera tenido que soportar toda aquella situación.

No podía dejarla sola. Era incapaz de dar media vuelta e ignorarla porque estaba claro que necesitaba a alguien. Y su hermano Diego, siendo como era (y médico además), hubiera puesto el grito en el cielo.

Fui hacia el salón y me senté en el sofá. Ni siquiera habíamos hablado de cómo proceder, solo sabía que en cuatro horas tenía que volver a darle la medicación. Lo más sensato hubiera sido tumbarme en una cama y poner la alarma en el móvil, pero, en ese momento, no pensaba en dormir, lo confieso, sino en seguir huroneando en el cuarto de Adriana para alimentar al cotilla que llevaba dentro.

Me descalcé para no hacer ruido y volví a su habitación. No había dejado de pensar en ello desde que fui a por su pijama. Al entrar, observé de nuevo el mural y me pareció inconcebible que alguien como ella tuviera esa necesidad de exponer fotos de esa forma en su espacio más personal.

Yo también las tenía, pero no reveladas y colgadas en un lugar privilegiado.

Inspeccionando un poco más, encontré varios papeles encima del escritorio. Había correo sin abrir. Leí los remitentes, muy consciente de que estaba transgrediendo una ley, fisgar el correo ajeno, y me sorprendí al reconocer los nombres de diversas ONG. Eran entidades con fines humanitarios dirigiéndose personalmente a ella. Fruncí el ceño y volví a fijarme en el mapamundi.

Sabía que Adriana solía viajar varios meses al año, pero me la imaginaba en Sant Barts, las Maldivas o Japón, no en medio de África ecuatorial.

De repente, me giré como si alguien me hubiera llamado y mis ojos repararon en un organizador bajo con cajones debidamente cerrado con llave.

Me agaché y estudié el mueble. Era todo un desafío. Ansioso, codicié los secretos que escondía porque, misteriosamente, cada vez encontraba más pistas que no cuadraban lo más mínimo con la imagen que tenía de ella.

Me fijé en la cerradura y supuse que sería una llave pequeña. Pronto paseé la vista por todos los recovecos posibles donde yo escondería un objeto similar en ese habitáculo y, en el tercer sitio que comprobé, ¡bingo!

El brillo de esa llave desató en mí una curiosidad insaciable. Abrí el organizador y lo que hallé dentro todavía me desconcertó más.

Había un centenar de bocetos de zapatos que, bajo mi humilde punto de vista, tenían un diseño fastuoso. Estaban dibujados con un detalle exquisito y en distintas vistas de planta, alzado y sección. Abrí el resto de los cajones y descubrí más dibujos de bolsos y cinturones, pero, lo que en realidad discerní fueron muchísimas horas de trabajo invertidas en algo que había sido extrañamente desterrado de su vida.

—Pero... ¿quién eres? —musité para mí mismo fascinado.

MEMORIAS DE ÁFRICA

Adriana

Me despertó el dolor.

Recordaba que Ander me había acercado una pastilla a la boca junto con un poco de agua en algún momento de la noche.

Qué bonito. Qué tierno. Qué todo... ¡Años engañada!

Eso es lo único que veía oculto bajo sus buenas acciones con la pobrecita de turno.

Estaba rabiosa. Es más, de repente, lo odiaba profundamente; y es muy desconcertante que esa persona aparezca de pronto portando una bandeja con el desayuno más fantástico que jamás hayas visto. Si me quedaran fuerzas para maldecirle por hacerme salivar como a un perro ciego, lo habría hecho.

—Buenos días, ¿cómo estás? —preguntó interesado apoyando la bandeja en la mesita de noche.

—Bien... —mascullé—. Pronto podrás irte.

—Dos días. No pienso estar ni un segundo menos de cuarenta y ocho horas cuidando de ti. Tómate los calmantes y relájate.

—Tengo cosas que hacer.

—Sí, descansar. El resto puede esperar.

—Necesito mandar un par de *e-mails* de trabajo —insistí.

—¿Trabajo? ¿En qué trabajas? —preguntó desafiante poniendo las manos

en su cintura.

Me callé a tiempo antes de soltarle un «y a ti qué te importa» desabrido y mordaz que alimentara su curiosidad.

—Mi trabajo es organizar fiestas y necesito avisar de que no cuenten conmigo para la semana que viene.

Ander levantó una ceja sin creerse ni media palabra.

—Ah, ya. Y oye, ¿esas fiestas son en África?

Se me cortó la respiración.

—¿Qué?

—Es que ayer en tu habitación vi un montón de chinchetas marcadas en ese continente, y me dije: «¡Anda, debe tener muchos amigos allí!».

No me gustaba ni un pelo ese tono, y menos su vista de halcón.

—Alcánzame el móvil, por favor.

Me acercó el bolso que le estaba señalando y se quedó mirándome como si fuera a ponerme a llamar delante de él.

—Quiero ir al baño —dije distrayendo su atención de la llamada—. ¿Me ayudas a levantarme?

Lo hicimos muy lentamente. Malgastamos un tiempo de vida precioso en llegar al retrete y, sin tener que pedirselo, Ander me dejó el bolso al lado recordándome que las enfermeras me habían surtido de compresas tamaño caballo especiales para estos entuertos.

—Estaré aquí fuera, avisa al terminar —musitó mi enfermero.

Y claro que lo llamé. Estaba deseando volver a la cama, después de jurarme a mí misma que no iba a beber nada en todo el día para no tener que volver a levantarme.

—Tengo un hambre que me muero —acerté a decir mirando la bandeja. Era una de esas que tienen patas diseñadas para apoyar en la cama, y Ander no tardó en colocármela encima.

—¿No ibas a llamar a alguien para anular una fiesta?

—Estoy a punto de desmayarme, ¿puedo hacerlo después de desayunar?

No contestó al sarcasmo y abandonó la habitación.

La estampa parecía un domingo de lujo en la cama, pero lo cierto es que estaba muerta de dolor y tenía alrededor a un ser atractivo y lozano que insistía en remarcar que no estaba interesado en acostarse conmigo.

Eran tan guapo, el *jodío*...

Y me daba igual que para el resto del mundo fuera un tío tirando a normal. No sé, ¿Josh Hartnett era un *sex symbol*? No lo creo, pero cada vez que lo veía, me daban ganas de comérmelo crudo. Esa mirada... Esa sonrisa...

Agité la cabeza y me insté a centrarme. Tenía trabajo.

Desbloqueé el teléfono y revisé el *e-mail* de mi jefe felicitándome por la información obtenida sobre Alejandro, el magnate que cacé en la fiesta de Cloe. Pero el que me interesaba de verdad era uno nuevo que había llegado hacía veinte minutos con todos los datos de mi próxima misión.

Se trataba de un pez gordo. Un abogado de renombre. Debía investigarle, seguirle y ligármelo, pero en mi estado sería imposible. ¿Qué iba a hacer, pedir la baja? En mi trabajo, si no estás en activo, es porque estás muerto. Cada día cuenta. Cada hora que pasa, se pierden vidas, y ya se perdían suficientes mientras dormíamos y al otro lado del globo brillaba el sol y se activaban las miras telescópicas.

La vida continuaba y nadie debía enterarse de que, en aquellos momentos, no podía acercarme sola ni al servicio. Y no lo harían gracias a que me daban cierta libertad, pero solo si semanalmente reportaba un informe con mis avances.

De pronto, detecté mi pestilente olor corporal.

Por Dios...

No había cosa que más me molestará que ese hedor rancio a sudor. ¡Maldito nórdico de plumón de oca escandinava! ¡Aquella cama era una sauna! Era obvio que mi padre y su mujer gustaban de dormir en pelotas, los muy... viciosos.

Hice un ligero movimiento y vi las estrellas. Ducharme no era una opción

porque moverme no era una opción.

¿Qué cara pondría Ander cuando le pidiera una pinza para la nariz? Sonreí al imaginarlo, pero la diversión me duro poco.

¿Cuántas horas tendría que soportarle? Me comía la vergüenza. Murphy estaría atragantado de risa conmigo. Esperaba que el lunes por la mañana se hubiera largado y yo ya estuviera bien, pero un intenso dolor pareció recordarme, como lo haría una bola 8, que aquello parecía poco probable.

Vi una pastilla en la bandeja del desayuno y empecé a comer para poder tomármela lo antes posible, pero debía ser un somnífero porque volví a despertarme a las cuatro de la tarde.

—¿Ander? —pregunté temiendo que se hubiera ido, aunque con la irracional esperanza de que se hubiera marchado.

La puerta se abrió y apareció el susodicho, taciturno.

—¿Cómo vas? ¿Quieres comer algo? He hecho espaguetis.

Cada vez que oía el nombre de un carbohidrato sentía una pequeña descarga en lo más profundo de mi estómago. Seguramente porque, desde el día que me vino la regla, mi madre me pellizcaba si se me ocurría mencionarlos.

—Me conformo con una pechuguita de pollo y un yogur.

Él entrecerró los ojos.

—¿Estás rechazando mi plato estrella? ¿Así, sin más?

—¿Plato estrella?

—Hay gente que lo cataloga de obra de arte... Hasta estoy pensando en registrarlo.

—¿Con qué nombre?

—Se llamará: «Ponme más. Ahora».

Se me escapó una risita y reverberó en mi vientre como una puñalada.

¿Podía permitírmelos?

«¿Y fracasar en tu próxima misión?», susurró un angelito en mi oído.

—Seguro que están de morirse, pero... —comencé.

—No están de morirse, están de resucitar.

Me mordí el labio, hambrienta, pero conseguí negar con la cabeza. En su rostro apareció una decepción que me vi obligada a restaurar; al fin y al cabo, Ander estaba al tanto de mi historia clínica. Me había visto en ropa interior (y menos), así que no había motivo para esconderle nada y decidí ser sincera con él.

—Ander, me gustaría comérmelos, pero no puedo engordar. La talla 34 solo se consigue pasando hambre.

—Pues usa la 36 o la 38.

—El problema es que, en ciertas marcas de ropa, esas tallas no existen. Nos miramos a los ojos y pareció no entenderlo.

Angelito.

—Creo que comer un poco no te vendría mal en estos momentos, Adriana. Estás escuchimizada.

¡Menudo piropo!

¿Cuántas veces me había dejado claro que no le parecía atractiva en las últimas cuarenta y ocho horas?

Vale que no me sentía en mi mejor momento, pero nada que no solucionara una ducha, brillo de labios y un Armani.

—Pechuga a la plancha —decidí con una sonrisa vacía.

—No hay. No había nada en la nevera. Tus padres se han ido de viaje, ¿recuerdas? He bajado a hacer la compra para hacerte mis espaguetis *gourmet*, pero, bueno, si no los quieres, los tiro y ya está... —dijo abatido recordándome al niño que una vez fue.

—Vaaaale, ¡tráeme una cucharada de esa cosa!

—¡Dos cucharadas! —resolvió feliz, ausentándose.

Puse los ojos en blanco. Pensaba masticar cada bocado treinta y cinco veces como mínimo.

Cuando me puso el plato delante, un delicioso aroma sometió mis sentidos y me flaqueó todo.

Estaba tan concentrada en no babear mientras los degustaba que cuando

analicé la frase que acababa de decirme, tenía la boca llena y no lo escupí todo de milagro.

—¿Mph?

—¿Que cuántas veces has abortado?

Seguí masticando, dándome tiempo para responder. No quería contestar a esa pregunta ni que él notara que no quería hacerlo, así que no la esquivé.

—¿Desde la mayoría de edad o en total?

Al muy soso no le hizo gracia mi ocurrencia.

—¿Alguno de los embarazos fue buscado?

—Ander... te contestaría que no es asunto tuyo porque no lo es, pero en serio, ¿qué más te da a ti eso? ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero saber si te hubiese gustado ser madre.

—No puedo serlo, ya lo oíste.

—¿Pero querías?

—No, no quería —contesté bruscamente manteniéndole la mirada.

Ese tema no se tocaba.

Llevaba demasiado tiempo volviéndome loca. Tenía treinta y cinco años y no podía plantearme ser madre ni física ni logísticamente. Con mi suerte..., ¿cómo no iba a estar deseándolo?

Lo que me jodía de verdad es que me lo habían avisado desde el principio.

«¿Tiene usted deseos de ser madre?», fue lo primero que me preguntó el hombre que me reclutó. Si no quería, perfecto, y, si quería, tenían la esperanza de que se me quitasen las ganas viendo el panorama real de cómo iba el mundo.

Conocí a Zeta en una fiesta universitaria. Ese día estaba pasadísima, y cansada de encontrarme siempre con los mismos imbéciles superficiales. Así que me escuchó berrear sobre que el mundo se iría pronto a la mierda y nadie parecía estar haciendo nada al respecto. Se acercó a mí y me dijo: «¿Quieres formar parte del cambio? Llámame. Sea de día o de noche».

Aquello me sonó a proposición indecente, pero me colocó una tarjeta en la

mano y desapareció sin responderme a la pregunta: «¿Quién coño eres tú?». Parecía un cuarentón atractivo y rico en busca de una gatita que se creyera una tigresa.

Intenté olvidarlo, pero no pude, había algo extraño en sus ojos. ¿Iría en serio?

Un año después, asomada al balcón de mi piso, mirando hacia abajo y con las lágrimas desfigurando mi cara, toque fondo. Puede que fuera por el insustancial tío que estaba desnudo en mi cama o el bajón de la coca que últimamente necesitaba para disfrutar del sexo en condiciones, pero nada parecía ser suficiente para mí. Y, en vez de lanzarme al vacío, llamé a Zeta. Busqué la tarjeta que celosamente había guardado sin motivo aparente y marqué su número.

Me citó en un bar y me lo explicó todo.

El trabajo de Zeta era fichar a mujeres para entrenarlas en el arte del espionaje. Buscaba perfiles rebeldes y, según él, yo llevaba un cartel gigante en la cara que rezaba: «Esta mierda de mundo me ha hecho así», y lo entendía, porque yo era terrible en aquella época.

Me dijo que se necesitaba un carácter duro para ser uno de ellos, y, por lo visto, también una cara preciosa. Que lo de ser seductora y violenta podía aprenderse. Pero formar una familia te convertía en un blanco fácil y, a los veintitrés, ni me había planteado renunciar a mi vida para vivir cada segundo la de otra mini yo.

Todavía no sé por qué dejé ese curso de diseño de moda para meterme en ese mundo; bueno, sí lo sé, porque me sentí halagada por algo más que por mi físico y en ese momento era justo lo que necesitaba oír. Estaba harta de los sinsabores de ir por la vida creyéndome «Lolita».

—¿Qué quiere exactamente de mí? —cuestioné sin preámbulos cuando empezó a hacerme preguntas extrañas.

—Tu vehemencia, tu iniciativa y tu descaro —contestó mirándome intensamente—. Tengo buen ojo. Mi trabajo es fichar a gente para trabajar en

Inteligencia. Y creo que serías perfecta.

Ignoré que lo dijo con la mirada perdida en mis tetas y le creí.

—¿No hace falta una carrera para eso? —pregunté desconfiada.

—No. En el CNI (Centro Nacional de Inteligencia), trabajan todo tipo de perfiles. Solo tienes que tener un talento especial y explotarlo mediante prácticas sugestivas poco ortodoxas. ¿Te interesa?

Y ya era suya.

Más tarde, cuando demostré de forma natural que encajaba a la perfección en lo que ellos buscaban, empecé a sentirme peligrosamente orgullosa de mí misma por primera vez en mucho tiempo. Una sensación adictiva que no experimentaba desde que me fui a Milán todavía siendo una niña. Y, para cuando llegó la parte desagradable, mis principios me prohibieron abandonar, entre otras cosas, porque me hicieron darme cuenta de que los tenía; lo que permitió perdonarme a mí misma por el tipo de vida que había llevado hasta la fecha.

Y es curioso como la vida te perdona, porque parecía que había nacido para ello. Para ayudar con mi don de putón, como solía bromear con Zeta. Hacía años que usaba mi apariencia para conseguir todo lo que quería, sin reparos en irme a la cama con quien fuera necesario. Frívola, alocada, furcia, hay adjetivos a elegir, pero ahora, podía servirme de coartada para mi nueva vida porque era lo que a simple vista parecía. A partir de aquel momento, lo consideré una habilidad. Era fuerte. Conseguí que nada me afectara. Nada. Y eso se dice pronto.

Era un maldito camaleón capaz de infiltrarme en cualquier parte. Me sentía igual de cómoda en medio de las delicadas Damas Rosas tomando el té de las cinco rodeada de miles de bolsas de Harrods, que fabricando explosivos con Lisbeth Salander y Gogo Yubari.

Hacía amigos con facilidad. Detectaba con pericia las fortalezas y debilidades de la gente. Mi capacidad interpretativa estaba altamente desarrollada, o sea, mentía de puta madre, pero la mitad del trabajo lo hacía

mi físico, porque «una chica tan guapa no podía ser demasiado lista».

Me explicaron que el examen para entrar en la organización consistía en tres pruebas (cada cual más surrealista), que desvelarían si era apropiada para el trabajo.

De la primera ni nos avisaron. Consistió en agrupar a veinte chicas hermosas a las seis de la tarde en la sala de juntas de un hotel y nos llamaron una por una para hacernos una única pregunta en privado. Yo entré la última.

—¿Puede decirme qué hora marcaba el reloj del pasillo que ha atravesado justo antes de entrar en esta sala?

Me quedé loca. ¿Hablabas en serio?

Me había fijado en ese reloj y sorprendido de que no marcará bien la hora.

—Las ocho.

—¿Has visto? Casi no ha dudado —le comentó Zeta al hombre que parecía estar al mando.

—Muy interesante —susurró este, mientras anotaba algo en su bloc de notas.

—Gracias, señorita Torres. Eso es todo. Vaya a la habitación número trece, está al final del pasillo.

Cuando entré en ella, encontré a dos chicas, una rubia y otra morena, igual de perdidas que yo.

—Hola, ¿también os han mandado aquí?

—Sí, ¿te han preguntado lo del reloj? —preguntó Zipi.

—Sí.

—¿Y qué has contestado? Porque nosotras hemos respondido cosas diferentes —expuso Zape confundida.

—¿Qué habéis contestado?

De repente, alguien entró en la sala. Una mujer vestida de blanco impoluto recién sacada de un anuncio de lejía caminó hacia nosotras sin decir palabra, intimidando con el clásico ruido de tacones en el suelo de mármol.

—Felicidades, chicas. Sois las únicas seleccionadas para la siguiente fase.

El resto no ha dado una respuesta válida.

—¿Había varias respuestas correctas? —pregunté intrigada.

—No, solo había una.

—¿Entonces...? —objetó la morena abriendo las manos.

La mujer sonrió ante nuestro desconcierto.

—Esto era una criba. Sabíamos que la mayoría ni vería el reloj; otras, registrarían el objeto, pero no se fijarían en la hora exacta. Lo importante era que debíais contestar a una pregunta eliminatoria y solo vosotras os habéis aventurado a contestar la hora aproximada que debía ser, puesto que hemos quedado a las seis —dijo mirando a Zipi y Zape—. Tú has entrado a las seis y cinco, y tú a las seis y diez. Al menos habéis pensado con lógica en un momento crítico, el resto ha contestado que no lo sabía o que no había visto el reloj.

—Yo no lo había visto —confesó una de ellas—, pero he pensado en lo más probable.

—Eso ya es algo —confirmó doña Limpia.

—Yo lo he visto —repuso la morena—, pero no me he fijado exactamente en la hora. ¿Tú qué has contestado? —me preguntó curiosa.

Las tres se quedaron mirándome interrogantes, pero me pareció que la mujer no estaba expectante por la respuesta, sino por otra cosa que no alcanzaba a entender aún.

—He respondido: «Las ocho». Era la hora que marcaba...

Un inapreciable gesto de desaprobación apareció en sus ojos y, al ver las caras de mis compañeras, lo entendí al momento.

Lección número uno: «responde siempre para sobrevivir». Era justo lo que nos acababa de decir. «Nunca digas la verdad, sino lo más conveniente».

Si hubiese respondido «las seis y veinte», todas contentas. Nos hubiésemos convertido en el equipo Tulipán. Pero, en lugar de eso, la verdad me colocó directamente en el puesto del rival a batir, en la favorita de los profes, en la friki. No era mejor que esas chicas eliminadas que habían sido sinceras al

verse acorraladas en vez de improvisar la respuesta que más les convenía en ese momento.

Y de eso pusieron cara, de desear perderme de vista cuanto antes, porque, la gente equilibrada no quiere pensar en que los pobres pasan hambre y sufren penurias indecibles, ni en que los ricos tienen una vida a todo lujo con la que ellos no pueden ni soñar. Ambos extremos los afligen y los rechazan automáticamente en un impulso de autoprotección.

Nunca olvidaría esa primera lección en el CNI. Autoprotección. Y sería la primera de muchas valiosas.

Estuve toda la tarde ojeando la información que Zeta me había enviado sobre el nuevo individuo que, a simple vista, parecía más complicado que Alejandro.

Menudo elemento el tal Alex. Con él fue muy fácil. Era un menda tan despistado que no sabía exactamente cuánto había costado su casa de Malibú ni qué pintaba una alfombra Aubusson de 30 000 dólares en la entrada de un chalet a pie de playa.

Coincidir con él fue difícil, el resto no. Le llevé hasta la cama, le sedé con mi polvo de hadas y revolví durante horas su despacho revestido de madera *Purple Heart*.

Dios..., qué madera.

Un insultante desperdicio para alguien que desconoce que el *corazón púrpura* tan solo se extrae de bosques del África más torrencial. Era una de las maderas más caras del mundo, y seguro que había sido un modesto regalo por su decisión de invertir en lucrativos contratos de armamento con la persona equivocada.

En África, hay un millar de rutas no controladas por el Gobierno que sirven de salvoconducto para el contrabando de armas ilegales, y eso chocaba directamente con la misión antiproliferación de armamento que llevaba a cabo

desde hacía años la Unión Europea junto con el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas. «El desarme es posible», decían, a favor de la reintegración social en un lugar que se había convertido en el escenario de decenas de conflictos enquistados a nivel internacional.

En estos casos, lo mejor era cortar el foco del problema de raíz. ¿Quiénes eran los responsables de subvencionar armas a los rebeldes?

El perfil más buscado eran hombres sin escrúpulos que no sabían qué hacer con su dinero y, aun así, querían más. Esos aburridos hombres solían pasearse por fiestas de alto *standing* donde encontrar compañía cara y exclusiva. La mía.

Nuestra tapadera era una agencia de modelos de lujo hermanada con otras similares. Las listas de invitados eran la información más jugosa para nuestros *hackers* de bases de datos, así como chivatazos de última hora.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos y Ander entró para ofrecerme unas pastillas junto con un vaso de agua.

—¿Ser enfermero es tu vocación frustrada?

Él arrugó la nariz.

—Podías haber sido médico, como tu hermana.

—Podía haber sido muchas cosas, misionero en África, por ejemplo —soltó evaluando mi reacción con interés, pero ya era tarde para no atragantarme con el agua que estaba sorbiendo, así que tosió un poco.

—Seguramente serías de los que reparten comida a los más escuchimizados.

—¿Tú alguna vez lo has hecho?

No me gustaban los derroteros que estaba tomando esa conversación. ¿Por qué Ander me lanzaba indirectas sobre eso? Tenía que entretenerle y rápido. Y solo conocía un modo de hacerlo.

—Ander, ¿sería mucho pedir que me ayudases a ducharme?

—¿Ahora?! ¿No puedes esperar?

—Son las nueve de la noche. El viernes me metí en la cama a las seis de la mañana hecha un asco. No toqué suelo hasta las siete de la tarde cuando me levanté para ir al hospital; y ayer llegamos aquí a las cuatro de la madrugada. He dormido entre plumas de pato, con el calor que eso conlleva, y apesto...

—Pues dúchate, no me necesitas para eso...

—Vale, olvídalo —dije molesta. Intenté bajar de la cama, pero un tremendo dolor de lumbago me dejó paralizada.

—¿Estás bien? —se preocupó agarrándome.

—¿Por qué no te vas? Has dicho que puedo sola, ¿no? —dije con aspereza.

—Joder, Adri... ¡Te ayudaría encantado, pero no sé si va en serio o solo intentas ponerme nervioso y seducirme!

—¿Seducirte? ¡Estoy medio moribunda!

Él guardó silencio y tragó saliva lamentando sus palabras.

—Está bien..., ¿por dónde empiezo?

«Ya eres mío», sonreí por dentro, dolorida.

Pensaba licuarle el cerebro hasta que no recordara ni cómo se llamaba.

ENEMIGOS ÍNTIMOS

Ander

Entré en mi despacho y busqué la toga.

Aquella mañana parecía que me hubiera dejado la cabeza en otra parte. En la ducha de Adriana, para ser más exactos.

Todo iba bien, presuntamente, hasta las últimas tres horas del domingo cuando, a mi querida paciente, se le ocurrió la flamante idea de pedirme ayuda para tal menester.

Al principio, me negué en redondo, obviamente, pero no sé cómo, acabé frotándole la espalda. Diluyendo mi razón a medida que la espuma disolvía su suciedad.

No me fie de la poca importancia que le dio a su desnudez cuando se metió bajo la alcachofa. Era una clara provocación. Quería perturbarme y lo estaba consiguiendo, porque era imposible apartar la vista de esas curvas, pero también pude apreciar pequeñas marcas que campaban por su piel de forma poco convencional. ¿Cómo se las habría hecho? Mientras pensaba en ello, noté que mi boca no dejaba de salivar y fue violento darme cuenta del significado de «hacerse la boca agua».

Esperé pacientemente sin hacer caso a las mil ideas locas que brincaban en mi cabeza. ¿Desde cuándo no podía controlar lo que me provocaba? Logré envolverla con una toalla y respiré aliviado porque, a pesar de su lamentable

estado, juraría que estaba disfrutando con mis complicadas maniobras para fingir que para mí no era más que un familiar enfermo.

—Muchísimas gracias, Ander, estoy como nueva —ronroneó aún brillante por la humedad—, ¿cómo puedo agradecértelo? Haré cualquier cosa.

¡La madre que la parió!

Me tambaleé peligrosamente en su dirección y retrocedí asustado. Una bruja. Eso es lo que era. Me había hecho bajar la guardia y me tenía hipnotizado mientras el zalamero tono de sus frases me acariciaba el lomo.

Sacudí la cabeza y, cuando estaba a punto de decirle que no hacía falta que hiciera nada, mi enfermiza curiosidad luchó con fiereza contra mi adusta negativa.

—Puedes agradecérmelo de una forma —solté directo.

Ella subió las cejas y esperó con una sonrisa triunfadora.

—Respondiendo a tres preguntas.

—¿Preguntas? Es lo último que pediría un tío normal en esta tesitura —contestó ofendida.

Yo sonreí al notar que sus planes no iban por donde quería.

—Ya, pero es que yo no soy un tío normal.

—Reconocerlo es el primer paso para salir del armario.

—Te equivocas, es que no me interesas; y, aunque lo hicieras, te han prohibido mantener relaciones sexuales, ¿recuerdas?

—Eso no es del todo cierto.

—Adri...

—No me han prohibido hacer nada con la boca... —soltó con un dejé sexual que no hubiese podido ignorar, aunque quisiera. Una parte muy íntima de mí reaccionó a esa frase sin mi permiso. Estaba claro que ese apéndice recordaba su técnica con ilusión.

—Pues usa tu boca... —dije acercándome a ella hasta notar que se le cortaba la respiración. Era una sensación nueva comportarme así y dejarla sin palabras, pero era la única forma de defenderme en aquel momento: atacando.

Hubo un *impasse* en el que mi doblegada vista resbaló de sus ojos a sus labios. No sé con qué propósito, porque no estaba dispuesto a reconocer que alguien que no era santo de mi devoción, y que estaba claramente impedida, me estaba excitando cómo no recordaba haberlo hecho nadie.

—Responde por esa boca, ¿qué son en realidad esas chinchetas en África? ¿Por qué te escriben tantas ONG y proveedores análogos? No sabía que fueras una hermanita de la caridad.

Ella pareció salir del trance sensual. Retrocedió un poco y se ajustó más la toalla para taparse.

—¿Has estado husmeando entre mis cosas? —preguntó indignada.

—Estaban a la vista. Se nota que has pasado mucho tiempo en África. ¿Por qué?

—¿Qué más te da, Ander?

—¿Por qué no respondes a las preguntas?

—Increíble... Tráeme un pijama limpio y déjame sola, por favor —dijo molesta zanjando el tema.

Ahora la muy tunanta podía sola.

—Has dicho «cualquier cosa», ¿no piensas responderme? —señalé insistente.

—Las chinchetas son niñas que tengo apadrinadas con esas distintas ONG. ¿Sabes lo que es nacer mujer en África? Mutilación genital, matrimonio forzado, violaciones constantes, y podría seguir, pero paso. Ve a por mis cosas, Ander, y no olvides echar otro vistazo —murmuró arisca la última frase.

Se lo traje rápido y le dejé intimidad. Cuando salió, intenté ayudarla a meterse de nuevo en la cama, pero hizo caso omiso de mi asistencia.

Me fui de su casa a las doce de la noche, después de darle las últimas pastillas.

—Me voy, espero que te mejores pronto.

—Gracias —musitó sin hacer contacto visual.

—Adiós.

—Adiós.

Solo un genio podía dejarme con la cabeza del revés en tan solo cuarenta y ocho horas. Entre la culpabilidad que sentía, la intriga, y mi renovada atracción sexual por ella, estaba preparado para volverme loco.

Escondía algo. Aunque hubiera verdad en sus palabras, notaba que no quería dejarme entrar en esa rendija de luz que por fin había visto en ella, después de tantos años sin ver nada más que una sólida e infranqueable oscuridad.

—Empezamos en diez minutos —dijo un tramitador entrando en mi despacho—. ¿Está listo?

—Sí —reaccioné. Tenía que centrarme y quitarme a Adriana de la cabeza, pero algo dentro de mí no me dejaba abandonarla. Cogí varias carpetas de encima de mi mesa y abandoné la habitación.

Cuando entré en la sala destinada al juicio del día, puse los ojos en blanco mentalmente.

«Qué bien, mi chico favorito», agonice al descubrir que el letrado asignado era Carlos Gómez.

Un tipo radioactivo. Solo con oír su tono de voz ya contaminaba el buen karma de la jornada. Esa prepotencia, esa agresividad engalanada de buenas palabras, esa mala educación...

Tenía claro que en una sentencia no podían tomar partido mis opiniones personales, sino los hechos, y, normalmente, no me costaba ser objetivo; pero con él me era difícil no posicionarme y estar más reticente de la cuenta a darle la razón. Además, solía defender a auténticas joyitas, pero, muchas veces, amparándose en las leyes, su lógica era irrefutable. Lo que indicaba lo mal paridas, poco específicas y la manga ancha que tenían algunas. Cuadré los hombros y decidí terminar rápido con todo aquello.

A mediodía, salí a comer a un restaurante cercano, porque llovía a cántaros. Era un lugar donde el noventa por ciento de los comensales pertenecían al gremio. Jueces, abogados y personal del cuerpo judicial se agolpaban en la barra y compartían mesas largas al más puro estilo europeo. Nada de mesas individuales. Y tuve la mala suerte de aterrizar en la de Carlos Gómez y sus secuaces, pero me dio igual. Hice como si no existieran.

Durante la comida, no dejé de pensar en Adriana. ¿Cómo se encontraría? Y me sorprendí buscando una excusa para volver a verla. ¡Su ropa! De pronto recordé que prometí traerle su ropa de casa de Diego y finalmente no lo había hecho.

No pude evitar sonreír ampliamente.

¡Era desconcertante!, ¿por qué me sentía así? ¡Si mi inquietud con ella no tenía nada que ver con sentimentalismos! Sencillamente, Adriana era un crucigrama sin terminar y, ahora que tenía algunas letras colocadas, me apetecía resolverlo.

Iba a pedir la cuenta cuando lo oí.

—Una tía que estaba buenísima, en serio —decía Carlos—. Ha sido de película. He quedado con ella aquí, para tomar un café.

—Pero ¿cómo la has conocido? —preguntó alguien.

—Estaba en los juzgados. Se le había roto el tacón de uno de sus preciosos Louboutin. ¡Una diosa, os lo juro! Y casi atiza a uno de los auxiliares cuando insistió en pegar él mismo la suela. ¡Es la mujer de mis sueños!

Todos se rieron.

—Le he dicho que podía hacerle compañía mientras alguien de su confianza le traía otros zapatos y hemos... conectado. —Sonrió seguro de sí mismo.

—¿Significa eso que ya se la has «enchufado» en los lavabos? —sugirió otro.

Las risitas de rigor no faltaron ante la alegoría.

—Aún no, pero han saltado chispas —contestó ufano—. Y esta noche puede que le dé una buena «descarga».

Las carcajadas volvieron a caer al unísono.

Me levanté avergonzado de mi género y fui hacia la barra. El sitio estaba atestado y empecé a impacientarme para pagar. Tenía prisa. Necesitaba verla. ¿Estaría ya recuperada?

La oí antes de verla.

—¡Carlos, corazón!

Me giré al escuchar unos acordes tan familiares como detestables. Era la voz que ponía Adriana cuando intentaba fingir que le gustaba ser una pija de manual.

Su abundante pelo me saludó descansando en ondas sobre su espalda menuda, mientras se acercaba a darle dos besos al abogado más odiado de los últimos tiempos.

Él se deshizo en lisonjas en un tono claramente artificial y se alejó de sus amiguetes, guiándola hasta un lado de la barra.

Cuando la vi de frente apenas la reconocí.

Eso no era estar bien, eso era... una burla para el torpe y leal enfermero que había creído que estaba moribunda de verdad.

Empecé a cabrearme mientras se me dilataban las pupilas. Una simbiosis dolorosa, pero es que estaba... sublime. Y, cuando digo sublime, quiero decir que era casi imposible irradiar tanta clase y ser tan tentadora a la vez, sin mostrar descaradamente ninguna parte del cuerpo. Llevaba un vestido negro, de cuello redondo, sin escote y sin mangas, de una largura loable que no se adhería ni a sus piernas ni a su culo. ¡¿Cómo podía gustarme tanto si no marcaba nada?! Incluso tenía dos infantiles bolsillos en la parte delantera en los que metía con gracia las manos pareciendo inocente, pero no podías dejar de mirar la prenda porque era COMPLETAMENTE de cuero negro.

Lo bello, a su lado, se deprimiría. Era todo ojos, labios y un estilazo que enloquecería hasta al papa, pero debía obviarlo y concentrarme en entender qué hacía ella allí con ese sinvergüenza. Era obvio que estaba desarrollando un papel. Adriana no era tan amable ni simpática con nadie. Más bien era

irónica y un poco diva, así que aquello debía ser una farsa.

Pronto me di cuenta de que me había visto, y no solo a mí, sino que parecía controlar a todo el maldito local mientras Carlos no dejaba de lanzarle miraditas jactanciosas a sus amigos y ella fingía ser ajena a ellas sin dejar de hablar ni un instante.

No me fui. ¿Para qué? Ella estaba allí. Y muy sana, al parecer. Una hora después, se marcharon, y en el último momento me dieron ganas de plantarme delante y gritarle: «¡Tío, ¿qué haces con mi hermana?!». Porque sentía que Adriana era parte de mi familia y necesitaba protegerla de ese gilipollas engreído. Pero, por otro lado... debía ser sincero conmigo mismo y reconocer que tenía celos. ¿Celos de qué? ¿De ser engañado? «¡No te preocupes!, si estás en lo cierto, tú también has sido engañado todos estos años», exclamó chistoso mi cerebro.

Quizá sea pronto para ser sincero, pero Adriana era mi Afrodita (¿cómo no?). A los 16 eres altamente impresionable, aunque mi rencor hacia ella siempre fue más fuerte que mi deseo; incluso que el recuerdo, porque automáticamente se imponía recordar cómo me trató a continuación esa noche y eso hacía que se apagara cualquier chispa que pudiera resurgir. Sin embargo, por fin le había dicho cómo me sentí y me había desahogado. El rencor había muerto y descansado en paz, aunque la reacción de desconcierto y traición en su cara al enterarse me había dejado un poco desconcertado. Más tarde, me dio pena todo el episodio del hospital y, para colmo, había descubierto cosas de ella que me hacían verla como si fuera una persona totalmente nueva. Una que, muy a mi pesar, me intrigaba y me resultaba interesante a la par que poseedora de una deslumbrante belleza. Y eso era un problema porque, de repente, mi atracción por ella no tenía de dónde agarrarse y se me escapaba entre los dedos bajo sus imparable ganas de someterme.

En cuanto desaparecieron, saqué el móvil y le envié un mensaje bastante rudo para ser yo.

Ander: Deshazte de él. Nos vemos en casa de tus padres en veinte minutos.

Ni qué decir tiene, que estuve esperándola tres horas en el portal, muerto de frío hasta que apareció.

—Pero... ¿qué coño haces aquí? —preguntó enfadada al verme.

ATRACCIÓN FATAL

Adriana

No me lo podía creer.

Que Ander nos viera en el bar fue un golpe de mala suerte y sabía que me traería problemas. Había estado cuidando de mí todo el fin de semana, siendo más rancio que una monja de clausura, pero había captado en sus ojos un par de veces que no le era del todo indiferente.

¡Lo sabía!

Ander era un tipo listo, ¿qué duda cabía?, pero había cometido un error. Y es que, pasar tan forzosamente de alguien, también envía un mensaje: que te importa lo suficiente para tomarte la molestia de esquivarle tanto tiempo.

Por eso, el domingo por la noche al abandonar mi casa, noté cierta reticencia en el aire que poco tenía que ver con mi bienestar, sino con el suyo.

No sé qué ideas se habría hecho en la cabeza a raíz de husmear en mi habitación, pero algo bullía en su mente, y, en cuanto vi cómo nos miraba en la barra a Carlos y a mí, apestando a despecho, supe que no lo dejaría pasar.

No miré el móvil en toda la tarde, solo lo hacía si me vibraba, señal de que era alguien a quién debía atender porque mi vida dependía de ello, pero cuando me despedí de Carlos corrí hacia casa al leer el mensaje de Ander.

Tenía que deshacer ese lío. No quería que «Sherlock» se metiera en mi vida. Una cosa era invitarle a meterse en mis bragas para agobiarle y otra muy

distinta que se metiera en mi trabajo, aunque la gente pudiera pensar que estaban concentrados en el mismo punto.

En realidad, hacía años que medía mucho con quién me acostaba. Se me habían quitado las ganas de soñar y de ilusionarme con alguien. Solo había dos hombres recurrentes en mi cama. Manu, de ciento en viento, cuando nos veíamos, y por motivos que no tenía fuerzas para explicar en estos momentos, y Bryan, un buen chico, dueño de un exitoso restaurante vegetariano en Los Ángeles. Y mi confidente, en cualquier caso.

Iba a comer allí a menudo y siempre tenía información golosa para mí. Era un hombre bueno, alguien que, de algún modo, cuidaba de mí y que nunca me fallaba. Él sabía que no estábamos enamorados, pero no le importaba porque era una de esas almas zen, y se conformaba con la buena energía que le transmitía mi sonrisa cuando era sincera, según él. Y, solo el día que me demostró que eso era cierto y no una falacia para follarme, quise darle más de mí. Ahí terminaba toda la actividad incurrida entre mis piernas, excepto, claro está, esas temidas veces cuando «la jugada me salía mal», como dijo mi buena amiga Cloe.

Ander me miró ceñudo y me crucé de brazos esperando su respuesta. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí el muy...?

—Llevo aquí tres horazas —contestó desganado levantándose—. ¿Has estado todo este rato con él?

—La cuestión es ¿puedes dejar de meterte en mi vida?

—Aléjate de ese tío, Adri. Es el diablo.

—No. Es el abogado del diablo —dije perspicaz, pero enseguida me arrepentí de darle tanta información.

Él entrecerró los ojos evaluando mis palabras y aparté la vista comenzando a revolver en mi bolso.

—Dime la verdad, ¿a quién buscas realmente? —preguntó interesado.

—¿Qué te hace pensar que busco a alguien? Se te está yendo la pinza, cielo.

He conocido a Carlos y nos gustamos. Será porque los dos estamos podridos por dentro —dije enfadada metiendo la llave en la puerta y dejándole atrás.

Ander se levantó rápido y se coló en el portal antes de que se cerrara. Creo que nunca le había visto hacer un movimiento tan ágil.

Llamé al ascensor, frustrada por lo mucho que solía tardar y me giré hacia él.

—Por si no te has dado cuenta, ya estoy bien. Puedes irte.

—Como para no darme cuenta —murmuró enfadado dándole un repaso a mi vestuario que consiguió ruborizarme un poco.

—Vete a casa, Ander —musité alejándome de él. No estaba acostumbrada a que me prestara tanta atención. Normalmente, solía rehuirme, pero ahora ya no me apetecía jugar a nada porque la seducción es poder, y con él ya no tenía ninguno. No, sabiendo lo que pensaba de mí.

—No pienso irme —sentenció—, alguien tiene que decírtelo: no me lo he creído.

—¿El qué?

—¡Tu papelón con Carlos! No era real y se notaba. No sé qué buscas ni quién eres, pero estoy dispuesto a averiguarlo.

Mis cejas subieron hasta el límite de mi pelo.

—¿Qué quién soy? —dije alucinada.

—Tu cuarto es el país de las maravillas, guapa. Todo lo que hay en él choca abiertamente con la persona que eres o que pensaba que eras. Carlos no es tu tipo y vas a por él, luego están las ONG, esas marcas en tu piel y el puño americano que vi en tu bolso. ¡Quiero saber qué coño está pasando!

Nos miramos a los ojos y deseé decirle la verdad para callarle la boca, pero enseguida se impuso mi lado racional. Las puertas del ascensor me salvaron de tener que contestarle y me subí sin decir nada.

Cuando intentó seguirme le corté el paso bloqueando la puerta y chocando contra él.

—¡Basta, Ander! No sé qué intentas demostrar, pero...

—¡Intento demostrarme a mí mismo que no es cierto todo lo que estoy descubriendo sobre ti! —exclamó luchando por entrar en la cabina—. Espero que esté equivocado y que todo sea falso. Necesito que seas la mujer fría y despiadada que creo que eres.

—¿Pero por qué?! —grité desesperada.

—¡Porque si no lo eres, no entendería que ni siquiera me besaras en mi primera vez! —dijo furioso.

Me resquebrajé por la mitad y una parte de mí cayó al suelo. La otra parte, la que debía mantener la compostura, se acababa de dar cuenta de cuán cerca quedaban sus labios para encomendar ese error; y no era de las que dejaban para mañana lo que podía hacer hoy, pero...

—Porque no está hecha la miel para la boca del asno —susurré dañina. Me eché hacia atrás dejando de bloquear las puertas, que se cerraron lentamente llevándome una mirada de Ander que me gustaría poder olvidar algún día.

Era la DECEPCIÓN con mayúsculas. Algo a lo que ya estaba acostumbrada. Me recordó mucho a una que me lanzó el día que les confesé a todos los enanos, en modo edad del pavo *on*, que ya no era virgen. Manu, que tonto era un rato también, se rio, pero Ander me miró fatal. Lo cual solo me hizo fuerte en mi convicción de que nadie me quería realmente.

Todo empezó en Milán. Donde se suponía que mi madre iba a ayudarme en el delicado paso de convertirme en una mujercita, pero, en lugar de eso, perdí mi inocencia de la peor manera.

Ella tenía un novio, Miguel, que vivía con nosotras, y, por decirlo suavemente, me ignoró cuando le conté que había tenido una conducta inapropiada hacia mí.

«Eres una exagerada», me soltó cuando le insinué que había sido víctima de descarados toqueteos por su parte.

«Quizá si vistieras más recatada...», añadió maliciosa.

Los ojos se me inyectaron en sangre. No puedo explicar lo defraudada que me sentí, pero, en ese momento, la odié. Odié a todo el mundo. También a mi

padre. Por enviarme allí con ella sabiendo cómo era. ¡Le dio igual! Y, cuando volví con él, no noté que me hubiese echado especialmente de menos, más bien, de más.

Nadie me necesitaba. Nadie me quería. Y no hay mejor excusa para abandonarse a la rebeldía que sentir que ni le importas ni le gustas a nadie. El problema de caer en esa espiral autodestructiva es que terminas sin quererte y sin gustarte a ti mismo.

Pero lo había superado gracias al CNI. Allí me sentía valorada.

Entré en casa de mis padres y encendí el ordenador. Quería olvidar mi encontronazo con Ander refugiándome en el trabajo. Todavía sentía molestias, pero asombrosamente se habían reducido a una décima parte que el día anterior.

Fui al baño y me lavé los dientes. Necesitaba quitarme a Carlos de la boca. Habíamos pasado tres interminables horas juntos y, al despedirnos, le había dejado robarme un beso para que se hinchara como un gallo. Pero no tuvo nada que ver con el que yo le hubiese dado a Ander en el ascensor.

Joder, había estado cerca.

Menos mal que estaba aprendiendo a controlar mi impulsividad. ¡Su sabor no era más que un capricho! Una querencia que nunca había disfrutado y que deseaba tener corriendo por mis venas para sellar nuestro vínculo vital. Sin embargo, había usado mi última carta para alejarle de mi vida porque era peligroso. Para él, para mí, para todos.

No era buen momento para saldar antiguas deudas. No así, intentando ver algo en mí que no existía. Yo me consideraba algo más importante que una mujer digna de amar a un hombre, mis jefes me lo habían demostrado, y no podía centrarme en mis propios deseos mundanos y abandonar mi labor. Todos los días salvábamos vidas y eso era más importante que nada.

Respiré hondo y me concentré en mi siguiente objetivo: Carlos Gómez.

Los deslucidos datos que tenía sobre él no le hacían justicia. Decían que era un abogado con fama de llevarse el gato al agua defendiendo a los malos malísimos, pero, cuando le conocí en persona, descubrí que en realidad era un listo. Un encantado de conocerse. El hijo de gente adinerada enchufado muy pronto en bufetes prestigiosos de amigos que jugaban al golf con sus papás, en los cuales empezó a ganar casos de dudosa moralidad.

Una joyita, vaya.

Poco atractivo, pero con esa sonrisa déspota que indica que no le hace falta serlo mientras tenga el bolsillo a reventar. No como Ander que, cuando sonreía, era una de esas personas que parecen asiáticas. Sus ojos se convertían en dos rendijas con miles de arrugas a los lados y su boca quedaba enmarcada por unos hoyuelos adorables que le daban una candidez inigualable. Ahora bien, cuando estaba serio, su cara adquiría un aura pasota amparada en el *buenorrismo* de quien no necesita que nadie le juzgue. Maldito fuera.

Terminé duchándome porque lavarme los dientes no había sido suficiente para borrar la presencia del abogado. Había quedado con Carlos el miércoles para cenar en un conocido restaurante, pero quería olvidarle las restantes treinta y seis horas hasta el encuentro. Me sequé el pelo y me puse un pijama de invierno que encontré en mi habitación. No quiero dar pistas, pero era entero, amarillo y tenía antenas y cola.

Me encantaban ese estilo de pijamas y, cuando mi portátil me embaucó poniéndome delante publicidad de productos basados en las búsquedas de mis temas favoritos, no dudé en comprármelo por Amazon.

El problema fue que, cuando llamaron a la puerta, se me olvidó por completo que lo llevaba puesto.

Me asomé a la mirilla y descubrí a san Ander con mi espléndida maleta de Carolina Herrera al lado.

Puse los ojos en blanco y abrí.

—No hacía falta que la trajeras. Se lo hubiese pedido a Manu —dije displicente a modo de saludo.

Él ni me miró ni contestó. Solo paseó la vista por mi atuendo abriendo cada vez más los ojos.

¡MIERDA!

—¿Qué... es... eso? —balbuceó chocado.

—¿El qué? —Me hice la loca.

—¿Vas disfrazada de Pikachu?

—Es un pijama —zanjé dando media vuelta y dejándole abandonado en el umbral con la maleta. Lo último que quería era que algún vecino me viera arrastrando una cola por el suelo.

Oí unas risitas a mi espalda al cerrarse la puerta y me giré ceñuda. Volvió a mirarme divertido y negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer...

—¿El qué? —dije poniendo las manos en asas.

—No, no, no. No puedes ponerte digna llevando eso —sentenció rompiendo a reír en una carcajada que me hizo bajar los brazos al momento.

—Adiós, Ander. Gracias por traerla —dije huyendo hacia el salón.

Me senté en el sofá y subí las piernas. Esperaba oír un portazo en cualquier momento, pero, en vez de eso, se presentó allí, se quitó la chaqueta y se paseó por la estancia con una de sus anodinas camisas.

—¿Por qué no te vas? —pregunté malhumorada.

—Porque había decidido odiarte para siempre y ahora... ¡no puedo! —Sonrió frotándose los ojos—. Tienes que entender mi dilema, ¡llevas un pijama de Pokémon!

No dije nada. Acababa de decidir que le ignoraría para el resto de la eternidad. Él, sin embargo, se sentó a mi lado y me observó mientras me disponía a hacer *zapping*.

—¿Cómo estás hoy, sigues sangrando?

Por el amor de Dios. Mejor terminar rápido con ese tema.

—No —dije avergonzada.

—¿Tienes dolores?

Me moría por decirle: «¡No es asunto tuyo!», pero acababa de darle en el hocico en el ascensor y aquí estaba de nuevo, a mi lado. O era masoquista o un tío estupendo.

—Estoy bien —resolví sin mirarle. Un esfuerzo titánico.

«Hazte el mueble», me dije cuando se desabrochó un botón de la camisa. Cuando Ander hacía eso, me ponía a cien. Siempre me entraban unas ganas tremendas de meter la mano y descubrir si tenía pelo con el que jugar entre mis dedos. Apreté el puño y lo escondí en mi espalda.

—¿Vas a volver a ver a Carlos? —preguntó de repente.

—No. —soné rotunda. Esperaba que me creyera y se rindiera. Estaba cansada. Tenía planes para quedarme dormida en el sofá viendo una serie mientras disfrutaba de mi Sopinstant de verduras.

—Pareces cansada, ¿quieres que te prepare algo de cenar? Creo que aún no estás bien del todo... —Se levantó y puso rumbo a la cocina.

Madre mía. Quería minarme poco a poco, como un auténtico profesional.

—Ander —dije incorporándome—. ¿Qué más puedo hacer para que me odies y te largues?

—Vestida así, nada. —Noté su sonrisa aunque no la viera—. ¿Tienes hambre? —preguntó abriendo la nevera.

—¡Dios, qué pesadilla! —exclamé enfadada.

—¿No has tenido tiempo para hacer la compra? ¿Qué vas a cenar? —preguntó hallando vacío el electrodoméstico.

—¡No te incumbe! Ya no soy asunto tuyo.

—Siempre serás asunto mío. Formas parte de La Mafia, ¿te suena? Ese grupo de gente que aparece en las fotos de encima de tu cama.

Oh, joder. Terminaría zumbándomelo, ¿verdad?

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo habíamos permanecido tantos años sin acostarnos cuando todo lo que hacía y decía me catapultaba hacia él como si estuviera poseída?

Y, de repente, recordé nuestra dinámica. Yo le atacaba con sensualidad y él

acostumbraba a gruñirme, y ahora, había habido un cambio de papeles que debía revertir de inmediato.

—¿Quieres darme de cenar? —pregunté sugerente y mi mirada se volvió seductora—. Llévame al Demon. Está abierto los lunes y hay unos reservados discretos en los que te responderé a todo lo que quieras...

Automáticamente, le vi parpadear y convertirse en el muchacho huraño que solía ser. ¡Aleluya!

—Si vamos, ¿contestarás a todas mis preguntas?

—Solo si tú respondes a las mías sobre Carlos Gómez.

Un reto se formó en el aire.

A mí me daba igual porque era una experta en eludir respuestas y, desde que Ander dijo que Carlos era el diablo, había estado pensando en averiguar en qué premisas se basaba para sacar esa conclusión. Quizá pudiera serme de ayuda. Parecía conocerle bien.

Por otra parte, el plan consistía en demostrarle a Ander que era la *femme fatal* que él recordaba, porque estaba claro que la química entre nosotros estaba *deseandito* aniquilarnos.

Pero para lograr quitarle de la cabeza mi imagen vestida del ser amarillo más adorable de la tierra, el vestido elegido para esa cena debía ser de vértigo.

—Está bien, vístete, te espero —accedió Ander.

Arrastré la maleta hacia mi habitación y él se quedó viendo la tele. La abrí encima de la cama y ahí estaba mi más preciada adquisición. Una prenda que, cuando la vi en el escaparate, pensé: «ven con mamá».

¿No quería pruebas de que era odiosa?

Pues se las iba a dar.

SECRETOS COMPARTIDOS

Ander

Llega un día en el que te das cuenta de dónde encajas en el universo. En mi caso, era en un sofá ajeno, esperando a alguien. Acababa de darme cuenta de que siempre era un mero espectador de la vida de los demás.

Pero un espectador también tiene un papel importante. Es el impresionado. Es el *feedback*. El que responde a la provocación del artista. Y, cuando apareció ante mis ojos lista para ir a cenar, tuve que sujetarme al reposabrazos para no salir disparado.

«¡¿Dónde fabricaban esos vestidos?!», pensé desquiciado. Quería saberlo para ir a poner una queja de parte del cuello de los humildes viandantes que se la cruzaran.

Acababa de generar una reciente admiración por los diseñadores de moda, porque ese trozo de tela podía haber sido demasiado corto, pero no, quedaba justo por encima de la rodilla. Podía haber sido de tirantes, pero qué va, era de jodida manga larga. Y podía haber sido más escotado, pero no era más de lo que lo iría mi madre en la última fiesta familiar...

Entonces, ¡¿dónde estaba el problema?!

No lo sabía. Solo sabía que era incapaz de levantarme de ese sofá y no abalanzarme sobre ella. Yo, Ander Pérez, aspirante a miembro del Tribunal Supremo en mis sueños más escandalosos, no podía reaccionar.

Lo primero que hice fue cerrar la boca y absorber la baba que intentaba rebosar de ella. Después esperé a que mi tortuga volviera a meterse en su caparazón, porque lo de que mi corazón dejará de bombear a un ritmo frenético, no podía controlarlo, así que simplemente respiré hondo y me froté los ojos.

—¿Nos vamos? —dijo ella sin prestarme atención.

Qué inocente parecía... Me daban ganas de zarandearla y gritarle: «¡Vuelve a ponerte ese maldito pijama!». Ese que había roto todos mis esquemas en cuanto había abierto la puerta, porque, ¿puede la persona más cruel de la Tierra confundirse semejante oda a la ternura? Al momento recordé que, cuando era pequeña, Adriana adoraba a los Pokémon, y supe que no se había quedado atrapada para siempre en Milán. Su cara fue de traca. Y no pude evitar troncharme de risa con la misma culpabilidad que lo haría en medio de un funeral. No podía parar. No se puede luchar contra eso. Si lo intentas, es peor.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando no me moví.

—Sí —murmuré—, vamos.

La seguí hasta la salida y bajamos a la calle.

Mi Mercedes GLA esperaba acomodado cerca del portal, porque la facilidad para aparcar en un barrio es inversamente proporcional a las posibilidades económicas de vivir en él.

Nos subimos al coche y me di cuenta de que nunca habíamos estado en un vehículo juntos y solos. ¡Después de tantos años! Y tuve una sensación rarísima. Por un momento, me pareció una imagen premonitoria de lo que podría ser el resto de nuestra vida si acabásemos juntos. Un matrimonio subiendo a su coche. Sacudí la cabeza e intenté ignorar a mi supuesta «mujer», pero era difícil porque iba vestida completamente de blanco.

Desde que bajamos del coche hasta que nos sentaron en la mesa del restaurante, la mitad de las caras que había registrado se preguntaban si habían muerto, porque la niña tenía el aspecto del ángel que amablemente te

escoltaría para cruzar al otro lado. La otra mitad, tanto hombres como mujeres, al verla, pensaron en ponerse a dieta con culpabilidad. Y no me extrañaba.

El vestido era una tela que imitaba esas vendas elásticas que te pones cuando tienes un esguince. Esas que oprimen a modo de faja creando una ilusión de firmeza enloquecedora. Pero el verdadero *shock* estaba en un travieso movimiento en la estructura de la prenda. Ceñido hasta la cintura alta, se abría una inofensiva franja de piel coincidiendo con la boca de su estómago donde terminaba la sinuosa e infinita curva de sus caderas. Y desde ese punto, salían dos bandas del mismo tejido que se cruzaban recogiendo avariciosas cada uno de sus pechos hasta llegar a los hombros.

Poco más que añadir. Bueno, sí. No entendía cómo, en poco más de cinco minutos, le había dado tiempo a marcarse tres gruesos tirabuzones a cada lado de su cara que me estaban haciendo perder la cordura. Por no hablar de cómo destacaban sus preciosos ojos verdes con ese delineado *kohl* negro.

—¿Qué te apetece? —me preguntó abriendo la carta.

Si supiera lo que me apetecía, ambos iríamos al infierno.

—Buenas noches, ¿puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó un camarero suavemente, como si fuese un secreto.

—Para mí, un vaso de vino blanco O Soro, 2014.

—Yo tinto. Enate Uno, 2009.

El metre sonrió y desapareció caminando hacia atrás.

—Es lo único que se salva de ti, tu pasión por el vino —señaló ella recostándose en la silla tapizada.

—Y esto es lo que más detesto de ti, lo sibarita que eres. A mí me gusta el vino, pero no acostumbro a pedir una copa de dieciocho euros si no tengo un buen motivo.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque tú has pedido una de veinticinco.

Ella sonrió con la mueca más perversa que tenía, estoy seguro.

—Pues te adaptas bien al entorno. Me gusta eso.

¡Ja! Ni se imaginaba cómo me adaptaría a ella. Aunque seguramente moriría envenenado cuando me clavara su aguijón.

—¿Por qué estás interesada en Carlos Gómez? —pregunté en cuanto nos sirvieron las bebidas y el camarero se esfumó de nuevo.

—¿Le conoces mucho? —contraatacó.

—No has respondido a mi pregunta.

—Digamos que me interesa uno de sus clientes.

—¿Por qué? —continué implacable.

—¿Quién te ha nombrado el único con derecho a hacer preguntas? Te toca responder.

—Le conozco lo suficiente —contesté seco.

—Creo que vamos a tener que ser un poco más concretos si queremos llegar a alguna parte, ¿no te parece?

—Me parece.

Nos mantuvimos la mirada y ambos paladeamos nuestra bebida. No quería reconocerlo, pero estaba disfrutando de todo aquello. Adriana y yo siempre habíamos tenido una conexión especial, pero, en los últimos diez años, nos habíamos limitado a lanzarnos comentarios, ella, perversos, y yo, desdeñosos, y esta interacción era nueva y altamente adictiva.

—Uno de sus clientes está acusado de dirigir una nueva ONG fraudulenta y no voy a dejar que se salga con la suya —soltó de pronto, dejándome anonadado.

—¿Cómo? ¿Quién es?

—Eso es concretar demasiado. Y ahora dime, ¿por qué has dicho que Carlos es el diablo?

—Porque llevo mucho tiempo a su lado. Conozco su forma de pensar y es mezquina. Solo quiere ganar y no le importa pisotear a quién sea para lograrlo. Además, es un chulo de nivel. No lo soporto.

Adriana soltó una risita.

—Debe ser duro tratar con él a diario.

—No más que tratar contigo.

Ella levantó una ceja sorprendida, casi a la vez que una perfecta y brillante comisura de su boca.

—Así me gusta. No quiero que creas que, porque me has visto en plan relax con mi pijama Pokémon, soy algo parecido a esas chicas románticas que flipan viendo *Dirty Dancing*.

—¿No te gusta *Dirty Dancing*?

—¿Eso es otra pregunta?

—No sabía que la respuesta fuera información clasificada.

—¿Quieres saberlo o no? Después me tocará a mí.

—No. Prefiero que me cuentes en qué trabajas exactamente para tener que llevar un puño americano en el bolso.

—No te tenía por un fisgón —soltó molesta.

—Siempre lo llevas entreabierto, y esa cosa brilla. Me atraen las cosas brillantes.

Que se chupara los labios en ese preciso momento hizo que mi miembro palpitara contra mi voluntad.

¿Qué hacía yo metido en una cena romántica con ella?

¿Qué hacía yo en medio de una apasionante batalla dialéctica? Y lo más importante, ¿qué hacía pensando en tirármela? ¡Joder!

—Organizo fiestas benéficas para recaudar fondos, ya te lo dije —comenzó tragándose una «brillante» burla—, y llevo un puño de acero porque a esas fiestas acude mucha gente rica sin escrúpulos que piensa que es propietario de todo lo que ven sus ojos...

¡Zas!

Hablar con Adriana era así.

A menudo me tranquilizaba comprobar que el sexo femenino, en general, era más llano y simple de lo que criticaba la sociedad. Las mujeres de mi alrededor solían ser buenas y decir la verdad, otra cosa es que la mayoría de los hombres no las quisiesen entender. Pero Adri, no. Adriana daba

información enrevesada y con cuentagotas que, curiosamente, a mí no me costaba nada desentrañar. Sobre todo, entrever a dónde NO quería llegar.

—¿Alguien se ha propasado o ha abusado de ti alguna vez en esas fiestas? —pregunté descortés. Eso era algo que yo nunca haría, pero ella me obligaba siempre a ser más perspicaz de lo habitual, de lo contrario, no me dejaba entrar en su juego. Parecía que solo me respetaba cuando la superaba en osadía.

—En ese mundo no es fácil saber dónde están los límites... —murmuró arrepentida de haberse descubierto.

—¡No!, Adri... —maldije en voz baja.

Miré alrededor y vi a gente sonriendo y pasándolo bien, disfrutando de platos innovadores y preocupados por problemas simples que se les hacían un mundo. Y luego estábamos nosotros, empezando una relación a martillazos.

—¿Han decidido los señores qué van a pedir? —Apareció el espectro del camarero de repente.

—Yo tomaré las vieiras con crema de puerros y jamón —dijo ella categórica.

Cogí la carta rápidamente. Ni siquiera la había ojeado. No tenía tiempo de mirar hacia ninguna otra parte que no fueran esos ojazos verdes. Era surrealista, tantos años esquivándola y últimamente era incapaz de apartar la vista.

—Ceviche con lima y aguacate —resolví.

—Tú encajarías en esas elegantes fiestas. —Sonrió ella condescendiente cuando se fue el camarero.

—Ah, ¿sí? —respondí con aspereza—. ¿Tengo cara de violador?

A ella le cambió el semblante de golpe.

Ni siquiera yo sabía de dónde salía esa intrepidez, pero estaba furioso de pensar que Adriana había sufrido algo así y no le daba importancia. Me parecía impensable estar hablándolo tranquilamente. ¿Lo sabría alguien más? ¿Manú, quizá?

—Adri, esto es muy serio. ¿Lo denunciaste? ¿Fue por eso por lo que tuviste que abortar?

De repente, achicó los ojos y una furia desconocida se adueñó de su expresión. Vi cómo levantaba un muro de hielo y me preparé para la ofensiva.

—Echa el freno, Ander. No tiene nada que ver con eso. No pretendas ser juez y parte de mi vida. Tú, mejor que nadie, deberías saber que las cosas no son tan simples. No hay nada que denunciar. Ningún juez me daría la razón si admitiera que anduve desnuda hasta su cama por voluntad propia, ¿no es cierto?

—No es no. Aquí y en la China.

—Ya, el problema es cuando no lo dices, te lo callas y solo lo piensas, porque a algunas personas no se les puede decir que no.

—Siempre puedes decir no —sentencié cabreado.

—Mentira. A veces tienes que sacrificarte y callar en aras de algo más grande.

—Pero... ¿de qué estás hablando, Adri?

Ella negó con la cabeza, maldiciendo en silencio haber hablado de más.

—Olvidalo. Centrémonos en Carlos. ¿Qué más sabes de él?

—Sé que es asquerosamente rico —dije cambiando de tema. Lo olvidaría, por ahora. Porque, aunque su chulería solía irritarme, acababa de darme cuenta de que su vulnerabilidad me ponía aún más de los nervios. Y ese tema hacía que su cara mostrará una fragilidad que despertaba en mí a un hombre lobo hambriento de venganza contra quien le hubiera hecho daño. Y eso me asustaba.

—Sé ve que tiene pasta, eso se nota a nada que te fijas un poco —replicó—. ¿Has coincidido alguna vez con él fuera del ámbito de trabajo?

—Es mi turno de preguntar —le reñí—. ¿Cómo se llama la empresa para la que trabajas?

—No pienso decírtelo, no quiero que metas tus narices en nada.

—Está bien. Y esas marcas en la piel, ¿cómo te las hiciste?

Ella adoptó una actitud gatuna y se apoyó en la mesa con una sonrisa traviesa para que nadie más la oyera.

—Me gusta el *bondage*, ¿sabes lo que es?

—Sí... —balbuceé alucinado.

¿De verdad le gustaba que la ataran? ¡De lo último que parecía tener alma es de sumisa! Me creería antes que era una ama.

—Dime dónde has coincidido con Carlos —me apremió.

—Resulta que compartimos tribuna en el campo de fútbol del Atlético y le veo más de lo que me gustaría.

—Buen aporte. ¿Con quién suele ir?

—Con amigos. Tiene muchos, e influyentes. Aunque a veces también lleva a alguna chica que domina el arte de hacerse la tonta, no como otras.

Ella sonrió juguetona.

—Ay, Ander, cariño, me estás metiendo más caña hoy que en los últimos diez años —dijo abanicándose con una mano y apartándose el pelo de la cara.

¿Aquello era real? ¿La estaba poniendo nerviosa?

—¿Por qué nunca hemos hablado así? —pregunté melancólico yendo a por todas. Necesitaba saberlo porque ahora mismo no estaba en disposición de rechazarla como antaño si se le ocurría seducirme, y quería entender sus motivaciones reales.

—No quiero hablar del pasado. Ni de nosotros.

—¿Hay un nosotros?

—Ander... Todavía no ha llegado la cena y no quiero perdérmela, ¡tengo hambre! ¿Por qué no hablamos de otra cosa? —propuso despreocupada—. ¿Sabes algo de tu hermana? ¿Cómo está?

—Su tobillo progresa adecuadamente —mentí alegre, porque no tenía ni idea de cómo estaba. Aún no había hablado con ella. ¿Qué tipo de hermano era? Uno abducido.

Comenzamos a hablar de La Mafia y pronto llegaron los platos.

Me parecía un milagro tener esa paz con ella. Aunque me moría por

preguntarle cientos de cosas, como, por ejemplo: ¿qué le impedía no afincarse definitivamente en Madrid y dejar de dar brincos por el mundo? Porque, de alguna manera, sentía que la estaba recuperando un poco.

Hay que ser tonto. Muy pronto vería lo inalcanzable que era realmente para mí.

—¿Pedimos la cuenta y nos vamos? —sugirió mirando el reloj.

—Vale, pero si esto es el final, respóndeme a la pregunta de antes: «¿Hay o puede haber un nosotros?».

La cara que puso no tuvo precio. Debo insistir en lo alucinante que era para mí perturbarla, porque a Adriana nada la trastocaba nunca. Siempre tenía una respuesta sagaz ante cualquier diatriba, pero que la provocara yo parecía trastornarla, y eso me hacía sentir como un maldito superhéroe que va descubriendo poco a poco sus poderes.

—¿«Nosotros»? —repitió dándose tiempo.

Podía verla analizar cómo fulminarme. Y vaya si lo consiguió.

Su primer movimiento fue levantarse de la silla y ponerse de pie. Ya, medio intelecto, fundido.

Cogió el bolso de mano y se acercó a mí, petrificando mi hombro cuando se apoyó cariñosamente en él.

Que entrara en mi espacio vital me recordó lo bien que olía. *Peccata minuta*, que cada vez que lo hiciera, me permitiera fantasear con cómo sabría su piel.

Me atrapó con esos ojos capaces de hacerte sacrificar cachorros envueltos en luces de navidad y me dijo:

—Ese «nosotros»... Te doy lo que te debo y se acabó.

No lo vi venir, lo reconozco. Y no estaba preparado.

Su boca alcanzó la mía e hizo con ella lo que quiso durante un par de segundos. El movimiento de su lengua manejó la totalidad de mi cabeza, mientras disfrutaba de sus lametazos completamente cautivado.

No podía creer lo profundo que caló esa acción en mí, hasta me vi dando

gracias de que en su día no lo hiciera, después de años y años alimentando ese reproche.

Era demasiado bueno para ser una despedida.

No fui consciente de que mi mano se alzaba, pero sentí que acariciaba su pierna rozando con las yemas de los dedos la parte trasera de su rodilla.

Ella rompió el beso lánguidamente y susurró:

—Adiós, Ander.

Ni siquiera pude contestar. Giré la cabeza, aturdido (como la mayoría de los asistentes), y la vi marcharse, más convencido que nunca de que tenía que ser la mejor persona del mundo, porque, si me hubiese besado así a los dieciséis, hoy en día, ya me habría suicidado.

BAILANDO CON LOBOS

Adriana

Entré en casa alterada.

Tuve suerte de coger un taxi nada más salir del restaurante.

Cerré la puerta con tres vueltas de llave y fui a mi habitación a quitarme la maldita máquina de hacer esclavos que llevaba puesta. Después me enfundé el Pika-pijama y me hice bola en el colchón.

Recapitulando.

Estaba yo dando un beso digno de la madre de Dragones, cuando una mano fue a parar al punto más erógeno de todo mi cuerpo: la corva. ¡Y yo que lo tenía a buen recaudo detrás de la rodilla!

Si alguien me tocaba ahí, me sometía. Como les ocurría a las protagonistas de Ally Macbeal cuando caían en las garras de Richard Fish. Uno de mis personajes favoritos. De los más excéntricos. Todo le importaba una mierda. ¡Era mi Yoda! Entre sus lemas y sus fetichismos, me sentía completamente identificada con él.

«No eres quien eres, eres quien los demás piensan que eres», dijo una vez. Y os puedo jurar que me lo tatué hondo, porque es cierto: no eres nada hasta que alguien te dice que lo eres. Para bien o para mal.

Y, después de 35 abriles, había algo sobre mí misma que tenía aprendido: era una caprichosa. E igual que codicié tener registrado el sabor de su boca;

después de esa caricia en la rodilla, le deseé profundamente enterrado en mis entrañas.

Pero no podía ser. Ahora más que nunca, sería una locura postrarme ante Ander alias acariciador de rodillas. Lo más sensato sería irme cuanto antes del viejo continente, como lo llamaban mis amigos yanquis.

En ese momento, mi móvil sonó. El estribillo de «Perfect», del maestro E. Sheeran partió el aire y apreté el culo pensando que sería el portador del botón de esa maldita camisa abierta que venía a por más. Y, si era él, sería incapaz de negarle nada, porque, el día que repartieron la fuerza de voluntad, yo estaba haciendo el pino puente.

Cuando vi que era Manu, respiré aliviada.

—Hola.

—*¿Qué pasa, fiera? ¿Cómo te va?*

—Mal —contesté asqueada.

—*¿Qué te ocurre?*

—Que acabo de cagarla con Ander, un pleno al 15...

—*Precisamente por eso te llamaba. ¿Qué ocurrió el viernes entre vosotros? Martina me dijo que tuvisteis una discusión gorda.*

—Más bien fue mórbida. Me llamó violadora y me dijo que estaba podrida por dentro.

—*¿No jodas?*

—Espera, que empeora. Acabo de besarle —confesé angustiada—, uno de esos besos que te desnudan.

Me puse una mano en los ojos y me maldije en cuatro idiomas distintos.

—*No entiendo nada. ¿Por qué le has besado?*

—¡Porque sospecha de mí! Y cuanto más intento que me deje en paz, más fuerte se queda. ¡Pretende meterse hasta la cocina!... —exclamé preocupada.

—*¿Hasta la cocina o hasta la cama?* —le escuché reírse.

—Manu, esto es serio. Sabes que Ander es mi talón de Aquiles. Le tenía perfectamente controlado, ¡hasta asustado de mí! Y, de repente, es como si no

me tuviera miedo y me mirase embelesado. No podré soportarlo... sabes lo mucho que me afecta, voy camino de joderla a lo grande. Además, conoce al tío al que estoy investigando y nos ha visto juntos. Así que le voy a tener pegado al culo todo el día...

—*Y el problema es que... te gusta tenerlo ahí, ¿no?*

—Muchísimo. Pegado, dentro, donde quiera. ¡Joder, qué puto lío! —dije histérica—. ¡Acaba de tocarme la rodilla!

Una carcajada traspasó el teléfono.

—*Estás en problemas, gatita, pero no me das pena. Si te contara la que tengo montada yo, te tiras al Manzanares.*

—Empieza a rajar. ¿Te pidió ayuda Noa tras el mensaje?

—*Sí, y lo diré sin rodeos: ya ha estado en la cocina, y vamos camino de la habitación. Tengo que abortar el plan, se me ha ido de las manos...*

Estuvimos casi una hora hablando y conseguí tranquilizarme un poco al saber que a él le sucedía algo similar. Nos parecíamos y nos conocíamos, e intentamos ayudarnos mutuamente.

—*¿Sabes cuál ha sido tu fallo?* —saltó convencido.

—¡Soy todo oídos!

—*Romper la norma del porcentaje. Todo el mundo sabe que una pareja es un porcentaje. Si tu das un 80 %, no te extrañe que tu pareja solo dé el 20 %. ¡No le dejas otra opción! Lo ideal es un equilibrado tira y afloja del 50 %, pero, si antes ibas a saco a por él y rehuía, ahora que tú quieres echarle de tu vida, es karma que él no quiera despegarse. Pero bueno, ya sabemos cómo terminará esto.*

—¿Cómo? —pregunté asustada.

—*En boda.*

—No tiene gracia —dije ignorando sus carcajadas.

—*¿Por qué no? Podrías dejar a ese clon de Ander que tienes en Estados Unidos, dejar tu trabajo y venir a vivir a Madrid para criar a un par de destroyers con el auténtico, ahora que está por la labor...*

—Voy a colgar. Cuando te pones así, no te aguanto.

—*Piénsalo, cabezota. Oye, ¿cuándo te vas? ¿Estarás aquí en Navidad?*

«Buena pregunta», pensé inquieta, porque en realidad ahora mismo tenía trabajo pendiente en Madrid y en diez días empezaban las fiestas.

—Seguramente me quedaré por aquí, de caza...

—*Eso suena pervertido, pero ten cuidado con las decisiones que tomas, la noche es oscura y alberga horrores* —dijo fantasmagórico citando *Juego de Tronos*. Maldito friki redomado.

—Y tú, ten cuidado también. Te estás haciendo demasiado amiguito de Noa, la destripadora. Y no la llamamos así por nada.

—*Oído. Corto y cambio* —bromeó Manu.

Cuando colgué con él, volví a recordar «El Beso».

Jo-deeeeer...

Apreté las piernas y me obligué a asimilar que no podía acostarme con él por prescripción médica, aparte de por muchos otros motivos que me daba ansiedad sintetizar, así que lo mejor sería olvidar la textura de sus mullidos labios, por no hablar de su fantástico sabor.

Me pasé el martes rezando para que Ander no llamara a mi puerta y, por suerte, no lo hizo. El miércoles por la tarde fui a darme un pequeño homenaje a un salón de belleza que me ayudara a prepararme para mi cita con Carlos.

Pereza máxima. Pero yo era la pobre infeliz que tenía que engatusarlo para acceder a información restringida de uno de sus más poderosos clientes. Y no se trataba de ningún malversador de fondos de ninguna organización de asistencia al necesitado, se trataba de «Morfeo». Un tío al que habían apodado así porque, por lo visto, a sus citas de Tinder les entraba mágicamente sueño y terminaban despertando sin recordar que habían mantenido relaciones sexuales con él.

¿Casualidad? ¡Y una... olla a presión!

Mi trabajo era ser jefe adjunto de la división de África, pero, después de vivir tres meses en el Congo, la capital mundial de las violaciones, me había

sensibilizado mucho con el tema. Tanto que había empotrado mi arma favorita en más de un profanador de cuerpos. Ese brillante puño americano que Ander había visto en mi bolso.

No había nada igual. Era un arma desconocida y vilipendiada por razones históricas. Prohibida en algunos países europeos como España, pero tremendamente útil para una mujer porque era un multiplicador de fuerza.

La peligrosidad de cualquier arma depende de quién la use y de cómo la use, y un buen puño de acero puede ponerte a la altura de un hombre fornido, ya que, un golpecito con esa cosa, aterrice donde aterrice, te hace una avería. Otro tema es que te acorralen entre tres, como me sucedió a mí. Ahí solo te queda rezar y esperar un milagro.

Y el mío llegó. Tarde, pero llegó.

Estuve ingresada quince días y no pude tomar la pastilla del día después que, por aquel entonces, en África no era un derecho legítimo de las mujeres frente a un embarazo no deseado.

Apenas recordaba nada de la agresión porque estaba muy malherida cuando lograron inmovilizarme. Lo peor fue el asco que me dio, porque el dolor era el menor de mis problemas. Tenía tres costillas rotas, la mandíbula dislocada y un ojo como un oso panda. Cuando terminaron, creo que me dieron por muerta. Al despertar veía borroso, tenía un fuerte dolor de cabeza y no podía hablar, pero lo peor fue cuando descubrí que uno de esos hijos de puta se había dejado algo en mi vientre. Y aquel aborto, poco profesional, con medios limitados y en circunstancias ilegales, me salió caro porque se cobró a todos mis futuros hijos.

Después de ese episodio me ofrecieron dejarlo, pero, cuando me recuperé tenía más sed de justicia que nunca. Quería ajustar cuentas y me convertí en una loba vengativa más fría y calculadora que Aria Stark. Por supuesto, misteriosamente «los tres cerdos» terminaron muertos. Pero de eso hacía ya cinco años.

Estuve meses sin volver a casa y, cuando lo hice, abracé a Manu y notó qué

me ocurría algo. Supo que no venía a romper la cama, sino a curarme. Le debía mucho en el plano emocional. Después de algo así no te planteas volver a tener sexo con nadie, y él consiguió, poco a poco, devolverme a la normalidad.

A partir de aquel momento, Zeta filtraba para mí objetivos relacionados con violaciones, y me tomaba como algo personal resolverlos. Era cierto que tenía muchas niñas apadrinadas, víctimas de mi misma experiencia, a las que conocía personalmente. Fundé una ONG destinada a necesidades básicas para ellas: formación, hogar, salud, y yo misma comprobaba en qué otras cosas se invertía el dinero. Si la gente supiera la falta que hacían estas cooperaciones, otro gallo cantaría. Pero no era ninguna santa. Me fundía una escandalosa suma de dinero al mes en ropa de marca y otras chucherías que, escondidas tras la excusa de mi trabajo, disfrutaba como una maldita adicta a las compras.

«Es lo peor de ti, lo sibarita que eres», había dicho Ander. Y era cierto, pero sin los zapatos adecuados, la ropa oportuna y el estilo de vida apropiado, me veía incapaz de seducir a la clase de gente a la que me enfrentaba. Me refiero a la que se cree tener el control por ser o vivir de una determinada forma. Lo había visto en primera persona. Por eso desde muy temprana edad me di cuenta de que el mundo estaba prostituido por dinero y, sin él, por muy lista o hermosa que fueras, no tenías radio de acción. Lo que peor llevaba era ser una esclava del buen gusto, porque, ¿qué pasa si me apetecía comprarme unas zapatillas del monstruo de las galletas? Que debía ser un puto secreto, porque ese detalle revelaba demasiadas cosas. Por eso me atoraba que Ander me hubiera visto de una guisa parecida.

Entré en el restaurante con mi mejor vestido de Karl Lagerfeld para mi cita con Carlos. Era de color tostado y con encaje negro por encima. Corto, sin escote, pero con la espalda abierta. Un trozo de tela regio y elegante, que gritaba: «Se mira, pero no se toca». Y para darle un aire desenfadado, me

habían hecho un recogido loco con algunos rizos sueltos. La sonrisa de Carlos cuando me vio aparecer indicó que había dado en el clavo. Le dije que nos veríamos allí porque no me interesaba que supiera donde vivía.

—Estás imponente —me saludó dándome un beso en la mejilla. Y noté indicios en el aire de que aquella noche esperaba sexo. Pobrecillo.

Le había contado a Carlos que trabajaba para una asociación benéfica organizando fiestas, y me sonrió como si diera por hecho que mis menús nunca bajaban de los 1000 € el cubierto al percatarse de la marca de mi bolso y mis zapatos.

—Mi madre siempre da una fiesta benéfica por estas fechas, podría contratarte —soltó guiñándome un ojo.

—¿No es un poco pronto para presentarme a tu madre? —bromeé.

Él puso los ojos en blanco y sonrió.

—Los negocios son los negocios.

—Cierto —aseguré. Y supe que era una frase que usaba para todo. También cuando su cliente vencía a una pobre chica de la que se había aprovechado drogándola. Para él no eran personas, eran cifras que sumaban o restaban en su hándicap de casos llevados a juicio.

No quiero aburrir a nadie contando de lo que hablamos. Era un perfil de persona donde el egocentrismo envuelve cada palabra que dice y cada gesto que hace, presumiendo de donde viene y a donde piensa llegar.

Después de cenar y de pagar la cuenta con delirios de grandeza, me llevó a tomar algo a un exclusivo *gastrobar* del que más tarde me enteré de que era accionista.

—¿Por qué está soltero un hombre como tú? —pregunté melosa a cierta hora, harta de alabar sus grandes logros.

—No lo sé, las mujeres siempre me piden más de lo que puedo darles...

—¿Te piden tu corazón?

—Exacto. Y como no lo tengo, se quedan hasta que se cansan de engañarse —susurró canalla en mi oído.

Al menos era sincero.

En ese momento me metió la lengua hasta el gaznate desinhibido por los grados de alcohol acumulados durante la noche, como si esa mierda de frase acabara de derretirme. Pero pronto me aparté ruborizada, lanzándole una mirada que decía: «Aquí, no».

—¿Nos vamos a otro sitio? —preguntó con los ojos vidriosos mordiéndose el labio inferior.

—Claro.

Quería terminar cuanto antes, sedarle y revolver en su despacho para ver qué encontraba. Cualquier cosa podría ayudar. Me daba en la nariz que el sujeto en cuestión sería fácil de extorsionar porque tendría muchas cosas que callar.

Me subí a su coche con chófer, violentada, sabiendo que no sería el último beso que tendría que darle antes de dejarle K.O. y me pareció surrealista la diferencia con el que le había dado a Ander dos días atrás. Ese no podía quitármelo de la cabeza.

De repente, el automóvil se detuvo y subí la cabeza sorprendida al ver que habíamos estacionado delante de un hotel de cinco estrellas.

Oh. Dios. Mío. (Como diría Janice en *Friends*).

Después de sentirme ligeramente insultada, ideé una salida rápida porque no tenía ninguna intención de acostarme con él. Y tampoco podía, aunque hubiera sido el caso.

Si Carlos no me llevaba a su casa, no me servía de nada todo aquel coqueteo barato.

—Pensaba que iríamos a tu casa, querido...

—Me gustaría, pero mi madre siempre viene a pasar la Navidad a España, y se queda allí.

—Oh, qué buen hijo.

—Qué mínimo, ella me la regaló. No me gustaría que se quedase en un hotel. A cambio, le dejo organizar un pequeño guateque cada vez que viene.

Cuando está en Madrid, mi casa es su casa.

—Me gusta —dije mientras activaba mi aplicación de «llamada falsa» en el móvil.

Sí, existen. En estos tiempos modernos puedes simular que alguien te llama por teléfono, con nombre y foto incluida. Queda realmente creíble.

Llegamos hasta el mostrador de recepción y le deje claro con un par de arrumacos que estaba muy interesada en seguir mordiéndole, además de la oreja, otras cosas, arriba.

Él estaba más contento que un niño el día de Navidad, hasta que Ed Sheeran me juro que estaba perfecta esa noche cuando su voz rasgó el altavoz de mi móvil.

—¡Oh! ¿Qué querrá mi hermana a estas horas? —dije ingenua mostrándole la pantalla. En primicia aparecía yo abrazada a mi amiga Carolina, con un plano de su tripa de ocho meses bien visible.

—¿Sí? —contesté delante de él—. ¿Qué dices?! ¿Estás segura? ¡Está bien, ahora mismo voy!

Carlos me miró estupefacto con una expresión que no acostumbraba a poner. La de quedarse sin regalo.

—¡Mi hermana está de parto! —exclamé alegre—. Me necesita, tengo que irme. ¿Quedamos otro día? —pregunté mimosa cogiéndole de la chaqueta.

—Claro —refunfuñó—. ¿Te acompañó a algún sitio?

—¡Si me dejas en la clínica Rúber sería perfecto!

Cumplió su palabra y nos despedimos con un casto beso lleno de promesas.

—Lláname —le pedí alejándome del coche y entrando en el hospital.

En cuanto desapareció, volví a salir a la calle y cogí un taxi hasta mi casa. Una noche desperdiciada. O no...

Cuando estaba lavándome los dientes, pensando en el motivo por el que mi plan se había truncado (su madre, la okupa), se me encendió la bombilla. Yo tenía que entrar en esa casa y ella quería dar una fiesta benéfica, ¡mejor imposible! Podría con ello, mis tíos siempre organizaban eventos similares, y

sabía a quién acudir para ayudarme y salir airosa: mi madrina, Zoe.

CORTOCIRCUITO

Ander

Nunca he sido tendente a usar palabrotas. Está feo.

Y de un día para otro, me di cuenta de que tenían una función semántica indiscutible: definir un sentimiento feroz que enfatice hasta qué punto algo te toca la moral.

Por ejemplo, la palabra «cabronazo» me vino a la mente cuando, el miércoles por la mañana, tuve que escuchar a Carlos alardeando de que había quedado para cenar con cierta ninfa que se resistía a abandonar mi cabeza.

—Después la llevaré al Villa Magna, a cerrar el trato.

—¡Vaya derroche! —silbó su interlocutor.

—Lo merece. Esa rubia es una visión celestial.

Subí las cejas extrañado. ¿Rubia? Adriana tenía un fantástico color galleta María con toques de sol y miel. Así que, o era ciego o hablaba de otra persona. Y por un momento, esa dulce posibilidad me dio una tregua, cosa que me molestó aún más.

¿Qué me ocurría? ¿Por qué me importaba con quién cerrara un trato Adriana? Llevaba veinte años llegando a acuerdos...

«Desde los quince», pensé irritado. Y además con Manu. Alguien al que nunca podría igualar. Ese hombre estaba a otro nivel. Un carisma como el suyo ni se vende ni se compra. La atracción que Adriana pudiera sentir por mí,

nunca sería ni la mitad de la que sentiría por él. ¡Lo tenía todo! El físico y la mente. Era el ejemplo perfecto de que el mundo está mal repartido.

¿Estaría embarazada de él? Porque, por lo que sabía, había posibilidades.

Lo de Manu era entendible, pero que estuviera con Carlos me provocaba urticaria. Por mucho que fuera un medio para un fin. ¿Qué podría hacer ella ante la injusticia? No dejaba de darle vueltas.

Esa noche estaba tan nervioso que, para no llamarla a ella y gritarle tres perogrulladas, llamé a mi hermana.

—¿Cómo estás, Marti? —pregunté cuando descolgó el teléfono.

—Si por ti fuera, estaría deshidratada. Te fuiste a comprar agua y ya no volviste. Sabes que no puedo beber del grifo. ¡Me siento como un chucho abandonado en una gasolinera! ¿Cuál es tu excusa?

—Es una larga historia.

—Espero que sea un *best seller* porque soy tu hermana, ¿qué puede ser más importante que la familia?

«Más familia», pensé sorprendido.

Lo cierto es que me pareció más urgente atender un aborto que un esguince, y, aunque lo habría hecho por cualquiera, Adri era parte de La Mafia, además de mi primera... experiencia en el amor. ¿O debería decir la única? Porque había tenido tres novias y ninguna había despertado en mí algún sentimiento digno de mención.

Todo se reducía al instinto animal. A ganas de caricias. De compañía. Y de formar una familia con alguien que no me horrorizara del todo porque, mientras Adriana había manifestado que no quería descendencia, yo me moría por ser padre. Estaba seguro de que era una faceta en la que me sentiría ultrafeliz y todo el mundo lo sabía.

Yo no estaba hecho para ser un joven que rezuma virilidad y disfruta de un romance loco y apasionado. La única vez que estuve cerca de serlo fue con ella... pero yo solo fui otra muesca en su cinturón ya que, al parecer, no hacía diferencias entre Mister Mundo, el ser más repulsivo de la Tierra y un

servidor.

—Lo siento, ¿vale? Tuve que atender una emergencia —contesté a mi hermana reticente a darle más explicaciones—. ¿Estás mejor?

—Sí —masculló—, pero estoy aburrida porque no he ido a trabajar. Así que el viernes pienso salir.

—Solo los humanos tropiezan dos veces en la misma piedra.

—¿Por eso vuelves a ir detrás de Adriana como un perrito faldero?

—¿De dónde sacas eso? —pregunté alarmado.

—Solo sé que los que se pelean, se desean. Y el otro día en mi casa os peleasteis mucho...

Que me aspen si eso no tenía puto sentido.

Puto: viene de puta. Las putas joden por oficio y lo puto te jode a ti, discurrí. Estaba madurando...

—Se nota que tenéis algo pendiente desde hace años —continuó ella—. Creo que todos lo tenemos...

Sabía que se refería a Diego. Para mí, había sido evidente. Al parecer, todo el mundo parecía darse cuenta, menos él.

—Respecto a eso... Me parece que le gustas, Marti. El otro día en tu casa no dejaba de...

—¿De qué?

—De cuidarte de forma extraña...

—Soy como una hermana para él, ¿tú no harías lo mismo con Adri si lo necesitará?

Me quedé con la boca abierta. El juez era yo, pero tenía la sensación de que era el más tonto de todos. ¡Claro que lo haría! De hecho, lo había hecho. ¿Acaso estaba tan cegato como Diego? Porque no me imaginaba deseando lamerle la piel a mi hermana después de una ducha.

—Tienes razón —dije deshaciéndome de esa imagen—, pero noté algo entre vosotros, Marti. No te rindas.

—El otro día se lio con Noa —soltó a bocajarro—. Paso de seguir

haciendo el gilipollas...

Se hizo un silencio y no supe qué decir.

Éramos los hermanos espectadores, los que observan cómo la gente que nos importa vive su vida junto a otros que no los merecen.

Vértigo: miedo a la caída libre que me provocaría empezar a sentir algo real por Adriana.

Por esa bruja que me había besado con la intención de asustarme y echarme de su vida. Pero había tenido el efecto contrario. Ese beso no me dejaba olvidarla, como siempre hacía después de cruzármela en los encuentros de La Mafia.

Y Dios sabe que lo intenté...

Pasé una semana agónica. A días desquiciado contando las lunas que me quedaban para transformarme en algo que fuera capaz de ir a aporrear la puerta de su casa; a días autoengañándome, convenciéndome de que lo tenía superado y de que seguro que sería muy feliz con Carlos, al menos hasta que la viera enfundada en ese maldito pijama amarillo.

Nadie quería verlo, pero todos necesitábamos un golpe. Un empujón. Una detonación... y ocurrió.

El día menos pensado, recibí un mensaje de Adriana a las nueve de la noche.

Adriana: Han disparado a Diego. Está estable. Habitación 101 del GM.

Los ojos casi se me caen al suelo.

La llamé en ese mismo instante, conmocionado, pero no contestó. Pensé en ir a casa de sus padres, pero quizá no estuviera allí. Llamé a mi hermana y corrí la misma suerte.

Por lo visto, nadie quería hablar. Y decidí ir a visitarle a primera hora del día siguiente.

Al llegar al hospital, encontré a Martina en su habitación con los ojos desencajados y una sonrisa perpetua que me dio terror. Parecía que se había

bebido tres Red Bulls.

—Hola, chicos —saludé al entrar. Miré el pecho vendado de Diego y esperé una explicación.

—Novio celoso de Noa —carraspeó señalándose la herida.

—Muy predecible —opiné sarcástico, quitándole importancia. Diego sonrío, y eso me tranquilizó. Parecía estar bien porque aún conservaba el humor, pero mi hermana todavía no había asimilado qué hubiera podido pasar si aquel sicario no llega a errar el tiro.

—Menos mal que Martina estaba allí. Me salvó la vida —me aseguré solemnemente.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo —repuso ella contrita.

—No, cualquiera no —contestó Diego agradecido.

La sonrisa de mi hermana se quedó congelada de nuevo y tuve la sensación de que aún quedaban cosas sin resolver, a pesar de saber quién apretó el gatillo y por qué.

—Yo... tengo que irme —se despidió Marti cortada por la intensidad con la que la miraba Diego—. Tengo que trabajar. Hasta luego, chicos.

No había duda de que había sucedido algo entre ellos.

—¿Ha venido Adriana por aquí? —pregunté con valentía, sabiendo que tenía la sartén por el mango.

—¿A qué viene ese repentino interés por ella?

—¿Y desde cuándo mi hermana se pone nerviosa por cómo la miras?

—*Touché* —sonrió Diego—. Supongo que nota que me tiene enamorado, y no se lo quiere creer.

Emití una risita de júbilo que llevaba años sin salirme.

—Ya iba siendo hora, pero no olvides quien es...

Él resopló cómicamente reconociendo sus palabras.

—Lo sé, tranquilo. Mi hermana vino ayer por aquí, pero estuvo poco rato. No sé si vendrá hoy, ¿por qué no la llamas? Es muy útil para salir de dudas.

«Muy agudo, doctor».

—Lo he intentado, pero no me coge el teléfono. Anoche me avisó de lo que había sucedido. Me dijo dónde estabas.

Diego achicó los ojos.

—¿Te avisó Adri? —preguntó confundido—. Mi hermana tiene el don de hablar más claro que nadie cuando le interesa, pero también es diestra echando balones fuera. Tienes que encontrarla. Si te avisó, es un claro mensaje de que te necesita para algo.

—Estoy en ello...

—¿Por qué este cambio de actitud hacia ella? —preguntó desconcertado.

—Porque he descubierto algunas cosas de su vida que... Oye, ¿tú sabes en qué trabaja exactamente?

—No, y no quiero saberlo —dijo mirando al vacío—. He visto su historial médico, y me basta para entender que no debo meterme. Demasiados huesos rotos... Si me necesita, acudirá a mí. Lo sé.

—Pero...

—No está sola —me cortó—. Siempre ha tenido a Manu. Por eso me hice a un lado, porque sabía que él la protegería igual o mejor que yo. Siempre se han entendido bien.

—Sí... Se entienden en todos los sentidos —declaré abatido—. ¿Quién puede competir con eso?

—Manu se entiende con todas —espetó Diego molesto.

Y no quise entender esa frase.

Cerré los ojos y la olvidé porque no quería enfadarme. Ni quería admitir que no me extrañaba en absoluto, porque estar con Manu debía ser una alegría para el cuerpo.

Perfecto. Estaba salido. Me había convertido en un degenerado. Uno que no dejaba de pensar en que quedaban tres días para que la quincena de celibato de Adriana terminase.

—Me alegro de que estés bien. Volveré un día de estos. Cuídate, ¿vale? Nos vemos —me despedí y asintió con la cabeza.

—Adri te necesita —murmuró como alegato final.

Y yo a ella, ¡no te fastidia! Pero por razones siniestras...

Abandoné la habitación sin decir nada y algo me incitó a pasear la vista por la sala de espera.

Ahí estaba. Mi pequeño GRAN obstáculo.

Tenía la cabeza apoyada en la pared y la mirada perdida. Despeinado. En chándal. Y aun así estaba irresistible.

—Hola —susurré al acercarme a Manu.

—Eh —murmuró alicaído. Su mirada era mustia, como la de alguien que tiene que decidir qué dedo de la mano cortarse.

—¿Cómo está Diego? —preguntó interesado.

—Parece que bien. Tú, sin embargo...

—Mejor no preguntes.

—¿Has visto a Adriana? —salté de repente.

—Sí.

Nada más. Manu siempre había sido muy hermético conmigo.

—Si la ves, dile que la estoy buscando.

Levantó la vista y me miró de forma extraña.

—¿Para qué?

—¿Tengo que darte explicaciones o pedirte permiso? —le desafié.

Tardó un instante en contestar.

—Depende de para qué.

Era una advertencia. Pero no me recordó a un novio celoso, sino a un sentimiento casi paternal, proveniente del lado oscuro de aquella relación extraoficial.

Quería resistirme, pero cuando los cristales rotos ya están en el suelo porque alguien ha tirado del mantel, ¿de qué sirve ser educado?

—La busco porque quiero preguntarle por qué el otro día me beso como si el mundo terminara mañana y ahora no responde a mis llamadas.

No lo parecía, pero estaba aguantando un tembleque de piernas

considerable. Manu me mantuvo la mirada unos segundos y la expresión de sus ojos cambió, como si me tuviera un nuevo respeto. Puede que sí fueran iguales.

—Le diré que la estás buscando —acertó a decir, como si hubiera sido admitido en su banda de forajidos.

—Gracias —susurré con un hilo de voz. Necesitaba un servicio urgentemente para un código marrón.

—Sea lo que sea lo que ha ocurrido con Diego, se solucionará —dije como despedida.

—Lo veo negro. Igual que lo tuyo con Adriana —añadió suspicaz.

—¿Por qué? —pregunté molesto. No sabía de dónde salía el ímpetu para plantarle cara, pero ahí estaba, como David frente a Goliat, luchando por ella.

—Porque no eres lo que necesita —concluyó tajante apartando la vista.

Esas palabras me parecieron tan punzantes como ciertas.

—¿Te necesita a ti? —pregunté agresivo. De perdidos al río.

—No. —Sonrió sin ganas—. Pero a alguien como tú, tampoco.

—No me conoces para decir eso —gruñí cabreado y me alejé de él notando cómo su mirada bicolor me atravesaba la espalda sembrando una duda en mí. Y para resolverla solo podía hacer una cosa: ir a buscarla aquella misma noche. Un segundo... ¡será rufián! ¿Acababa de manipularme con psicología infantil?

Cuando terminó mi jornada laboral, puse rumbo a su barrio y aparqué frente al portal de la casa de sus padres.

Alguien salía en aquel momento y me colé en el edificio. La estridencia del timbre de aquella puerta maciza de nogal me advirtió de que aquello iba en serio. Estábamos en directo. ¿Qué coño iba a decirle? Porque lo que necesitaba aclararle no se pronunciaba con palabras.

—Hola... ¿Qué haces aquí? —preguntó al verme. Parecía sorprendida de verdad, lo que evidenciaba que la voz femenina que llevaba todo el día suplicándome al oído que viniera, había sido una imaginación mía.

—He venido a... verte —contesté apocado—. Te he llamado varias veces. He visto a Diego esta mañana.

—¿Cómo estaba? —preguntó apartándose de la puerta y dejándome pasar. Había sido aparentemente fácil entrar a su guarida, lo que resultó difícil fue verla envuelta en un chándal de terciopelo negro con un suave jersey a juego marcando peligrosamente su estupenda figura.

—Está bien, creo. También he visto a Manu...

—Ese sí que está jodido —murmuró por lo bajo—, pero se lo merece.

Fuimos a la cocina y abrió la nevera ofreciéndome algo de beber, pero negué con la cabeza mientras me quitaba la chaqueta.

—¿Sabes qué ha ocurrido entre todos estos? —pregunté idiotizado repasando las facciones de su cara.

Hacía más de una semana que no la veía y comprobar que era más guapa de lo que recordaba me dejó noqueado.

—Líos de faldas, ya sabes cómo son. Pero esto es bueno —aseguró bebiendo a morro un tetrabrik de zumo.

Fue chocante verla hacer eso. Solía proveer a su boca de líquidos con más estilo y destilando cierto *glamour*, pero ese cotidiano gesto me hizo verla más humana y encantadora que nunca.

—¿Que hayan disparado a Diego es bueno? —bromeé.

—¡No! —Sonrió—. Quiero decir que... necesitaban que esa telenovela estallara de una santa vez, ¿entiendes?

Guardé silencio y le sostuve la mirada manifestando lo extraordinaria que me parecía esa simple conversación entre nosotros. Tan normal, tan sana... Y no pude evitar acercarme a ella y, a su vez, al precipicio que llevaba sorteando toda la semana.

Adri se tensó al ver que la distancia entre nuestros cuerpos disminuía, pero alucinó del todo cuando la cogí por la cintura.

Era el momento. Me tenía al borde del abismo y necesitaba lanzarme al vacío para sentir que a su lado podía volar de nuevo.

—No sé si ellos estallarán, pero yo seguramente lo haga si no te beso ahora mismo...

12 AÑOS DE ESCLAVITUD

Adriana

Su lengua estaba en mi boca, y yo no había hecho nada para que la pusiera ahí. ¡¿Qué era aquello?!

Después de la sorpresa inicial, su dulzura me debilitó un poco. Y su sabor, y sus caricias, ¡pero era Ander!, y era imposible no pensar en las repercusiones.

—Ander... —susurré despegándome de su boca a regañadientes—. No sigas...

—Lo siento... —se disculpó, pero cambió de opinión, me sujetó más cerca y volvió a besarme.

El calor de su boca fundió mis circuitos y me dio un mareo. Intenté con todas mis fuerzas no levantar el pie del suelo y comenzar a flipar arcoíris, pero era Ander...

¡No!

Debía parar de inmediato. No podía hacerme cargo de las consecuencias de ese beso, ni física ni psicológicamente.

—No he dejado de pensar en ti en toda la semana —confesó al notar mi reticencia.

—Ya lo sé, me ha pasado lo mismo, pero... no podemos, de verdad.

—¿Por qué no? —insistió haciéndome flaquear. Olía tan bien.

—Porque esto no lleva a nada bueno...

—Discrepo —dijo dejando un suave beso en mi cuello.

Dios...

¿Desde cuándo Ander era un seductor?

—Vaaale. Lleva a una cosa buena, pero el resultado puede ser fatal, y yo no...

—¿A qué viene esto? —preguntó confuso mirándome a los ojos—. Llevas años provocándome y...

—Y tú ignorándome. ¿Por qué de repente estás dispuesto?

—Porque lo he visto. Y ya no tiene vuelta atrás.

—¿Qué crees que has visto? —pregunté preocupada frenándole por los hombros cuando avanzó de nuevo hacia mí—. Porque seguro que te equivocas. Yo no soy...

—He visto lo suficiente —me cortó atrapando mis labios.

Paradojas de la vida. Me dedicaba a salvar a gente y ahora era incapaz de salvarle a él de mí.

Si de mi lado oscuro dependiera, ya estaríamos en pleno mete-saca, pero la buena samaritana que habitaba en mí quería protegerle a toda costa. Así que intenté detenerle una última vez. Sin hostilidades, solo con la verdad.

—¿Quieres saber por qué no te bese aquella noche de San Juan? —dije con miedo rehuendo su boca y su mirada.

—Dímelo —accedió, amarrándome más fuerte, dejando claro que no tenía ninguna intención de soltarme, dijera lo que dijera.

Era asombroso verle en ese papel. Por momentos, esa convicción me recordó a Manu y a la seguridad que me daba sentirme en los brazos de alguien así, pero este era Ander. Un espejismo provocado por... por Carlos, por un aborto y por un pijama. No era real y necesitaba que lo supiera.

—No te bese entonces porque no quería hacerte daño —admití—. No quería que te enamoras de mí más de lo que ya creías estarlo. No quería que anidaran en tu cabeza ideas románticas que no podría corresponder. Pero me encapriché de ti, lo admito, aunque sinceramente, pensaba que no le darías

tanta importancia. Sabía que te gustaba y quise hacerlo en honor a nuestra mutua devoción, pero eso es todo... Creía firmemente que tú también lo deseabas, pero, de buenas a primeras, me sueltas que abusé de ti y me dejas hecha polvo... No quiero que vuelva a pasar. Podríamos habernos acostado muchas veces a lo largo de estos años, pero no lo hemos hecho porque TÚ ESTABAS CABREADO. Y eso demuestra que yo tenía razón: eres demasiado sensible. Manu me lo advirtió en su momento y no le hice caso, pero al menos no te mentí, y ahora tampoco voy a hacerlo. No puedo prometerte nada, Ander. Bueno, sí, una cosa: que esto no va a acabar como tú esperas. Y, si intentas engañarte, vas a sufrir...

Su amarre se debilitó un poco y se hizo un silencio.

Tenía miedo de que me soltara y saliera por la puerta con un ataque de orgullo a cuestas, pero esto era lo correcto. Advertirle, aun muriéndonos de ganas. Sin embargo, mira por dónde, volvió a sorprenderme.

—Adri —comenzó con templanza—. Eres una de las personas más listas que conozco, por eso sé que vas a entender lo que voy a decirte. Dices que no quieres que sufra, pero yo ya estoy sufriendo... sin ti. ¿Sabes ese dicho de «mejor arrepentirse de algo que has hecho que de algo que no has hecho»? Pues este es el caso. Y, aunque pueda resultar doloroso, prefiero mil veces el dolor que la pena.

Me acarició la cara con el dorso de la mano y sentí que me derretía.

¡Mierda, Ander!

¿Dónde estaba ese chico correcto, reservado y discreto que nunca hacía nada arriesgado? Porque este otro estaba insistiendo mucho en quebrantar ciertos mandamientos sin que nadie mirara y, francamente, eso para mí era irresistible.

Me acerqué a él abducida y rocé mi sien con la suya. Luego su nariz, y por fin su boca... su sabor era pura ambrosía, y me rendí a todos los besos que estaban escritos que alguna vez nos daríamos. Besos verdaderos. Besos que nunca nadie podría superar en perfección, no por la técnica utilizada, sino

porque te convierten en alguien completamente feliz por un instante.

«Te lo debes, al menos una vez», instigó mi cerebro.

Lo besé ensimismada, disfrutando de mi momento cada vez con más ganas, y en respuesta él emitió un sonido que me encendió como una bengala.

Y yo que quería ir despacio... ¡Caída en barrena!

Debía atar mi parte ninfómana, fruto de la llamada ancestral de mis últimos óvulos saludables, pero...

—Deberíamos ir despacio —susurré comiéndole sin tregua—, pero llevamos veinte años cogiendo carrerilla.

Su contestación fue igual de sutil que un cómic manga. Bajó las manos hasta mi culo y me apretó sin contemplaciones contra una parte muy concreta de su anatomía. Una que me estaba reclamando sin disimulo.

Mi entrepierna se inundó al sentirle tan duro.

No sé quién corría más peligro, si su corazón o mi cordura.

—Vamos a la cama —supliqué arrastrándole de la mano, poniendo rumbo a la habitación principal.

—Pero... todavía quedan tres días para poder...

—No pasará nada —le tranquilicé y le empujé hasta que se quedó sentado en el colchón.

—Es la cama de tus padres... —señaló contrariado.

—Más morbo.

—¿No sería mejor esperar a que estés bien? —insistió preocupado.

Qué encantador. Pero todo problema tienen solución.

—Podemos hacer otras cosas... —propuse sensual subiéndome encima de él y obligándole a tumbarse.

Le vi tragar saliva y supe que su experiencia con el sexo opuesto se limitaba a intentar hacer fuego rozando su tronco contra la piedrecita de su novia. Era obvio que nunca había usado cerillas, (demasiado atrevido para él), y menos pastillas de encendido, que te lo ponen realmente fácil.

Le acorralé en el colchón y le besé de nuevo. ¿Cómo sería su cuerpo

desnudo de adulto? Fuera como fuera, tenía una necesidad atroz de rozarme contra él.

Fuimos deshojando la margarita poco a poco, bañándolo todo con unos morreos que, por momentos, me hacían olvidar el objetivo final. Me perdía en sus labios. Y solo despertaba cuando alguna de sus manos intentaba ganar posiciones, Dios mediante, mi cooperación. Al final, yo misma me quité el sujetador y me quedé únicamente con mi tanga negro favorito. Él solo llevaba unos calzoncillos de pierna elásticos.

Palpé su dureza con saña y se retorció de gusto. Yo sentía lo mismo. Rozar mis pezones contra su torso estaba siendo indescriptible. Igual que aspirar su aliento. Todo olía a Ander, una fragancia que siempre intentaba capturar cuando le tenía cerca, y que ahora inundaba mi sistema olfativo. ¡Quería comérmelo vivo!

—Joder, Adri... —gimió desesperado—. Esto es demasiado... —se quejó con un deje lastimero que no me hizo especial ilusión. ¿Tan mal lo estaba pasando...?

—¿El qué? —pregunté perdida, deteniéndome.

—Todo... Tú... Esto —dijo señalando su erección—. Es como si fuera a romperse en mil pedazos en cualquier momento de lo dura que la tengo...

No pude evitar reírme, pero supe que hablaba en serio cuando no me acompañó en el gesto.

—Eh, tranquilo —susurré enternecida. ¿Le preocupaba no dar la talla? Porque, a simple vista, material no faltaba.

Acaricié suavemente su miembro y dio un respingo. Al momento, cerró los ojos con fuerza y se acogió a una extraña tensión. Quería aliviarle y, sin pensármelo dos veces, mi mano buceó dentro de sus calzoncillos, le agarré con determinación y empecé un movimiento lento y basculante. Alcancé sus labios de nuevo y los lamí. Eran pecado. Y pronto empecé a chupar su lengua simulando una figurativa felación. Él gimió sobrepasado y, de repente, noté que se ponía rígido y que contenía la respiración mientras soltaba un gruñido.

Vaya... Había durado menos que en su primera vez.

Alcancé una caja llena de pañuelos de papel de la mesita de noche de «los viciosos» y se la pasé.

—Lo siento —dijo tras unos segundos.

—No hay nada que sentir —respondí rápido.

—Dime que le ha pasado a más gente —murmuró abochornado—. A mí, desde luego, nunca. Pero con una chica de tu calibre me imagino que será lo normal...

Me entró la risa.

—¿De mi calibre?

—Sí, joder, mírate... —susurró con los ojos brillantes.

Esa mirada hizo que el océano se condensara entre mis piernas, recordándome que yo aún le necesitaba.

Aparté todo lo innecesario de la cama, y me metí por dentro mientras él me observaba desconfiado.

Me quité el tanga bajo la colcha y a continuación se lo mostré traviesa dejándolo caer al suelo.

—Ven conmigo —le pedí juguetona.

Ander se deslizó bajo el cobertor y se tumbó boca arriba pensativo. Me abracé a su cuerpo de lado y me puso un brazo por encima, pero permaneció callado.

Una de mis manos recorrió el camino hacia sus atributos y descubrí que la zona no estaba precisamente en reposo.

—¿Ya estás listo de nuevo? ¡Qué rapidez! —dije encantada.

—No se me ha bajado en ningún momento... —reflexionó—. He terminado hace nada y sigo excitado...

—¡Genial! —exclamé lanzándome de nuevo al ataque.

—¿Puedes darme un segundo, por favor? —musitó cohibido.

—¿Te pasa algo?

—No, simplemente, está siendo distinto a como lo había imaginado... —

respondió sin girar la cabeza hacia mí.

—¿Y cómo te lo imaginabas? —pregunté confusa.

—No sé... Más calmado, menos intenso, más bonito...

«¡Qué gilipollas soy!», me maldije.

Puede que llevara demasiado tiempo metida en el papel...

—Lo siento —murmuré avergonzada—, sé que soy un poco bestia. Es que... ¡mierda!, perdona si te he intimidado.

—No es eso, pero la primera vez que estuvimos juntos tú llevaste el control absoluto, y ahora me acabas de hacer estallar como a un globo de agua en menos de un minuto... Me gustaría... no sé... que me dejases ser yo mismo. Poder tocarte como deseo. Que me dejes saborearte un poco, como siempre he soñado que lo haría...

Mis ojos empezaron a humedecerse motivados por el significado de sus palabras. ¿Yo, emocionada por ñoñadas? Era la primera vez. Había llorado en muchas ocasiones, pero siempre de impotencia, de rabia, o de culpa; nunca por algo que me dijera otra persona. Ni siquiera en una película. Me consideraba de acero. Nada me afectaba. Nada, MENOS ÉL. Y escucharle decir que no le estaba dejando «hacerme el amor» como quería atravesó mis defensas sin clemencia.

—Vale —me rendí cohibida—. Estoy en tus manos, si todavía quieres...

Él me miró con dudas. ¿Se le habrían pasado las ganas de hacerme sentir especial, de lograr ese milagro?

No dijo nada. Solo se giró hacia mí y me acarició el brazo.

Dicen que los ojos son el espejo del alma, y los suyos me decían que, aunque se sentía inseguro, no desearía estar en ningún otro sitio más que allí, conmigo, en ese momento.

¿Qué tenía Ander que me volvía tan demente?

Me quedé quieta esperando a que tomara la iniciativa, pero él no se movió retándome durante varios segundos para comprobar si de verdad iba a cumplir mi palabra.

10, 9, 8, 7...

Uno de sus dedos se acercó a mi hombro y comenzó un suave recorrido hacia el montículo que formaban mis pechos.

—Son perfectos —susurró embelesado perfilándolos.

Fue dibujando círculos concéntricos hasta que bordeó un pezón, pero no llegó a tocarlo. Huelga decir que eso me dejó ansiosa. Levantó la vista y encontró mis ojos suplicantes. La media sonrisa que me regaló me puso sobre aviso: iba a sufrir. Levantó una ceja juguetona pidiendo un permiso tácito para lo que pretendía hacer con su boca, y la acercó al punto donde hacía rato debería haberla depositado.

Dio un lametazo aislado que me puso el vello de punta y comenzó a aspirar sutilmente la zona más sensible.

¿Los preliminares están sobrevalorados? ¡Y una mierda!

Le dedicó varios minutos al lugar en cuestión, mimándolo cuidadosamente con la boca, las manos y su propia cara. Contorneaba mis pechos apretándolos y enterraba su nariz en la unión una y otra vez como si fuera un maldito animal.

¿Que si me parecía un puto loco obsesionado con mis senos? Bastante.

¿Que si me estaba poniendo más cachonda de lo que nunca había estado? También.

Cuando se quedó satisfecho de tan minuciosa inspección, recorrió mi cuello con sus labios mientras merodeaba con un dedo curioso alrededor de mi ombligo.

Acarició mi tatuaje revelando que había reparado en él. Era la sigla visual XOXO.

—¿Qué es esto? ¿Significa algo?

—¿No lo sabes? Son besos y abrazos...

—Perdona, pero yo leo «chocho»...

Me partí de risa. Ese humor me volvía loca. Replicaba con una seriedad hilarante, como la que usaban esos cómicos que no se ríen de sus propios chistes hasta el final. Me encantaba ese autocontrol.

Y me pareció jocoso que mi nombre en clave describiera tan bien que era una agente encubierta que se dedicaba a seducir a los hombres mediante sus besos y abrazos.

Después de ese divertido inciso pensé que me besaría prendado, porque es lo que estaba deseando yo, pero en lugar de eso, rozó fugazmente mis labios y esquivó mi boca a propósito en el último momento.

¡Maldito sádico!

De repente, sentí su mano deslizándose por mi depilado monte de Venus. Estaba perfectamente liso y eso pareció sorprenderle. ¡Ja! Fue una pequeña victoria, porque apoyó su frente en la mía y resopló impresionado. Solo por eso ya merecía la pena lo que había dolido la cera. Y tener el control por un momento fue fantástico, después de tanta tortura, pero recuperó el poder rápido con un movimiento certero.

Un dedo invadió mi sexo a la vez que su lengua asaltaba mi boca. Encontrando ambas cavidades igual de resbaladizas y calientes. Un gemido escapó de mis labios y lo bloqueó con los suyos mientras su mano jugueteaba poseída con mi excitación.

«¡Joder con “el sensible”!»

Empezó a masturbarme sin dejar de asediarme con apasionados besos. Ya estaba lista para morir de lujuria. Pero, de la nada, su otra mano frotó mis pechos recordándoles en qué punto de sensibilidad estaban y tuve la necesidad de sentirle empujando a lo bestia muy dentro de mí.

¡Fuck!

—Ander... —me quejé desesperada sin poder evitarlo.

—Shhh...

«Era su juego. Su turno. Su oportunidad», aseguró con su onomatopeya.

Esa pequeña interrupción me salió cara, porque incrementó la velocidad e intensidad de sus quehaceres, llevándome al límite. Y, cuando estaba a punto de dejarme ir, se colocó entre mis piernas dejando que notara su aliento a escasos centímetros de mi entrada.

«¡Qué vergüenza!», fue lo primero que pensé.

Me tomaba muy en serio el aseo en esa región en concreto antes de cualquier acercamiento de ese tipo, si no, no lo disfrutaba pensando en mil posibilidades por las que podría no gustarle. Pero la necesidad era tan grande que mi cabeza rugía: «¡A la mierda, empieza ya!». Aunque lo último que me esperaba es que aterrizara contra mi clítoris un maldito tren de mercancías.

Hasta me asusté de cómo se lanzó a por él. Abrí los ojos como platos justo antes de ponerlos en blanco. Ni siquiera un tiburón que llevara semanas sin comer sacaría ese genio poniéndole delante a una foca abierta en canal.

Quise gritar, pero mi garganta falló. Como cuando algo te perturba tanto que te quedas bloqueado. Solo sentía placer a raudales, dando pequeñas descargas por todo mi cuerpo prometiendo una liberación de altura. Se presionaba contra mí con tanta vehemencia que terminó levantando mi cuerpo de la cama.

Y, como no podía ser de otra manera, me corrí como una jodida actriz porno. Exagerando de una forma que hasta a mí me pilló por sorpresa.

Había sido apoteósico. Inigualable. Portentoso.

Había sido Ander haciendo un poco de sí mismo.

GLADIADOR

Ander

Las farolas no estaban puestas cuando me fui de su casa. Tenía que ducharme y cambiarme de ropa antes de ir al trabajo y no quise despertarla.

Nos habíamos quedado dormidos besándonos lentamente después de unos cuantos asaltos. Ni siquiera cenamos porque, en momentos así, en lo último que piensas es en comer; supongo que reacios a matar a las mariposas que anidan en el estómago. Pero sí hubo una conversación que me revolvió las tripas y me dejó con pocas ganas de ir a trabajar al día siguiente y encontrarme con cierto individuo.

—¿Has vuelto a ver a Carlos? —susurré contra su pelo en un momento de calma.

Casi diría que buscaba pelea. Una buena excusa para frenarlo todo e impedir terminar sepultado en su cuerpo, porque nos faltaba poco para perder la cabeza e ignorar las recomendaciones médicas de no mantener relaciones.

—Cené con él la semana pasada...

—Presumió de ello en los juzgados, no sabía si era verdad...

—Menudo bocazas.

—Ni te lo imaginas. Y qué tal os fue en el Villa Magna...

No era la forma más sutil de preguntar si habían estado juntos, pero necesitaba saberlo. ¿Habría disfrutado Carlos de su dulce piel? Si era así,

alegraría demencia transitoria la próxima vez que viera a ese canalla.

—Pues sí que se va de la lengua el tío —replicó molesta—, pero no pasó nada, en cuanto entendí sus planes, logré escaquearme.

—¿Cómo?

—Un mago nunca revela sus trucos —contestó recelosa.

Está bien. Quería creerle. Siguiendo pregunta.

—Y... ¿volviste a verle después del miércoles?

—¿Eres policía?

—No. Solo quiero saber si te estoy compartiendo con él.

Guardó silencio un instante. ¿Iba a mentirme?

—Le vi el fin de semana —admitió áspera, y lo encajé como encajaría una buena puñalada en el costado.

¿Cómo iba a quedarse en casa un sábado por la noche una chica así? ¡Y yo pensando en llamarla imaginándomela en el sofá con su encantador pijama! Cuando seguro que salió por ahí con un arma de destrucción masiva, como la del otro día.

—¿Y qué tal te fue? —pregunté tirante.

—Muy bien. Resulta que voy a ayudar a su madre a dar una fiesta benéfica en su casa. Mi fundación está contenta. —Sonrió sin ganas.

Mierda de fundación internacional. Lo que quería saber es si había ocurrido algo entre ellos. Porque no veía a Carlos perdiendo la oportunidad de compartir lecho con semejante mujer.

—Entonces, te estoy compartiendo —afirmé dolido.

—Técnicamente, no. El finde me libré de él alegando problemas de mujeres.

—Eso no es mentir.

—Eso mismo pienso yo —musitó cerca de mis labios. A continuación, los dejó caer sobre mi boca y efectuó un movimiento que iba a estar recordando todo el día, o puede que durante el resto de mi vida.

Todo aquello era de locos.

Nunca había sido capaz de defender una infidelidad. No las entendía. Me parecía una falta de respeto hacia los demás y hacia uno mismo, pero, en aquellos momentos, me vi superado por algo más grande que mi entendimiento porque, un tío con mi férrea ética, no seguiría compartiendo ni cama ni saliva con alguien que estuviera saliendo con otra persona. Y, sin embargo, ahí estaba, subyugado por su lengua.

Adriana me daba lecciones cada segundo que pasaba con ella, por ejemplo, que la vida no es blanca ni negra, sino que a su lado sería a todo color.

—¿Cuándo es esa fiesta? —pregunté con fingida tranquilidad.

—Este sábado, un par de días antes de Navidad. Aún tengo mucho que hacer —resopló agobiada.

—¿Quieres cenar conmigo mañana por la noche? Puedo preparar algo especial en mi casa —dije sintiéndome acorralado. No sabía cómo decirle que, si quedaba con Carlos de nuevo y sucedía algo, me moriría.

—Claro —contestó buscando un hueco dentro de mi caja torácica. Luego volvieron los besos y, más tarde, la inconsciencia.

Ingenuo de mí, ni se me ocurrió pensar que me estuviera dando largas, porque eran las siete de la tarde y Adriana aún no había dado señales de vida. La había llamado varias veces y no me había cogido el teléfono.

¿Era una estampida de manual?

Por un segundo, volví a sentirme utilizado, pero luego deseché ese pensamiento y meforcé a entender que, seguramente, estaría muy ocupada organizando el evento en casa de Carlos. Y no podía evitar pensar que Adri tramaba algo que iba a salir mal.

Nuevo objetivo: lograr que me invitasen a esa dichosa fiesta. Y, por suerte, conocía al tío perfecto para ayudarme.

Alguien que tenía un maldito archivador en su mente.

Alguien que, si existía alguna conexión entre la madre del cenutrio y nuestro círculo de amistades, la encontraría.

Un auténtico genio, reacio a apretar manos ajenas, a regalar cumplidos

falsos y completamente alérgico a mentir.

César. El corazón de La Mafia.

No es que su fama le precediera, que también, es que me había demostrado múltiples veces que siempre estaba un paso por delante de los demás.

Tenía una conexión especial con todos y cada uno de nosotros. Aunque no quisiera, parecía estar al tanto de todo.

Sin ir más lejos, el tema de Adriana siempre había sido tabú, incluso para mí. Pero a lo largo de los años, César me había hecho un par de comentarios extraños revelando que percibía cosas de las que ni yo mismo era consciente.

—Bien hecho, chaval —me dijo el día que conseguí aprobar el examen final de la escuela judicial—, ¡estoy muy orgulloso! Y ella también lo estará, algún día.

—¿Quién? —le pregunté confundido.

—Esa pieza que no encaja en tu vida. Algún día, lo hará. A mí me pasó. ¿Sabes que de pequeño me parecía mucho a ti? Siempre solo, siempre leyendo, quería mantener mis ojos ocupados para no ver nada...

—¿Qué?! —pregunté perplejo.

—No me hagas caso. —Sonrió paternalista dándome un toque en la espalda. Y se me quedó grabado, porque ese gesto forzado había sido ensayado con mucho afán. ¡Tenía planeado ser cariñoso conmigo! Y todo buen juez sabe que la intención es lo que cuenta.

Por eso nunca entendí las intenciones de Adriana aquella noche de San Juan, pero que confesara la verdad cuando la besé en su casa fue el pistoletazo de salida para dar el paso definitivo. La conclusión que saqué es que me estaba protegiendo. Típico error de las mamás pato. Que no dejan decidir por sí mismos a los patitos y no se vuelven a preocupar nunca más de lo que ellas desean en realidad. Forma parte del sacrificio de ser madre. Tú ya no eres la prioridad. Y menos tus apetitos más profundos si en algo pueden perjudicar a tu retoño.

Pero Adriana no era mi madre y tendría que demostrárselo, aunque sería

difícil disimularlo estando locamente obsesionado con sus pechos como si de ellos dependiera mi supervivencia.

Cuando había decidido poner rumbo a su casa, mi móvil vibró en mi pecho.

—¿Mamá?

—¡Hijo! ¡Pobre Diego! ¿Tú estás bien? —preguntó con preocupación en la voz.

—Sí, tranquila. Yo no estaba en el tiroteo.

—Menos mal, cariño. —Lloriqueó—. Dicen que Martina se encontró de frente con el hombre que disparó a Diego.

—Sí, fue ella la que impidió que disparará a los demás.

—¡Nos vais a matar a disgustos! —me acusó.

¿Yo? Me pareció extraño que me dijera algo así.

—No te preocupes, mamá. Ya ha pasado.

—Ven mañana a comer a casa, ¿vale? Quiero verte.

¡Madre mía! ¡Claro! La Mafia había vuelto de su viaje.

—Allí estaré. Un beso, hasta mañana —corté rápido.

Benditas madres. Acababa de ahorrarme hacer el ridículo llamando al timbre de la casa de los padres de Adriana.

No tenía tiempo que perder. Busqué el teléfono de César y cambié el chip para hablar con él, porque sabía que no tendría, lo que se dice, una conversación trivial.

—César al habla —contestó seco.

Como una chota.

—¡Hola! Soy Ander, me preguntaba...

—¡Hombre, Ander! —saludó pronunciando mi nombre con sorna, como si estuviera con alguien y quisiera anunciarle quién le había llamado—. El que faltaba... —le oí murmurar—. ¿En qué puedo ayudarte exactamente, hijo?

—Bueno... ¿podemos vernos? Necesito un favor.

—¿Es urgente?

—Bastante...

—Entonces, coincidirás conmigo en que lo más inteligente es que me lo digas sin tapujos y haga mi magia cuanto antes —soltó con cierta diversión.

Jodida forma de verlo, pero tenía razón.

—Vale. Eh... Necesito que me inviten a una fiesta —dije deprisa, como si fuera la mayor vergüenza del mundo.

—Interesante. ¿Cuándo es?

—Este sábado. En una casa particular de la *jet*. Es en calidad benéfica.

—Necesito nombres. ¿Quién la organiza?

—Eh... A ver... —comencé aterrado.

Estaba a punto de cruzar la línea. Si César oteaba que aquello tenía algo que ver con Adriana, toda La Mafia se enteraría de la jugada.

—Quiero hacer hincapié en que no te he preguntado por qué es tan importante para ti acudir a esa fiesta —comentó con aire de loco—, así que no te preocupes y dímelo.

Abrí los ojos y maldije haberle llamado. Había cierto tufillo de que sabía exactamente de quién se trataba.

—Nótese que tampoco he mencionado que ir a una de esas horribles fiestas siempre es decepcionante, y que es mejor hacer las cosas de forma natural, sincera y directa...

—¡Está bien! —cedí agonizando—. La fiesta la organiza Adriana para mi peor enemigo y necesito ir porque no quiero que...

—Ya lo sabía. Ja. Perdona. Era un intento de broma, pero no es lo mío. No sé por qué sigo aspirando a lograrlo...

—¿Cómo que ya lo sabías? —pregunté alucinado.

—Adri llamó a Zoe hace unos días pidiéndole ayuda con los proveedores. Y Leo es radio macuto.

Pensaba que mis días de sonrojos habían terminado, pero, por lo visto, no habían hecho más que empezar.

—¿Vas a ayudarme? —pregunté mareado.

—¡Claro! Será fácil. La madre de tu máximo rival es amiga íntima de los

padres de Axel. No sé cómo Adri no cayó en eso antes. Esa clase de gente... en fin, Dios los cría y ellos se juntan. Tendrás tu pase. Con base en ello, ¿tengo derecho a hacerte una pregunta?

—Claro... —respondí con la boca pequeña. Pero le temía lo más grande.

—¿Sabe Adriana que vas a ir a esa fiestecita?

Tocado y hundido.

—No exactamente...

—Tch, tch, tch —chasqueó con desaprobación—. Por ahí va mal, señorita. Sinceridad, eso sí está bien. No me cansaré de repetirlo las veces que haga falta.

—¡Lo hago por su bien!

Se escuchó una carcajada lejana al otro lado de la línea y miré el teléfono cabreado.

—Le haré llegar la entrada, Ilustrísima. Que tenga suerte. Buenos días —respondió César con humor.

—Gracias —murmuré a la nada. ¡Al menos alguien se estaba divirtiendo con todo aquello! Me sentía más toreado que un ternero en las fiestas de un pueblo.

Finalmente, me fui a casa y me pasé la noche contándole a la almohada cuánto la echaba de menos. Que sus manos cuando me tocaban ocultaban esbozos de otra vida con la que no me atrevía ni a soñar. Que había aprendido un nuevo idioma, el de su piel, y que tenía miedo de cerrar los ojos y que esa nueva Adriana dejara de existir para siempre.

TRAFFIC

Adriana

Claro que tenía ganas de llamarle, aunque solo fuera para volver a escuchar su voz, pero había sido un día de locos.

Aquella misma mañana desperté en mi piso sola y consulté el móvil. No había ningún mensaje de Ander, solo uno que Manu me mandó de madrugada. Corto pero eficaz.

Manu: Mañana estaré muerto.

Odiaba su vena dramática.

Vaticinaba el estado en el que me lo encontraría después de que Noa le declarase la guerra por sus estrambóticas ideas de bombero. Y no me equivocaba.

Le dije que iría a verle por la tarde, porque me pasé la mañana con la madre de Carlos, hablando de aperitivos, marcas de cava y adornos florales. Yo sí que había estado a punto de morir. ¡Qué mujer más odiosa! Desde luego, de tal palo, tal astilla.

¿Por qué la naturaleza le pone pegas para concebir a las buenas personas y deja que las malvadas se reproduzcan a placer?

Por suerte, dejé casi todo atado para la fiesta. Comí algo en un vegetariano mientras recordaba embobada ciertos momentos de la noche anterior, y me fui

a casa de Manu a tomar café con un calentón de mil pares de narices.

¡Qué mala idea! Porque, al fin y al cabo, Ander y yo no habíamos completado el proceso de fornicación, propiamente dicho; Y Manu era el consolador humano perfecto, en un estado en el que sería capaz de hacer cualquier cosa que le recomendara.

Abrí la puerta de su casa (tenía llaves) y le encontré tirado en la alfombra cerca del ventanal del salón.

—¿Qué haces ahí? —pregunté de mala leche.

—Es el único rincón de la casa que no huele a ella —respondió con la voz ronca.

Menuda borrachera.

—¿Este es tu plan, llegar al coma etílico? —dije dando una patada a las tres botellas que descansaban a su lado. Una y media ya finiquitadas.

—Siempre has sido lista.

—Pero también la cago —dije recordando la noche anterior.

—¿Tú, mi pequeña intendente? Lo dudo.

—Noa es la horma de tu zapato, ¿por qué te metiste en esto? ¡Hay que ser zopenco!

—Me odia —zanjó deprimido.

—Siempre te ha odiado.

—Pero había conseguido que me quisiera... —murmuró derrotado—. Hasta lloró delante de mí.

—Entonces, no te preocupes, volverá. Recuerdo que cuando era pequeña juró que nunca lloraría por amor, toda tozuda, chula y medio marimacho. No entiendo qué viste en ella. La verdad es que el amor es un cabrón.

—Cállate, Adri. No la conoces. Nunca te has molestado en conocerla.

—Ni ella a mí.

—¡Pues no seas hipócrita! ¿Te crees la única que está salvando el mundo? Joder, eres como ellos... —chasqueó la lengua.

Me agaché a su lado y le tiré del pelo a modo de aviso.

—Sabes que no es cierto. No me creo mejor que nadie. Es más, ayer me enrollé con Ander y creo que es lo peor que le podría haber pasado al pobre.

—¿Por qué? ¿Porque eres una diosa inalcanzable? —provocó dañino.

—No, ¡porque se merece algo mejor que yo! Alguien que pueda quererle, darle hijos, hacerle feliz...

Me tumbé a su lado boca arriba y noté que se me inundaban sin querer.

No, por Dios...

Y, a pesar de no ver nada, lo vi claro. Tenía que cortar aquello, e iba a pasarlo mucho peor que Ander intentándolo.

Manu hizo contacto con mi brazo para dejarme claro que no estaba sola y nos quedamos un rato en silencio.

—Si hubieras visto cómo me miraba Noa... —susurró devastado—. Martina no me coge el teléfono, ¡me culpa de todo!, y Diego no quiere ni verme... la última imagen que tengo de él es en una camilla con lágrimas cayendo por su cara. ¡Por mi culpa! Lo he jodido todo, Adri...

Giré la cabeza y le vi con los ojos cerrados intentando retener las lágrimas, pero, cuando volvió a abrirlos, rebosaron algunas y se las borró con el brazo.

—Tienes que irte —dije de pronto.

—¿Qué?

—Vete de Madrid. A mí siempre me funciona cambiar de aires. Toma distancia. Busca el mar.

—Ven conmigo —me pidió.

—No puedo. Tengo una movida que solucionar. Varias, en realidad. Tengo cuatro llamadas perdidas de Ander y no quiero verle.

—¿Por qué no?

—Porque será peor, puto kamikaze. Es autoprotección. Y tú deberías haber hecho lo mismo. Alejarte de ella.

—Chorradas. Ayer estabas con él, disfrutándole por fin, y no creo que te arrepientas. Y yo tampoco de haber estado con Noa, ¡ni un ápice!, ese es el problema. Por eso ahora mismo no le encuentro sentido a seguir viviendo...

—¡No digas gilipolleces!

—No, Adri —dijo severo—. Va en serio. Ahora mismo me duele hasta respirar. Estoy deseando hacer una locura. Y si me dicen que no vuelvo a tenerla en mi regazo sonriéndome... —Se tapó la cara y le costó seguir hablando—. A veces, ves con nitidez cómo debería ser tu vida y, cuando se esfuma esa visión, no puedes volver a lo de antes. ¡Es imposible! Me estoy ahogando.

—Pues lárgate y traga un poco de agua cogiendo olas. Vete de aquí o te volverás loco. ¡Te he encontrado en el suelo, joder! Mañana hablaré con Diego sin falta.

Manu hizo una mueca dolorosa.

—Nunca me lo perdonará.

—Claro que sí. Pero dime una cosa, si solo pudieras quedarte con uno, ¿con quién sería? ¿Con Noa o con Diego?

—Eso es como decir: «¿A quién quieres más, a mamá o a papá?».

—Yo a mamá.

—Yo también.

—¡Qué idiota eres! —exclamé con una sonrisa en la cara.

Su boca hizo un amago de algo similar que me dio pavor.

—¿Qué vas a hacer con Ander? —preguntó desviando el tema—. Habló conmigo el otro día en el hospital. Está distinto... ¿Qué le has hecho?

—¿Qué te dijo?

—Que te estaba buscando desesperadamente y, por lo visto, te encontró bien encontrada. No entiendo por qué de repente se interesa por ti cuando el muy cretino siempre ha pasado de tu culo —masculló enfadado.

—Porque me llevó a Urgencias... Tuve otro aborto —confesé resignada—. Le pedí que no se lo dijera a nadie y estuvo cuidándome todo el fin de semana como un puto mayordomo. Y, no sé cómo, empezó a atar cabos sobre mí.

—Lo siento, Adri —respondió triste—. Por Dios, haz el favor de dejar de intentar quedarte embarazada. Las posibilidades son escasas y es muy

peligroso para ti.

—Ya lo sé... Supongo que espero un milagro.

—Tienes que olvidarlo, pensar en otra solución —hizo una pausa—. Respecto a Ander, supongo que lo que teníais pendiente reventó, pero me pregunto qué le habrá hecho cambiar tan radicalmente de opinión.

—Magia Pokémon —sentencié tajante—. Me vio con mi pijama de Pikachu y se le fue la pinza.

Manu sonrió y negó con la cabeza.

—Siempre ha sido un puto friki.

—Es muy especial... —le defendí.

—¿Qué tal estuvo en la cama?

—No quiero hablar de eso...

—Pareces decepcionada, ¿la recordabas más grande?

Le di una patada y sonrió dolorido.

—¿Cómo fue? —preguntó más en serio.

—Empezamos y estaba raro, y terminó diciéndome que no fuera tan puta, porque eso le cortaba el rollo.

Manu emitió un sonido a caballo entre una risa y un atragantamiento.

—Mierda. Creo que empieza a caerme bien. —Sonrió.

—Quiso que fuera bonito, y me sentí... una chica normal por primera vez en mucho tiempo.

—Es que eres una chica, no un puto robot de seducción.

—Da igual. No puedo seguir con esto. ¡¿Qué coño quiere?! ¿Que nos enamoremos como dos idiotas?, ¿y luego qué? ¿Dejará su empleo, se vendrá a África conmigo y me esperará en casa con la cena hecha después de cada misión? La otra opción es acabar como tú, al borde del suicidio. Y no quiero eso para él. Ni para mí.

—Pues haz lo que debes, Adri. Aún estáis a tiempo de salvaros, no dejes que vaya a más. Si no vas a dejar tu curro, me parece muy realista que pienses así. Y hazlo rápido, porque empiezas a tener una cara de amargada que te va a

costar mucho esfuerzo disimular.

—Ya lo sé... —musité.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó después de unos minutos.

—Sí.

Porque quería estar sola y Manu era parte de mí.

Al día siguiente, me desperté en el apartamento y puse rumbo al hospital. En la habitación de Diego me esperaba toda la tropa y pude darles un repasito de lo más gratificante. ¡Menuda panda de inútiles! Martina se fue enfadada, a Noa la callé fulminándola con la mirada y Diego acabó rindiéndose a la evidencia.

—¿Puedo hablar un momento a solas con mi hermano? —le pedí a Noa.

Abandonó la habitación, pero, como buen sabueso, se quedó escuchando en la puerta.

Sabía exactamente lo que necesitaba escuchar esa maldita cabezota para reaccionar y se lo solté a Diego.

—Manu ni siquiera la quiere a ella, solo le importas tú.

Escuché sus zancadas llorosas y pude relajarme.

—¿Noa estaba escuchando? —preguntó Diego sagaz.

—Exacto.

—Lo sabía. No eres tan buena fingiendo, hermanita.

—Lo soy. Solo los que me conocéis bien distinguís cuando actúo —dije sonriente. Y de repente recordé a Ander diciendo: «No me he creído tu papelón con Carlos». ¿Significaba eso que me había visto de verdad? ¡¿Cuándo?!

—Noa está coladita —aseguró Diego—, me lo ha dicho.

—Pues igual los tiene bien puestos la niña, después de todo...

—Noa es medio César. La mayoría de las veces no filtra una mierda. El problema aquí es que Manu filtra demasiado. El cabrón no me dice nada, ni de Noa, ni del piso, ni de ti... estoy muy cabreado con él, Adri.

—Y tienes tus razones, pero es jodido estar enamorado de la novia de tu

mejor amigo. Te antepuso a su felicidad durante muchos años, Diego, no pases eso por alto. Podía habértela arrebatado fácilmente, y lo sabes y, en vez de eso, le mintió para ayudaros a ti y a Martina.

—Me drogó —objetó cabreado.

—Pues dale las gracias. Martina y tú sois unos putos inútiles.

—Eres terrible. —Sonrió Diego cogiéndome la mano y entrelazándola con la mía—. ¿Cómo estás tú?

—Bien... —mentí descaradamente.

—Se nota —refutó irónico—. Tienes cara de estar cinco veces bien.

Repliqué con un silencio y él lo entendió.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Inténtalo. Otra cosa es que te conteste.

—¿Qué te llevó a avisar a Ander de que me habían disparado?

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Por qué le avisaste tú y no su hermana?

La respuesta fácil que tenía para todo se me quedó obturada en la garganta.

—¿Y por qué no? —dije tarde y mal.

—Vale, ahora dime la verdad. Tú puedes.

—¡Y yo que sé! —exclamé enfadada.

—Me dijo que te llamó a continuación y no le cogiste el teléfono. ¿Tienes cinco años?

Me llevé las manos a la cara y me peiné las cejas dándome tiempo para pensar. ¿Por qué de repente no podía mentirle a mi hermano? Era como si esa bala le hubiera dado superpoderes y a mí me los hubiera quitado.

—Mi historia con Ander es complicada, ¿vale?

—No es cierto, si se ha complicado, ha sido últimamente.

—Te agradecería que no te metieras en mi vida —zanjé hosca.

—¡JA! ¡¿Y tú no acabas de meterte en la de todos como un maldito tornado?! —exclamó incrédulo—. Te daré un consejo. Se lo dije a él y te lo repito a ti: recuerda quién es.

—¿Y quién es? —pregunté a la defensiva.

—Seguramente tu futuro conuñado, así que cuidado, por favor.

Abrí la boca para responder y sentí que me atropellaba una manada de elefantes.

«¡Mierda!». Yo huyendo de él, ¡y me esperaban bodas, cumpleaños y sobrinos por compartir!

No pude evitar empezar a agobiarme. La clarividencia en los ojos de Diego era innegable y se me oprimió el pecho.

—¿Estás seguro? ¿Martina?

—No he estado más seguro de nada en mi vida.

Joder. Joder. Joder.

—Vale, tengo que irme. Recupérate pronto.

—Habla con él —murmuró cuando salía por la puerta—. El amor es la fuerza que nos hace desear estar unidos.

Perfecto. Mi hermano se había reencarnado en el Dalai Lama.

Me fui de allí con la cabeza hecha un lío. ¿Por qué me había hecho esa pregunta? ¿Y qué coño significaba esa frasecita final? Sacudí la cabeza y consulté mi reloj.

Era viernes y tenía que asegurarme de que la casa de Carlos estaba siendo debidamente transformada para la fiesta. Era la excusa perfecta para presentarme allí. El abogado no estaría y, si su madre estaba entretenida, quizá pudiera colarme en su despacho sin ser vista.

Quince minutos después me bajaba del taxi y llamaba al timbre de la vivienda. Era un chalet independiente perteneciente a una prestigiosa urbanización en la zona de Somosaguas. Con acabados de lujo y un espacioso porche en la zona de la piscina al que se accedía por un elegante salón.

—¡Querida, has venido! —exclamó la vieja bruja al verme, después de que alguien del servicio me abriera la puerta—. Está aquí el florista, le he dicho que esperase para hablar contigo de las flores de mañana.

—¡Ah, genial!, pues voy a hablar con él cuanto antes, y enseguida vuelvo

para repasar los detalles con usted —propuse modo pija *on*.

—Claro, tómate tu tiempo. Yo estaré aquí ojeando una revista.

Pocas veces tendría una oportunidad mejor.

Encontré al florista y le encargué una especie de sota, caballo y rey: las peonías. Si a Blair Waldorf, personaje millonario de la serie transcurrida en el Upper East Side de Manhattan, le obsesionaban, no podían fallar.

Me escabullí rápido y me colé en el despacho de Carlos que, por suerte, estaba en la misma planta; en la zona trasera de la casa junto a un gimnasio y a una pequeña bodega.

Cuando entré todo estaba minuciosamente ordenado al milímetro. Debía tener cuidado y dejar cada cosa en su lugar al terminar.

Me senté en la mesa y abrí los cajones. Sabía que en ellos no encontraría nada del caso que investigaba, pero quizá encontrara pistas sobre él y sus debilidades.

Una agenda llamó mi atención y la abrí. ¡Era su agenda personal! Citas médicas, peluquería, sastre, masajes... ¡El tío vivía mejor que Olivia Palermo! ¿Podólogo? ¿Qué misterios escondían sus pies? Ajjj.

Llegué a la última página que ofrecía el día actual y lo vi. Un corazoncito a las nueve de la noche al lado de un nombre: Nuria. ¿Tendría novia el muy desvergonzado o era un jodido gigoló? Personalmente me daba igual, pero...

«No te distraigas», escuché la voz de Zeta en mi cabeza.

Levanté la vista y busqué un archivador donde pudiera tener ordenados todos sus casos, pero nada. Me llevó un rato adivinar el diseño de la moderna ingeniería del único mueble de la habitación. Era una pieza que ocupaba toda la pared presumiendo de lo difícil que sería acceder a su interior.

Empecé a ponerme nerviosa porque estaba tardando demasiado en volver junto a la anfitriona.

Palpé el mueble buscando cualquier mecanismo que lo activara y me topé con un cuadrado que emitió una luz roja.

—¿Perdona? —murmuré para mí misma. Me agaché y descubrí un lector de

huella dactilar. Lo que indicaba que ahí dentro tenía cosas la mar de interesantes para mí.

Me fui de allí rápidamente asimilando que Carlos era el único que tenía la llave en su índice, y que, durante la fiesta, debía conseguir su huella si quería robar la información que necesitaba.

Fue un día duro. La bruja me invitó a comer mientras me torturaba criticando a la mitad de los invitados, y descubrí que acudirían varias personas a las que conocía por estar relacionadas con el mundo de las ONG.

Por la tarde, compré un vestido apropiado para la fiesta y volví a casa de mis padres, pero, justo cuando iba a entrar en el portal, un coche bajó la ventanilla y me giré sin pensar.

—¿Te subes un segundo? —preguntó Ander tristón.

Le miré agotada, hice de tripas corazón y me subí al GLA.

Y ENTONCES LLEGÓ ELLA

Ander

Por fin la tenía delante, y ahora... no recordaba nada de lo que quería decirle. Malditos ojos verdes.

—He tenido un día leonino, así que ve al grano —murmuró cansada apoyando la cabeza en el respaldo.

—Eso espero, que hayas estado tan ocupada que no hayas tenido tiempo ni de mirar el teléfono en dos días...

—Lo siento mucho. He estado mediando entre Manu y mi hermano, y organizando una fiesta.

—Y lo de hacerme el vacío, ¿es algún tipo de venganza?

—¡No!, es solo que... —Se calló y se repensó lo que iba a decir—. Es cierto que he estado ocupada, pero no sabía cómo decirte que...

—¿Que es mejor que lo del otro día no se repita?

—Sí...

—Vale —acepté dócil—. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Esto es muy complicado para mí, tú...

—Yo... ya soy mayorcito —zanjé serio. Ella me miró con culpabilidad—. Y ahora que ese tema está solucionado, ¿puedo preguntarte algo? Creo que me lo merezco...

—Claro —cedió atormentada.

—Quiero saber cómo estás, ¿ya te sientes del todo bien?

Adriana me miró desconcertada. Ella esperaba que fuera algo relacionado con mis inquietudes sobre nosotros y no con su salud.

—Ya estoy bien... —musitó abrumada—. Gracias por preocuparte tanto por mí. Eres un cielo, aunque no entiendo por qué lo haces...

—Quizá te suene a locura, pero... estos días... no sé, siento como si hubiese recuperado una parte de mí mismo. Y es por ti. Mi amiga Adri ha vuelto a mi vida y... puedo abstenerme de que ocurra nada sexual entre nosotros. Solo quiero seguir viéndote mientras estés aquí. Seguir cuidando de ti...

—Ander, eso no...

—Primero escucha mi propuesta —dije con normalidad—. Te vienes a mi casa, te das un baño, te cocino otro de mis platos estrella, te doy un masaje, ¡lo que tú quieras! Haré cualquier cosa con tal de volver a verte con ese pijama... —Sonreí con guasa.

—Idiota. —Me empujó el hombro sonriendo tímidamente y volví a discernir esa parte de ella de la que me estaba volviendo muy fan.

—Es muy tentador, pero no creo que sea...

—Si vieras mi bañera, ni te lo pensarías —la reté chulesco—. Solo te diré que es el mueble más caro de toda la casa...

Ella me miró intrigada. Vi en sus ojos que en el fondo quería venir, pero su buen juicio se lo impedía; así que insistí en el momento exacto en que una duda anidó en su cabeza.

—¡Vente conmigo! —dije con alegría—. No habrá peleas románticas, te lo prometo, solo nosotros compartiendo tiempo perdido, se nos daba bien ser amigos... ¿no?

Adri consultó la hora, se mordió el labio y se fijó en las bolsas que llevaba en la mano.

—Si subo, no me dejarán irme. Mis padres están muy sensibles después de lo que le ha pasado a Diego, y no tengo nada para dormir...

—No lo necesitas.

—¿Esto no era una proposición inocente? —Rio divertida.

Tuve que morderme los labios para no hacer lo mismo.

—Puedo dejarte algo para dormir. No es Pokémon, pero te servirá. ¡Déjate llevar, Adri! Necesitas relajarte un poco, ¿me equivoco?

Me miró unos instantes más, pero ya se adivinaba su decisión en una media sonrisa.

—Está bien. Vámonos —decidió desafiante—. Solo espero que no hagas que me arrepienta.

—Palabrita del niño Jesús —respondí cómico emprendiendo la marcha.

¡La había secuestrado!

¡Ni me lo creía! Solo sabía que hacía años que no tenía una sensación parecida. Y la cosa mejoró cuando llegamos a mi casa y vio el baño.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó al verlo, después de aguantar mis redobles de tambores desde la entrada.

—¿Te gusta? —pregunté complacido, porque su cara ya me había respondido.

—Pero esto qué es... —dijo incrédula avanzando hacia ella.

—Un capricho —admití—. Me gusta darme baños. Son sagrados para mí.

—¿Estás seguro de que no eres gay?

—¿Quieres que te lo demuestre? —amenacé lascivo.

—No hace falta... —reaccionó deprisa. Estaba nerviosa, aun habiéndole dicho que no tenía por qué pasar nada entre nosotros, y eso me gustaba.

—Es una pasada —murmuró pasando la mano por la exquisita porcelana—. Solo por esto, ya me alegro de haber venido.

Sonreí como respuesta y la que me devolvió me hizo rejuvenecer diez años.

Mi bañera era un secreto bien guardado, sino tendría a gente en casa cada dos por tres, pero, por alguna extraña razón, estaba orgulloso de habérsela enseñado a ella.

Era lo más especial de mi *loft*, con diferencia. Solo había dos puertas en ese hogar: la que me separaba del ascensor y la del inodoro. Lo demás era un

espacio abierto, incluyendo el baño, que además ocupaba un lugar privilegiado en la casa. Una bañera de dimensiones considerables se exhibía en el centro embebida en una pieza maciza de piedra negra, a juego con la pared que soportaba el lavabo.

—Yo voy a meterme en la cocina para desplegar mi magia culinaria. Deja que se vaya llenando de agua. Se para automáticamente.

Sus cejas subieron.

—Qué flipe.

Me acerqué al cajón de los sueños y cogí un par de tesoros.

—Toma —dije tendiéndole una pastilla amarilla—. Deja que se disuelva dentro cuando abras el grifo. Nunca has visto tanta espuma. Y esto —le lancé una bolita brillante de aceites esenciales—, además de oler muy bien, te deja la piel como la de un bebé.

Ella boqueó y me alejé antes de que pudiera responder nada. Había sacrificado parte de mi hombría para cederle mi *Friday Time*. Un ritual que solía concederme los viernes por la noche, después de una dura semana de trabajo.

Me acerqué a la nevera, que escondía manjares selectos que había comprado el día anterior con la ilusión de verla; quizá por eso había insistido tanto en que viniera a mi casa, y no por mi ridícula obsesión por descubrir lo que ocultaba su mente... y su cuerpo, ¿para qué engañarme?

Al cabo de un rato, me llamó y se me pusieron de corbata al escuchar movimiento dentro de la bañera.

Me acerqué precavido y, a medida que entraba en mi campo de visión, descubrí que una barrera de burbujas escondía sus vergüenzas. El problema es que mi pantalón no escondería las mías si veía algo.

—¿Cómo vas? —la saludé cortado.

—De lujo. Muchas gracias otra vez por rescatarme de mi mierda de día.

—De nada, ¿necesitas algo? —pregunté solícito, imaginándome mil posibilidades con su resbaladiza piel como protagonista.

—Sí, ¿podrías dejarme lo que usaré de pijama encima de la cama? Así cuando salga, me lo pongo, y nos ahorramos la escenita de la chica en toalla.

—Claro, porque la de la chica entre burbujas es mucho menos intrusiva — dije irónico.

La sonrisa que brotó de su boca me advirtió que era una provocadora nata. Pero ya lo sabía. Siempre le había gustado impresionar a los demás, era algo que le hacía sentir bien, y muchas veces me había preguntado el motivo. Un día, observando una disputa familiar en un restaurante, de pronto, lo vislumbré.

Adriana tenía tres años cuando sus padres se divorciaron. A su madre le gustaba un sarao más que a la Presley, ¡se lo pasaba en grande! Y nunca tuvo necesidad de rehacer su vida. Para ella, su hija pequeña era un accesorio más que lucir cuando le convenía. Adri pasaba temporadas a su lado y, cuando se cansaba de ella, se la devolvía a su padre, Axel, alegando una apretada agenda social inadecuada para una menor. Él, sin embargo, era un tipo entrañable, muy buen hombre y, aunque siempre le demostró que la quería más que a nada, él sí rehízo su vida al lado de una mujer que le colmaba de felicidad y era incapaz de disimularlo. Además, le dio otro hijo, Diego, y saltaba a la vista que Adri creía no encajar en esa perfecta estampa familiar. No obstante, adoraba a su hermano pequeño, y eso decía mucho de ella. Por eso siempre sentí la necesidad de otorgarle un especial cariño a Adriana. Sentía que era el único en darme cuenta de que, detrás de esa pose de seguridad, había un corazón sufriendo.

La observé e intenté distinguir a aquella niña a la que idolatraba. Su pelo estaba mojado, era obvio que se había sumergido y después se lo había atado en un moño a lo Audrey Hepburn. Estaba encantadora. Encantadoramente sexy.

Me fui de su vista antes de empezar a dar manotazos en la espuma como un loco y escuché su dulce voz a mi espalda, mientras buscaba un pijama que le pareciera lo suficientemente bonito para ponerme tan nervioso como a ella le gustaba.

—¿Qué estás cocinando?

—Algo muy *engordativo* —la chinché.

Se pasó quince minutos secando su dorada melena. Debió encontrar el secador por alguna parte, y apareció justo a tiempo cuando el timbre del horno sonó poniendo punto final a la elaboración de la cena.

Había vestido la mesa como si se tratara de una cita con la reina y, cuando saqué la bandeja del horno, la susodicha se sentó en el trono.

—Esto es el paraíso —sentenció solemne.

—Y lo mejor está por llegar —dije con segundas, guiñándole un ojo y depositando mi obra maestra en la mesa.

—¿Qué es?

—Una quiche de calabacín y queso Gruyere, mi favorito. Y esto es pasta de calabaza rellena de parmesano y trufa negra —dije levantando una tapa seguida de una nube de vapor.

—¡Qué rico! —exclamó entusiasmada—. Es perfecto.

Comenzamos a comer y, después de felicitar me tras poner un par de caras de indescifrable placer, decidió que ya había dejado salir suficiente amabilidad por su boca.

—¿Es ahora cuando me fríes a preguntas sobre Carlos?

—¿Sobre quién...? —Me hice el loco.

Ella sonrió.

—¿Sabes? Tienes tu gracia.

—Anda, ¿estoy aprobado?

Intentó retener su diversión poniendo los ojos en blanco, y yo disfruté viéndolo.

—No sabía que eras tan ocurrente. Estás siempre tan callado...

—Quizá no tenía nada que decir.

—¿Y ahora sí?

—Sí —contesté directo—. Ahora hemos descubierto que nada es lo que parece. Ni tú, ni yo, ni Manu, ni Diego...

Adri se metió el tenedor con comida en la boca, lo que le dio la ventaja de no tener que replicar al respecto.

—¿Dónde conseguiste este piso? Es muy Brooklyn —dijo cambiando radicalmente de tema. Herencia paterna.

—Tengo un amigo que trabaja en una inmobiliaria y le dije que estaba buscando algo así. Techos altos, espacio diáfano, obra cara vista. Le cayó en las manos por una herencia y me avisó enseguida. Tuve suerte.

—Pues me encanta... tiene mucha personalidad.

—¿Cómo es tu casa? —pregunté interesado.

—No tengo casa propia. Tengo pisos que me prestan en distintas ciudades. Incentivos, los llaman, pero no son gran cosa. En el que más tiempo paso es en el de Los Ángeles, y desgraciadamente es el más pequeño.

—Me cuesta creerlo —aseguré con guasa—. Te imaginaba en una casa con moqueta de terciopelo en el suelo y una fuente tibetana enorme en el salón.

Adri hizo un ruido con la nariz reprimiendo una carcajada.

—Como has dicho: «Nada es lo que parece». Admito que tengo una debilidad enfermiza por la moda ¡porque es arte en el que vives!, y soy muy sibarita con la comida, porque es que tengo el placer de degustar, pero no soy una pija para todo. Me dan igual los coches, las casas y las joyas. La gente no es pobre por cómo vive, es pobre por cómo piensa. Me da igual dónde hayas nacido, lo que tengas o lo que digas. Lo único importante es lo que haces, porque son las acciones las que cambiarán el mundo.

Dejé el tenedor en el plato y me eché hacia atrás ante semejante discurso.

—Hace una semana me habría caído de culo al escucharte decir eso... pero ya no —solté pensativo.

—¿Por? —preguntó cohibida.

—Porque siento que todo lo que no me gustaba de ti era una farsa y, de repente, todo lo que veo y lo que oigo adquiere sentido. Ahora todo encaja. Para mí eras esa chica que vi tomando un café con Carlos el otro día. Una mujer preciosa pero vacía. Y cuando me di cuenta de que solo eras una

mentirosa, podrías imaginar la expectación que me causaste. Y lo que voy descubriendo, a menudo me deja sin palabras...

Noté que se sentía halagada, pero con cierta reticencia.

—Eso es justo lo que no quiero, Ander. Que te hagas ideas maravillosas de lo que soy o dejo de ser.

—No me las hago. Pero llevo casi quince años decepcionado contigo y odiándome porque siguieras afectándome tanto cada vez que te veía. Y ahora mismo me siento liberado, sin pretensiones, aunque siga un poco enfadado.

—¿Enfadado por qué? —preguntó extrañada.

—Porque, ahora que te he descubierto, sigues sin querer confesar. Me gustaría que confiases en mí, pero parece que no hay sitio en tu vida para nadie más que no sea Manu...

—Hay tanto de él en mí que podríamos ser uno. Nos hemos hecho el uno al otro.

—¿Y por qué no estáis juntos? —pregunté displicente.

—Porque no lo necesitamos. Ya nos tenemos y nos tendremos siempre. No nos complementamos, somos lo mismo, y necesitamos otro tipo de persona como pareja para ser felices. El amor es así de mierda.

—Prueba la pasta —acerté a decir. Necesitábamos que esa conversación se relajase antes de que ella se cerrase en banda.

—Está deliciosa... —opinó paladeándola—, ¿la has hecho tú?

—Sí. Me gusta cocinar.

—Quién lo diría.

—Hay muchas cosas que nadie sabe de mí.

—¿Y por qué las ocultas?

—No lo hago. Simplemente, están ahí para quien quiera descubrirlas. Y, tranquila, no tengo la esperanza de que sea tu caso, porque, si eres como Manu, me dejó claro el otro día que yo «no soy lo que necesitas».

—¿Te dijo eso? —preguntó alucinada.

—Alto y claro —sonreí resignado.

—Tiene gracia, a mí me dijo justo lo contrario.

—¿Qué?...

Escuché un frenazo de ruedas chirriante en mi cabeza.

Mi mundo se había detenido. ¿Que Manu le dijo QUÉ...?

—No lo entiendo —susurré al borde de la embolia—. ¿Habéis hablado de mí?

Adriana chasqueó la lengua quitándole importancia.

—Manu lleva tiempo intentando convencerme de que vuelva definitivamente a España. Y como sabe que... bueno, que para mí eres especial, quería usarte de conejillo de indias para engancharme y tenerme fuera de peligro.

—¿Fuera de peligro? —repetí alarmado.

—No... o sea, quiero decir, ¡vigilada! Viviendo cerca de él, y no por ahí a salto de mata —intentó arreglar, pero ya era tarde. Me sobraban señales para saber que andaba metida en cosas raras que tenían que ver con los peligrosos países marcados en su mapamundi.

—Bueno, dile que no tengo inconveniente en entretenerme para eso —bromeé con la verdad.

Nos miramos a los ojos y supe que esa noche nos besaríamos, aunque hubiésemos dicho lo contrario. Fue su forma de acunarme con los ojos. Como un contacto. Un abrazo no dado pero deseado. Aún recordaba el tacto de su suave piel contra mis labios, mi nariz escondida en su pelo, y sus gemidos incrédulos. Y una chica como esa decidió la finalidad de la noche en cuanto accedió a venir a mi casa.

Era imposible que ella no notara la química que desprendían nuestros cuerpos. Cuando es tan potente, es porque el chispazo es mutuo.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó de repente ignorando mi comentario.

—En mi cama —respondí canalla. Ella subió una ceja y yo tardé lo suficiente en aclarar: «Yo dormiré en el sofá»

Su réplica fue centrar la vista en su comida, atribulada, pero juraría haber

visto un indicio de sonrisa que objetaba: «Sí, seguro».

—¿Cómo llevas tu investigación sobre el cliente de Carlos? —pregunté de pronto, o terminaríamos sin ropa antes del postre.

Ella cambió de registro y se puso en modo trabajo.

—No es fácil. Y tampoco lo es hablarlo con un juez que podría condenarme por violar el artículo 197 del Código Penal. Espiar, descubrir y revelar a terceros secretos ajenos.

—Yo no te condenaría ni por matar a mi hermana.

Ella explotó de risa. Y mi boca se curvó hacia arriba.

—No, sería mi propio hermano el que me condenaría —replicó sagaz—. Creo que al final vamos a ser familia de verdad, así que yo tendría cuidado en no meter la mano en el tarro de las galletas... están buenas, pero te saldrá caro.

Fue un milagro que en ese momento no me abalanzara sobre ella, porque lo estaba pidiendo a gritos. En lugar de eso me puse un reto a mí mismo: dejar que fuera Adri la que diera el paso.

Siempre había tenido mi punto masoquista.

IN TIME

Adriana

Llega un momento en la vida en el que descubres que eres más gilipollas de lo que creías.

Es como ir por una acera que se estrecha cada vez más y te resistieras a abandonarla incluso cuando ya no te cabe el pie.

La hostia no llega puntual. Llega tarde o temprano, pero siempre llega. Y en mi caso, llegó cuando Ander me deseó dulces sueños y apagó la luz de mi habitación para instalarse en el sofá del salón dejándome sola en su cama.

¿WTF?

Intenté dormirme, pero resultó imposible con mis hormonas gritando al unísono: ¡*carpe diem!* ¡*carpe diem!*

Di más vueltas en el colchón que en una noche de verano a treinta grados. Y por el mismo odioso motivo. Estaba frita.

Había confiado en ser la inocente damisela virginal acorralada por el insaciable gañán; de ese modo, hubiera tenido excusa para permitirme disfrutar de su cuerpo mientras él gozaba del mío.

¡Pero no podía atacarle yo!, después de llevar dos días aplastando mis ganas contra los pretextos de que iba a romperle el corazón.

¡Era injusto! Era ruin. Era listo, el muy hijo de perra...

Pero yo lo era más. Perra, digo.

Salí de la cama dando saltitos, después de recolocarme el pijama estratégicamente. Me iba grande, así que dejé un sexy hombro al descubierto en uno de los lados, me quité el sujetador y me dirigí hacia su fantástica cocina abierta con isleta central en busca de un vaso de agua.

Toda la casa me fascinaba. Estar en su espacio me transmitió muchas cosas de él que no quería haber percibido. Tenía un estilo propio que me volvía loca mezclado con un buen gusto innato. Era metódico, limpio y ordenado. Y un sibarita de las pequeñas e importantes cosas de la vida. Lo que se tradujo en que, mientras estaba a remojo en esa delirante bañera sacada de mis fantasías más oscuras en cuanto a centros de bienestar, decidí que tenía que acostarme con él. Quería tenerle dentro. Punto. Y lo quise incluso antes de la asombrosa conversación que mantuvimos durante la cena. Una que, a duras penas, pude soportar no lanzarme maleducadamente sobre él y donde empecé a mandarle indirectas a diestro y siniestro.

Ander tenía razón. Acabara como acabara aquello, sería mejor pensar: ¿te acuerdas?, que, ¿te imaginas?

—¿Necesitas algo? —preguntó desde la oscuridad.

Me había asegurado de hacer el suficiente ruido para alertarle de mi presencia.

—Tengo sed, ¿dónde están los vasos de cristal?

—En la segunda alacena a la izquierda.

—¿Aquí? —dije abriendo un armario al azar.

—No, al otro lado.

—¿Arriba o abajo?

—Espera... —Se acercó despacio hacia mí, como quien se enfrenta a la desactivación de una bomba con cuenta atrás.

Alcanzó un vaso y abrió la nevera para extraer la botella.

Yo me senté en uno de los taburetes y esperé a que acudiera a mi lado.

—Tu cama es muy cómoda —le dije justo antes de beber.

—¿Me lo estás restregando?

Casi escupo el agua al intentar reírme.

—No puedes tener queja, soy todo un caballero...

—Sí, aunque recuerdo cierta promesa que no ha tenido lugar...

—¿Cuál?

—Un masaje.

Desvió sus ojos hacia la franja de piel que había dejado al descubierto para él, donde se adivinaba el principio de un pecho.

Yo sonreí y él bajó la vista al suelo rascándose la nuca apocado.

—Me da un poco de miedo tocarte —comenzó serio—, por si exploto... Sé que a otros les ha pasado.

Le empujé divertida y reprimió el impulso de cogerme para darme mi merecido. Y más.

—Tengo el cuello fatal. No es coña. He trabajado como una mula para organizar esa maldita fiesta —dije tocándome el trapecio.

—Te daré el masaje prometido, ¿prefieres sentada o tumbada?

«Prefiero a cuatro patas», pensé con una sonrisa triunfal yendo hacia la cama.

—Mejor tumbada...

Me estiré boca abajo y me quité el pijama superior. Él se sentó a mi lado y casi le oí tragar saliva. Seguro que estaba recordando el estupendo festín que se dio el otro día con mi delantera. La tendría grabada en la mente porque tuvo tiempo de aprendérsela de memoria.

Empezó un masaje suave. La verdad es que me dolía.

—Hueles muy bien —me acusó a regañadientes.

«Y mejor sabré», pensé excitada con tan solo notar sus atentas manos sobre mí. Me permití soltar un gemido de profundo placer, algo más moderado que los del otro día en mi casa pero similar, y el muy bobo continuó como si nada.

Diez minutos después se escuchaba un pitido de fondo que me recordaba al de una olla a presión cuando está en el punto óptimo de cocción. No sabía si ese sonido provenía de él o de mí, pero si seguía mordiéndome el labio de esa

forma, terminaría sangrando.

—También tengo lumbago —le informé bajándome un poco el pantalón. Dejé el inicio del pompis al descubierto.

Todo se quedó en silencio por un instante. Oí los pensamientos de Ander luchando contra sus ganas y terminó poniendo las manos sobre mi espalda baja.

—¿Es aquí? —murmuró cohibido.

—Más abajo...

Él obedeció recreándose en el permiso, rozando sin querer queriendo la zona inferior.

—Un poco más abajo —solicité ladina.

Él sobrepasó ligeramente los límites honorables en nombre de la salud y su respiración se volvió pesada.

—Más abajo... —gorgoteé.

Sus manos abarcaron con fruición todo mi trasero apretándolo descaradamente para deleitarse de su esponjosidad. Yo suspiré enardecida.

—¿Te gusta así? —preguntó sarcástico.

—Sí, perfecto...

Su boca cayó con celeridad en mi cintura y comenzó a besarla y a acariciarme por todas partes. Que se volviera tan loco me obligó a reaccionar.

Me di la vuelta y continuó afanándose en mi ombligo como un auténtico lunático. Siguió por mi tatuaje, mis costillas... Parecía que esa noche no quería tomarse las cosas con calma y eso reventó mis ataduras. Sus manos arrasaron mis pechos que se erizaron al recordar sus caricias. Los dos respirábamos con dificultad y, en un momento dado, fue directo a mi boca. La atrapó y me besó como si fuera la última vez que fuera a besar a nadie.

Estaba descontrolado.

—Shhh —le calmé. Parecíamos la mecha de un petardo.

Él frenó de repente y noté su respiración acelerada en mi cuello. Le había convertido en un potro salvaje y quería tranquilizarle para disfrutar de su

potencia llevando las riendas. Le cogí la cara y encontré sus ojos avergonzados.

—Esta noche soy tuya —musité con sinceridad—. Disfrútame despacio, como el otro día.

Rozó su cara contra la mía y me besó tiernamente. Yo aproveché para deslizar mi pantalón hacia abajo con las piernas y quedarme desnuda.

Ander se dio cuenta y me las acarició embelesado, entendiendo que me estaba entregando a él. Se quitó la camiseta y se encajó entre mis piernas como si quisiera meterse en lo más hondo de mí.

—Adri... —susurró muerto de deseo arremetiendo contra mí—, pasará algo si...

—No —atajé rápido—. Hazlo ya, te necesito dentro...

Esa información pareció perturbarle un poco y se quitó el calzoncillo a zarpazos, pero se controló al darse cuenta de que no llevaba protección.

Se estiró hacia la mesita de noche y alcanzó un preservativo. Rasgó el paquete con los dientes y se lo colocó veloz sin apenas abandonar la postura entre mis piernas.

Antes de seguir avanzando, me miró dándose cuenta de QUIEN era. Sabía que estábamos pensando lo mismo: en las repercusiones, en La Mafia, en nuestros hermanos, en nuestra historia, porque esta vez no sería lo mismo. Y ambos tomamos la decisión a la vez: íbamos a hacerlo. Era irrevocable.

Acercó su dureza a mi entrada y la tanteó. Decir que algo se la tragó, sería un eufemismo. El sonido que emitió su boca al penetrarme me conmovió hasta límites imprevistos. Sentí su carne llenándome y me entraron ganas de llorar por colmarme de un modo tan satisfactorio.

Fue irreal. Puede que estuviéramos demasiado excitados, porque las embestidas eran excesivamente placenteras. Todas las terminaciones de mi cuerpo soltaban un chispazo con cada acometida ruda y exigente. Apenas podía soportar el conjunto. Su olor. Nuestra saliva. Su lengua. Nuestra unión. Demasiada intensidad. Estaba completamente en tensión y Ander aceleró el

ritmo al notarlo.

El orgasmo fue bestial. Una bomba atómica. Material de estudio.

Algo que no sabía si podría volver a repetir por el desconcierto que supuso en mis sentidos. Y él parecía pensar lo mismo, porque cayó a plomo sobre mi cuerpo y tardó en moverse.

Cuando por fin lo hizo, se llevó el profiláctico con él y desapareció en la penumbra del piso.

Yo aproveché para vestirme y, por un momento, pensé en huir. No lo hice porque estaba en la treintena y porque éramos casi parientes, que si no...

Volvió a la cama y le recibí de medio lado. Se fundió conmigo metiéndose entre mi pelo y me abrazó. Demasiado... todo.

—Buenas noches —murmuré después de un minuto sin hablar.

—No quiero que termine —susurró cerca de mi oído más despierto de lo que esperaba.

—Me estoy quedando dormida.

—Yo no sé si podré dormir, estoy demasiado abrumado.

—¿Por qué?

—No quieras saberlo... duérmete.

—¿Por qué? —insistí vehemente.

—¿Has visto *In Time*, la película?

—No.

—En ella el tiempo tiene un valor calculable. Una Coca-Cola, dos minutos. Subir al autobús, cinco minutos. Tu sueldo, 1000 minutos. Juegan con ese concepto porque, actualmente, ni todo el dinero del mundo puede proporcionarte más tiempo de vida. Los minutos se funden inexorables en una cuenta atrás... los malgastamos.

Tenía miedo de preguntar porque aquello sonaba a que iba a decir algo que me haría sentir frágil de nuevo.

—¿Y...?

—Que acabo de darme cuenta de lo poco que vale mi vida...

Me quedé en silencio preocupada.

—No digas eso.

—Solo vale diez minutos, Adri. Los últimos diez minutos que acabo de pasar contigo. El resto ha sido tiempo malgastado.

Una buena frase para dejar mudo a alguien.

—Cuando te tengo cerca, me siento más vivo. Quédate conmigo hasta que tengas que marcharte a Estados Unidos, por favor... Solo te pido eso.

—Está bien... —accedí abrumada. Porque la conexión que sentía con él era demasiado importante como para ignorarla.

—No me mientas más, ni te vayas en medio de la noche. Quiero sentirte mía hasta que te marches... —zanjó posesivo. Y me apretó entre sus brazos como si estuviese ya medio soñando.

Me dejé envolver y quise engañarme. Eso hacían las personas felices, arrejuntarse y dormir con la seguridad de tener a alguien al lado que los valora. Sería maravilloso estar unos días con él, pero ¿ser sinceros? ¿Para qué? Correría peligro, y los latigazos mentales al separarnos serían más dolorosos. Así era mi vida. Siempre escondida.

En mitad de la noche escuché que Ander farfullaba algo.

—Confía en mí...

Y no abrí los ojos. Era evidente que estaba dormido y no respondí nada, pero la frase se me clavó en el corazón.

Me despertó el roce de una pierna. Había dormido tan bien, con tanta satisfacción que me llevó un momento recordar dónde estaba. Pero lo descifré por el increíble efluvio que destilaba su almohada.

Una mano acarició mi estómago surcando su suavidad. Pronto me buscó y nos encajamos. Lo siguiente fueron sus labios en mi cuello.

—Buenos días —suspiré.

—Buenos no, el mejor de mi vida...

Me retorció melosa y nuestras piernas se acariciaron. Giré el cuello y

encontré sus labios, aguardando con paciencia mi sabor. Fue un encuentro idílico. Nuestro apetito iba sin prisa, pero sin pausa.

Su mano se metió entre mis piernas y poco a poco me fue preparando para su intrusión. Fue muy placentero sentirle deslizándose dentro de mí desde atrás. Su forma de hacerme el amor me incitó de tal manera que deseé darme la vuelta y montarle como una auténtica amazona, pero no lo hice porque me dio vergüenza. No quería recrear lo que sucedió en nuestra primera vez, ni que él lo recordara. Así que provoqué que terminara rápido y me guardé de estropear el único momento del día en el que iba a ser endiabladamente feliz. Porque ese sábado fue de locos.

Y no pienso echarle la culpa a la maldita fiesta.

Sino a cómo me sentí cuando, paseando mi Chanel de pedrería negra y transparencias por los distintos espacios del evento, flotando como llevaba todo el día obnubilada por nuestra noche juntos, le vi.

De pie, sujetando una carísima copa de champán y vestido de *smoking*.

Se había plantado en mi fiesta. Guapo a rabiar, además.

Y recordé sus palabras de madrugada: confía en mí.

«¡Tendrá jeta!».

ANIMAL PARTY

Ander

Lo estuve pensando mucho y decidí no decírselo, pero, cuando me vio, me arrepentí.

Intenté disimular que no me había perturbado la cara de mala hostia que se le había puesto, pero estaba cagado. Adriana no era de acercarse a nadie y montar un espectáculo de serie B. Era peor. En el momento menos pensado, aparecería por mi espalda, paladeando una delicada amenaza con su típica sonrisa de clase alta y sería el doble de aterrador.

Desvió la vista y la capté maquinando maldades hacia mi persona. Estaba bellísima. Parecía de la realeza infernal. Su elegancia rivalizaba con la sensualidad que emanaba. Fría, detrás de sus enloquecedores ojos verdes y su pelo exquisitamente recogido con mil trenzas armadas por un profesional. Parecía la Helena de Troya del inframundo, toda vestida de negro y con un rictus profesional e inmutable.

—Ander. —Escuché una voz femenina a mi lado mientras la seguía con la mirada.

—Hola, Nuria —saludé a mi colega de profesión.

—¿Cómo tú por aquí?

Me miró sorprendida con esos ojillos de cervatillo que anunciaban que era una buena persona. A decir verdad, Nuria era de las pocas mujeres con la que

me plantearía tener algo si un ser superior me apuntara con un arma a la cabeza y me obligara a perpetuar la especie.

—Carlos me invitó y me interesaba colaborar con la causa. ¿Y tú?

—Conozco a la organizadora del evento, y en esta época del año dan ganas de colaborar con algo. —Sonreí como un idiota. ¡Como si el resto del año no hubiera pobres!

—Pues menos mal que te encuentro, porque esta gente tiene pinta de limpiarse el culo con billetes de cincuenta euros.

Solté una risita por la broma e intenté avistar a Adriana de nuevo, pero la había perdido.

—Buenas noches, señorías —susurró la voz que más dentera me daba en el mundo.

—¡Hola, Carlos! —correspondió Nuria—. Bonita fiesta.

—Sí, tengo una organizadora muy buena —manifestó él con una sonrisa parecida al lagarto malo de la película *Monstruos S.A.* Era idéntico. Ojos saltones, dos pelos mal colocados y falsamente agradable como él solo.

Me miró desdeñoso y continuó fingiendo.

—Es extraordinario contar con su presencia. ¿A qué debo el honor?

—En realidad, fueron mis tíos los invitados, pero he acudido en su representación para efectuar sus donaciones.

—Fabuloso —escupió mi enemigo.

—Pasadlo muy bien, por favor. Disculpadme, pero debo ayudar en el convite.

Le vi marcharse y levanté una ceja convencido de que ese no había tocado una vajilla en su vida. Estaría buscando a Adri para arrinconarla y mancillar mi territorio. Y ella, a saber lo que estaría haciendo.

Cuando Nuria saludó a alguien, aproveché el momento para ir en busca de mi chica enfadada. Seguí a una bandeja que recogía vasos sucios y di con ella.

—Por favor que esto salga ya —les decía a unos camareros.

—Hola —saludé juguetón.

—¡Ander! —susurró ella malhumorada—. ¿Qué leches haces aquí?

—He venido a ayudarte.

Adriana me empujó hasta una zona apartada del pasillo.

—¿Cómo? ¿Provocándome un infarto? Casi me da algo al verte. ¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Ayer no estaba para pensar en nada.

—¡Excusas! Me pides sinceridad, ¡y mira quién tiene ases en la manga! —gruñó furiosa.

—¿Qué pretendes hacer con Carlos?

—Algo complicado en lo que no puedes participar. ¿Quieres meterte en un lío? ¿Cómo has logrado que te inviten? —susurró enfadada acercándose a mí.

—Un mago nunca revela sus trucos —pronuncié sus palabras. Mis manos fueron solas a su cintura porque la echaban de menos.

—¡Para! Tengo algo muy importante que hacer, y si Carlos nos ve...

Le buscamos entre la gente y le divisamos agobiando a Nuria.

—Pobre, Nuria —musité—, lleva meses tratando de cortejarla.

—¿Se llama Nuria? Creo que ayer cenó con ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en su agenda. Oye, ¿quieres ayudarme en serio?

—¡Claro!, solo dime cómo. ¿Están aquí los de las ONG fraudulentas?

Ella pareció quedarse descolocada con esa pregunta, pero pronto trazó un plan.

—Necesito entrar en su despacho y revisar sus papeles. Así que, cuando te diga, propón un brindis. Yo desapareceré y tendrás que entretener a Carlos. Salúdale y procura que permanezca a tu lado.

—Ya nos hemos visto.

—Pues abórdale con otro tema, pero mantenlo vigilado.

—¡De acuerdo! —exclamé contento de poder cooperar.

—Y una cosa más —dijo con aire intrigante mirando hacia los lados.

—¿Qué?

Me empujó contra la pared y me dio un beso fiero y húmedo. Me quedé allí, aplastado contra el papel pintado, recuperándome. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no seguirla en busca de más, pero debía concentrarme en proclamar un brindis.

Joder. ¿Por qué Adriana siempre me obligaba a hacer cosas que iban en contra de mi religión? Lo último que me apetecía era golpear una cucharilla en el cristal de mi copa para ser el centro de atención. Pero no tenía alternativa.

Volví al salón y vi a mi chica con Carlos. ¡Qué mala pareja hacían! Me di cuenta de que un camarero pasaba cerca de ellos con copas y Adriana me miró para darme el aviso.

Me hice con una cuchara e hice restallar el metal contra el vidrio con fuerza. Menuda grima.

—Amigos, quiero proponer un brindis por esta sublime celebración —dije como un auténtico gilipollas.

Carlos y Adriana cogieron una copa de champán y me observaron igual que el resto de los asistentes.

—Su presencia hoy aquí es de vital importancia para salvar vidas y quiero agradecer personalmente la fantástica iniciativa de la señora Sara Montes. Chinchín.

—Chinchín —respondieron todos alzando la copa.

Fijé la vista en Adriana mientras bebía y no me gustó un pelo lo que vi. Le reía las gracias a Carlos y le acariciaba el brazo empalagosa.

—Muchas gracias, querido. —La anfitriona me cortó el paso cuando me dirigía hacia ellos.

—Ha sido un placer.

—Me encanta que la gente joven participe en el evento.

—Sí, lo cierto es que estoy muy interesado en conocer alguna ONG nueva, que esté empezando, para brindarle mi apoyo. ¿Me puede presentar a alguien para que me oriente?

—¡Claro! Venga por aquí, Alfredo le informará de todo. Mi sobrino está

haciendo grandes cosas en África.

—Estupendo.

Quería investigar por mi cuenta cuál era aquella nueva ONG que estaba robándole a los pobres. Y se me olvidó por completo la parte de entretener a Carlos.

Después de aguantar diez minutos hablando con el sobrinísimo, que no fue capaz de contestarme a unas simples preguntas sobre la gestión del proyecto, recordé la petición de Adriana y fui en su búsqueda.

Pronto empecé a ponerme nervioso porque no estaba por ninguna parte y, lo más preocupante, Carlos tampoco.

Me adentré en la casa y fui a parar a un oscuro gimnasio. Escuché un ruido y me asomé ingenuo a la puerta entornada de al lado.

Misión cumplida.

Carlos localizado. Y Adriana también, porque parte de su cuerpo estaba en la boca del abogado. Y no me refiero a sus labios. Ni a sus pechos. Ni a su ombligo. Sino más abajo.

Quise empujar la puerta tan fuerte que se desencajara de los goznes.

Bajé la vista al suelo, ofuscado, y la escuché gemir tan profesionalmente como se esperaba de una cualquiera.

Retrocedí por el pasillo en un silencio sepulcral, pero cuando llegué a la fiesta seguía oyéndolos en mi cabeza. Sobre todo a él, sonando como un oso que acaba de meter la cabeza en una colmena rebosante de néctar.

—Ander.

Giré la cabeza atormentado y reconocí a Nuria. No tenía cuerpo para mantener una conversación cordial. Solo quería recuperar mi abrigo e irme a casa cuanto antes.

—¿Estás bien? —preguntó al verme la cara.

—Sí, pero me voy ya. Esto no es para mí.

—¡Gracias a Dios! Me voy contigo. Ahora que Carlos ha desaparecido, puedo escaquearme.

Me encogí de hombros y abandonamos la casa justo cuando mi mente imaginaba el orgasmo de Adriana, reproduciéndolo igual que la noche anterior.

¿Era cierto? ¿Le gustaban todos? ¿Le valía cualquiera?

—Has venido en coche, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Sí.

—Genial, porque a mí me ha pasado a buscar un coche fúnebre con la esperanza de deslumbrarme. Sutil, ¿no crees? —murmuró abochornada.

—¿Ayer cenasteis juntos? —me animé a preguntar cabreado, porque dicen que donde las dan, las toman.

—¡No me lo recuerdes! Mi mejor amiga me arregló una cita a ciegas trayendo al mejor amigo de su nuevo novio, ¡y resultó ser él! Fue muy desconcertante. Menos mal que es buen abogado, ¡porque como actor no tiene carrera! Y no pude rechazar la invitación a la gala benéfica porque hizo que me sintiera ruin. ¿Qué forma de ligar es esa? Encontrarte aquí ha sido lo mejor de la noche.

Nos miramos y arranqué el coche.

«Qué tarde llegas, Nuria», pensé apenado.

Tenía a Adriana metida hasta el tuétano. Y desde luego, en aquel momento estaba demasiado dolido para pensar en nada. Pero hace un mes, Nuria podía haber sido mi nuevo proyecto de novia. Era una chica sensata y tranquila. Bastante graciosa en su encuentro con el mundo. Y discreta. Nunca me había dicho nada, pero un par de sonrisas afables me habían indicado que yo le... «parecía bien». No hablo de un gran enamoramiento o de perder el puto norte como me pasaba con Adriana, pero era algo. Algo decente para llenar la gran estafa de mi vida.

—¿Te apetece comer algo? —me preguntó con timidez—. El último canapé parecía una cucaracha frita...

Ni siquiera pude sonreír y lo sentí por ella.

—No puedo comer nada ahora mismo, lo siento. Me encuentro un poco mal.

¿Dónde vives?

—En Serrano. ¿Puedes conducir? ¿Has comido alguna cucaracha?

—No —rezongué. «O puede que sí».

El resto del camino hablamos sobre las compras de Navidad que le quedaban por hacer. Lo que me recordó que dentro de tres días la vería, el 25 por la noche, en casa de sus padres, como siempre, aunque conociéndome, antes de 24 horas necesitaría explicaciones.

¿Explicaciones de qué? No éramos novios. No teníamos nada. Un acuerdo verbal. Nada. Dos noches juntos. Nada. Estaba visto que con Adriana eso no servía. Y no pensaba presentarme en casa de sus padres para pedir una aclaración que me robara la poca de dignidad que me quedaba.

Cuando aparqué frente a la casa de Nuria, se bajó del coche y se despidió amablemente.

—Gracias por traerme y por salvarme de ese circo de los horrores.

—De nada, me alegro de haberte servido.

—Eres un encanto, Ander. Siempre lo he creído.

—¿Por qué? —repliqué hosco. En aquel momento me sentía una mierda y no podía creerme ningún tipo de cumplido.

—Porque eres uno de los buenos.

—Pero a las chicas os gustan los malos...

—No es cierto. Los chicos malos son escurridizos, y todo el mundo quiere lo que no puede tener. Lo desafiante. Lo difícil. Por no hablar de que la mayoría somos adictos al dolor emocional —sonrió—, y enamorarnos de lo prohibido nos lleva al límite, pero, en realidad, el amor es menos complicado que todo eso. Para mí, es quien te hace sacar la mejor versión de ti mismo.

—Además de guapa, sabia. Menudo peligro.

—Sí, soy un partidazo —se rio—, pero te diré un secreto: los buenos, en el fondo, somos los más difíciles porque la otra persona tendrá que demostrar constantemente que se merece estar a nuestro lado. —Me guiñó un ojo e hizo ademán de cerrar—. Buenas noches, Ander. Y gracias.

—A ti. Ha sido un placer acompañarte.

Y era cierto. Lo que estaba mal era el resto de mi mundo que, por momentos, ardía en llamas.

¿Podría algún día quitarme esa imagen de la cabeza?

Fue una noche nefasta. De madrugada tuve que cambiar las sábanas porque el aroma que desprendían no me dejaba dormir. Y ni con eso pegué ojo.

El domingo no salí de la cama. Me había prometido a mí mismo ir a comprar algunos regalos. Pero qué va... imposible. Mi espíritu navideño había sido asesinado por un *cunnilingus*.

Mi sorpresa fue cuando, a las seis de la tarde, alguien llamó repetidamente a mi timbre.

Era imposible que fuese ella. No le había escrito, a pesar de tener unas ganas atroces de mandarle un whatsapp deseando que se lo pasara muy bien con Carlos el resto de la noche. Pero pensé, retorcidamente, que no hacerlo, de algún modo, le obligaría a ella a escribirme. Me equivocaba.

—¿Sí? —contesté borde.

—Soy Martina.

Esperé a que subiera tomando zumo de la nevera al estilo Adriana. A morro. Algo que no había hecho en mi vida.

—Hola.

—¿Qué quieres? —pregunté directamente. Me apetecía estar solo.

—Eh, tranqui, *nervi* —dijo poniendo las manos arriba.

—No tengo el día. ¿A qué has venido?

—He visto a Adriana.

—¿Eres la mensajera? Ya sabes que siempre muere, ¿no?

—¿Os liáis y tardáis un día en discutir? Eso es superpositivo para la familia...

—Tranquila, no vamos a molestar a nadie. Diego y tú podéis seguir con vuestro romance para todos los públicos.

—Me molesta que no seas feliz, ¿vale?

—Pues no te preocupes, llevo mucho tiempo sin serlo —dije sin acritud, volviendo a mi nido de oruga fabricado con una manta en el sofá. No era autocompasión. Simplemente no me apetecía tener a Poppy, el *troll* más feliz de la tierra, revoloteando a mi alrededor en aquellos momentos, para recordarme lo bonita que es la vida.

—Solo venía a ver si estabas entero, porque ella...

—¿Ella qué...?

—Nada. ¿Sabes con quién necesitas hablar de esto?

—¿Con Dios?

—Casi. Con Manu.

Puse los ojos en blanco.

¿Lecciones a mí de moralidad? ¡Tenía una oposición de justicia!

—¿Manu? ¿Tu amigo Manu al que diste la espalda cuando dispararon a Diego? Porque según he oído está en un pozo de mierda por hacerte un favor y lo único que has hecho es pasar de él. Sigue tu camino y pasa de mí también, ¿quieres? Se te da de maravilla.

—No seas cabrón, ¡casi matan a Diego!

—¡Está vivo! —exclamé tajante—. La vida sigue. Y si algo sé es que el tal Kevin habría tramado su venganza de un modo u otro. Los instintos homicidas no aparecen solo cuando hay una buena oportunidad, terminan surgiendo con cualquier excusa. Así que da gracias de que haya sucedido en tales circunstancias, porque ni te imaginas lo hija de puta que puede ser la casualidad.

—Joder, Ander. Te follas a Adri y empiezas a parecerte a ella —se quejó Martina sobrecogida.

—Será contagioso. Ella se follaba a Manu y ahora es como él. Se follan a todo el mundo... sin distinciones.

Me puse serio y aparté la cara. Quizá esa gente no supiera hacer otra cosa que explotar su complejo de dioses griegos.

—No tienes ni idea de lo que hablas —ladró Martina—. No los conoces tan bien como yo.

—¿Te crees su amiga? Solo somos una marca más en el cabecero de su cama.

—¡No te has enterado de la historia, idiota! Este lio se ha montado porque Manu está enamorado de Noa, ¡nada más! Siempre he pensado que a todo cerdo le llega su San Martín y a Adriana...

—¿A Adriana qué?

Hizo un esfuerzo por tragarse las palabras y me mantuvo la mirada.

—No soy la indicada para decirte nada.

—¿Y quién es? ¿Manu? No tengo ningún interés en hablar con él de por qué su mejor amiga es una viciosa o una sádica que no sabe decir que no.

—Estás muy equivocado —zanjó cabreada—, pero Manu vuelve mañana de Zarautz. Él te dará respuestas, yo solo he venido a decirte una cosa. Lo mismo que me dijiste tú a mí: no te rindas.

—Vete, Martina, deja de intentar arreglarlo. Disfruta, tú que puedes. —La empujé hacia la puerta.

—¡No te rindas, Ander! —insistió atrancándola con un pie—. Y, sobre todo, ¡no te creas nada de lo que ella te diga!

Después del portazo, apoyé la cabeza en la jamba e intenté respirar hondo.

¿Qué no le creyera?

Primero tendría que dignarse a hablar conmigo...

UNA SERIE DE CATASTRÓFICAS DESDICHAS

Adriana

Sabía lo que pasaría antes de que ocurriera. Era experta en vaticinar desastres que terminaban haciéndose realidad.

—Una hamburguesa de un euro y un café con nata —le supliqué a una jovencita que trabajaba para un payaso llamado Ronald McDonald.

Era como una especie de ritual. El día de Nochebuena me lo pasaba en el centro comercial comprando regalos de última hora para la familia, y siempre comía lo mismo. Algo festivo, pero equilibrado con el atracón nocturno.

Esa maravillosa *burger* de plástico no me estaba sentando tan bien como siempre. Hacía casi 48 horas que no tenía apetito, desde que me di cuenta de que Ander se había ido de la fiesta sin decirme nada.

Era obvio que había visto algo que no debía, pero fue una de esas veces en las que tuve que romper yo misma los huevos para hacer la tortilla.

Había entrado en el despacho de Carlos, recuperado la huella de su copa con papel film en plan misión imposible y conseguí que el lector la diera por buena en mi dedo.

Encontré la carpeta de Morfeo y fotografié todo lo que había, pero aquello era una mina de oro y supe que tendría que quedarme con él aquella noche para seguir husmeando.

Cerré el mueble y Carlos me pilló saliendo del despacho.

—¿Dónde estabas? —demandó mosqueado.

—Necesitaba un bolígrafo y no encontraba ninguno —dije mostrándole una pluma—. No había por ninguna parte.

—Llevas toda la noche sin hacerme caso —susurró quejica arrinconándome.

—Tenemos invitados —indiqué—, ahora no podemos...

—¿Y cuándo? —preguntó agresivo—. Ayer no pude verte porque tenía una cena de negocios y has estado toda la semana ocupada. No suelo esperar tanto para tener lo que quiero y, menos, lo que necesito...

Me besó y me sentí incómoda, pero lo disimulé bien.

—Yo también tengo muchas ganas —mentí cariñosa—. ¿Qué te parece si esta noche, cuando tu madre esté hasta arriba de champán, me cuelo en tu habitación? Después desapareceré en un taxi.

—Perfecto, pero quiero un adelanto...

Empezó a besarme el cuello, empujándome hacia el interior de su despacho. Tenía que pensar rápido.

—Vas a estropearme el pelo, cielo —apunté cursi.

—Estás de muerte —respondió besando la parte que sobresalía de mis pechos—. Llevo toda la noche deseando hacer esto.

—Carlos, tu traje... —insistí.

—Vale, pero necesito saborearte. No puedo esperar ni un segundo más para descubrir lo que escondes y lo que me espera...

Me subió el vestido bruscamente y tuve miedo de que me lo rompiera. Llevaba panti, así que enseguida tuvo acceso a mi ropa interior.

—No te las voy ni a quitar, solo quiero probarte —dijo agachándose con rapidez.

Estaba acorralada. No quería cabrearle porque necesitaba quedarme a dormir, drogarle y revisar ese mueble a conciencia. Y no tuve tiempo de reaccionar. Me abrió de piernas apartando las bragas y hundió su lengua en mi sexo.

La mayoría se hubiera apartado al sentirse violentada por algo que no quería hacer, pero yo asumí mi rol y me centré en desarrollar una buena interpretación para terminar lo más rápido posible. Cuando empezó a lamerme, solo sentí repulsión.

Cerré los ojos y varias imágenes de hacía un par de noches me ayudaron a superar los primeros momentos. Era sexo oral, ¿cómo podía cambiar tanto de una persona a otra?! Pues así era. Diametralmente opuesto. Sin embargo, al abogado le hice pensar que era un genio de la técnica.

Al terminar, soltó un «qué rica», que me provocó un escalofrío.

—Debo volver a la fiesta —dije bajándome el vestido.

Él gruñó, pero le ignoré sabiendo que en el fondo le gustaba que estuviera pendiente de que todo fuese bien en el evento de su madre.

Al entrar en el salón busqué a Ander. Quería verle porque, inconscientemente, le echaba la culpa de lo que acababa de suceder. Le había dicho que distrajera a Carlos, y casi me pilla con las manos en la masa. Pero me había acorralado a solas en una habitación cosa que por nada del mundo quería que pasara.

Seguí atendiendo la fiesta llena de dudas, y entonces me di cuenta de que se había marchado sin darme explicaciones al ser un *voyeur* de una escena muy comprometida.

¡Maldita sea! ¡Menuda cagada!

Aunque quizá fuera lo mejor...

No quería ni imaginarme lo que pensaría de mí, y no quería desmoronarme porque todavía me quedaba mucho trabajo por hacer aquella noche.

A las cuatro de la mañana, cuando conseguí coger el taxi llena de pruebas, me consolé que, al menos, aquel terrible acto del que Ander fue testigo y yo víctima, serviría para meter a más malos de los que me pensaba entre rejas.

Carlos tendría suerte si se despertaba para la cena de Nochebuena con lo que le había metido en la bebida. Se quedó como un muñeco inerte encima de la cama antes de que pudiera siquiera empezar a desnudarme para meterme

mano.

Puede sonar a locura, pero llevaba muchas horas de entrenamiento a las espaldas para aguantar esa clase de preámbulos.

Con los años, notaba que me había convertido en una persona fría y calculadora. Manejaba muy bien el estrés emocional que puede generarte una situación así. Lo único que tienes que hacer es esconder tu punto de quiebro. Y el mío era uno que, casualmente, se había plantado en la maldita fiesta.

Lo cierto es que nadie te prepara para ser un «cisne» o «cebo femenino» en el argot de los espías. O vales o no.

La dignidad se conseguía entendiendo que nadie te obligaba a hacer nada que no quisieras. La seducción solo es un arma más, y desde siempre me había hecho sentir poderosa, pero, con el paso de los años, había descubierto que el físico solo es la punta del iceberg de la persuasión. Y que una persona, a tus ojos, podrá parecerte detestable o ideal según cómo encandile tu mente.

Mi problema principal era que Ander, desde hacía una semana, directamente me follaba con la suya. Y perderle ahora, me había jodido como todavía no alcanzaba a entender.

Mientras compraba los regalos, no dejaba de pensar que lo vería al día siguiente para cenar. Toda La Mafia se reuniría y no sabía cómo comportarme. Esperaba con ilusión que se me ocurriera algo brillante que hacer o que decir, pero mientras, las horas avanzaban veloces hacia el encuentro.

Nunca me había sentido tan vulnerable ni tan perdida.

Menos mal que Martina me apoyó porque, al día siguiente de la terrorífica fiesta, me había encontrado con ella en el hospital y habíamos hecho las paces.

—¡Adri! —me llamó antes de que entrara en la habitación de Diego. Estaba a punto de empujar el pomo.

—Hola... —grazné.

—Uy, ¿qué te pasa, resaca de anoche?

Si ella supiera...

—Un poco —respondí a regañadientes.

—Quería decirte que... bueno, que el otro día... Tenías razón. Y... que voy a hablar con Manu hoy. Al fin y al cabo, nos enfrentaremos juntos a lo inevitable. —Suspiró resignada.

—¿A qué te refieres?

—A Diego y a Noa. Ella le va a cuidar, vivirán juntos y comerán perdices. Todo volverá a ser como siempre.

Cerré los ojos y maldije la idiotez humana.

—Noa y Diego tienen menos química que Hansel y Gretel.

Los ojos de Martina se llenaron de esperanza por un momento.

—Pero son uña y carne...

—Como Manu y yo, pero ¿nos ves juntos? ¡No! Todo el mundo está suspirando por quien no le quiere, somos patéticos...

—¿Tú suspiras por alguien? —preguntó perdida.

Maldije para mis adentros, pero sabía que se enteraría tarde o temprano. Y sería mejor tenerla de mi lado.

—No quiero que te enfades —comencé con miedo.

—Joder, eso es que es serio, ¿está casado? —discurrió Martina. Nos habíamos criado juntas porque éramos las mayores en edad, pero mientras yo sabía que suspiraba por mi hermano, ella desconocía mi historia con el suyo.

—Resulta que el otro día...

—Te acostaste con Manu, ya lo sé.

—Vale, de eso ni me acordaba —murmuré desconcertada. ¿Qué coño estábamos haciendo Manu y yo con nuestra vida? Después de compartir cama con Ander, ¿me daba cuenta de lo inapropiado que era! El sexo debería ser siempre como lo fue con Ander. ¿Tan vacíos estábamos que nos conformábamos con ese extraño ritual cada vez que yo pisaba España? Dios Santo...

—¿A quién te refieres entonces? —insistió Martina.

—Es que... bueno, resulta que Ander...

—¿Cómo?! —exclamó con una mano en el pecho—. ¿Tú y Ander? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?! —preguntó casi ofendida.

—Te juro que yo no quería, pero...

—¡Joder, Adri! Mi hermano, no —dijo presionándose la nariz.

—¿Por qué no? —pregunté apocada mirando al suelo.

Me estaba sintiendo mal por momentos. Martina siempre había tenido a su hermano en un pedestal. Creo que fue uno de los motivos por los que no se dejó llevar por nuestro lado oscuro. Y entendía que fuera un problema que le estuviese rondando una mujer que había jurado cien veces delante de ella que los hombres solo servían para una cosa...

—Ander no se merece sufrir —me explicó angustiada—. Manu y tú vivís en el puto caos, pero Ander es todo lo contrario. Debes olvidarle o le destrozará. ¡Y es un hombre de los que ya no quedan!

—Lo sé...

—Algún día te enamorarás de alguien y a ese tío le vendrá Dios a ver, pero, hasta entonces, procura no hacer destrozos con el resto de los mortales.

—Tienes razón. Es una locura... —me dije a mí misma asustada—. ¿Cómo se me ocurre acostarme con Ander? ¡Con Ander! Si sabía que me enamoraría de él... ¿En qué estaba pensando?! —clamé enfadada.

—¿Cómo?! ¿Ya habéis follado?

—¡No! ¡He ahí el problema! —estallé—. Eso no era follar, era... ¡Dios mío! —dije poniéndome una mano en la frente.

Martina comenzó a preocuparse por mí cuando advirtió un puchero que anunciaba que estaba a punto de llorar.

¡Ese crío me estaba convirtiendo en un colador humano! Porque fue como cuando llevas veinticuatro horas sabiendo que alguien ha muerto y de repente te das cuenta de lo que significa de verdad. De la gravedad del asunto. De que te va a devastar. A hundir. A marcar para siempre.

—Mierda, Marti, ¿qué coño he hecho?... —Y me rompí. Mis ojos inundándose lentamente de agua. Me era imposible disimular la congoja que

sentía. Era supersónica.

—Tomemos un café —me propuso intrigada, pero yo miré hacia la puerta donde mi hermano me esperaba—. Deja a Diego. Está bien, solo tiene un poco de delirio erotomaniaco por mí, cree que me ama, pero se le pasará.

Vendí la exclusiva con pelos y señales por un descafeinado, pero antes le hice prometer que no le diría nada a Ander. Y confié en ella. Aunque no me molesté en mencionar a Manu, porque sabía que eso no lo cumpliría.

Contra todo pronóstico, todo le pareció mejor después de mi pequeño ataque de ansiedad. Y no se lo discutí porque siempre había sido una adicta a los finales felices. Por eso había sobrevivido a las circunstancias de una vida como la suya, a la sombra de una enfermedad congénita, pero con esperanza en el corazón. Ser así podía ser una bendición, y yo lo prefería mil veces a mi pesimismo macabro. Pero acababa de tocar fondo... La había cagado definitivamente.

Soporté las fiestas como pude. Celebrando que mi hermano estaba de nuevo en casa y esperando con miedo el temido reencuentro con Ander.

Llegó el momento y Martina y yo quedamos para tomar un chupito cerca de casa de mi padre para llegar juntas a una hora prudencial y enfrentarnos a una serie de catastróficas desdichas que se iban a dar en aquella cena de Navidad.

Llamamos al timbre y nos abrió Manu, o lo que quedaba de él detrás de su desesperación.

—¡Mis chicas! ¿Cómo estáis? Aparte de guapísimas.

—Bien, Lolito. Feliz Navidad.

Le di un ligero beso en la boca al ver que Noa nos vigilaba con el ceño fruncido. Necesitaba mucha tralla para deshacerse de toda su gilipollez anticompromisos. Una lección tipo «quién se fue a Sevilla, perdió su silla». Por suerte yo estaba entrenada para soportar ese tipo de provocaciones.

—¡Martina! —exclamó Diego desde el sofá al vernos. El claro ejemplo de que, cuando un hombre tiene un objetivo apremiante entre huevo y huevo,

pierde la compostura y el decoro.

—¿Qué quieres, paciente número 6238?

Él sonrió encantado.

—Un beso, lo primero; y tus cuidados, lo segundo.

Mi amiga le acarició la cara y él se rozó contra ella.

¡Venga ya! Eso no lo hacían los amigos. Pero tampoco eran novios. Eran ese pequeño intermedio que dolía en el alma.

—Ya ni te molestas en disimular, ¿eh, hermanito? —solté cuando ella se alejó en busca de Manu, el escurridizo. Se estaba escondiendo de Noa, la cual se parapetaba detrás de la única kriptonita de su Superman, mi hermano.

—¿Has hablado ya con tu mejor amigo? —le pregunté a Diego con brusquedad. Iba a darle uno de mis revolcones emocionales cuando escuché el timbre. Sabía que era Ander porque había contado que solo faltaba su familia en mi recorrido hasta el sofá, y el corazón comenzó a latirme a un ritmo que amenazaba con salirse por mi oído. Eso me obligó a levantarme y buscar refugio en el baño. Supongo que por el mismo motivo que Manu fingía que le interesaba la conversación de los mayores.

Al cerrar la puerta del servicio escuché su voz.

—¡Hola! ¡Feliz Navidad!

Joder. Le salía bastante bien el tono de «todo va perfectamente, aunque haya visto a Adriana teniendo sexo oral con otra persona 24 horas después de acostarse conmigo». Quizá Zeta quisiera contratarle, después de todo.

Cuando escuché decir a Naia que se estaba haciendo tarde, salí disparada del baño antes de que gritara mi nombre como si tuviese ocho años.

Éramos catorce, pero mis ojos le localizaron enseguida. Nunca asimilaría cómo, al verle, mi piel comenzaba a arder. Y estaba acostumbrada, pero esta vez fue diferente, porque entendí que esa sensación nunca cambiaría.

Siempre tuve la esperanza de que, si algún día volvíamos a triscar, se me quitaría la tontería de encima. Pero ahora entendía que no. Aquí, entre mis debilidades, siempre sería una excepción, porque la parte de mí que había en

él nunca moriría.

Me atrapó en su mirada y solo nos desenganchamos cuando mi padre y Manu se cruzaron en nuestra trayectoria trasladando a Diego a pulso hasta la mesa.

Le había pedido a Martina encarecidamente que se colocara frente a mi hermano, así Ander no tendría más remedio que sentarse lejos de mí, porque, los amantes de Teruel, Manu y Noa, súbditos secuaces de mi hermano, se atrincherarían a su vera como los leales escuderos que querían demostrar ser; a pesar de haber hecho travesuras de alcoba a sus espaldas.

Mi augurio se cumplió y tomé asiento al lado de mi amiga. Ander estaba a una Martina de mí, y sabía que jamás forzaría a mi cuello a hacer ese giro de ciento ochenta grados para verle, pero no contaba con la pericia de La Mafia.

—¿Qué tal fue la gala benéfica, Adriana? —preguntó César imprudente. Siete cabezas se giraron sonrientes.

...

¡La madre que los parió a todos!

MUERE OTRO DÍA

Ander

No quise ni moverme cuando escuché la pregunta, pero, ante el tenso silencio de Adriana, tragué saliva y la miré.

Ella exhibía una expresión indescifrable.

—¿Bien? —probó a decir.

—Pero cuéntanos, —insistió con alegría el psicópata de César—, ¿hubo algo especial digno de mención?

Los ojos de Adriana se agrandaron.

Yo quise toser el sorbo de vino que acababa de tragarme.

Eso. ¿Había sido el encuentro digno de mención?

Aguardé su respuesta fulminándola con la mirada y noté que su cuerpo hacía amago de volverse hacia mí, pero lo controló admirablemente.

—Lo cierto es que no —respondió ella fingiendo indiferencia—. Era trabajo. Solo eso —recalcó con énfasis.

Volví la cabeza hacia delante como si acabara de aclararlo para mí y no me creyese esa excusa de mierda.

Mierda: Deposición. Y al final es lo mismo. Lo que el cuerpo deshecha. Lo que no vale para nada. Lo inútil. Como su motivo para dejar que otro que no fuera yo le comiera el coño.

Coño: para mí solía ser una interjección, es decir, una palabra pronunciada

en tono exclamativo que expresa por sí sola un estado de ánimo. Pero, desde hacía unos días, había adquirido un nuevo significado... Ahora era un arma.

—Pues qué pena —añadió César—. Quizá faltaran drogas, ¿no, Manu?

El pobre no supo dónde meterse. No importaba la edad que tuviésemos, para César siempre seríamos niños a los que torturar con su ingenio.

—Lo que le faltaba a esa fiesta era alguien que entrara pegando tiros —soltó Diego con retintín.

—¡No bromees con ese tema! —protestó su madre.

Todos sonrieron, pero, poco a poco, las caras se transformaron en algo sombrío que no escondía la ácida sensación de pensar que todo podría haber acabado mal.

—Parad —ordenó Diego serio—. No quiero que NADIE de esta mesa le dé más importancia de la que tiene a lo que ocurrió. Hay casualidades todos los días, aunque no las veamos. Algunas fatales, otras no. Pero no voy a perder el tiempo pensando en el «¿y si...?», y os pido a todos que tampoco lo hagáis. Mucho menos que os escudéis detrás de esto para no apechugar con vuestros propios conflictos. La vida es riesgo.

Se hizo un silencio.

Cada uno interpretó las palabras de esa lúcida boca como quiso. Yo observé a los mayores y me pregunté cuántos cabos estarían atando respecto a sus hijos. Porque parecían preocupados. César, sin embargo, sonreía.

—Bien dicho, chaval —dijo alzando su copa—. No sé por qué la gente tiene tanto miedo a morir, si la mayoría vaga por el mundo sin sacarle partido a la vida. La muerte es fácil, lo difícil es vivir cada día pensando que podría ser el último.

Diego cogió su copa y la acercó a la de César.

—Vivir no es tan complicado, si lo haces sin miedo, sin excusas y sin mentiras.

—Amén. —Se la chocó guiñándole un ojo.

Yo creía vivir así. No le escondía nada a nadie. Y quise preguntarle a César

por qué entonces era tan complicado para mí sentirme vivo.

FROZEN

Adriana

El tema predominante el resto de la cena fue el reciente viaje de La Mafia y las aventuras que habían vivido en él. Nos contaron siete veces dónde estaban y cómo reaccionaron a la noticia del disparo de Diego.

—Pensaba que Naia agredía al azafato cuando el vuelo de vuelta se retrasó una hora —se mofó mi padre.

Llevaba un rato deseando ir al baño, pero me daba miedo levantarme y que Ander me siguiera, como había hecho Manu con Noa.

«¿Por qué no has aprovechado para ir cuando te has escondido antes, idiota?», protestó mi vejiga. Pero no estaba yo para echar gota en esos momentos.

Al final me levanté y me encerré en el baño temiendo que a la salida me estuviera esperando.

Dicho y hecho. Pero atención.

Avancé despacio en su dirección esperando que su ira se desatara y él desvió la vista y me esquivó para meterse en el servicio sin decir ni media palabra.

Cuando cerró la puerta, mi mandíbula cayó al suelo.

«¿Acaba de... pasar de mí?».

Tardé en reaccionar. Hasta me pregunté si me estaba dando un derrame

porque no podía moverme ni pensar. Me acababa de quedar a cuadros, ¡con lo que los odiaba!

«¿Se ha vuelto loco?».

«No, solo es un tío de lo más razonable protegiéndose de la gilipuetas de turno», me explicó atento mi cerebro.

Tenía que irme porque saldría en cualquier momento.

«O podrías quedarte y darle una puta explicación», sugirió mi lado humano, uno que hizo que se me encogieran los dedos de los pies de la aprensión.

«¿De qué tienes miedo?»., insistió.

¡Pues de todo!

De verle evocar esa luz que anegaba mi cuerpo y me impedía despegarme de él.

De ser consciente de cuánto me sometía la violenta percepción de su increíble forma de ser.

De separarnos al final de la semana y dejar que la tristeza me acongojara al tener que vivir en su ausencia.

El ruido de la puerta al abrirse me devolvió a la realidad de golpe y, esta vez, fue él el que se quedó con la cara desencajada al ver que aún seguía ahí.

—Hola —formulé. No sé ni cómo.

Él permaneció quieto esperando a que dijera algo más.

—¿Podemos hablar?

—No lo sé, ¿podemos? —dijo con evidente sarcasmo.

Dios, iba a ser duro de pelar. Y con razón.

«Has pasado tres días sin dar señales de vida. ¿Qué te esperabas?».

—Sé porque te fuiste de la fiesta —gorgoteé—. Y lo siento mucho...

—Ya somos dos —afirmó cruzándose de brazos. Un movimiento innato de la comunicación no verbal asociado a la defensa ante una amenaza. En eso me había convertido, en una amenaza en toda regla.

—Carlos me pilló en su despacho y... era la única forma de...

—Me lo imagino. Se te da muy bien distraer a los hombres. Y el lunes,

durante el almuerzo, lo celebró presumiendo de haberte llevado a la cama.

—¡No dormí con él!, me fui en un taxi de madrugada.

—Eso no mejora mucho tu imagen.

—¡Tuve que quedarme! —aclaré desesperada—. Encontré información muy importante en sus archivos, ¡más de lo que esperaba!

—Me parece fantástico, pero eso no cambia el hecho de que vendas tu cuerpo para conseguir tus objetivos. Y, lo siento, lo he intentado, pero yo no puedo estar con alguien así. No sé quién podría... —dijo esquivándome para volver al salón.

—¡Yo no vendo mi cuerpo a cambio de nada! —exclamé furiosa en voz baja—. ¡Si hubieras cumplido tu parte del plan, esto no hubiera ocurrido! Fue culpa tuya...

Se giró lentamente con la mirada rabiosa.

—Pues dame las gracias, porque gemías como una auténtica zorra...

Le di la hostia que se merecía. No pude evitarlo. Hacía años que no tenía un arretrato como ese. Y, en serio, había presenciado muchas injusticias que habían hecho que me picaran las manos.

Me tapé la boca y separé los dedos lo justo para susurrar un «perdona».

Él parecía más avergonzado que yo por lo que había dicho al susurrar: «No, perdóname tú».

—Ander... —comencé compungida—. No espero que lo entiendas, mi vida es muy complicada... por eso no quería que pasara nada entre nosotros, porque no entenderías muchas cosas de las que hago.

Su expresión cambió y frunció el entrecejo. Hostilidad y pensamientos negativos hacia el orador.

—¿Por eso no me has hablado en tres días, porque pensabas que no lo entendería? —preguntó incrédulo—. Ha sido insultante... Te crees muy lista, Adriana, pero ¿no será que no querías dar la cara? —dijo malicioso—. Seas lo que seas, no te da derecho a ser una maleducada. ¿Soy demasiado bueno para ti? No creo. Lo que creo es que tú eres demasiado mala. Incívica.

Impúdica. ¡Y lo sabes! Si quieres proteger a alguien de ti, empieza por revisar tus modales. Deberías haberme llamado, es de primero de *Barrio Sésamo*.

Se dio la vuelta cabreado y se fue.

Yo tuve que esperar a que se diluyera un poco la humillación, porque no me dejaba ni andar.

Cuando por fin volví al salón, aguantando unas ganas de llorar desconocidas, aún quedaba lo peor.

Sirvieron los postres y alejé el plato. Esos mantecados se cristalizaban en tu cuerpo para siempre. Ander se los comió sin levantar la vista. Y me sentí peor por momentos.

—¿Me acompañas al baño? —le preguntó de repente César a Leo.

Este le miró patidifuso.

—¡Ah!, ¡que no es obligatorio ir de dos en dos! Como todo el mundo lo hace... Manu y Noa, Ander y Adriana... ¡Pensaba que era un juego!

Zoe casi se atraganta al reírse abruptamente. Leo sonrió ufano mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

El resto de La Mafia intentó reprimir su diversión al ver nuestras caras desencajadas.

—¡Y yo porque no puedo moverme! —intervino Diego animado—, si no habría ido con Martina, ¿verdad, cielo?

Mi amiga se sonrojó y César se partió de risa sin disimulo. Todo el mundo le miró alucinado. Era tan inusual verle así.

Jorge, que siempre me había parecido el más juicioso, valoró la situación y puso algo de orden.

—César, cariño, deja de aterrorizar a la gente con tu felicidad. Los pones nerviosos. Y a mí también.

—Es que me hace muchísima ilusión todo esto —declaró radiante.

—¡Que nadie le pregunté «el qué»! —advirtió Jorge alarmado—. ¿Por qué no sacamos un juego de mesa y lo damos todo? —dijo esperanzado para desviar el tema.

—¿Y si jugamos al «Yo nunca»?! —clamó César entusiasmado.

—¡¡No!! —gritamos todos a la vez.

Y un eco general de risas rompió el inquietante silencio.

Se cruzaron muchas miradas en el aire. Miradas que no lo habían hecho en son de paz en toda la noche. Miradas que hablaban de una vida juntos. De una parte muy arraigada en todos nosotros. La familia que formábamos y que siempre nos mantendría unidos.

Ander no pudo evitar lanzarme una sonrisa olvidando la tristeza por un momento, como el que niega afirmando el hecho de que algo no tiene remedio.

Y decidí que lo que había entre nosotros no podía terminar así.

En realidad, nunca había sido tan orgullosa, ni terca, ni una niña que no sabe empatizar. Los dramas me daban igual. Lo único que temía era hacer daño a los demás cuando perseguían algo que simulaba tener, pero que no existía: seguridad en mí misma.

Sirvieron unas copas y los mayores se centraron en su propia conversación recordando batallitas. Los jóvenes parecíamos vivir en una película de Stanley Kubric, porque intentar mantener un diálogo sobre trabajo y ocio, con el hándicap de que cada uno de nosotros solo se hablaba con un máximo de tres personas de las cinco disponibles, era de locos.

La situación era espinosa, por no decir insostenible. Sobre todo, cuando Diego y Martina, que eran el comodín base de casi todos, decidieron irse argumentando que mi hermano tenía que descansar por su herida.

Jackie, la destripadora, huyó con ellos. Y Manu fue secuestrado por César en el rincón de pensar. Pobrecito mío.

Yo dormía en esa casa, así que no podía agarrar mi bolso y mi abrigo e irme pitando.

Vi a Ander despedirse de la gente, seguramente se le habría ocurrido la espléndida idea de esfumarse. Y, tarde o temprano, me tocaría el turno si no queríamos ser amonestados por no decirnos nada. Como cuando tienes cuatro años y te dicen: ¡dale un besito, que nos vamos! Eran muy capaces de hacerlo.

Y como los conocíamos, nos acercamos cuando ya no quedaba otra opción.

Y ahí estaba yo. Llegando tarde a mi vida otra vez.

Cuando se trataba de mí podía ser brutalmente torpe. Porque no había desarrollado ningún plan para disculparme con él y asegurarle que yo no era así, que estaba equivocado, que no soportaba que pensara eso de mí. Y de pronto recordé una llamada que efectuó César el día anterior. En ese momento no le encontré sentido. Solía decir muchas cosas que a su particular mente le apetecían y que a menudo estaban más allá del tercer o cuarto logaritmo de una idea entendible para el humano medio. Y esa fue una de ellas.

—*¡Pasadlo muy bien esta noche, familia!* —gritó Jorge a través del manos libres.

—*¡Igualmente!* —chillaron mis padres.

—*Mañana nos vemos* —confirmó César—. *¡Tengo muchas ganas! ¿Quién será el valiente? ¡Hagan sus apuestas!* —soltó con guasa, pero nadie le entendió.

—*¡Lo pasaremos bien!* —reaccionó Naia—. Un beso, cariños.

—Un abrazo, princesa, y a los niños —respondió Jorge.

—*¡Feliz noche, chicos!* —respondimos el pequeño cardiólogo y la pequeña espía. Pero el único que hizo caso a ese mensaje subliminal fue Diego. Y quizá fuese hora de aprender de los hermanos pequeños.

Ander se acercó para rozar su cara con la mía y separarse lo más rápido que pudiera, pero no le dejé hacerlo. Puse una mano en su nuca y le mantuve pegado a mí mientras mi boca susurraba en su oreja.

—Quiero contarte la verdad. No organizo fiestas benéficas. Soy delegada de la División de Operaciones Especiales en África contra el tráfico ilegal de armas.

—*¿Qué?* —soltó anonadado agarrándome del brazo. Ahora el que quería retenerme era él.

—Vámonos de aquí y te lo contaré todo.

Nos separamos y nuestros ojos se encontraron. Solo pudo asentir con la

cabeza, pues una preocupación nueva que iba más allá de con quién me acostaba estaba colonizando su mente.

—Espérame, no tardo —le dije desapareciendo en mi habitación.

Hice una mochila con todo lo que necesitaba para agarrar mi vida por los cuernos y ganarme las alas y me sorprendió ver que no eran más de cinco cosas.

Al salir encontré a César arrinconando a Ander. Manu se habría escabullido, y me temí lo peor, así que actué rápido.

—¡Mamá, papá, nos vamos por ahí a tomar algo! —anuncié de pasada cogiendo mi abrigo. Pasé por un lado de Ander y le agarré del brazo para arrastrarle hasta la puerta.

—¿Y te vas con mochila? —murmuró César solo para mí.

—Cállate —mascullé irritada.

—VALIENTE —vocalizó guiñándome un ojo.

Puse los ojos en blanco, sonreí un poco y cerré la puerta de golpe. Quizá fuese cierto que el primer paso para ser feliz fuera no mentir a la gente que quieres, porque eso genera un nudo perpetuo en el alma. Uno que necesitaba deshacer con Ander lo antes posible.

TOP SECRET

Ander

«**N**o. No. No. ¡Y no!».

Es lo que pondría en mi epitafio. Porque estaba a punto de darme un infarto y quería que constase en acta cuál era mi opinión al respecto.

¡Qué barbaridad!

Me hubiese tomado mejor que una hija mía me dijera que quería ser actriz porno. Al menos estaría a salvo. Vivita. Y coleando...

—Dime que no es cierto —espeté al cerrarse el ascensor.

—He traído el portátil para enseñarte pruebas.

—No es que no te crea, ¡es que no quiero creerlo, joder! ¿No podías trabajar en una tienda de zapatos?

—Ese comentario es soberanamente machista.

—¡No es eso! ¡Es que no quiero que te pase nada! Si tuviera un hermano, ¡también preferiría que trabajase en una tienda de zapatos! —chillé histérico.

—Cálmate.

—¿Cómo terminaste metida en eso? —preguntó cuando llegamos a la planta baja.

—Espera a llegar al coche. Aquí, cualquiera puede oírnos.

—Joder... —cerré la discusión.

Era alucinante la cantidad de tacos que se agolpaban en mi lengua. Pero el

diccionario se me quedaba muy corto en esos momentos. Además, seguía enfadado. Incluso más que antes, por querer protegerla para tenerla muchos años más entre nosotros torturándome.

Subimos al coche y puse rumbo a mi mazmorra. Ya estaba ideando cómo crear una habitación secreta para encadenarla ¡y no dejarla salir nunca más!

¡Un puño de acero!

Sin comentarios.

No me extrañó porque a Adriana no le pegaba un *spray* antidefensa. Podía tumbar a cualquiera con una de sus frases, pero tampoco la imaginaba agrediendo a alguien cuerpo a cuerpo. ¿Lo habría usado muchas veces? Porque no tenía precisamente un trabajo de oficina. ¿Quién estaría al corriente de La Mafia?

—¿Quién más lo sabe? —pregunté con las manos en el volante.

—Nadie.

—¿Y Manu?

—Manu solo sabe que trabajo para la ONU y que viajo mucho. Y eso es cierto.

—¿La ONU? El acceso es difícilísimo.

—En realidad yo empecé en el CNI. Pero el Ministerio de Defensa cooperaba en muchas misiones internacionales de paz y seguridad. Hablar varios idiomas con fluidez me abrió muchas puertas y... se me daba bien distraer y obtener información...

—No me extraña, si estás dispuesta a todo con tal de conseguirla...

Se hizo un silencio. Lamenté mi frase, pero quería que la escuchara. Había visto con mis propios ojos lo que tenía que hacer en su trabajo, y no podía evitar pensar hasta qué punto era lícito.

—Si te sirve de consuelo, no disfruto haciéndolo. Es bastante desagradable.

—¿Bastante desagradable? —repetí alucinado—. ¡Es horrible, Adri! ¡Horrible! Que uses ese término significa que ya estás totalmente insensibilizada.

—Puede ser... Después de lo que he visto, no puedo quejarme de que me hagan un *cunnilingus* envuelta en un vestido de Chanel.

—Te equivocas, joder. ¡Claro que tienes derecho! —objeté cabreado—, has excedido tanto el límite que ya ni lo ves.

—No es eso. Lo paso mal, pero lo que consigo permite reconfortarme con creces. Es muy importante. Afecta a muchas vidas. La mía no importa.

«Mierda, Adri».

Comprendía lo que decía, pero no me daba la gana de aplaudirlo. No, si pasaba por sacrificar su integridad.

—Me inventé lo de la ONG fraudulenta. Quería que un cliente de Carlos mordiera el polvo. Es un puto violador.

—No es por nada, pero... hay miles y miles de violadores. ¿Por qué él?

—Eres muy listo, Ander. Me gusta eso de ti —confesó. Como si todo lo que fuese a decir a continuación fuera igual de cierto y embarazoso—. Detrás de los estamentos gubernamentales no hay máquinas, hay personas. Y ese tío violó a quien no debía. La gente habla. Los que pueden hacer algo no se quedan de brazos cruzados, piden favores. Y yo los hago encantada. Sobre todo, si tiene que ver con este tema.

«¿Por qué?», quise preguntar a continuación. Pero me callé porque ya sabía la respuesta.

Frases sueltas de Adriana, el asco con el que pronunciaba el apelativo, la historia clínica que mencionó Diego... Él sabía de sus problemas de fertilidad. Era cierto que la gente hablaba. Que detrás de cada paciente, hay una familia. Y que ciertas posiciones pueden acceder a donde quieran.

«Joder...».

Ese sería mi nuevo epitafio. Más acorde con todo.

Reservé ese tema y me limité a entender el principio, como solía hacer con mis casos.

—¿Desde cuándo trabajas para ellos?

Me lo contó todo.

Puede parecer una idiotez, pero oírla hablar tanto rato en un tono que no fuera mordaz, sensual o grosero, me ablandó inesperadamente el corazón. Solo tenía ganas de abrazarla. Parecía tan vulnerable...

—La última prueba de acceso al cuerpo fue definitiva —comenzó con secretismo—. Nos plantamos en medio de la calle y me dijo que eligiera un edificio al azar. Después una ventana, y me soltó que tenía diez minutos para asomarme por ella y saludarle o estaba descalificada.

Mis cejas subieron incrédulas.

—¿Y si no hay nadie en casa?, le pregunté. Y solo me soltó un «te buscas la vida» que me hizo entender que Maquiavelo era el socio fundador de la compañía. Porque para ellos, «el fin justifica los medios».

—¿Y cómo conseguiste que alguien te dejara entrar en su casa y asomarte a su ventana? —pregunté curioso.

—Pasando mucha vergüenza —declaró—. Era una familia con niños, o sea, harto difícil, pero me enfoqué en el padre. Les pedí mil perdones y me hice la ingenua. Les conté una milonga sobre que era mi despedida de soltera, y que si no me asomaba a la ventana me iban a hacer beber una botella entera de vodka a palo seco. Les ofrecí dejar mi bolso y mi abrigo en el pasillo, mostrándoles que iba desarmada. Solo tenía 23 años. Así que lo consideraron una niñería y me dejaron entrar.

—Increíble...

—Dudaron, créeme. Se miraron durante unos angustiosos segundos, y tuve que apelar a la verdad. Les dije que aquello era una prueba, para darme una lección. Que alguien quería hacerme entender que yo sola no podía con el mundo. Que, a menudo, se necesita la colaboración y la buena fe de la gente para conseguir las cosas. Que lo imposible solo se consigue en equipo.

—Eres diabólica.

Ella sonrió y me di cuenta de que también admiraba esa parte de ella. La traviesa. La demasiado inteligente para su conveniencia. Sin embargo, una persona no debería salirse siempre con la suya, porque se vuelve inhumana.

Llegamos a mi casa y preparé dos *gin-tonics* de Brockmans. El padre de Manu me había obligado a probarla una vez y desde entonces no bebía otra cosa.

Ella no dejaba de hablar. Como si llevara años queriendo contárselo a alguien y supiera exactamente qué quería decir y cómo. Me embelesaba escucharla, esa era la verdad. Con cada palabra que decía caía más y más en una espiral de la que difícilmente saldría, porque nunca nadie me había impresionado tanto. Y no quería ni pensar lo que me hacía sentir a nivel físico. Acostarme con ella había sido como una operación a corazón abierto. Algo que, si no te cambia la vida, nada lo hará.

Me sentía diferente. Más vivo. Más... mejor.

¿Un aparato reproductor puede tener ese poder o es que había algo más allá de la conexión propiamente física de los órganos machihembrados? Éramos una de las pocas especies que practicaba el sexo por placer, pero siempre hay un por qué, y con Adriana me nacía un impulso cósmico para remarcar una y otra vez lo bien que encajábamos juntos a todos los niveles. Sin embargo...

—¿Cómo terminaste en tráfico de armas? —pregunté cuando nos sentamos en el sofá. Ella se colocó muy cerca de mí. Los movimientos de su cuerpo manifestaban que aquello era una conversación íntima y secreta que no tendría con otra persona, y eso me halagó. Quería dejar engatusarme, pero tenía que controlarme, porque no habíamos venido a eso.

—No hace falta que te diga la cantidad de dinero que mueve la producción de armas en el mundo, hablamos de billones al año. El plan de la ONU para conseguir la paz consiste en el desarme y en la detención de la proliferación de armas ilegales en países conflictivos. ¿Quién les vende las armas a los grupos extremistas radicales que saben que van a ser utilizadas, no en defensa, sino para cometer un genocidio? Este tema se ha convertido en una prioridad desde hace años a consecuencia de la globalización y la amenaza islamista.

—Lo entiendo, pero ¿qué pintas tú ahí? ¿No puede ir otra persona? ¿Un militar, quizá?

Ella sonrió enternecida, pero siguió con su explicación.

—Hay mucha gente enriqueciéndose con el comercio ilegal de armas y los perfiles no son difíciles de detectar: Son hombres, nuevos ricos, que no dudan en montar una fiesta por todo lo alto para celebrar que cada bala que venden arruina más y más el continente africano. Mucha de la ayuda que África recibe en el AOD (Ayuda Oficial al Desarrollo), se funde en medios básicos para hacer frente a las guerrillas provocadas por rebeldes armados. Así nunca van a levantar cabeza. No es dinero lo que falta. Sobran gastos. La guerra es cara. Hay que frenarla. Además de todas las violaciones de los derechos humanos que se están infringiendo.

—¿Y en esas fiestas apareces tú?

—Exacto. Me lo ligo, voy a su casa y, cuando está dormido, husmeo en su ordenador. Bueno, más bien en sus papeles, porque ya nadie se fía de lo cibernético. Parece una locura, pero no sabes la cantidad de armamento que hemos incautado que iba directo a matar a inocentes. Por eso hago lo que hago. Por una causa mayor.

Eso era incontestable.

Me froté la cara e intenté que comprendiera mi punto de vista.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es lo que estás haciendo? —comencé —. Podrían pillarte. Podrían relacionarte. Podría pasar cualquier cosa...

—Merece la pena. Y se me da bien —se defendió ella.

—¿Y qué hay de lo que has sacrificado? Llevar una vida normal y tranquila...

—Nadie normal ha conseguido nunca nada reseñable. Y el mundo va, mal no, fatal. No puedo quedarme sin hacer nada e irme al cine.

—La gente lo hace todos los días.

—Pues yo no puedo. He visto lo que se puede hacer. Cada día que no estoy frenando a un traficante, muere gente. ¡No tengo tiempo de sentarme a comer turrónes el día de Navidad! —dijo abriendo los brazos.

Lo que decía no tenía nada de gracioso, pero no pude evitar que me hiciera

gracia verla tan convencida con su causa. Esa ansia por ayudar significaba muchas cosas. Cuando quieres dar tanto, es porque eres mucho. Nadie da lo que no tiene.

—Adri... —dije con cariño. Levanté una mano y le puse el pelo que tenía en la cara detrás de la oreja—. Es genial que quieras ayudarlos, y es admirable lo que haces, pero ¿sabes a quién me recuerdas un poco? A Naia. Sí, a tu madrastra. Creo que has intentado juntar a tus dos madres en un solo cuerpo y el resultado es que te has perdido. Pero yo también atendía cuando Naia soltaba sus discursos altruistas en favor de los más necesitados, y tu padre siempre le contestaba: «Una vida no vale más que otra». Así que no puedes sacrificarla y ponerte en peligro para salvar otra. Será valiente, pero es estúpido.

—Pero treinta vidas si valen más que una vida. Por lo menos, que la mía.

—Tú no estás dando tu vida a cambio de la suya. Tú la das una y otra vez. Y sufres, tanto si sale bien como si sale mal. Acostándote con todos esos tíos, dejándote ultrajar así.

—¡No me acuesto con ellos! —exclamó indignada.

—¿Qué?

—Los drogo y caen como rocas. Luego no recuerdan nada. ¡No me acosté con Carlos! —aclaró desconcertada.

Dios... Unas manos que llevaban días apretándome el cuello con todas sus fuerzas acababan de soltarme.

Mi universo volvió a ponerse en posición horizontal y me dio un mareo.

Al ver que no decía nada, continuó hablando.

—Es cierto que alguna vez me ha salido mal..., pero muy pocas. Y lo he aguantado estoicamente, no como cuando...

No terminó la frase.

Adriana no tenía pinta de ser una bocazas, ergo, quería contármelo, así que se lo puse fácil.

—No como cuando te violaron...

Ella me miró y por un instante debatió si mentirme o no.

—Ya han pasado cinco años —soltó lentamente. Y la confirmación me hizo polvo.

No quería creerlo. No quería saberlo. Pero, por algún motivo, ella necesitaba que lo oyera.

—¿Lo cogieron?

—Están muertos —zanjó. Pero ese plural me golpeó en los oídos desatando el poco juicio que me quedaba. Negué con la cabeza y noté que la información me superaba un poco. No sabía qué decirle. Ni a ella, ni a mí.

—¿Quieres oírlo?

—No, pero tú quieres contármelo y debo saberlo. ¿Qué pasó?

—Me acorralaron y me golpearon hasta que dejé de resistirme. Estaba medio inconsciente. Después me dieron por muerta y me abandonaron. Eran tres.

Bajé la cabeza devastado y sentí una presión en los ojos.

Era pánico mezclado con una furia ciega, todo bañado por la amenaza inminente de echarme a llorar como un niño.

—Lo peor es que me quedé embarazada y tuve que abortar. Algo salió mal y por eso ahora no puedo tener hijos.

Dos lágrimas enormes cayeron por mi cara y me dio igual. No me las limpié, solo quería abrazarla y sentir que estaba entera, porque bien podrían habernos llamado comunicándonos lo contrario.

Le acuné la cara con las manos y la miré con veneración.

—Si no estuvieran muertos, yo mismo los mataría.

Ella hizo una mueca que amenazaba en derivar en llanto.

—No te preocupes, estoy bien... Lo tengo superado.

—Pues yo no. ¿Puedo abrazarte?

Adri se lanzó a mis brazos y no quise que saliera nunca más de ahí. La apreté con fuerza y me hice una promesa a mí mismo: «Que yo jamás sería sinónimo de sufrimiento para ella. Nunca». Yo debía ser lo contrario. Porque

siempre supe que era lo que necesitaba de mí.

Bajé la cabeza y le besé la mejilla. En aquel instante era mi familia. Y estuvimos largo rato amarrados asimilando que estaba a salvo.

No quería soltarla. Pero era muy consciente, ahora más que nunca, de que amaba algo imposible.

—¿Por qué me lo has contado? —pregunté con miedo.

—Porque era la única forma de que lo entendieras y de que me perdonaras. No quiero perderte otra vez... —confesó buscando mis ojos.

Necesitaba besarla, pero antes quería aclarar ciertas cosas.

—Yo tampoco quiero perderte. Por eso necesitas dejar ese trabajo. Llevas 12 años con ellos, ya has dedicado gran parte de tu vida a ayudar como has podido, ahora les toca a otros. Además, ya tienes 35, ¿no hay otra más joven y más sexy? —bromeé a ver si colaba.

—Sabes que a los 45 seguiré estando rebuena.

—Lo sé. —Sonreí vencido—. Pero ahora me toca a mí disfrutarte otros 12 años... Ya has hecho suficiente. Ya has pagado tu precio.

—Nunca es suficiente —contestó deprimida—. No me gustaría dejarlo, pero lo cierto es que el mundo es un pañuelo, y los malos se están aprendiendo mi cara. Zeta siempre dice que ande con pies de plomo y que abra bien los ojos porque, el día menos pensado, dos clientes coincidirán en la misma fiesta y eso podría suponer un problema para mí. La gente habla. En cuanto dos tíos comenten que no recuerdan haberme follado y que acto seguido se les jodió un pedido, sospecharán.

—Estoy de acuerdo, hay que cambiar el cebo esporádicamente. Además, seguro que puedes ayudar de otra forma, desde aquí —recalqué cogiéndole la mano. Tenía un brazo por encima de sus hombros, no quería separarme. La sentía tan mía que mi cuerpo solicitaba apresuradamente fundirse con ella.

—Tengo una ONG que cada día crece un poquito más —comentó ilusionada ignorando la indirecta—. Y, hablando de eso, no te creerás lo que descubrí en los papeles de Carlos.

Sonríó perversamente y la vi renacer de sus cenizas. El pesar se había esfumado y pude entender hasta qué punto le apasionaba su trabajo.

No era casualidad que hubiera conseguido reponerse de ese terrible trago. Hay gente que nace para evolucionar la especie. Darwin sabía que los egoístas se harían fuertes, pero serían los colaboradores los que dejarían el eco de la ventaja evolutiva. Hay poca gente que lo sea, pero la que hay se retroalimenta de buenas acciones y es fascinante ser testigo de eso.

Su cara de ajustar cuentas me dejó claras dos cosas:

- 1) Que mi vida nunca había sido tan apasionante como a su lado.
- 2) Que estaba completamente chiflado por ella.

—Quiero que me lo cuentes todo —le pedí interesado—, pero antes, ¿qué te parece si nos ponemos cómodos? —dije señalando sus zapatos y el vestido. Era bastante recatado para ser ella. ¿Sería esa su ropa normal, la que no usaba cuando estaba «fingiendo su papel»?

—Buena idea. —Sonrió.

Cogí un pijama de mi armario, mientras ella desaparecía en el baño con la mochila. Me lo puse rápidamente y la esperé en el sofá, extendiendo unas mantas y paladeando mi copa. Era alarmante lo bien que entraba el alcohol cuando vivías al límite. Pero casi lo escupo cuando la vi aparecer.

Su juguetona sonrisa eclipsaba la prenda. Menuda bruja. No sabía si abrazarla o llamar a la Inquisición.

—¿Quieres matarme? —la reñí cuando se acercó tentadora.

—Me dijiste que te morías por verlo otra vez —dijo tranquilamente llegando a mi lado. Me recosté en el sofá y la observé con detenimiento. Ella adquirió una postura infantil y dio una vuelta sobre sí misma haciendo una reverencia. ¿Cómo podía quedarle a alguien tan bien el amarillo? Era un misterio.

Me entró la risa al ver la cola y recordar cómo la arrastraba por el suelo la primera vez que me dio la espalda muerta de vergüenza.

—Lo entendiste mal. No me moría por verlo, me moría por quitártelo... —

me arriesgué.

Ella levantó una ceja como solía hacer cuando la sorprendía para bien. Me encantaba impresionarla con descaro, porque sabía lo que provocaba en ella.

En esa ocasión, avanzó despacio y se subió a horcajadas sobre mí.

La acogí en mis brazos y encajamos a la perfección, quedando nuestras cabezas muy cerca. La tela de los pijamas era tan suave que la sensación de fricción entre nuestra piel me hizo temblar.

—La primera vez que viste mi yo de verdad fue con este pijama, y no podía faltar esta noche de verdades.

—No, la primera vez que te vi fue en los bocetos de tus dibujos. —Ella abrió la boca asombrada—. Estaban diseñados con un detalle y un romanticismo que no cuadraba para nada con tu pasotismo. Eran soberbios, tienes mucho talento, y un alma poética dentro de esa pose barriobajera.

La hice botar en mis rodillas y ambos nos reímos nerviosos, provocando quedarnos aún más cerca de nuestros labios.

—Eres un maldito espía —susurró en mi boca.

—No se lo digas a nadie.

Nos besamos lentamente. Disfrutando cada movimiento como llevábamos días deseando. Aquella noche yo no tenía ninguna prisa, y ella al parecer tampoco. Lo demostró la media hora que estuvimos besándonos sin parar, buscando la cadencia perfecta que expresara todo lo que queríamos decirnos.

«No te vayas».

«Quédate conmigo».

«Te necesito», decía yo arrimándola más a mí.

Ella surcaba mi pelo con sus manos y repasaba mi cara una y otra vez como si no creyera que estuviera allí, como si estuviera memorizándola. Y nunca parecía tener suficiente.

«Siempre me has importado».

«Estoy en tus manos».

«Eres el único», imaginaba que me decía con sus gestos.

De vez en cuando, abríamos los ojos y nos mirábamos, pero pronto volvíamos a refugiarnos en el sabor y la temperatura de nuestros besos, erigidos bajo respiraciones cada vez más entrecortadas.

No era un secreto para nadie que yo la tenía como una piedra. No es que me doliera, solo era una molestia que indicaba que debería estar aún más cerca de ella, en su interior. Conectados. Así que comencé a bajarle la cremallera del pijama muy despacio con dedos cautelosos.

Ella sacó los brazos sin romper el beso. No me interesaba concentrarme en ningún otro sitio en ese momento. Aunque una camiseta blanca de tirantes ofrecía un escote divino por el que rocé los labios unos instantes mientras se terminaba de quitar la prenda. Me acerqué a su cuello y aproveché para bajarme el pantalón hasta los tobillos. Después, atrapé su boca lentamente comunicándole que no tenía prisa por meterme en ninguna parte todavía. Eso hizo que se relajara, que se dejara llevar, y me encantó. Me embargaba sentir que confiaba en mí.

Después de acariciarle todo el cuerpo disfrutando de sus perfectas formas, una mano curiosa se adentró entre sus piernas.

—Dios... —susurré halagado. Estaba completamente derretida para mí. Era exagerado. No recuerdo haber visto antes nada parecido.

—Jamás me había puesto así con nadie —aclaró vergonzosa.

—¿En serio?

—Te lo juro. Esta humedad no es normal en mí...

«¿Ni siquiera con Manu?», pensé susceptible. No pude evitarlo.

—Con nadie —recalcó leyéndome la mente.

Agarré mi miembro y realicé un acople perfecto. Se hundió hasta el fondo deslizándose como si lo hubiese embadurnado todo con aceite de masaje. Apoyé la frente en su cuello y puedo jurar que fue uno de los mejores momentos de mi vida. Me sentí pleno. Repleto de felicidad. Más satisfecho de lo que lo había estado nunca. Y empezamos a movernos sin hacer apenas recorrido. Nuestras lenguas se buscaron de nuevo, intentando estar lo más

ensamblados posible. Ese era el objetivo. Aquello era tan distinto del porno que no parecía ni la misma actividad.

Era un regalo. Uno que solo te debían hacer si habías sido buenísimo.

—Feliz Navidad —susurró de repente. Era tan increíble que se colara así en mis pensamientos que por momentos me hacía pensar que me la merecía.

—La mejor de mi vida —contesté comiéndomela a besos.

NOCHE DE FIN DE AÑO

Adriana

Los cuatro últimos días del año fueron inmejorables. ¿Quién lo hubiera dicho? En contrapunto, el primer día del siguiente sería el peor.

Pasamos cien horas juntos muy intensas. Fue perfecto porque Ander estaba disfrutando de sus vacaciones de Navidad y no tenía que ir a trabajar.

Por otro lado, Zeta estaba contento conmigo ya que en los archivos de Carlos había descubierto más trapos sucios de los que imaginaba. La ONG de su madre, custodiada por su primo, estaba lucrándose con un próspero negocio en África usando la empresa como tapadera. La vieja no debía saber nada, pero yo, que algo conocía del funcionamiento de una ONG, enseguida vi que las cifras no cuadraban por ninguna parte. Sin embargo, otros traspasos con nombres de beneficiarios encriptados me sonaban demasiado. Aquello era una mina de corrupción. Un comercio ilegal de todo tipo de maldades. De hecho, olía a trata de menores por todas partes.

En los archivos de Morfeo, fichamos a los testigos que iban a declarar el irresponsable estado de las víctimas cuando conocieron al acusado, pero nos encargaríamos de demostrar dónde habían estado realmente esa noche para destapar el perjurio. Y los análisis de drogas de las chicas se someterían a un estudio más exhaustivo en busca de un componente común. Porque Carlos planeaba señalar que las jóvenes eran habituales consumidoras, cuando tenía

anotado el medicamento exacto con el que habían sido mezcladas para tal efecto, la benzodiacepina.

Ese tipo de psicotrópico deja un rastro en el pelo durante meses. Y no son medicinas que receten a una persona joven, a no ser que tenga problemas para conciliar el sueño. Por lo tanto, todo auguraba un final feliz.

Respecto a Ander y a mí...

No sé... Había perdido la cuenta de los baños de espuma que nos habíamos dado juntos, de las sesiones de series, de los besos y caricias robados y de los revolcones en los que él aprendía una nueva técnica para volverme loca. Quizá fueran argucias sencillas, pero sin duda eran conceptos nuevos que yo no había experimentado. Como el respeto y la veneración.

Mis padres no acostumbraban a meterse en mi vida, pero al ver que no había vuelto a dormir en varios días consecutivos, se atrevieron a escribirme.

Papá: Hola, ¿estás viva? Queremos verte, ya que estás aquí... Manu nos ha dicho que no estabas con él. ¿Dónde estás?

Tecleé un mensaje corto retándole a que siguiera preguntándome: «con Ander», y por supuesto, no hubo respuesta. Al final terminé diciéndoles que pasaría por su casa aquella tarde. Necesitaba coger más ropa y lavar urgentemente ese pijama...

Las cuatro horas que estuvimos separados nos sirvieron para darnos cuenta de las ganas que teníamos de volver a vernos. Un reencuentro de película, de los que acaban por el suelo con la ropa desperdigada y hechos un amasijo de carne sudorosa. Quizá Diego tuviera razón y el amor fuera «la fuerza que nos hace desear estar unidos», porque no volvimos a despegarnos, literalmente, el resto de la noche.

No quise contárselo a Manu. No estaba dispuesta a que me aguara la fiesta felicitándome por batir el récord Guinness de cagadas amorosas, porque, en ese momento, yo confiaba ciegamente en que sería posible mantener una relación a distancia, un tiempo al menos, hasta que lograra encontrar una

sustituta a la altura, entrenarla y cerrar algunas líneas de investigación abiertas. Quería guardarme con recelo todo lo que estaba viviendo, porque era demasiado maravilloso para dejar que alguien lo estropeará. Por eso intenté echarle la indirecta a Ander de que fuera todo lo reservado que pudiera.

—Si tu hermana te pregunta por nosotros... hazte el loco.

—¡Si le acabas de decir a tu padre que estabas durmiendo en mi casa! Y no creo que piense que estamos jugando al dominó...

—Mi padre es discreto.

—Sí, seguro. ¡Los mayores se lo cuentan todo, Adri! ¡Son como colegialas! —se mofó—. Lo sabrías si vivieras aquí.

—Que lo sepan los mayores me da igual, lo que no quiero es que lo sepa...

—¿Manu?

—No por lo que crees —atajé rápido—. Y no solo él. No quiero que nuestros hermanos me coman la cabeza recordándome lo víbora que soy y lo peluchito que eres tú.

—¿Peluchito? —fingió que se ofendía.

Se colocó encima de mí y me abrió las piernas a la vez que aprisionaba mis muñecas levantándome los brazos.

Eso me puso a trescientos.

—¿Quieres ver lo peluchito que soy?

No pude contestarle porque me dio un ataque de risa cuando empezó a hacerme cosquillas y a imitar al conejito de Duracell en modo pervertido. Es bastante obvio cómo terminó aquello... Demostrándome que, sí quería, podía mostrar un lado duro y taladrante, aunque su especialidad era hacerme delirar con el blando. Si lo pienso bien, cualquiera puede ser un martillo hidráulico, pero no aburrirte siendo sensible es todo un logro. Y digo sensible, por no decir detallista, riguroso, atormentador y adictivo.

Hasta fuimos al cine y consiguió que no me pareciera un pecado. Pero en la cola de las palomitas hubo tormenta.

—Si Zeta me viera aquí, se partiría de risa.

—Mencionas mucho a Zeta y no me cae del todo bien...

—¿Por qué no? ¡Me ayuda siempre en todo! Está pendiente de mí. Hace de padre.

—Ese es el problema. Tú ya tienes un padre, aunque nunca le veas. Más bien creo que ese hombre solo cuida/controla a un buen activo que no quiere perder. Creo que se aprovecha de ti. Y sabe cómo hacerlo porque percibe tus carencias.

—Me cabrea que digas eso, ¡no le conoces!

—Sé que no le importa que estés más tiempo con él que con tu familia, cuando tu familia te quiere; y sé que no le preocupa que malgastes tu vida, mientras sigas dándole tan buenos resultados.

—¡Yo no estoy malgastando mi vida! Estoy haciendo un buen trabajo. ¡Estoy salvando vidas!

—Eso es innegable. Pero la tuya ha desaparecido... ¿Qué *hobbies* tienes, que no tengan que ver con ser lo que eres? ¡Dime solo uno!, y que no sea una función básica como comer, beber, dormir o follar.

Reconozco que ahí me dejó sin palabras, y eso no era fácil.

Iba a decir «las compras», pero la mayoría eran para deslumbrar a los pitingos de clase alta con los que tenía que lidiar; y comprar pijamas de Pokémon o zapatillas de estar por casa de Stich no creo que contase.

—Cariño, no me entiendas mal. Admiro mucho lo que haces, pero es muy peligroso y ya te ha costado muy caro. Es un trabajo que impide que te veamos, y yo ahora mismo quiero... estar contigo... Todos lo queremos — intentó disimular—. ¿No crees que ya te lo has ganado? ¿No crees que... lo nuestro merece una oportunidad?

Me tenía cogida de las manos y me miraba con sus ojillos suplicantes. Los míos se llenaron de lágrimas porque, en cierto modo, había sido una medio declaración, ese «quiero estar contigo». El muy canalla solía usar a su antojo su don para hacerme llorar en cualquier momento.

Era tan... civilizado. Había tanta templanza en su mirada. Tanta ternura.

Tanto afecto. Era perfecto...

Mierda.

Y encima era real, no un puto cuento de hadas con vestidos imposibles, zapatos de vértigo y maquillaje 24 horas. Era feliz estando sentada en uno de sus taburetes altos, viéndole cocinar la cena con una copa de vino blanco en la mano, un moño indescriptible en la cabeza y haciéndome sonreír. Si eso no es amor, ¿qué coño lo es?

Casi estaba dispuesta a dejarnos ver haciéndonos arrumacos en la típica e imperdible comida de Nochevieja de La Mafia, cuando me llegó un *e-mail* a la dirección de correo electrónico oficial del CNI.

Para XOXO: de Zeta.

Te necesito aquí YA. Tenemos luz verde para el CG52. Tu vuelo es mañana a las 15 00. Imprime la tarjeta de embarque adjunta.

Acababan de tirar de la alfombra bajo mis pies y estaba cayendo a cámara lenta.

—¿Va todo bien? —preguntó Ander al volante, al ver que me había quedado lívida.

—Claro —farfullé. Pero todo era diferente. Estaba viviendo una película romántica, y de repente el plano había mostrado el *backstage*, el equipo, los escenarios... Y la magia había desaparecido.

Intenté disfrutar de las últimas horas con La Mafia. Diego y Martina estaban exultantes y me permití meterme un poco con ellos. Sobre todo, para distraerme de que Ander no dejaba de mirarme ilusionado y de que me había acariciado la pierna al sentarme a su lado. Manu llegó tarde. Me había escrito un whatsapp días atrás, contándome que tenía un nuevo plan para reconquistar a Noa que consistía en ponerla celosa con la directora de obra de su nuevo local. Y entendí que necesitaba mi colaboración para quemarla.

—¿Qué tal tu cita de anoche? —chismorreé curiosa en cuando llegó mi mejor amigo. Y noté que Noa bajaba la cabeza compungida—. Si llegas tarde,

será que muy bien, ¿no?

—No llego tarde por eso —gruñó Manu—. He tenido que pasar por los clubs. Hoy es Nochevieja, ¿sabes? Tengo un follón de puta madre.

—Y tienes una boda —añadí lanzándole la pelota a Diego.

Mi hermano cogió brillante el relevo preguntando: «¿Vas a ir solo?».

«Los Terminator» nos llamaban.

El ambiente se volvió tirante y, cuando Manu respondió, Noa se levantó de su silla excusándose. ¡Misión cumplida!

—¿Qué vais a hacer vosotros esta noche? —preguntó Manu para desviar el foco de su pequeño drama.

—Nuestras familias cenan juntas, como siempre —informó Diego dándole un beso a Martina en la mano.

¡Joder! ¡Se me había olvidado por completo! Tenía pensada una última noche estelar de despedida, pero ahora todo se había ido al garete.

—No vamos a salir, Diego todavía tiene que guardar reposo.

—¿Y los maratones de sexo que os estáis pegando, no impiden que descanséis? —la chinché.

Martina enrojeció.

—Es sexo tántrico, hermanita.

—¿Orgasmos de veinte minutos? Eso no existe —repliqué incrédula.

—Cuando quieras te lo demuestro —saltó Ander lascivo, porque se moría por dar pistas de nuestra nueva situación, pero creo que hasta él se sorprendió de lo que había dicho. ¡Estaba creando un monstruo! Todos nos quedamos boquiabiertos y un tenedor chocó contra un plato. Al final me di cuenta de que era el mío.

Manu me miró intentando averiguar qué estaba ocurriendo exactamente, pero Ander reanudó otra conversación con su hermana para salir del entuerto.

Durante el postre, Ander atinó a coger la mano que descansaba en mi rodilla. Yo le devolví la caricia recreándome en la textura de su piel Y en el calor que emanaba, pero no pude evitar apretarla con un poco de aprensión

por lo que se me venía encima. Quizá nunca volviera a tenerle así. Ander me miró preocupado al encontrar una sombra de angustia en mis ojos, pero no dijo nada. Solo entrelazó más fuerte nuestros dedos, tranquilizándome. Mi niño. No tenía ni idea de lo que nos esperaba. Por una vez no sería yo directamente, sino mis circunstancias lo que lo jodería todo. No podía tener una relación al uso con un hombre que aspirara a tener una vida normal... Mi trabajo no era fácil de encajar y mi cuerpo tampoco funcionaba con normalidad...

Nos despedimos de todos a la salida del restaurante y los mayores nos asediaron.

—Nos vemos esta noche, ¿no? —preguntó mi padre receloso. ¿Tan mala hija había sido que cabía la posibilidad de que pensaran que rechazaría estar con ellos en Nochevieja?

—Claro —confirmé. Y en ese momento caí en el por qué lo había hecho—. Pero mañana tengo que volver a Los Ángeles, así que me perderé la comida de Año Nuevo.

Sus caras asimilaron la noticia con demasiada resignación.

—Bueno, al menos, te tendremos esta noche —agradeció mi padre sonriendo débilmente.

Nunca me había parecido que nadie me echara de menos hasta que Ander me lo señaló. Y ahora diferenciaba algo en sus caras que no era capaz de explicar. ¿Tanto les importaba? Antaño, una contestación así, me habría hecho considerar que les daba igual porque no les hacía falta que estuviera, pero ahora algo no encajaba. Había un nuevo punto de vista. Uno que hacía que sintiera hielo en el corazón. ¿Había abandonado a mi familia?

De repente pensé en mi madre. La última vez que la vi comimos juntas en un famoso restaurante de París. Coincidimos allí por casualidad. Vi en su Instagram una foto de la torre Eiffel y yo estaba en la ciudad por trabajo. Le escribí un mensaje y me citó ilusionada, pero no se molestó en ahondar sobre los aburridos temas burocráticos que me habían llevado allí, sino que se dedicó a hablar de sus fantásticos días en Niza y lo bien que lo había pasado

en la opera la noche anterior. Hacía unos seis meses de aquello.

La gente fue desapareciendo poco a poco. Naia y la madre de Ander eran amigas desde la infancia, ambas vivieron juntas en un carísimo internado inglés, de ahí sus caras de felicidad observándonos juntos a Ander y a mí.

—¿Qué vais a hacer ahora? —nos preguntó Isa, la madre de Ander, con una voz de lo más sugerente.

—Algo se nos ocurrirá... —contestó Ander con una sonrisa enigmática.

A ambas les encantó esa respuesta abierta a interpretaciones, pero yo lo último que quería es que nadie comenzara a hacerse ilusiones de algo a lo que debía dar carpetazo esa misma noche.

—¡Aprovechad el tiempo, chicos!, que a Adri le quedan horas aquí —dijo Naia dejándonos solos.

Ander me miró sin entender y yo cerré los ojos lamentándome.

—Iba a contártelo ahora. Me tengo que ir mañana.

Tuvo que tragarse la reacción a esa mala noticia porque mi padre vino a estrecharle la mano.

—Hasta la noche, chicos, pasadlo bien —se despidió dándome un beso en la frente.

Desaparecieron y Ander comenzó a andar hacia su coche cabizbajo.

Genial.

A ver cómo le convencía para no desperdiciar las últimas horas juntos revolcándonos en la tristeza de la separación.

Subí al coche y entendí que no iba a arrancarlo, así que hablé.

—Ander, ya sabíamos que tenía que volver.

—Pero no tan pronto. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Me han escrito un *e-mail* hace un par de horas.

—¿Pueden hacer eso el día de Nochevieja y joderte fin de año? —protestó incrédulo.

—No es que puedan, es que deben. Esto es mucho más importante.

—¿Quién lo dice?

—¿No te parece más importante dismantelar una sociedad que trafica con niños que la comida de Año Nuevo?

—Sí, Adriana, eso por supuesto. Lo que no entiendo es por qué tienes que ir tú. Precisamente, tú, si ya has hecho tu parte. ¿Acaso vas a mancharte las manos o es solo por el placer de verla caer? El problema no es que tengas que irte, es que creo que quieres irte...

—Por un lado, sí —admití dejándole atónito—. Me gusta estar presente cuando cae y se rescata a la gente. Eso me da fuerzas para seguir. Pero, por TI, no me iría. Tú eres una razón de peso para quedarme.

—No lo suficiente —dijo apartando la vista.

—¿Eso es injusto! No puedo dejarlo todo de la noche a la mañana para estar juntos, Ander. No sería feliz. Mi trabajo es muy vocacional y dejar el CNI es un proceso complicado.

—Cuando las prioridades están claras, las decisiones son fáciles —sentenció cabezón.

—¿Ander, madura! Voy a irme, pero volveremos a vernos.

—¿Cuándo?

—Cuando podamos.

—¿Quieres vivir así?

—Dame tiempo, ¿vale? —dije acercándome a él y cogiéndole de la cara.

Recibió mis labios y su sabor hizo crepitar mis sentidos de nuevo. Era evidente que ninguno queríamos perder lo que teníamos. Lo que estábamos descubriendo el uno al lado del otro. Algo dulce en este mundo cruel. Algo valioso que haría lo posible por cuidar.

—En cuanto llegue, pediré destinos y cuadraremos una escapada. Podemos coincidir un fin de semana en cualquier ciudad europea, ¿de acuerdo?

Él asintió sin estar del todo convencido.

—Quiero ver tu sonrisa hasta que me marche —exigí—, porque, cuando se ponga feo, viviremos de estos momentos.

—Aún no te has ido y ya te echo de menos... ¿Cómo voy a hacerlo?

Sonreí ante ese latigazo de ternura.

—Teniendo mucho sexo, dándonos un largo baño y sentándonos uno encima del otro en el sofá de casa de tus padres cuando vayamos a cenar. Porque no pienso desperdiciar ni un solo minuto de tiempo disimulando nada.

Volvimos a besarnos y me acarició la mejilla.

—Me parece un buen plan... Solo prométeme que no te olvidarás de mí. Pensaba que tendría hasta reyes para convencerte de que tu sitio está aquí, sentada en mis rodillas.

Eso me hizo sonreír. Y me dio ideas fantásticas para el resto de la tarde.

Qué rápido pasa el tiempo cuando lo pasamos bien, y que lento cuando agonizamos. En un parpadeo, estábamos comiéndonos las uvas y, en otro, estaba sentada en un avión imaginando cómo Ander volvía a casa y no podía probar bocado por tener el estómago sostenido en esa última mirada en la terminal.

Goodbye, my lover,

Goodbye, my friend.

You have been the one,

You have been the one for me.

MAR ADENTRO

Ander

*I'm so hollow, so hollow, baby
I'm so, I,m so, I'm so hollow..*

Estaba tan, tan, tan vacío sin ella, que no dejaba de rememorar esa canción de James Blunt. ¡Maldito fuera!

El problema no fue enamorarme locamente de ella, el problema fue que sentí que esa sería la última vez que lo hacía en mi vida. No tenía la menor duda.

No puedo decir que estuviera triste porque, después de analizar lo que habíamos vivido los últimos días, era imposible. Todavía estaba anestesiado. Aún la sentía en mi boca, entre mis brazos, temblando al llegar al orgasmo; y, por supuesto, todavía estaba presente su aroma en mi almohada.

Pero, cuando empecé a trabajar de nuevo, me sentí raro.

Mi vida ya no encajaba en mi cuerpo. Era otro. Alguien que había estado dentro de ella y que no pertenecía a ningún otro lugar.

Mi única ambición era verla de nuevo.

Solo tenía ganas de escuchar a Led Zepelin mientras la desnudaba en mi cama. Solo así dejaría de sentirme tan vacío.

Nos estábamos escribiendo por WhatsApp, pero poco para mi gusto. Yo

necesitaba más. Mucho más. De vez en cuando, me llegaba algún «estoy pensando en ti», que me alegraba el día. Pero al rato, la frustración volvía.

Aquella primera semana ni bajé al bar de los juzgados. No quería verle la cara a Carlos y recordar que esa repulsiva sonrisa había estado entre sus piernas.

El décimo día fue duro. Pensaba que me volvía loco, pero, después de una inesperada llamada, entendí que tenía que tranquilizarme. Para empezar porque, cuando su nombre apareció en pantalla, di semejante brinco en el sofá que tiré al suelo todo lo que había sobre la mesita baja.

—¡Ander!

Su voz jovial y preciosa sonó a través del auricular.

—¿Cómo estás?! —respondí con avidez.

—¡Muy bien! Te llamo para decirte que... ¡Lo hemos conseguido! Estoy supercontenta. Hemos trabajado a tope y en un tiempo récord, y ahora mismo solo me apetece celebrarlo contigo...

—Me encantaría, mi niña. Te echo tanto de menos...

—Y yo —respondió mimosa.

Se notaba que no estaba en casa. Había ruido de oficina, como si estuviera trabajando en el mismísimo Wall Street.

—¿Cuándo podremos vernos? —pregunté inquieto.

—En cuanto lo sepa, te diré algo.

De repente, escuché una frase dirigida a otra persona, tipo: «Déjame eso por ahí», que me colocó en situación.

Solo había hecho falta un pequeño cruce de palabras para entender que yo llevaba días padeciendo un calvario inaguantable, mientras ella estaba «supercontenta» y trabajando tanto que apenas había tenido tiempo de acordarse de mí. Tenía que relajarme si no quería que aquella separación me afectara para mal.

Los buenos propósitos me duraron veinticuatro horas porque, un par de días después, fue la inauguración del local de Noa y toda La Mafia fue a prestarle

el apoyo que necesitaba.

Esa noche volví regular a casa.

Diego y Martina proclamaron su compromiso y anunciaron que esperaban un hijo. Por supuesto, no fui al único al que se le saltaron las lágrimas. Y me gustaría pensar que eran de alegría, pero la verdad es que fueron más bien de tristeza que de otra cosa. De pérdida. De abandono. De sentir que lo que más ansiaba, para otros era una realidad y para mí estaba lejos de cumplirse. Y, a la vez, sentí pena por ser tan mezquino de no priorizar y alegrarme por ellos. Pero la necesidad de verla, de olerla y de besarla me consumía mientras veía a Diego y a mi hermana hacer lo propio.

Yo mismo le di la noticia a Adri y alucinó. Al menos me sentí bien de habérsela comunicado yo en primicia. Éramos algo. Teníamos algo. Y durante unas semanas estuvimos bastante en contacto por WhatsApp.

Ella no quería mandarme fotos. Decía que mucha más gente de la que creía tenía acceso a ellas y que no era seguro. Pero le insistí y cedió, no sin ordenarme que las imprimiera y las borrara del teléfono después.

Qué pronto me arrepentí, porque verla me hizo empeorar considerablemente al sentir que estábamos malgastando el tiempo cada vez que no estábamos a cinco milímetros. Tantos momentos desperdiciados sin poder tocarnos... Era mejor que la mente, que era sabia, la recordara como algo etéreo, sin forma ni color.

Todo mutó cuando Adri cambió de hemisferio.

Había nueve horas de diferencia entre su mundo y el mío. Y se notaban demasiado. Había vuelto a Los Ángeles, lo que me produjo un nudo en el estómago que me tuvo apenas sin probar bocado en una semana, imaginando las lujosas fiestas a las que tendría que acudir. Solo coincidíamos para charlar durante las comidas, por lo que fue difícil mantener el ritmo anterior. Aunque no quitaba para seguir pensando mucho en ella.

—Feliz día de San Valentín—le dije un mes después.

—¿Celebras esas cosas?—preguntó con guasa.

—No solía, pero me he vuelto un creyente devoto.

Escuché su risa a miles de kilómetros y fue como un baño termal.

—Te echo de menos —musitó en voz baja, como si fuese mentira.

—Yo no. Solo voy vestido completamente de rojo porque me gusta ese color.

Volvió a reírse, pero su tono pronto cambió a otro más intrigante.

—Te he comprado un regalo...

—¿A mí? —pregunté perdido.

—Sí, está en tu *e-mail*.

Me acerqué al ordenador tan rápido que casi sale disparado de la mesa.

Cuando vi el billete de avión a Ginebra, dejó de palpitarme el corazón. Y comenzó a palpitarme otra cosa.

«¿Cuándo?», fue lo único que pude pronunciar.

—El 19 de marzo.

—Dios... falta un mes todavía —agonicé.

—El tiempo pasa rápido.

«Será en tu interesante vida», pensé derrengado. Pero saber que sería mía todo un fin de semana me dio fuerza.

Nunca había mirado tanto un reloj como en aquella época. Y no lo recomiendo. Llega un momento en que parece que el tiempo retrocede.

A pesar de todo, llegó el día y me subí al avión, hecho un manojito de nervios. Ella me recogería en el aeropuerto y nos imaginé dando la nota en el túnel de llegadas al protagonizar un beso apoteósico. Yo. Un juez en funciones. Enamorado hasta las trancas de algo o alguien que por fin iba a tomar forma de nuevo.

Pensaba decírselo aquel fin de semana. Soltarle un «te quiero» que llevaba demasiado tiempo quemándose en los labios, y que no había querido escribirle en una jodida aplicación de móvil por primera vez.

Arrastré mi maleta de cabina hacia la salida y la vi.

¿Cómo podía alguien llamar tanto la atención?

Su belleza volvió a impactarme. Era lo más precioso que había visto en mi vida, y un sentimiento de orgullo me embargó mientras se acercaba a mí y la estrujaba entre mis brazos.

«¡Por finnnn!».

Nuestros labios se buscaron desesperadamente y el resultado fue apoteósico, no, lo siguiente. Si por mí fuera, no hubiésemos cortado nunca ese beso. Otra novedad en mí, ser unos «notas» no me importaba una mierda.

—Al fin juntos —murmuró juntando nuestras frentes.

Yo no respondí. Solo la amarré más fuerte y disfruté del roce de nuestra piel, de su aroma, de recordar la expresión de sus ojos junto a una sonrisa soñadora al recibirme.

¿Sentiría lo mismo que yo? Porque sabía que me quería, pero ¿sería del mismo modo?

Yo la amaba profundamente. Más que cuando se fue, porque, al faltarme, su valor se había disparado.

—Se me ha hecho eterno —confesé escondido en su pelo.

Ella me acarició y seguimos besándonos un rato al son de «no nos moverán».

Me llevó a uno de esos privilegiados hoteles a orillas del majestuoso Ródano. Uno de los ríos más grandes de Europa, que cruzaba el centro de Ginebra triunfalmente.

Reconozco que las vistas eran maravillosas, pero apenas me fijé en ellas. Adriana todavía no entendía que esa habitación en el Ritz no era necesaria para enaltecer ese encuentro. Si hubiésemos ido a un Bed&Breakfast, no habría notado la diferencia. Solo quería perderme en su piel y que nadie me encontrara, y para ello me valía cualquier parte. Fundirnos a besos en el rincón de una pequeña cafetería, reírnos de cualquier cosa paseando por un parque, lo que fuera. Yo solo la necesitaba a ella. A ella y a sus ganas de mí.

Nunca había entrado en una habitación lanzado las maletas contra una esquina, dejado el abrigo de cualquier manera, y caído sobre la cama para

rodar como dos ardillas en celo. Me encantaba en quien me convertía Adriana. Y dudaba mucho que ningún otro ser del planeta pudiera provocar esa transformación en mí.

El sexo fue... sigo buscando adjetivos, pero son impronunciables.

Lo que había entre nosotros era muy potente. Una fuerza invisible que convierte un polvo en las cenizas de las que resurge el ave fénix. Unas cenizas que crean vida. Por eso hay tantos «niños accidente». Porque el amor es ingobernable, imparable y, si no haces nada por evitarlo, se abre camino. Pero Adriana no podía tener hijos... y según me dijo, tampoco quería, pero ya no le creía.

Me desperté de golpe en mitad de la noche con esa idea atravesada en mi estómago. Pero al segundo me sentí feliz de tenerla al lado, aunque también triste de que fuera a ser por poco tiempo. ¿Podría vivir así, añorándola tanto?

Nos levantamos y pidió un desayuno completo al servicio de habitaciones. Amortizamos una fantástica ducha con banco y nos besamos bajo el grifo de agua caliente en modo lluvia durante largo rato.

Intentaba no pensar en nada, solo en disfrutar, pero algo no me dejaba concentrarme plenamente. Supongo que sería el ser consciente de que estaba alimentando a un monstruo en mi interior, dándole armas que en un futuro utilizaría para arrasar mi mundo. Porque, de algún modo, sentía que se avecinaba mi propia destrucción.

Más tarde, salimos a dar un paseo por el famoso Parc Le Grange.

—¿No te parece fantástico este sitio? —preguntó ella sonriente cuando nos sentamos en un banco con unas vistas magníficas.

—Sí, me encanta, y en tu compañía, más.

—No seas adulator.

Ese gesto vergonzoso me halagó, porque era algo que pocas veces le había visto hacer.

—No lo soy. Solo constato un hecho. Lo que más me gusta de todo esto es estar contigo, tenerte a mi lado.

—Y a mí —respondió soñadora.

No sé si lo dijo sin pensar, pero me cogió la mano y depositó un beso tierno en el dorso para corroborarlo.

—¿Cuál es el plan, Adri? —pregunté con el corazón en la mano—. ¿Qué vamos a hacer con lo nuestro?

—Disfrutarlo al máximo cada vez que podamos.

—¿Un fin de semana cada tres meses? Puede que necesite más... ¿Tú no?

—Intentaré que sea menos tiempo la próxima vez.

Fui consciente de que no había respondido a la pregunta directa. Y me sonó a que a ella no le hacía falta espaciarlo menos.

—En septiembre vamos a ser tíos —le recordé cambiando de tercio. Porque tenía la sensación de que, si seguía escarbando en ese tema, encontraría respuestas que no me iban a gustar.

Es verdad que ella parecía encantada conmigo, la notaba radiante por estar juntos, pero, precisamente eso era lo que más me mosqueaba. ¿Por qué no estaba sufriendo como yo por tener que volver a separarnos en horas contadas?

Charlamos distendidamente sobre La Mafia. Era un tema en el que nos sentíamos cómodos. Ahora que las tres parejitas estábamos felices, parecía que la banda vivía una edad de oro que no podía ser completa por nuestra inusual situación. Me habló de sus misiones, y me parecieron muy interesantes comparadas con mi vida.

—¿Y qué tal te va todo a ti? —preguntó cuando se cansó de hablar de ella —, cuéntame más a fondo.

—Bien, estoy bastante relajado en el trabajo. No es fácil toparme con Carlos todos los días. Ya casi nunca bajo al bar por no verle.

—No pudimos relacionarle con su primo, aún estamos en ello, pero perdió el caso de las violaciones —. Sonrió perversa.

Subí las cejas y ella me guiñó el ojo.

En aquel momento percibí de nuevo su verdadera naturaleza. Una letal, que

se encargaba de dar caza a quien perpetraba maldades contra la civilización humana. Ese mundo era su hábitat. Donde se sentía cómoda. Vamos, que volver a Madrid para ir de tiendas y restaurantes, nunca sería suficiente incentivo para ella. Tampoco criar al hijo que nunca tendríamos.

Aparté esos malos pensamientos de mi mente y le acaricié la cara asegurándome de que estaba allí porque la sentía cerca, pero muy lejos a la vez.

—Eres muy buena en tu trabajo —sentenció—. Estoy muy orgulloso de ti.

—No es para tanto... —respondió abrumada.

—Creo que no sabes lo que eres —apunté, y mi cabeza negó la evidencia de lo que mi corazón ya sabía—. Todo lo que tocas, lo transformas en algo mejor. Con tu fuerza, con tu ímpetu, se convierte en algo único y especial. Y eres preciosa, pero la mejor parte de ti es la que tratas de ocultar. Además eres graciosa, sexy, inteligente... Lo tienes todo.

—Tengo un montón de fallos —aclaró desconcertada.

—Defectos con los que adoraría vivir.

—¿Estás seguro? —preguntó con aprensión—. No puedo tener hijos y tú te mueres por tenerlos...

Su vista se perdió en el suelo y odié que se sintiera mal.

—Me muero por muchas cosas, Adri, pero la esencial es estar contigo. Para lo demás, buscaremos una solución.

Nos miramos a los ojos intentando agarrarnos a esa promesa, pero me pudo la avaricia y continué.

—Pero, si queremos estar juntos, habrá que buscar un apaño con tu trabajo...

Lo había soltado y me sentía aliviado, pero fue doloroso que ella tragara saliva e hiciera una mueca llena de tristeza al oírlo.

—Adri, no me malinterpretes, lo más importante para mí es que seas feliz, que lo seamos los dos —susurré alzándole la cara y mirándola a los ojos. Porque era cierto. Era la única certeza que tenía, el resto eran humo y cenizas.

—Yo también. Pero juntos, a ser posible.

Esa coletilla me devolvió la sonrisa y no pude evitar reclamar sus labios emocionado.

Un beso lleno de esperanza. Lleno de «nosotros». Lleno de sentimientos importantes.

—Sabes que te quiero —le susurré—, pero no tienes ni idea de lo enamorado que estoy de ti... Te amo tanto que me duele.

El universo se paralizó esperando su réplica y solo se activó de nuevo cuando un sollozo débil nació en su boca.

No sabía lo que significaba aquello, pero no parecía ser bueno.

Sus ojos anegados encontraron los míos y me temí lo peor, pero solo me abrazó fuerte resguardándose en mi pecho mientras esperaba una respuesta en firme a mi declaración.

Estaba asustado. No era la reacción que esperaba. Seguramente se sentía culpable por no amarme de la misma forma. Era lógico. Y yo iba a tener que ser fuerte para afrontarlo.

Adri no era una chica cualquiera, era parte de mi familia y quería dejarle claro que siempre me tendría, de esa forma al menos.

—Ander —gimoteó cuando consiguió serenarse un poco—, yo...

—Tranquila —la ayudé—. No pasa nada, lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! No puedo perderte... Yo también te quiero.

Mi corazón empezó a correr en un *sprint* hacia la felicidad. Y entendí por qué los espontáneos están llenos de tiritas.

—Estoy loca por ti. Es casi enfermizo. Y, aunque intenté pasar de largo, no pude resistirme a ti. ¡Y ahora te necesito, joder! Lo poco que pueda tenerte, pero te necesito. Sé que eres el hombre de mi vida, pero...

Mi corazón se tropezó y, en la caída hacia el suelo, por un minúsculo instante sentí que volaba. El hombre de su...

«¿No irás a creerte eso?», me vaciló mi cerebro. «Ya sabes lo que dicen: “Todo lo que va antes de un ‘pero’ es falso”».

—¿Pero...? —pregunté asustado.

—Pero mi vida es como es —continuó—, y lo último que quiero es que te duela quererme. ¡No puedo perderte, Ander!, pero no tengo una mierda que ofrecerte. Ni tiempo, ni un útero en el que reproducir tu estirpe, ni garantías de nada.

—Tampoco te las he pedido...

—Lo sé, pero un día te darás cuenta de lo que significa estar conmigo, aunque te quiera con locura, y me dejarás.

—¡Mi amor...! —dije consternado—. ¡No pienso dejarte!

La abracé intensamente y encajé sus palabras como un maldito milagro. Solo oí que me quería con locura. El resto estaban demasiado disfrazadas para descifrarlas a la primera.

Comimos ansiosos por volver a la habitación. Sin dejar de tocarnos, sin dejar de mirarnos como si necesitáramos sellar a fuego todo lo que nos habíamos confesado. Con gemidos, con roces, con pinceladas de sexo salvaje y tierno a la vez.

Por eso no tardamos mucho en estar de nuevo enterrados en nuestros mutuos cuerpos. Un espacio en el que no nos hacía falta hablar para transmitirnos todo lo que sentíamos. Aunque tampoco hubiera habido palabras para describirlo.

Nuestra excitación se encargaba de ello humedeciéndonos e instándonos a caer en una penetración tan profunda que nos enloqueció por un momento. Fue entonces cuando la atmósfera cambió y percibimos a nuestros cuerpos pidiendo algo más. Gemimos de anticipación por lo que estábamos a punto de hacer. Algo nos decía que sería sucio y muy satisfactorio.

Le di la vuelta con brusquedad y eso la calentó, porque noté cómo arqueaba su cuerpo y me rogaba que entrara de nuevo; por descontado, lo hice a lo bestia y la cama crujió de gusto.

Empecé a embestirla con fuerza y le ofrecí un ritmo inhumano. Hacer el amor con ella era sublime, pero cuando follábamos algo nos poseía convirtiéndolo en increíble. Nos movimos al unísono para elevarnos y

explotar a la vez.

El orgasmo fue violento y nos azotó enteros.

—¡Diosss...! —grité arrastrando la última letra.

La amaba, joder. Con todos los poros de mi piel. Juro que amaba cada roce, cada respiración, cada palabra que nos decíamos, todas las malditas sensaciones. Y nunca me sentí más cerca de nadie como de ella en esos momentos. Por eso me pilló por sorpresa un *flash* que parecía estar arraigado dentro de mí: «Pero tendrás que dejarla».

Me hice el sordo. Después vino la nada y dormir enredados. Pero me desperté abruptamente en mitad de la noche.

«¡No!», jadeé.

Sus palabras acababan de descargarse en mi sistema, y al ordenarlas habían cobrado sentido: «Te quiero, Ander, y te necesito, pero tengo miedo porque nunca voy a cambiar de vida, y cuando te des cuenta, me dejarás».

EL HILO INVISIBLE

Adriana

¿Quién se atreve a defender el sexo sin amor?

Puede que como gimnasia tenga su aquel, pero yo era una experta en practicarlo y puedo jurar que lo que había hecho con Ander ese fin de semana no tenía nada que ver.

Había perdido la cuenta de las veces que nos acostamos, pero cada asalto fue diferente. Algunos desesperados, otros bañados en una melancolía tan palpable que podría haberme puesto a llorar; otros, desenfrenados, otros hambrientos. Pero todos perfectos...

Cuando me soltó que estaba perdidamente enamorado de mí, me vine un poco abajo. No por esa preciosa declaración, sino por cómo la terminó: «Te quiero tanto que me duele».

Ese era mi mayor temor.

No quería que sufriera y no quería terminar minando tanto su amor propio que decidiera dejarme, cuando la que estaba haciendo las cosas mal era yo. Y digo mal, porque, cuando te enamoras como un loco, todo el mundo desea que pasar tiempo juntos sea una prioridad, pero eso funciona cuando tu vida es tuya, y mi vida no era mía. O al menos no lo sentía así. La sentía al servicio de algo más importante. Algo a lo que no podía darle la espalda porque no volvería a dormir bien en mi puta vida.

Yo podía marcar una diferencia para muchas personas, y no podía abandonarlas para ir a disfrutar del amor como una colegiala. Además, la magia se jodería en el acto porque me estaría impidiendo hacer lo que realmente me gustaba hacer, y con lo que me sentía realizada.

¿Era tan descabellado entonces, no renunciar a Ander y obligarle a sufrir un poco en aras de una labor caritativa?

Yo también agonizaba en su ausencia. A veces, la espera se hacía insoportable, pero ¡qué coño!, merecía la pena con tal de tenerle un fin de semana cada cierto tiempo. No quería mandarle al cuerno por su bien mientras los dos nos retorcíamos de dolor por estar juntos. Me arriesgaría a que él lo decidiera, si quería, pero yo no iba a forzar nada que nos destrozara. Y quizá, dentro de un tiempo, mi ayuda ya no hiciera tanta falta o no fuese tan eficaz. Pero cuando le dije: «Dame tiempo», me refería a años.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana? ¿A dónde vas?

—A Río de Janeiro —respondí rápida.

Él silbó.

—Casi nada. Un lugar famoso por la extrema violencia de sus calles.

—No voy a meterme en medio de las favelas. Ahí, ni Zeta duraría más de cinco minutos. Voy a la parte alta de la ciudad. Ya sabes, a fiestas de lujo, para ver a qué palurdo se le ha ocurrido esta vez hacer manitas con una banda criminal que está causando una ola de crímenes y violaciones sin parangón.

—¿Para eso no están las fuerzas armadas?

Lo miré de tal forma que levantó las manos con inocencia.

—Sí, pero se nota que los están protegiendo desde dentro. Huele a corrupción. Huele a desviar fondos de obras públicas. Huele demasiado a arrogancia imperialista de un país occidental en busca de uranio para bombas nucleares.

Me sorprendió que soltara una carcajada.

—Es imposible rivalizar con algo tan divertido —rio él.

—¿Divertido? ¿Te estás burlando?

—No. Pero prefiero enfocar tu trabajo con humor si no te importa, porque comprenderás que no me emocione que consista en «seducir» a otros hombres, que además de ricos son peligrosísimos. ¿No tengo derecho a preocuparme?

—Sí, pero hoy no. Es nuestro momento guay. —Sonreí.

Él me miró y luchó por borrar una sonrisa de su boca.

—Mi vuelo sale a las 15 h —maticé.

—El mío a las 18 h. Iré contigo y haré tiempo en el aeropuerto. Me compraré un libro o algo.

—Podemos ir a las 12 h, facturar y comer allí.

—Perfecto.

No me sorprendió que siguiera clavándome la mirada pensando en otra cosa, pero ni en un millón de años hubiera adivinado que se trataba de algo tan horrible después del fantástico día y la inolvidable noche que habíamos pasado juntos. Creo que ni él mismo fue consciente de que, en esas tres horas de diferencia entre vuelos, no iba a dedicarse a leer, sino a escribir un *e-mail*.

Un consejo:

No abráis el correo electrónico en medio de un vuelo transoceánico. Y si por una funesta coincidencia lo hacéis y veis un *e-mail* de vuestro novio, no lo leáis. En un espacio cerrado a diez mil metros de altura. No. ¿Queda claro?

Querida Adriana:

(Aunque eso se queda insultantemente corto).

Quiero que me perdones porque no he tenido el valor de despedirme de ti como debería haberlo hecho.

Si hubiera sido consciente de que era la última vez que íbamos a besarnos, me hubiese tirado al suelo como un niño de dos años y berreado sin ton ni son hasta perder la noción de por qué me había puesto así.

No quiero que te asustes, pero esto es un adiós, mi vida. Un adiós a este «nosotros».

Somos perfectos como pareja, pero nuestras vidas están en un punto que no encajan. Tú ya lo sabías, y yo me he enterado cuando he podido;

perdóname, pero me alegro de que así tú no hayas sufrido tanto todo este tiempo. Siempre me llevarás ventaja.

Te escribo porque quiero explicarme y que me entiendas. Me tengo que ir. Y vengo a rogarte que me dejes marchar. No me escribas, ni me llames, por favor, si no será imposible olvidarte.

Creía que podría hacerlo... que sería más fácil soportarlo, pero, cuando te has ido, me he desmoronado al entender cuál iba a ser nuestra dinámica. Quiero que sepas que hay una diferencia entre nosotros: Tú has elegido esta situación. A mí solo me queda acatarla. Acatar una vida que no quiero llevar, por estar juntos unas horas, cuatro o cinco veces al año. No puedo tirar tanto tiempo a la basura, porque mientras espero, soy tremendamente infeliz.

Lo nuestro es adulterio, Adriana. Me siento como si estuvieses casada con tu trabajo y nuestro amor fuera clandestino y secundario. Eres la amante que lo quiere todo, que necesita las dos partes para ser completamente feliz. No una sin otra. Ni otra sin una. Y yo no puedo aguantar esto. ¿Quién podría? Por eso te pusiste a llorar ayer en el parque. Eres muy inteligente... y sabías que terminaría dándome cuenta por mí mismo.

No sé quién lo dijo primero. Quién fue el listo que se dio cuenta de que, a veces, el amor no basta. Un aplauso para él.

También quiero que sepas que después de escribir estas líneas me siento un poco mejor. Todo vuelve a tener sentido. Ya no agonizo por no saber cuándo volveremos a vernos, ya no tengo ganas de arrancarme la piel a tiras pensando en los pequeños y cariñosos extras que tendrás que hacer por trabajo. Ya no tengo que odiarte por no notarte desesperada por verme. Ahora mi corazón puede quererte para siempre, porque, pase lo que pase, lo nuestro perdurará. Nuestras ganas de estar unidos nunca morirán. Espero estar explicándome...

En realidad, lo hago por nosotros. Por ser correctos y puntuales. Porque,

a veces, ser puntual no significa llegar a la hora, sino marcharse a tiempo. Lo hago porque quiero pensar en ti y sonreír. Lo hago porque te sigo queriendo en mi vida, sí o sí. Y prefiero que, como dijo sabiamente Neruda, «para que nada nos separe, que nada nos una».

Siempre tuyo,
Ander

Tuvieron que atarme a un asiento en la cola del avión, darme un par de tortas y correr las cortinas para que no cundiera el pánico.

Dos valientes azafatas me auxiliaron cuando me dio un estrambótico ataque de ansiedad. Hasta me abanicaron. Más majas. Y se molestaron en escuchar mi historia contada entre sollozos e hipidos, pero no obtuve solución para mi problema amoroso internacional. Muy preocupante, teniendo en cuenta que es gente entrenada mentalmente para hacer frente a cualquier pandemonio que pueda ocurrir a bordo.

Al pisar tierra, Zeta me recibió con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Todo bien por Ginebra?

Solté una carcajada.

Estaba aflorando mi brote psicótico. Lo notaba. William Blake dijo una vez que «el exceso de pena ríe y el exceso de dicha llora», así que debía estar bien jodida.

—¿Ha ido todo bien?

—Tan bien que casi no vuelvo, ¿te vale?

Me subí al coche de mala leche y esperé dentro de brazos cruzados. Zeta no tardó en sentarse al volante. Tendría unos veinte años más que yo. Pero parecía más mayor. Gajes del oficio, supongo.

—Te necesito concentrada, Adriana. Ya sabes que estar cabreada puede interceptar tus percepciones.

—¡Sí, sí, joder! ¡La máquina estará a punto, no te preocupes! ¿A quién tengo

que follarme hoy? En cuanto lleguemos, chasqueo los dedos y reseteo, pero hasta entonces, ¿puedo estar un poco cabreada?! ¡Tengo una vida, ¿sabes?!, aunque no te lo creas...

—Adri... —susurró sorprendido cuando me vio romper a llorar.

Pasa a menudo. Vas aguantando la bola frente a los desconocidos, pero, en cuanto alguien familiar se cruza en tu campo de visión, tus murallas se funden como mantequilla y vuelves a derrumbarte como la primera vez o peor.

—Es por Ander... —acerté a decir entre sollozos—. Me ha dejado. Dice que no puede estar así conmigo, que quiere más, ¡y yo no puedo dárselo! ¡No puedo ni podré nunca darle nada de lo que quiere!

—¡Cálmate, ¿quieres?!

Seguí llorando con respiraciones entrecortadas. Se me pasarían en un minuto, pero en ese momento eran incontrolables. O lo echaba todo o me devoraba. Sabía muy bien que esas lágrimas eran complejas y contradictorias para Zeta.

—Pero ¿¿qué te pasa...?! —exclamó preocupado.

Esa vez no contesté. Me dediqué a mirar por la ventana. Al exterior. A ver la vida pasar, mientras la mía se hacía más pequeña e insignificante si cabe.

—Adri... sabes que puedes dejar esto cuando quieras, ¿no?

—¡Otro! —me quejé—. Si me conocierais un mínimo no me diríais eso. Olvida el tema. Háblame de lo que vamos a hacer aquí.

No insistió. Sabía que no debía hacerlo cuando le hablaba en ese tono. Pero no lo dejaría pasar. Volvería a sacarlo a la luz más adelante porque tenía que cuidar de su chica favorita. De su agente más preciada. ¿O debería decir de su arma? Y, por primera vez, su forma de manejarme me pareció condescendiente.

Después de cinco intensos días en Río, volvimos a Los Ángeles. Me dieron cuarenta y ocho horas de vacaciones y fui a comer a mi restaurante vegetariano favorito.

—Hola, Bryan —saludé en inglés.

Él levantó la cabeza de la barra y al verme sonrió ampliamente.

—¡Princesa! ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo estás?

—Bien —musité. Me escocía usar esa maldita palabra.

Llevaba una semana sin saber nada de Ander. Sin un mensaje, sin oír su voz, sin tener nada que mantuviera mis pies en el suelo y equilibrara la balanza de lo dañino y lo asqueroso de este mundo.

—Pide lo que quieras, amor —me lanzó una carta.

Hacía días que tenía el estómago cerrado. Pero el olor al entrar había hecho que mi abdomen levantara las orejas y olisqueara el aroma que allí reinaba.

—Un número 3.

—Eres de gustos fijos.

—Soy así de aburrida.

—Y yo que me alegro. —Sonrió.

Ya podía verle fantaseando con la idea de un buen revolcón. Y no le culpaba. Bryan siempre había sido algo cómodo y puro en lo que refugiarme. Me gustaba como persona, y no me hacía perder el norte como me ocurría con Ander. No eran encuentros salvajes, como con Ander... Tampoco demasiado románticos... Como con Ander. Ni tan tortuosos como con Ander...

«¡Ya basta!».

Lo cierto es que no me apetecía tener sexo. No quería que nadie borrara el recuerdo de su piel en la mía, pero era necesario. Anhelaba escuchar que a alguien le importaba lo suficiente como para esperar el momento oportuno en el que yo estuviera disponible.

Bryan tenía su apartamento justo encima del restaurante. Era una de esas personas a las que no les gusta desconectar de su trabajo porque le obsesionaba. ¿A quién me recordaba?

—¿Quieres un café? —me preguntó horas después con picardía.

—Depende.

—¿De la cafetera Nespresso que tengo en casa?

—Acepto. —Sonreí.

¡Adjudicada!, ¡por una de esas carísimas cápsulas que anuncia George Clonney!

Estaba adentrándome en una trampa sexual, era consciente, pero no me importaba. Una de las cosas buenas de Bryan es que no era un simple neandertal que me empujaría de espaldas a la pared e intentaría penetrarme como cualquier primate. Él solía tomárselo con calma y, cuando te tenía seducida y encantada, te la metía de regalo. Era... agradable.

Comenzó con unas caricias en los brazos mientras hablábamos.

«Ander no habrá estado con nadie todavía, ¿verdad?».

En otra ocasión me apartó el pelo de la cara.

«¿Me echará de menos, o se sentirá liberado?».

Me senté encima de una mesa con el café en la mano, y Bryan terminó acercándose y colocándose entre mis piernas.

—¿Cómo estás? Te noto especialmente apagada hoy.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Estoy bien! —fingí entusiasmo.

—Ese bien no tiene la musicalidad adecuada en tu precioso tono de voz.

Lo sabía. Tenía que encontrar un sinónimo más largo para que fuera creíble.

—¿Alguien te ha hecho daño? Tienes un aura roja inconfundible.

Maldito tarado, aunque no iba desencaminado.

—Durante la Navidad... bueno, un antiguo amor, digamos que, volvió a mi vida.

—¿Y ya no está?

Lo preguntó como si le diese igual la respuesta. Entre otras cosas porque al hacerlo me bajó un tirante de la camiseta y rozó sus labios donde antes descansaba la prenda. No era un tipo celoso. Ya me lo había comentado anteriormente. Para él, todo era cuestión de energía, y yo, sin saberlo, quizá había ido allí a que arreglara la mía.

—No, ya no está. No quiso estar conmigo... O todo o nada. Y ya sabes que para mí eso es imposible.

Se separó de mi cuerpo y arqueó una ceja.

—Todo. Es. Posible. No vuelvas a decirlo. Estás acumulando demasiada negatividad.

Amén. Y me bajó el otro tirante.

Cuando quiso alcanzar mi boca, me eché instintivamente hacia atrás. Nos miramos un instante y entendió que no estaba lista para eso. Pareció ceder y se concentró más abajo.

«Ander no lo hace así», pensé cuando Bryan absorbió mi pezón con la boca. Cuando Ander le prestaba atención a esa zona, notabas como si buscara algo y no fuera a darse por vencido hasta encontrarlo. Como si yo fuera el maná que da la vida eterna. Como si llevara años venerándolo en la distancia y por fin lo tuviera.

Bryan atendió mi otro pecho y no sentí nada. Traté de respirar hondo. De excitarme. De liberarme de su recuerdo. Pero, cuando sus dedos aterrizaron en mi pantalón, me bajé de la mesa de un saltó sorprendiéndome a mí misma.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada, bombón. Estás muy tensa. Ven.

Pero fue él quien se acercó a mí. Me subió los tirantes de nuevo y me arrastró hasta una silla.

—Te daré un masaje. Eso te ayudará. Y también contarme quién es él exactamente.

Me alucinó lo rápido que cambió el chip. Y que su voz se volviera un punto amañerada. Ahora, mirando atrás, estoy segura de que era bi. Por eso era especial. Era un *cambiaformas* que se adaptaba en cada momento a lo que necesitabas. No sé ni cómo, pero, a partir de aquel instante, Bryan se convirtió en mi amigo y eso hizo que me sintiera mejor.

Aquella noche volví a casa y me vi con la suficiente fuerza y serenidad para contestar el *e-mail* de Ander y romper de una vez por todas ese hilo invisible que me unía a él de una forma insoportable.

EL RENACIDO

Ander

No me arrepentía.

Aunque estuviera sufriendo lo indecible. Aunque me dieran ganas, día sí, día también, de llamarla y suplicar que volviera conmigo. Aunque fuera incapaz de respirar profundamente... Sentía que había hecho lo correcto.

Lo que me mataba es que no me hubiera contestado. A veces el silencio es uno de los peores daños que alguien te puede causar, porque no dice nada y a la vez lo dice todo.

¡La había echado de mi vida porque era la única forma de no romperme!

Cuando se fue, me fui a pique. Lo vi en el espejo del baño del aeropuerto. Había corrido hasta allí en un intento de despejarme, porque estaba cargándome como cuando estás a punto de estornudar, pero no lo haces.

Me lavé la cara y no funcionó. Entonces lo entendí. Me estaba desmoronando. Y no pude detener la inundación de mis ojos cuando me vi perdiéndola, una y otra vez, durante años. En ese momento, una oscuridad avanzó lentamente hacia mí, como una inminente depresión capaz de quitármelo todo y me entró pánico.

Dicen que nadie es imprescindible.

Dicen que la vida sigue...

Pero antes tendría que pasar mi luto. Porque lo que tenía con Adriana

moriría, y con ello una parte de mí que solo ella era capaz de invocar.

No sé ni cómo logré llegar a Madrid desde Ginebra. Ni a mi casa. Ni a mi cama. Pero el despertador sonó a la mañana siguiente encontrando mis ojos abiertos y la cabeza apoyada en la almohada.

Ya era lunes, pero como si era viernes, ¿qué más daba?

Parecía que ya nada tenía sentido. La nada era lo único que lo tendría, si tuviera valor.

Con el resto del mundo actué dando la falsa impresión de que no pasaba nada. Forzaba sonrisas vacías por mera supervivencia, pero no era capaz de sentir emociones, lo que empezó a asustarme.

Seguía sin poder respirar con normalidad. Un peso aplastaba mi pecho y necesitaba deshacerme de él.

Saltar en paracaídas no era una opción, por vértigo, así que me compré un saco de boxeo tamaño americano y lo anclé a una de las vigas de mi *loft*.

Fue una buena inversión. Consiguió hacerme sentir algo: dolor.

Estuve horas dándole la paliza que se merecía.

Pensaba en mi vida. En lo caprichoso que era el destino. En un fatídico viaje a Milán. En su primera vez. En la mía. En mi enfado. En su reclutamiento. Mi carrera. Los tíos que la violaron. Mis novias. Su aborto. Mi trabajo. El suyo. Mi bañera. Su pijama. Y no pude dejar de golpearlo hasta que rompí los guantes.

Al día siguiente, no podía ni abrir la puerta de casa para ir a trabajar. Y la guinda para rematar la faena la puso Martina llamándome alegremente por teléfono.

—¡Voy a ir a los juzgados!, ¿nos tomamos un café?

—No estoy allí...

—¿Dónde estás?

—En casa. Estoy enfermo.

—¡Oh, pobre! Pues luego te llevo una sopa china de las que te gustan.

¡Ciao!

—¡No, Marti! —Pero ya había colgado.

No tenía fuerzas para ver a nadie de La Mafia. Solo habían pasado siete días y seguía devastado. Aguantando el chaparrón, esperando el momento en que todo empezara a mejorar. Porque, aunque lo pareciese, no había muerto. Decían que la vida seguía... y yo lo estaba intentando.

—¡Muy buenas! —vociferó Martina entrando en mi casa. Al final conseguí abrir la puerta con palillos chinos.

—¿Qué tal tu finde con Adriana? ¡No me has contado nada!

Era fantástico verla envuelta en ese resplandor del que hacen gala algunas embarazadas. Y ella no tenía excusa, porque lo estaba nada menos que del hombre de su vida.

—¿Qué te ha pasado?! —exclamó horrorizada al verme las manos vendadas. Lo había hecho porque hasta el roce del aire me dolía.

—Nada, me he quemado con el horno.

—¿Y por qué mientes y me dices que estás enfermo?

—No quería preocuparte.

Miró alrededor buscando indicios de más pruebas. Parecía un dibujo animado. Se movía velozmente con la ceja arqueada.

—¿Qué está pasando aquí?

Manos en la cintura. Pose de hermana mayor. Mala señal.

—¡Nada!

—¿Estás bien con Adriana? —preguntó suspicaz.

—No estamos —solté. Y la esquivé para dirigirme al sofá.

—¡Sois insufribles! —maldijo—. ¿Qué ha pasado esta vez? ¡Seguro que tiene solución! Todo lo tiene, menos la muerte.

—No pasa nada, Marti. No estamos enfadados, simplemente nuestras vidas van por sendas diferentes y es muy difícil mantener una relación así. No pasa nada...

Siempre se me había dado mal mentir, entre otras cosas, porque no solía hacerlo. Pero aquello no era una mentira, era una esperanza.

—¿Ella está de acuerdo? —preguntó extrañada.

—Sí.

—¿Y tu saco de boxeo?

Giré la cabeza para comprobarlo y sus gritos retumbaron con una óptima acústica contra mi oído.

—¡Tú debes de pensar que me chupo el dedo!! ¡Nunca le mientas a una mujer embarazada! Verás cuando Diego se entere del disgusto que tengo —amenazó iracunda enfilando hacia la puerta.

Me levanté rápido y la frené a tiempo cortándole el paso.

—Martina..., de verdad, ¡estamos bien...!

—No te creo, Ander. —Sollozó—. No puedes estar bien cuando acabas de dejarte las manos en ese saco.

Se derrumbó contra mí y la abracé contra mi pecho.

Sentí un hormigueo. Algo estaba despertando en mí. Algo parecido a una emoción. Martina siempre se había preocupado mucho por su hermanito pequeño. Si yo no era feliz, ella tampoco podía serlo. Me lo había dicho en innumerables ocasiones. Era maravillosa.

Le cogí la cara y conseguí su atención.

—Voy a estar bien, confía en mí. Todos vamos a estar bien. Te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo, ¿vale? Y no me amenaces con Diego porque le tengo menos miedo que a un sietemesino.

Ella sonrió y asintió creyéndose mi ensayada convicción.

Hasta yo empezaba a creerlo. No estaba todo perdido para mí. Solo tenía que aprender a vivir y a sentir de nuevo, aunque solo fuera un poco.

—Estás guapísima, por cierto —añadí zalamero.

Ella sonrió y terminó de serenarse.

—No le digas a nadie lo que has visto. —Señalé mis manos—. Pronto estaré bien.

—De acuerdo.

A ella se le daba bien mentirme como una bellaca, porque no me di cuenta,

pero le faltó tiempo para ir a contárselo todo al perro guardián de Adriana.
Menuda *bocachancla*.

En cuanto se fue, me llegó un *e-mail*.

Fuera podría haberse desatado un tornado que nada me hubiera despegado de esa pantalla cuando me senté ante el portátil y vi que era de Adriana.

Querido Ander:

Nunca te llegué a decir qué es lo que más detesto de ti:

Lo cobarde que has sido siempre.

Pero no pasa nada, la mayoría no tiene huevos para vivir la vida que realmente desea y se conforma con una vida vacía. Y luego estás tú, que te conformas con una vida de mierda, a pesar de todo.

No te preocupes, claro que siempre nos querremos, porque fuimos, somos y seremos... familia.

Nunca tuya,

Adriana

Me levanté huyendo de sus palabras con un cabreo histórico. Miles de ideas daban vueltas a gran velocidad alrededor de mi cabeza azuzadas por un sentimiento huracanado.

Tenía ganas de gritarle.

Tenía ganas de destrozar cosas.

Tenía ganas de... hacer algo. ¡Era un milagro!

Un enfado es un gran catalizador. Te mantiene distraído, ¡sin duda! ¿Así era como ella se hacía fuerte? ¿Enfadándose conmigo? No era mala idea. Y, desde luego, yo había resurgido con fuerza ante tal provocación. Me sentía extrañamente revigorizado.

No quise analizar el correo frase por frase, porque había tantos mensajes ocultos en él que, de momento, prefería mantenerme en mi nuevo y cómodo estado de «enamorado cabreado». Me sentía mucho más fuerte, ¡dónde iba a parar!

A partir de aquel momento, la apodé Tormenta, como la temida superheroína, porque cada vez que abría la boca la niña desataba tempestades.

Estuve de baja laboral unos días. No quería que nadie me viera así, pero cuando me incorporé al trabajo empecé a bajar de nuevo al bar de los juzgados. Me sentía más fuerte para verle la cara a Carlos. Y menos mal que lo hice.

—¿Cómo va lo de tu primo, Carlos? —le preguntó uno de sus esbirros mientras yo desayunaba tranquilamente en un lateral de las mesas compartidas.

Giré la cabeza y estuve atento.

—El imbécil va a pasarse mucho tiempo en la cárcel por hacer las cosas mal. Yo estoy limpio, no pueden probar nada. Sé lo que me hago, no como otros.

«¿Hacer las cosas mal? ¡Será por hacer cosas malas!», pensé en gritar, pero ¿para qué? Terminaríamos a hostias.

—Si te saltas las normas, al final te pillan —opinó otro.

—A él le pilló un topo industrial —aseguró Carlos—. La competencia es muy agresiva y, en cuanto sobresaes un poco, van a por ti. Le dije que no hiciera ruido y no me hizo caso.

—¿Un topo?

—Sí, uno precioso y rubio, que se coló en nuestra fiesta anual de Navidad para revolver entre mis papeles.

Abrí los ojos y el corazón comenzó a latirme rápido. ¡Se refería a Adriana!

—¿Y cómo pudo hacerlo? —preguntó alguien alucinado.

—Era una señorita de muy buen ver que dirige una ONG a la que mi primo estaba haciendo sombra. Ni corta ni perezosa, me sedujo para investigar sus operaciones porque sabía que yo era su abogado.

—¿Te sedujo?!

—Sí, joder, y no lo lamento. Era una diosa. El mejor coño que me he comido en mi vida.

Todos se echaron a reír y doblé la cucharilla que tenía en la mano.

—¿Y cómo te diste cuenta? —preguntó otro.

—No se roba a un ladrón —escupió con chulería. Sus secuaces sonrieron. Le tenían por una especie de dios y él contaba la historia, no con vergüenza, sino presumiendo.

—El domingo después de la fiesta, me desperté a las seis de la tarde —continuó—. Ya sabéis que yo no duermo mucho y entendí que me había drogado. La noche anterior la vi hablando con un par de personas influyentes que parecían conocerla bien y alababan sus planes de ayuda. Ahí me di cuenta de que callaba más de lo que decía, porque no me había contado nada de ese tema. Ella fingía ser una simple organizadora de eventos ñoña de las que le gustan a mi madre. Cuando até cabos, supe que podría salpicarme.

—¿Y no vas a hacer nada al respecto? ¡Tu primo está en la cárcel! Y han querido hundirte, por no hablar del engaño.

—No —dijo arrastrando la palabra con pereza—. No voy a hacer nada. Yo soy un buen chico.

Algunos sonrieron pillando la ironía. Y empecé a preocuparme.

—Tengo una vida muy tranquila —añadió—. Y yo creo que a ella el karma le acabará poniendo en el lugar que se merece. A la gente así, le ocurren desgracias todos los días...

Me levanté despacio queriendo salir a toda mecha.

Adriana estaba en peligro.

La llamé por teléfono, pero no me lo cogió. Y por un momento tuve miedo de que lo tuviera pinchado. Así que decidí mandarle un *e-mail*. Quizá estaba esperando uno de contestación al suyo, pero no pensaba darle esa satisfacción. Ciertas acusaciones prefería rebatírselas en persona.

Adriana:

Estás en peligro. Puede que Carlos tome represalias contra ti. Cree que montaste el ardid de organizar su fiesta benéfica para destapar a su primo, tu competencia. Sabe que diriges una ONG. Por favor, ¡ten mucho cuidado! Delante de la gente ha dicho que no va a hacerte nada, que cree en el karma

y que ocurren desgracias todos los días. ¡A mí me parece algo que diría alguien para tener testigos y defender su coartada! Aunque también ha dado a entender que, cuando supo que eras un topo, borró cosas que le relacionaban con su primo. Adri, por favor, este tío no tiene escrúpulos. Le conozco. Corres peligro. Cuídate mucho... No soportaría que te pasara algo, y La Mafia tampoco, aunque te cueste creerlo.

Me pasé el día temblando. ¿Habría dado Carlos alguna orden ya? ¿Habría llegado a tiempo? Adriana tenía que salir de ese mundo YA. No para estar conmigo, sino por su bienestar. ¿Por qué no se daba cuenta?

A última hora de la noche me llegó un whatsapp de ella.

Adri: Muchas gracias, Ander. No te preocupes.

Quise responderle «¡te quiero!».

Quizá sea cierto que la gilipollez no tiene límites. Porque lo nuestro era un caso perdido y no me daba la gana de rendirme.

Estuve esperando que me escribiera cada día, pero no volvió a hacerlo. Lo curioso es que Carlos desapareció misteriosamente del servicio y me picó tanto la curiosidad que terminé preguntando por él.

—No encuentro a Carlos Gómez —le dije a una de las administrativas—, quiero hablar con él, ¿sabes dónde está?

—Cogió una excedencia la semana pasada.

¿Una excedencia?

La incertidumbre me mataba, pero diez días después en los juzgados me dieron la noticia.

Carlos Gómez había muerto.

KILLERS

Adriana

—**A**nder acaba de escribirme —le dije a Zeta—. No va a parar, y no nos conviene que empiece a hacer preguntas.

—¿Te fías de él?

—Nunca me traicionaría.

—Dile que, por su bien, mantenga la boca cerrada durante la investigación de la muerte de Carlos.

—Sabes que no apruebo lo que has hecho.

—Yo no he hecho nada —respondió categórico—. Pero que quede claro que esto es el CNI y tengo licencia para matar a quien me parezca oportuno.

No dije nada. Estaba convencida de que había sido él.

—No te creo.

—Me importa una mierda si me crees o no. Y, de todas formas, ¡él se lo ha buscado! Defensa tiene permiso para protegerse cuando alguien atenta contra un agente del Estado. Y quiso atentar contra ti, nos lo han confirmado.

—Él no sabía que yo era una agente.

—¿Y eso lo hace menos malo? El mundo está mejor sin él. Era una amenaza. Haya sido quien haya sido, nos ha hecho un favor.

Entendía sus palabras, pero no dejaba de ser un asesinato y me perturbaba que él estuviera detrás. Supongo que, ni los buenos son tan buenos, ni los

malos son tan malos. Pero Zeta era así, implacable, y me lo había demostrado más de una vez.

Después de la violación, vino un día a verme al hospital y me aseguró que mis atacantes estaban muertos. Lo dijo con tanta seguridad que me asusté. Y cuando le pregunté al respecto, nunca olvidaré lo que me dijo:

—Niña, ¿sabes por qué trabajo en esto? —me susurró de cerca para que nadie más le oyese—. No es por lo mismo que tú. Tú quieres ayudar a la gente, quieres salvarla. Yo solo quiero castigar a los que se lo merecen... Eso es lo que me hace feliz. Librar al mundo de escoria. Y los que te han hecho esto... —se le cortó la voz—, no merecían vivir.

Jamás le había visto tan afectado por nada. Tenía los ojos brillantes y una expresión de odio desconocida. En ese momento entendí que me consideraba más que una compañera. Se podía decir que familia y me conformé con eso. Pero tiempo después salió el tema y le dije que no me gustaba nada que la gente se tomara la justicia por su mano. Él guardó silencio captando la indirecta. Supongo que por eso ahora lo negaba, pero se le veía el plumero. Y en el fondo, me sentía mal porque, cuando le conté lo que Ander me había transcrito en el *e-mail*, supe que era cuestión de tiempo que Carlos muriera.

Aun así, me llevé una gran conmoción al enterarme, pero curiosamente esa misma noche me sorprendió una llamada desde España que logró aplacarme. Era Noa.

En principio, dudé si responder. Ella y yo nunca habíamos tenido nada que decirnos, pero quizá le hubiese ocurrido algo a Manu.

—¿Sí?

—Hola, soy Noa.

Ella no sabía que yo tenía su número desde que le mandé el mensaje amenazante que me pidió Manu.

—Hola, ¿qué ocurre?

—Nada.

—Entonces... ¿Por qué me llamas, te gusta abonar tarifas internacionales?

—Corta el rollo —soltó de pronto y me sorprendí al discernir en su voz que estaba borracha.

—¿Estás bien? ¿Manu está bien? —pregunté preocupada.

—Manu está... desmayado. Pero está bien. Nunca me retes a tequila, tengo alma mexicana —arrastró las palabras.

—¿Qué quieres? —pregunté intrigada. Me esperaba una llamada de Noa para que le jurase que nunca volvería a acostarme con Manu.

—No quiero nada, solo quiero que tú sepas algo.

—Suéltalo —respondí poniendo los ojos en blanco.

—No le culpes. Ahora le es difícil mantener secretos conmigo, pero Manu me ha contado lo que te pasó hace cinco años y quiero que sepas que lo siento mucho... y que, si llegó a enterarme en ese momento, yo misma hubiera dado caza a esos desgraciados. Me los hubiera cargado sin parpadear, ¿sabes? He matado a gente por mucho menos y a mi familia no la toca nadie.

Me quedé sin habla.

Mis ojos traicionándome de nuevo. ¡Pero ¿por qué?!

¡No la quería! ¡No los quería! ¡No quería a nadie! Ni siquiera a mi padre...

...

«MENTIRA».

Las lágrimas nunca mienten.

Los científicos llevan treinta años sin encontrarle un sentido físico a llorar, sencillamente porque es una respuesta emocional. Un grito de auxilio que intenta decir, sin palabras, que necesitas ayuda de alguna forma.

Mi historia con Ander me había convertido en una tullida. Me sentía desamparada y cualquier muestra de cariño me conmovía sin piedad.

—Gra-gracias.

—De nada. —Y colgó el teléfono.

Qué puta loca. Pero acababa de robarme el corazón. Y ya iban unas cuantas veces demostrándome que igual no era tan mala como yo creía... Iba a darle una oportunidad porque Manu parecía ser muy feliz, pero quizá tuviera que

hacerlo por mí misma y no por él.

Finalmente, llegó el día de responder a Ander. Podía imaginarme cómo estaba. Pero sería el *e-mail* más obtuso que había escrito nunca.

Querido Ander:

Ante todo, muchas gracias por avisarme de lo que oíste.

Sé que necesitas respuestas, pero no las tengo. No sé cómo murió Carlos, solo puedo decirte que fue inhabilitado para el ejercicio de la abogacía temporalmente hasta aclarar qué fue de los documentos destruidos. Yo tenía fotos que demostraban que conocía las operaciones extraoficiales de su primo. Enseguida hizo las maletas y voló a un país sin tratado de extradición. Era evidente que terminarían declarándole cómplice. Fue entonces y no antes cuando ordenó un ataque hacia mi persona. De alguna manera pudimos confirmarlo y todo gracias a ti. Pero Ander, te suplico que no hurgues más en el tema, por el bien de todos... Poco más te puedo decir. Sé que tienes una ligera idea de cómo funcionan las cosas en mi mundo y entenderás por qué desde el principio no quise que te involucraras conmigo. Ni tú ni nadie. Y quiero que esto quede claro: si me separé de mi familia no fue por pensar que no me querían, sino para protegerlos. A toda La Mafia. Y ahora mismo tengo la conciencia muy tranquila.

Si no te importa, borra este mensaje de la bandeja de entrada y de la papelera de eliminados, y sigue con tu vida.

Atentamente,

Adriana

No le dije que seguía queriéndole con ansiedad.

No le dije que me estaba costando continuar sin él.

No le dije que me había hecho daño.

No le dije que me molestaba que se preocupara por mí, como si lo peor que

podría pasarme fuera que me mataran rápido cuando él me estaba matando lentamente.

CADENA PERPETUA

Ander

Terminé de leer el *e-mail* y puse algo de música para amansar a las fieras que estaban rabiosas dentro de mí.

Discerní el final de ese «nosotros» y solo entonces fui capaz de reconocer que siempre tuve una ligera esperanza.

De pequeña era *una chica hermosa y dulce* que estaba fuera de mi alcance. *Nunca pensé que ella pudiera ser ese «alguien» esperándome. Yo solo era un chiquillo cuando me enamoré sin saber lo que era*, pero ella tenía el poder de sostener mi corazón en sus ojos.

Esa noche de San Juan fue como *bailar en la oscuridad con ella entre mis brazos*. Y a partir de aquel momento, estar a su lado fue como ir *descalzo por la hierba*, sintiéndolo todo sobredimensionado.

Me escondí en mí mismo los casi cuatro años que quiso perdernos de vista, y justo cuando me eché mi primera novia, apareció en una comida inesperadamente.

No hizo falta más que su mirada, cayendo de arriba abajo sobre mi pareja, para saberlo. Estaba celosa. ¿Acaso le importaba? Primera noticia. Y recuerdo que no dejé de darle vueltas a esa reacción durante meses. Pero me convencí de que fue un espejismo porque duró poco, pareció reprenderse a sí misma y cambió su cara por una máscara de indiferencia volviendo a

convertirse en la de siempre.

Sin embargo, *tengo fe en lo que veo.*

Y vi mi futuro en sus ojos cuando la encontré vestida de Pokémon y se avergonzó. Para mí, *se veía Perfecta.* Entonces descubrí a *una mujer más fuerte que nadie que conozca.* Una capaz no solo de llevar mis secretos, sino todo mi amor y a mis hijos. Una con la que podría *compartir mis sueños y un hogar.* Una con la que *pensaba que estábamos tan enamorados, que lucharíamos contra todo pronóstico para que esta vez saliera bien.*

Pero ella no quería tomar mi mano. *Ser mi chica y yo su hombre.*

Y seguí bailando en la oscuridad, escuchando nuestra canción favorita. Caminando sobre la hierba, sin saber que *había conocido a un ángel en persona.* Era perfecta, pero no, *no la merecía...*

Quitó la canción de Ed Sheeran y me dije que era hora de dejar de soñar con imposibles. De borrar *e-mails* que lo único que suplicaban era que me fuera de su vida de una vez por todas y para siempre.

Cuando la pena se instala en tu cuerpo no hay quien lo soporte, sin embargo, vivir cabreado es otra cuestión; y ese *e-mail* participaba activamente a favor de ello.

Me había quedado claro. Sigue con tu mierda de vida. Cuando, por un momento, me había ilusionado con que se diera cuenta del peligro que corría y reaccionara.

Estuve cómodo un mes en mi versión de «enamorado resentido» y más tarde en la de «enamorado resignado», que es con quien tuvo la suerte de toparse la chica más guapa del local al ir a coger ambos el mismo taburete.

—Cógelo tú —le dije cuando nuestras manos coincidieron en la misma banqueta.

—Gracias —resopló Nuria—. Te lo cedería, pero se me están a punto de caer los pies. ¡Malditos tacones! ¿Quién los inventaría?

—Un tal Styletto.

—Será mamonazo.

Un burdo intento de risa brotó de mi boca.

—¿Cómo te va? —preguntó quitándose un zapato y dándose un pequeño masaje—. ¿Has terminado por hoy?

Cuando se dio cuenta de que me estaba fijando en lo que hacía, se cuadró y dijo:

—Me da igual que me vea la gente. Si la sangre no vuelve a mis dedos ya, me los van a tener que amputar.

—He terminado por hoy y supongo que tú también, ¿por qué no te has ido a casa si te dolían tanto?

—A riesgo de que creas que soy una alcohólica incurable —sonrió vergonzosa—, porque... necesito una copa. He tenido una semana horrorosa. Entre lo de Carlos y el caso de un padre que abusaba de su hija de seis años... El muy cabrón aún decía que era la niña la que se lo pedía. He estado a punto de lanzarle un zapato en medio de la vista. Dos por el precio de uno.

Por primera vez en semanas sonreí genuinamente, a pesar de la aberrante información. Nuria me gustaba. Y era atractiva, pero... ¿Cómo no te lo va a parecer alguien que te cae tan bien y con el que además te ríes?

Siempre me había seducido el encanto antes que la belleza y la gracia antes que las medidas perfectas, sin embargo, una persona antipática ya podía ser modelo que la encontraba horrenda.

—Yo también me tomaré una —dije palmeando la barra—. Carlos no era santo de mi devoción, pero he tenido un caso de un Papa Noel denunciado en un centro comercial por tocamientos inapropiados.

Ella negó con la cabeza intentando reprimir una risita.

—Nos merecemos ese par de cubatas. Sin duda.

Y esas copas se convirtieron en tres rondas. La que pagué yo, la que pagó ella y la penúltima. Porque la última, ambos sabíamos dónde sería. La gente como nosotros hacía cosas espontáneas una vez al año, y acabábamos de coincidir en el espacio y tiempo adecuado. Pura física de partículas.

No sé ella, pero yo, hacía semanas que no conectaba así con nadie. No me apetecía ver a La Mafia y mis amigos de la facultad, a los que veía cada vez más esporádicamente, estaban bastante ocupados con sus respectivas familias.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo con cautela.

—Adelante.

—Últimamente no tienes buena cara; no te estarás muriendo, ¿verdad?

El humor era un punto a favor de Nuria.

—No. Es que no duermo nada.

—El insomnio se cura durmiendo al lado de la persona adecuada, ¿lo sabías?

—Pues espero encontrarla pronto.

Las insinuaciones no pararon en toda la tarde y decidí ir al grano.

—Has cometido un gran error con tus pies.

—¿Cuál?

Se había quedado con la copa a medio camino de sus labios, demostrando que le preocupaba lo que fuera a decir.

—Sé de buena tinta, por mi hermana, que, cuando una mujer se sienta, abatida por un insoportable dolor de pies, luego no puede volver a calzarse otra vez. Es como una ley sacrosanta. Si ahora te pones el zapato e intentas andar, te va a resultar imposible.

—¿Cómo dices?

—Compruébalo.

Ella obedeció y, en cuanto pisó el suelo y dio un paso, reaccionó como si quemara.

—¡Joder... no puedo andar! —exclamó alucinada.

—Ya te veo volviendo a casa descalza.

—Pero... ¡está mojado! —señaló quejica.

Era cierto, había llovido. Los productores de mi vida así lo habían querido.

—¡Y si ando descalza por el metro, cogeré el tifus!

—Probablemente.

—¿Entonces?... —preguntó desvalida.

—Entonces, puedo llevarte yo en brazos y dejarte en casa.

Por lo rápido que aceptó, yo diría que lo estaba deseando desde hacía tiempo.

Qué desconcertante es besar a alguien buscando el sabor de otra persona. Olerle el pelo y que no te evoque nada. Estar dentro de ella, sabiendo que no te estás entregando.

La desnudé poco a poco, entre caricias sibilinas que encerraban preguntas sin respuesta. Tenía una casa bonita en la que no me importaría vivir. Todo era cuestión de ver si su huésped sería también capaz de seducir mi soledad para compartirla. Un arduo trabajo. Y también lo fue que mi nuevo yo recorriera a besos un cuerpo desconocido. Hubo un par de momentos en que amenazó con cruzarse de brazos y no continuar, pero el eco de mi vida a. A. (antes de Adriana) me ayudó a fingir que me parecía normal formar parte de una sesión de sexo tan desaborida.

Quería demostrar que podía practicarlo con alguien distinto de Adri y no morir en el intento, aunque durante el acto no hubiera fuegos artificiales ni se oyeran sirenas.

Al final, mi cuerpo reaccionó y fue agradable sentir el contacto de otra piel contra la mía. Eso nos gusta a todos desde que nacemos, pero valoré la importancia que adquiere el sexo cuando admiras, amas y deseas de verdad a la otra persona. Eso es incomparable.

Creo que defendí bien el fuerte esa primera vez y las que le siguieron, ayudado de los recuerdos de la suavidad, la temperatura y la respiración de Adriana cuando la penetraba despacio. Solo con eso conseguía llevarme al borde del orgasmo en el momento que yo decidiera. El resto era la nada. Rutina. Intentar pasar página, aunque me costara un mundo engañar a mis sentidos con ella regresando constantemente a mi pensamiento.

Algún día terminaría asimilando que esto sería mi nueva normalidad. Que el sexo era sexo. Y lo que hice con Adriana había sido algo especial. Algo que

debía olvidar.

Un mes después, hubo un cumpleaños de La Mafia y aproveché para llevar a Nuria como escudo humano. Había desoído llamadas convirtiéndolas en perdidas, incluso de Manu, y por nada del mundo quería que se me echaran encima para preguntarme sobre Adri. Y en buena hora, porque a todos les noté en los ojos que se morían por arrinconarme, pero habían abortado la misión cuando me habían visto aparecer con pareja.

«¡Atrás, malditos!», pensé con desazón, pero sus preguntas seguían presentes en sus ojos. Taladrándome.

Nuria y yo no estábamos locamente enamorados, pero nos iba bien. Era una relación afable y respetuosa donde nos hacíamos compañía cuando nuestros cuerpos necesitaban sentir que aún estábamos en edad de compartir algo grande.

¿Cuántas veces lo había leído por ahí? «Ama cuando estés listo, no cuando estés solo».

Puede que Adriana tuviera razón y mi vida fuera una mierda «a pesar de todo». Es decir, a pesar de tener un trabajo envidiable, de tener una gran familia, amigos, una relación estable, una casa propia, el coche que me gustaba...

Pero me negaba a creerlo.

Claro que echaba de menos tener sexo por la mañana. Era algo que nunca había necesitado y que con Adri era ineludible. Pero con Nuria nunca sucedería. Siempre sería por la noche en el estipulado orden de una cita.

«Sexo por la mañana», se hace solo cuando te apetece de verdad. Cuando no puedes remediarlo. Cuando es amor del bueno. Uno que aparece, con suerte, una vez en la vida. Un amor donde «no importa cuándo ni dónde ni cómo».

Pero yo ya no buscaba el amor. Solo quería compartir el que ya tenía dentro. El que ella me había dejado, que era inmenso. Y lo estaba consiguiendo.

Llevaba meses sin saber nada de Adriana y empezaba a ser medianamente feliz. No era tan difícil. A veces consistía en ignorar cosas que me recordaran a ella. Como darme baños. Había dejado de hacerlo, ¿por qué no? Si los viernes ahora eran otra cosa. Y guardé con celo el recuerdo de la última vez que usamos mi bañera juntos, que certificaba que una vez mi vida fue memorable.

Supongo que, cuando has querido así, no hay límite para permitirte todas las excentricidades que quieras.

Porque no, no estaba muerto, pero todo el mundo sabe que estar vivo es una cosa y vivir es otra. Y yo cada día lo conseguía un poco más.

Claro que la vida sigue. Y el tiempo se pierde. Y las promesas se rompen. Sin embargo, los recuerdos quedan. Y algunos nos quedamos anclados en ellos, mientras la Tierra sigue girando.

Sin querer darme cuenta, llegó septiembre. Y una mañana, al despertar, un mensaje me llenó de felicidad. Lía estaba en el mundo.

Hablé con mi hermana y me informó de que el parto había ido estupendamente, así que quedé en verla aquella misma tarde cuando Nuria y yo saliésemos del trabajo.

Compré un oso de peluche más grande que el bebé y también unos globos de helio (a Martina le chiflaban), pero nadie me avisó del apocalipsis que se profetizaba en los hospitales cada vez que nacía un bebé Mafia.

ECLIPSE

Adriana

Le dije a Diego que, en cuanto Martina rompiera aguas, me avisara rápidamente. Estuviera donde estuviera, acudiría a Madrid sin demora para conocer a mi ahijada.

Quería que fuera un viaje relámpago. Estar horas contadas en Madrid. Que nadie pudiera decir: «pues Adriana vendrá tal día». De eso nada. No me fiaba de La Mafia y sus emboscadas, y ya tendría que aguantarlos en la boda de los recientes papis en un par de meses.

Mi avión llegó sobre las tres de la tarde, una hora perfecta para no encontrarme con nadie en el hospital. Todo el mundo estaría comiendo.

Cada día que pasaba me volvía más huraña. No quería ver a nadie. La situación con Zeta era tirante a raíz de un par de conversaciones sobre mi futuro en la empresa, y me pasaba el día trabajando, investigando o estudiando, incluso cuando estaba en casa. Es lo que había elegido, como había escrito Ander y, para que me compensara esa decisión, últimamente, debía salvar a más gente de lo normal. Era como una obsesión.

Cogí un taxi hasta el Gregorio Marañón y pregunté por la habitación de Martina.

—¡Adri! —exclamó Diego levantándose de un salto del sillón cuando me vio aparecer por la puerta.

—¡Felicidades, hermanito!

Le abracé con fuerza y cuando abrí los ojos me encontré la deslumbrante sonrisa de Martina.

Tenía al bebé en brazos y le estaba dando de mamar.

—¡Enhorabuena, campeona! —le susurré antes de darle un achuchón y observar a la criatura.

Era preciosa. Y se dice pronto en un bebé recién nacido. La mayoría están arrugados, tienen los ojos hinchados y están medio azules. Pero este no, este era rosa, como en las películas. Se había quedado dormida enganchada a su pezón y parecía estar en la gloria.

—Cógela —me ofreció.

—¡Jo! Se la ve tan a gustito. No quiero despertarla.

—Gracias por venir tan deprisa —dijo Diego contento.

—No me lo hubiera perdido por nada. En el hospital es todo tan bonito y, cuando llegas a casa, se desata el infierno.

—Joder... ¡con lo felices que estábamos hasta hace un instante!

—Sarna con gusto no pica —declaré embelesada rozándole la manita.

Ahí estaba. Mi pequeño sueño de carne y hueso. Sangre de mi sangre. Lía sería lo más cercano a un hijo que tendría nunca, por eso no quise perderme verla en el hospital recién nacida.

—¿Tú cómo estás? —preguntó Martina perspicaz.

—¿Yo? Bien... Como siempre. Ya sabes, aquí y allá.

—Te echamos de menos —añadió Diego—. Esperemos que ahora sí tengas una buena excusa para venir más a menudo. No quiero que te pierdas sus primeras veces de todo.

El hachazo fue directo a la yugular. «Ahora sí». Antes no.

Todos nos miramos sabiendo cual sería la triste realidad.

Toc, toc, toc.

Tres golpes en la puerta.

Unos globos. Un oso. Y ÉL. Guapo a morir.

Me alegré de no tener a la niña en brazos porque se me hubiese caído al suelo de la impresión.

—Adri... —susurró Ander con la vista clavada en mi retina.

Me fastidió robarle ese momento de protagonismo a nuestra sobrina. Así que sobreactué. Deformación profesional.

—¡Hola, Ander! ¿Has visto que sobrinita más bonita tenemos?

Él ni parpadeó. Parecía que los civiles necesitaban unos segundos más para reaccionar a una hecatombe.

Ander desvió la vista hacia su hermana.

—Marti... —dijo acercándose a ella lentamente. Todos pensamos que le estaba dando un derrame cerebral.

—¡Globos! —exclamó ella bajito—. ¡Me encantan!

Siempre me había hecho gracia la pasión de Martina por el helio. Y que al crecer no se le pasara, fue desternillante.

—¿No había un oso más grande? Parece que va a comerse al bebé.

—Muchas felicidades —musitó Ander aún conmocionado, dándole un beso en el pelo. Acercó la mano a la pequeña y palpó su cuerpecito—. Es increíble.

—¡Enhorabuena, guapos! —saltó una voz desconocida. Una figura oculta tras él. Un ser no registrado previamente en la habitación. ¡Menos mal que era agente secreto! Si es un perro, me muerde.

Se acercó a la cama sonriendo a Martina y le cogió la mano a Ander instintivamente.

Mi mente registrando el gesto.

Mis ojos agrandándose.

Mi disimulo en Sevilla.

—¡A ver cuándo os animáis vosotros! —le contestó Martina.

Fonemas captados. Asimilando las palabras. Agujero negro creándose en el centro de mi pecho. Y, si no me iba de allí pronto, todos serían engullidos por él. Todos, menos el oso, que no cabría.

En ese momento me puse a pensar en algo tan estúpido como que yo no

había traído regalo. Imperdonable. Ni tampoco un novio nuevo. Humillante.

—Adriana, esta es Nuria —dijo Diego acercándose a mí y captando que me había quedado patidifusa.

—¡Hola! —reaccioné, y le ofrecí mi mano a esa mujer que hundía sus dedos en el pelo de Ander cuando le besaba despacio. No pensaba darle dos besos, estaba acostumbrada al estilo internacional, además, si lo hacía y descubría mi aroma favorito en ella, nadie saldría vivo de esa habitación.

«Vaya, vaya, vaya. Experta en conflictos armamentísticos, no significa experta en conflictos amorosos».

Tenía que irme. Y mejor, directa al aeropuerto.

Nuria me dio la mano y fue amable un microsegundo conmigo, sin darme mayor importancia. Como solía hacer yo para desdeñar a mis presas y hacerles sentir insignificantes.

—¿Puedo cogerla? —preguntó ella ansiosa, acercándose de nuevo a Martina. Me preocupaba ese inmediato apego a Lía, pero Ander no pareció darle importancia. Su vista estaba clavada en mí y no disimulaba su preocupación por mi cara de trastornada.

—Voy a la máquina del café, ¿alguien quiere algo?

Lo pregunté cardíaca porque necesitaba desaparecer. Sus ojos me ponían nerviosa, pero no podía irme del hospital sin tocar a Lía y sin que me viera. Que registrara mi imagen en su memoria, y tomar una foto de las dos para enseñársela cuando a los dieciséis se pusiera tonta y pensara que sabía más de la vida que yo. O cuando el amor la devastara como a mí en ese momento, recordarle que aún quedaban cosas por las que sonreír, como lo fue que ella naciera.

¡Tenía planes ineludibles con ese bebé!, sin embargo, no podía permanecer ni un segundo más en la sección de maternidad.

Diego y Nuria me pidieron un cortado y salí disparada.

¿Disfrutaba de Ander y encima tenía que invitarla a algo?

«¡Soy un juguete del destino!».

—Adri...

Me giré y vi que era Ander. Principio de autoprotección: echar a correr. No era el momento. No quería hablar con él. Y menos así, desequilibrándome por momentos.

Aceleré el paso y él corrió para alcanzarme.

—Después del *e-mail* que me mandaste, ¿me haces perseguirte? Nunca cambiarás.

—¿Qué quieres? —ladré—. Pensaba que estabas ocupado ensayando lo bien que se te va a dar jugar a papás y a mamás con tu novia perfecta.

Alucinó y arremetí con fuerza para sellar mi enfado.

—¿Esa no era la chica que le gustaba a Carlos? Quizá con quien tenías una pequeña fijación era con él y con todo lo que codiciaba...

—Basta, Adri. No metas a Nuria en esto.

—Ella me da igual. Solo me da pena. Tarde o temprano recibirá un *e-mail* y tendrá que apechugar con el hecho de que no la quieres lo bastante si no vive lo suficientemente cerca.

—¿Quieres parar?! —exclamó cogiéndome del brazo—. «Hola. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? Espero que bien. ¿Has visto que sobrina más bonita tenemos? Muchas gracias. Que tengas buen viaje de vuelta. Adiós». ¡Eso es todo lo que deberíamos habernos dicho! Pero no. Tenías que montar este numerito. ¿Qué te ocurre? ¿No puedes fingir ni un mínimo por nuestros hermanos? ¡Se supone que se te da muy bien! ¿Cómo puedes ser tan egoísta y trastocarme así? ¡Llevo meses tranquilo y me sueltas dos pedradas de campeonato!

—Lo siento, ¿vale? —dije frotándome la cara—. No esperaba verte, y menos, acompañado... Déjame ir a por los cafés. Lo haré bien a partir de ahora. ¡No tendrías que haberme seguido! Vuelve con ellos. No diré nada más —prometí en un intento de concienciarme. Y debería hacerlo en tiempo récord.

Mis ojos empezaron a brillar sospechosamente por la angustia de tenerle tan cerca y no poder abrazarlo. Llevaba un jersey verde militar que hacía que sus

ojos avellana me abdujeron hacia su boca. El pelo más corto, los labios más apetitosos... Mierda.

—¿A qué viene esto, Adri? —preguntó preocupado acercándose a mí. Y su tono me sonó a pura esperanza.

—A nada —dije apartando la vista—. Ya sabes que el tema bebés es delicado para mí. Pero me alegro por ti, de verdad, por fin has encontrado a una chica con el trabajo adecuado, que podrá darte hijos y que vive en el mismo país que tú.

Su expresión se arrugó como si acabara de arrancarle el corazón.

—Ese nunca fue el problema, deja de escudarte en eso. Hay otros medios para tener familia.

—Tienes razón. Tenerlo no es mi único problema. Tampoco podría atenderlo. Si no tengo tiempo ni para cuidar de una mascota, menos de un niño. Déjalo, de verdad...

Huí de él de nuevo.

—¡Espera! —Me retuvo angustiado.

—¿Qué quieres, Ander?! Termina ya.

Él achicó los ojos ofendido.

—Ya termino, tranquila. Solo quería aclararte que no soy ningún cobarde. Tú elegiste tu trabajo, y yo elegí vivir. Y me ha costado mucho, pero al final lo he conseguido cuando lo único que quería era morirme. Nunca he hecho nada tan valiente como intentar vivir sin ti.

Esas palabras se me clavaron en el pecho. Le vi alejarse dejándome con la palabra en la boca y me dio coraje.

—Qué bien se te da irte, pero claro, siempre ha sido la manera más cobarde de amar.

Se detuvo un instante, y entonces fui yo la que se giró para seguir caminando.

¡Dramas, los justos!

No éramos unos niños. A estas edades, uno sabe con quién quiere

complicarse la vida y con quién no. Y él debería reconocer que no quería complicársela conmigo, por mucho que me amase.

Nuestra relación terminó por un motivo. Cuando alguien quiere irse, se va sin hacer ruido. Cuando no se quiere ir, se despide a lo grande. Y él no lo hizo. Cuando nos despedimos en aquel aeropuerto, me estrechó entre sus brazos y me besó como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. La diferencia es que él lo sabía. Yo no.

Cuando volví a la habitación de Martina, logré que mis ojos no coincidieran con los de Ander.

¿Por qué no se habían largado? Ellos podrían ver a Lía todos los días, pero yo tenía que coger un vuelo en un par de horas. Así que le quité el bebé de las manos a mi jodida sustituta y disfruté como quería de mi sobrina.

—Ponte con Adri, Ander. Una foto de los padrinos —sugirió mi hermano. Y ambos le echamos mil maldiciones con los ojos.

Mi kriptonita se puso detrás de mí. Colocó un brazo en mi cintura y otro sosteniendo a la pequeña Lía. ¡Era una estampa muy de padres! Y la cara que puso Nuria lo confirmó.

Yo, por mi parte, me debilité como le pasaba a Superman cuando estaba cerca de esa sustancia. Quizá tuvo algo que ver la «leve caricia» que me propinó durante la instantánea.

Joder...

Una cosa era estar sin él con miles de kilómetros de mar separándonos, y otra muy distinta era tenerle al lado, con su increíble olor corporal dilatando mi entrepierna.

—¿Te quedas aquí esta noche? —me preguntó Martina con una mirada celestina. Sin duda, oliendo mis alteradas hormonas a distancia. Ander hizo un esfuerzo por no prestar atención a la respuesta.

—No, cojo un avión en breve.

—¿Y cómo vas a ir al aeropuerto? —cuestionó la sabandija de mi hermano.

—En taxi, como he venido.

—Puedo llevarte —se ofreció Diego—, aunque mover el coche ahora, me mata. Aparcar en esta zona es misión imposible.

—¡Puedes llevarla tú! —saltó de repente Nuria. Por un momento, creí que Ander miraría hacia atrás para asegurarse de que se refería a él—. Te pillá de paso dejarme en casa, y la acercas a la T4.

Yo negué con rotundidad.

—No, no, tranquilos, me cojo un taxi. No pasa nada.

Ander no abrió la boca para contradecirme.

—¿Vas a dejar que tu concuñada se vaya en taxi? —preguntó Nuria picajosa cruzándose de brazos.

—¡No...! Claro que no. Te llevo.

Todo el mundo en la habitación sonrió, menos nosotros dos. Hasta Lía en mis brazos parecía contenta con la decisión. La abracé con cuidado y aspiré su aroma, que era tan celestial como inalcanzable.

—Hasta pronto, pequeñita. La tía Adri volverá. No te olvides de mí, por favor.

Ir los tres en el coche fue peor que volver a ver la peli *Cujo*. ¡Que alguien le pegue un tiro a ese perro! ¡O a mí!

¿A nadie le parecía raro que no hubiese conversación?

Al final, Nuria me preguntó a dónde me dirigía y respondí automáticamente «a Los Ángeles, más concretamente, a Beverly Hills», de la forma más pija que pude. Ví a Ander poner los ojos en blanco, pero no dijo nada.

—¿Luego nos vemos, cariño? —le preguntó cuando se bajó del coche frente al portal de su casa.

—Claro —confirmó él.

—Encantada, Adriana. ¡Y pásalo bien!

«Sí, de maravilla, simpática. Pero no tan bien como tú». Sonreí desdeñosa dándole las gracias.

Ander y yo guardamos silencio durante diez minutos. Cualquiera diría que

ya nos lo habíamos dicho todo.

—No tenías que haberme acompañado —musité hacia la ventanilla.

—A terca no te gana nadie.

Una frase que me decía mucho mi padre.

—Nuria es simpática... —contraataqué.

—Sí. Algunas personas desaparecen y te rompen, pero siempre hay otras que aparecen y te salvan.

—Lo sé, me lo dicen todos los días en África.

A este juego no iba a ganarme. Chasqueó la lengua y me sentí mejor. Podía dejarme de piedra con una acción, incluso dejarme sin palabras con su ternura, como lo hizo en ese primer beso que me dio en la cocina de mi casa. Pero en una pelea, dialécticamente, no tenía nada que hacer contra mí.

—¿Por qué esta paliza de avión? Podrías haber pasado la noche en Madrid —dijo de pronto.

—Soy un blanco fácil para mucha gente y no me apetece contestar preguntas sobre nosotros. Solo saben tu versión. Yo todavía no he hablado con nadie.

—Yo tampoco.

—No me lo creo.

—No se han atrevido a preguntarme. Tampoco les he dado oportunidad, pero habrá que dar la cara algún día...

—En la boda no habrá más remedio. Estaremos acorralados.

—¿Y qué les diremos? —preguntó aterido acariciando el volante.

—La verdad. Que tú no soportabas una relación a distancia.

—O que tú no entendías la diferencia entre tener tiempo y hacer tiempo —replicó rápido. Era bueno el cabrón. Joder, ¡cómo me ponía!

—Podemos decir que tú te rendiste antes de empezar.

—Y que tú nunca me pediste que me fuera contigo.

—Nunca haría eso.

—¿Por qué no?

—No me gustó que me lo pidieras a mí, por eso yo nunca te lo pediría a ti.

Nos iríamos a la mierda. ¿Quién está a la altura de abandonar una carrera judicial?

—¿Qué más daba, si lo mejor de mi vida era estar en la tuya?

Otro silencio nos sobrecogió a los dos analizando esas palabras, y empecé a tener miedo de no resistir. Puto Ander.

—¿Por qué me enviaste ese *e-mail*? —preguntó dolido.

—Estaba cabreada.

—¿Por qué exactamente?

—Porque me engañaste. No me dijiste que esa sería la última vez que nos besaríamos... si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, ¿qué?

No contesté porque ni yo misma sabía la respuesta. Quisiera pensar que lo habría disfrutado a lo grande, pero eso es como cuando te preguntan si te gustaría saber el día en que vas a morir. Por un lado, sería fantástico organizar el tiempo para hacer todo lo que deseas, pero ¿lo disfrutarías realmente o no dejarías de pensar en ello?

—No lo sé —contesté poco después—. No sé en qué punto del fin de semana decidiste dejar de ser «nosotros», pero me sentí engañada. No me diste ninguna oportunidad. No pude despedirme...

Se me cortó la voz y recé para que no dijera nada más. Había sobrevivido meses manejando las sombras, pero no podría luchar contra un eclipse.

En un tormentoso silencio llegamos al aeropuerto.

—Gracias por traerme —mascullé.

Puse la mano en la manilla de la puerta y se escuchó un sonido de bloqueo. El corazón me dio un vuelco.

—Tienes razón... —susurró pensativo—. Te fallé. Éramos «nosotros» y no lo... sellamos en condiciones.

Nos miramos. Lo presentí. Y lo dijo:

—Déjame darte lo que te debo, y se acabó.

GORRIÓN ROJO

Ander

Tenía dos meses.

Solo dos meses para llevar a cabo mi plan maestro.

Volver a saborear sus labios en esa despedida fue... como ser engullido por una pista de hielo. A partir de una pequeña grieta, la capa se rompió y me hundí en el agua helada sintiendo cómo mil cuchillos se clavaban a la vez en mi cuerpo. Fue una grotesca forma de despertar del letargo en el que apaciblemente llevaba meses sumido.

Lo único que sabía es que era ELLA.

Verla en la misma habitación que Nuria me había aclarado las ideas. No es que Nuria no fuera genial y un verdadero encanto. ¡Lo pasábamos bien juntos! Pero teniendo a Adri al lado, provocándome mil emociones disparatadas, mis sentimientos por Nuria quedaban eclipsados de tal forma que se convertían en algo intrascendente.

Nuria era una excelente persona, pero Adriana era... digamos que su visión de la vida se parecía a la mía en muchos aspectos que consideraba fundamentales. No es que fuera la mejor, es que era mi persona. Me había demostrado tantas veces con hechos cómo era en realidad, que cuanto más la miraba más me deslumbraba.

Había estado en Madrid ¿cuánto, tres horas? Y con un puñado de frases,

miles de posibilidades habían empezado a tener sentido.

La clave estaba en el *e-mail*. Por eso le había sacado el tema. Ese dichoso correo fue un punto de inflexión en mi vida. Tomé una nueva actitud. Con cabreo en primer plano, pero con una sonrisa ambiciosa en el segundo, porque ese *e-mail* era... además de corto, letal, esperanzador, calmante, sanador y por último un maldito reto.

Estaba más convencido que nunca de que tenía un superpoder para con ella. Leía a través de sus turbias intenciones de perturbarme como un ciego leería en braille. No las veía, pero las claves estaban ahí, sobresaliendo de la pantalla.

Si Adriana hubiera puesto mi examen de selectividad de lengua, habría sacado matrícula de honor en el maldito comentario de texto.

La primera frasecita, se las traía: «Lo que más detesto de ti...». Hubo un día en que yo mismo, con perfidia, me atreví a pronunciarla quedándome tan campante, como si Adri fuera de acero galvanizado. Pero cuando la leí, me pareció *heavy* de narices. Yo le dije que lo que más detestaba de ella era que fuera una sibarita, y ella me decía que era lo cobarde que había sido SIEMPRE. No ahora. Siempre. ¿Qué querría decir con eso?

Yo lo tenía muy claro, pero necesitaba a un experto en ella que lo corroborase y me diera un empujón. Así que, del aeropuerto fui directamente a casa de Manu.

Todo me cuadraba tanto que hasta sabía que Nuria había orquestado todo aquello para que estuviera más tiempo a solas con Adri. ¿Tanto se nos notaba? Me alucinaba que hubiera captado que seguíamos locos el uno por el otro, pero ahora entendía por qué no quiso irse del hospital cuando le rogué marcharnos después del encontronazo con Adri en la máquina de café. No me dejó huir y, cuando leí su mensaje de WhatsApp me lo confirmó: «Haz lo que debas hacer». Tendríamos que hablar, aunque no hubiera mucho más que añadir.

Sabía dónde vivía Manu exactamente y me planté delante de su puerta sin

perder tiempo, pero la que abrió fue Noa.

—¡Hola! —exclamó al verme.

—Hola, guapa. ¿Está Manu? —dije entrando sin que me invitara a pasar.

—¿Quién es, nena?

Manu apareció en el salón secándose el pelo con una toalla y a medio vestir.

—Hola... —saludó sorprendido al verme.

—Ha venido a verte —aclaró Noa con una sonrisa enigmática.

—¿Es por Adri?

—Sí —contesté directo.

—Dame un segundo. Voy a vestirme. No te vayas. Llevo mucho tiempo esperando esta conversación.

Desapareció y mis sudores fríos con él. ¿Por qué me imponía tanto? ¿Por qué lo admiraba tanto? Supongo que porque había mucho de ella en él, y viceversa. Sin embargo, a Noa siempre la había sentido muy cercana, era como un bálsamo para mí. Aunque no fuésemos familia.

—Siéntate —me ofreció cariñosa.

Tomé asiento y ella se colocó detrás de mí.

—Tranquilo, todo saldrá bien.

No sabía por qué lo decía, pero también me cuadraba. Supongo que es lo que se le dice a alguien que está a punto de hacer una locura. De arriesgarlo todo. O de cagarla.

—Ya estoy —dijo Manu apareciendo de nuevo. Se había peinado, puesto colonia y un jersey chulísimo. Casi me da un mareo. Cuando digo que eran iguales, no miento. Su apostura no era ni medio normal. Rompía los espejos.

—Dispara —ordenó sentándose frente a mí.

Noa nos dejó solos sutilmente y yo comencé la confesión:

—Hoy la he visto...

—¿Y?

—Y tengo un problema.

—¿Cuál? —preguntó divertido.

—Que no puedo vivir sin ella.

Manu mostró una sonrisa impresionante.

—Joder..., creo que es lo mismo que le dije yo a Diego el día que reconocí que estaba enamorado de Noa —dijo frotándose los ojos y la nariz—. ¿Adri sigue en Madrid?

—No. La he dejado en el aeropuerto. Nos hemos encontrado en el hospital... Ha venido a ver a Lía, no a mí.

—Noa y yo estábamos preparándonos para ir ahora.

—Hemos discutido —continuó.

—¿Qué te ha dicho? No quiere hablar conmigo de esto, ni de lo que pasó, pero estoy preocupado. Y cuando Martina me contó lo de tus manos, contacté con Zeta, su supervisor.

—¿Tienes su número? —pregunté sorprendido.

—Tengo un número en el que dejarle un mensaje para que me llame. Fue él el que me avisó hace cinco años cuando... Adriana estuvo hospitalizada.

Aparté la vista y quise borrar de mi memoria los detalles de esa historia. Adriana se había convertido en lo único que me importaba, y pensar que no llegué a enterarme de eso, me dolía en el alma.

—Voy a contártelo todo —decidí. Me puse serio y busqué abrigo en sus ojos—. Tú y yo nunca hemos sido amigos y no creo que lo seamos, pero esto es una emergencia. Sé que eres la clave en esta historia.

Manu tragó saliva y cambió de postura.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarla lo haré, y me guste o no, creo que esta vez tú vas a tener mucho que ver... Pero voy a hablarte claro. No hay tiempo de andarnos con sopitas, donde hay confianza, da asco. Somos La Mafia.

—Somos La Mafia —repetí conforme.

—Empieza a contar.

Fueron pocos los íntimos detalles que omití. Quería que se diese cuenta de

nuestro grado de intimidad. Que entendiera que yo era importante en su vida, aunque no tanto como él...

Manu escuchó con atención poniendo caras sorprendidas en ciertos momentos. Sonriendo en otros, pero preocupado en la mayoría. Nunca había sido tan expresivo conmigo.

—Necesito saber qué opinas —dije al terminar—. Tú... la conoces mejor que nadie.

—Puede ser. Pero tú siempre has despertado una parte de ella desconocida para mí. Y esa parte es más de lo que creía...

—Tienes que ayudarme. No hay vuelta atrás. ¡Estoy con Nuria! ¡Estaba! ¡No lo sé! Pero nos hemos besado y se ha ido.

—Es un querer y no poder. Yo pasé por esta misma fase con Noa en esa pared de ahí. —Señaló ufano—. Quiso ser un final, pero ni de coña.

—Tengo una teoría —añadí—. Quiero leerte el *e-mail* que me respondió cuando corté con ella.

Y lo hice. Y me dio igual.

La respuesta de Manu fue soltar una carcajada.

—¡Qué Pikachu!

—Ni que lo digas, pero, ¿qué crees que significa en su idioma? ¿Te digo lo que creo yo? —pregunté retóricamente nervioso. Él asintió.

—«Lo cobarde que he sido siempre». ¿Siempre? Hace veinte años, cuando nos acostamos, me pareció mal que fuera todo tan frío. ¡Ni siquiera me besó! Ni me dejó tocarla, ni nada... luego me dijo que guardara silencio. Y me sentí ultrajado. Pero creo que, en cierto modo, Adri me recrimina no haber intentado hablar con ella más tarde. Aunque sea años más tarde. Que haya tenido que pasar tanto tiempo sin que le dijera la verdad de lo que pensaba a la cara.

—Es exactamente así. Adriana no hace las cosas con mala intención. Pero es fría y calculadora. Perfeccionista. Y si ha hecho algo mal, le gusta aprender de sus errores, no que la critiquen, juzguen y odien a sus espaldas. La falta de

comunicación por tu parte fue grande y te lo está echando en cara. «La mayoría no tiene huevos», eso me lo ha dicho a mí siempre. Todo el mundo prefiere la comodidad. Ella defiende que hay que luchar con uñas y dientes por lo que quieres de verdad hasta el final. Incluso ser un kamikaze. Arriesgarse, no conformarse. Pero es fácil arriesgarse cuando no tienes nada que perder — musitó. En ese momento, tuve la ligera sensación de que hablaba de él.

—Lo de «una vida de mierda» me queda claro —continuó—, porque lo tengo todo y sin ella no tengo nada. O al menos siento que no vale de nada...

—En resumen, sabe que la quieres... y está esperando a que dejes de ser un cobarde.

—¡Exacto! Eso pensé yo. O estoy muy loco ¡o me está retando! —exclamé desconcertado.

—Claro que es un reto. «Nunca tuya». —Sonrió—. Vas a tener que reclamarla si la quieres contigo aquí. Aunque sea a la fuerza...

Manu juntó las manos en su boca y fui testigo de cómo su cabeza desechaba una de sus ideas descabelladas. Esas que solo aparecen cuando el viento deja de soplar y no te queda más remedio que ponerte a remar para continuar.

—¿A la fuerza? ¿En qué estás pensando? —pregunté confuso e impaciente.

Intentó disimularlo, pero era tarde.

—En nada. Es demasiado. Aunque creo que es el único modo...

—¿Qué es? ¡Dímelo, por favor!

—Ander... espera. —Se frenó temeroso—. No puedo decírtelo así como así, antes necesito estar seguro de algunas cosas...

—¡Después de todo lo que te he contado, ¿todavía no tengo tu visto bueno?! —dije cabreado.

—No es eso, tranquilízate. Es que sería demasiado gordo. Necesito que caigas en ello por ti mismo. Y para eso tienes que escuchar lo que me dijo su supervisor cuando hablamos.

Mi desconcierto crecía por momentos y no lo disimulaba.

—¿Qué te dijo?

—Zeta estaba preocupado —comenzó Manu—. Adriana cada vez se arriesga más. «Su mirada tiene demasiada pericia», dijo exactamente, porque cuanto más jóvenes son las agentes más inocentes parecen. Y ella ya tiene una edad...

—Eso se lo dije yo. No podrá hacer lo mismo durante mucho más tiempo y la vida es larga.

—Zeta le habló de cambiar de trabajo. Uno acorde con sus dotes.

—¿Qué trabajo? —pregunté asustado.

—Uno de los secretos mejor guardados del CNI es que sus agentes más talentosos son mujeres, sobre todo en el campo del reclutamiento. ¿Has visto la película *Gorrión Rojo*?

—No.

—Va de cómo enseñan a las jóvenes recién reclutadas a ser un buen cebo, pero también letales. Adri pasó por ese adiestramiento y ahora podría ser ella la instructora.

—¿Trabajaría aquí, en Madrid? —pregunté con avidez.

—Sí, entre otros destinos europeos. Pero cerca, como para estar afincada aquí. Y tendría tiempo para tener familia...

—¡Eso sería fantástico!

—Si fuera a tener un hijo, tendría la excusa perfecta para aceptar ese puesto sin sentirse mal. Pero los médicos han sido muy claros al respecto, y no podemos confiar en un milagro. Ha intentado quedarse embarazada muchas veces, poniendo en riesgo su salud, pero no suele funcionar. Y si lo consigue, lo pierde. Su útero no tiene adherencia.

—¿Embarazarse de quién? —pregunté con miedo.

Manu cerró los ojos afligido.

—De mí, no —apuntó con rapidez—. Pero no voy a negarte que me ofrecí. Va a una clínica que conoce en Los Ángeles... creo. También tiene un amigo allí... Se llama Bryan.

Se me paró el corazón.

—¿Me estás vacilando?!

Una mano fue a mi pecho queriendo proteger ese órgano. Porque estaba sufriendo un dolor agónico. ¿Quién era ese tío? ¿Habría estado con él todo este tiempo?

—No le quiere —me aseguró—. Me dijo que era un buen hombre. Un alma libre. Y con él no tendría problemas de reclamo en caso de que... no lo sé, quizá me equivoque...

—Por el amor de Dios... ¡Y yo deseando ser padre!

Me puse una mano en la frente porque pensaba que me iba a estallar, pero no, solo eran las ganas reprimidas de echarme a llorar.

—Te cuento esto para que entiendas hasta qué punto lo desea ella.

—No lo sabía. ¡Me dijo que no quería tener hijos!

—Me lo imaginaba. Por eso creo que ahí está la clave. En ese tema. Es lo único que puede ser más fuerte que todo lo demás.

—¿Incluso más fuerte que el amor? —pregunté herido.

—Ander... sigues sin entender cómo es Adriana. Dicen que somos iguales, pero es mentira. Yo soy muchísimo más egoísta. Ella coge lo que más le importa, lo que más feliz le hace y lo sacrifica por una buena causa. Sacrifica su amor por ti por seguir al servicio de los demás, pero no sacrificaría a un hijo... Además, ella cree que te está haciendo un favor porque quieres ser padre y ella no puede.

—¡Joder!, ¡muchoa gente no puede, y los tiene! Hay otras formas —dije histérico—. ¿Qué me dices de la adopción o la gestación subrogada?

—Ya se lo propuse, pero adopción sin pareja y, sobre todo, con un empleo así, es casi imposible que te la den, y del vientre de alquiler nunca ha querido oír hablar porque dice que es ilegal y una violación de los derechos humanos.

—¡Joder! ¡Así es imposible! Los pasos lógicos serían estos: que aceptara moverse al puesto que le ofrece Zeta, que estuviésemos juntos ¡y que intentáramos adoptar! ¿No pueden obligarla?

—No lo sé... —respondió confuso.

—Tengo que hablar con Zeta. ¿Puedes darme su teléfono?

Manu se lo pensó un instante.

—Te puedo dar un número donde dejarle un mensaje, pero utilízalo sabiamente. Eres juez, Ander. Sé razonable. ¡Noa, vámonos, cariño! ¡Lía nos espera! —la llamó mientras se levantaba.

—Me alegro por vosotros, de verdad —aproveché para decirle.

—No todo es rosa. Noa no quiere ni casarse ni tener hijos —dijo poniendo los ojos en blanco, pero sonrió con esperanza porque, ¿qué mujer en su sano juicio no estaría dispuesta a perpetuar su linaje con su genética?

Adri. Mi Adri.

De repente, una extraña sensación me embargó. Fue como si entendiera quién era y lo que debía hacer. Y ser razonable no estaba incluido en el trato.

Me gustaba creer que el amor, cuando es de verdad, no tiene límites. Y yo iba a saltármelos todos teniendo ese número de teléfono en mi poder. Era hora de «echarle huevos», porque yo no era como la mayoría de la gente, y se lo iba a demostrar.

Al día siguiente, cuando vi a Nuria, me costó menos acercarme a ella para aclarar nuestro nuevo estado, y me sorprendió cuando me contestó:

—Tranquilo, lo tuve claro cuando entramos en la habitación y ella estaba allí. Nunca te había visto así. Fue como si de repente cambiaras de personalidad. Eras otro.

—Lo siento mucho —lamenté—. Nunca pude olvidarla, ni antes ni después de estar con ella en Navidad, es algo que siempre ha estado ahí...

—No te preocupes, siempre que la mencionabas notaba algo especial. Es inevitable. No voy a ponerme a patalear por un sentimiento así. Me gustas, y me gustaba nuestra complicidad, pero no era amor.

—¿Crees que nos hubiésemos terminado dando cuenta?

—Lo grave es que no lo sé... —reconoció—. Sin embargo, cuando te he visto con ella... lo he tenido claro. Salta a la vista lo que produce en ti. En

vosotros.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque cuando te fuiste de la habitación para perseguirla, con la pobre excusa de que ibas a ayudarla, le pregunté a tu hermana si estabais tan enamorados como parecía. Se quedaron de piedra. —Sonrió—. Pero a Diego le dio un ataque de risa muy gracioso. Por eso te presionamos para que la llevaras al aeropuerto. Teníais que hablar. Sobre todo, después de ver la cara con la que apareciste de nuevo tras hablar con ella.

—Eres genial, Nuria, de verdad.

—Ya lo sé. Y tú eres un buen tío, pero tu corazón está ocupado. Espero que triunfe el amor. —Sonrió resignada.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. «Hasta siempre», murmuró en mi oreja y se alejó tranquilamente.

Nuria me dijo una vez que me quedase con quien sacara la mejor versión de mí mismo. No sé si ese sería el caso con Adriana, porque, si hacía un año me contaban lo que estaba a punto de hacer, me hubiese dejado la garganta negándolo una y otra vez a grito pelado.

REGRESO AL FUTURO

Dos meses después...

Adriana

El vestido me quedaba fantástico. El único fallo que tenía era su precio. Pero era una ocasión especial. ¡No todos los días se casa tu hermano pequeño!

Había llegado a España la noche anterior de madrugada. No tenía la culpa de que mi vuelo se retrasara sospechosamente a última hora y me perdiera la cena previa a la celebración. Problemas con el falange izquierdo...

No tenía ganas de ver a Ander (o puede que tuviera demasiadas), pero seguía furiosa con él. La última vez que nos vimos hizo que estuviera las 12 horas de vuelo pensando en sexo.

¿A quién se le ocurría? ¡Meses tirados a la basura! Le gustaba convertirme en una loca encerrada en un avión.

Menudo imbécil, ¡teniendo novia! Y yo peor, que se lo continué como si fuera agua en el desierto.

Estaba muy cabreada con la existencia de Nuria. Yo guardándole duelo y él pasándoselo teta. Nunca mejor dicho. Furiosa era poco. Había hecho que me tambalease... Pero como era anormal profunda cuando se trataba de él, no pude evitarlo. Fue uno de esos morreos lentos que te llevan rápido a donde él quiera. Creo que hasta solté un bochornoso gemido. ¡Puto Ander!

Qué fácil sería la vida si tuviera una banda sonora que nos avisara con

música terrorífica cuando estamos a punto de joderla.

Por su culpa me pasé todo el mes encendida. Estuve a punto de follarme algo. Cualquier cosa. Como hacen algunos perros.

Quise escribirle muchas veces, pero al final me rajaba. Nada había cambiado. Absolutamente nada, ni siquiera mi peligrosa devoción por él.

—Vamos, Adri, ¡llegaremos tarde! —me urgió Naia.

«Eso pretendo, querida».

Yo estaba más que lista, pero no quería tener que hacer tiempo allí, que Ander llegara y... no sé, desmayarme al verle con Nuria acariciando su vientre y recibiendo felicitaciones. Porque ya se sabe, los embarazos son contagiosos y en el hospital noté que esa chica tenía una obsesión pediátrica notable.

—¡Qué guapa! —me dijo Diego al verme—. ¿Sabes que en las bodas hay que intentar llamar menos la atención que la novia?

—¡Ni que fuera de blanco! Voy normal... —me quejé.

—A uno que yo me sé le va a dar algo.

—¿A quién?

No contestó. Mi hermano, cuando quería, era sordo.

—¿Estás nervioso? —le chinché.

—No mucho. El año pasado me dispararon. Esto está chupado.

Despachamos al equipo de fotógrafos que habían venido a hacerle el tradicional *book* preboda y nos dirigimos a la iglesia.

Había bastante gente en la puerta. Yo me bajé del coche y me escapé por un lateral para completar ciertas misiones que me habían sido encomendadas. No sé qué de unos pétalos. Pero mis ojos no dejaban de buscarle entre la gente.

Ví a sus padres y salí pitando en dirección contraria.

Me escondí en la iglesia y encontré una mesa contra una pared llena de cucuruchos rellenos de pétalos rosas y rojos.

«Ah, vale».

Oí un resoplido en mi espalda. Como un toro bravo.

—Qué maleducada. La protagonista es la novia, ¿sabes?

Me giré de golpe y le vi.

—¡Ander! —grité malhumorada—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Si no te escondieras, no te pasarían estas cosas.

—No me estaba escondiendo —mascullé.

—Sí, lo hacías. Y me muero por saber por qué.

Se acercó a mí y sonrió de medio lado. Estaba exultante. Estaba diferente. Quizá fuera el traje con chaleco a juego, o la pinta de vampiro a punto de clavarme los dientes.

Resbaló sus ojos por mi vestido color frambuesa y suspiró sonoramente. Era de escote corazón, con tirantes de gasa caídos hacia los lados y largo hasta el suelo, pero abierto hasta la mitad del muslo. Estaba cubierto de encaje floreado del mismo tono, con una franja transparente bajo el pecho. Pelo suelto, sandalias doradas, ¡no era para tanto! Pero él me miraba como si fuera comestible. Pronto me di cuenta de que estaba arrinconada.

—¿Dónde está Nuria? —pregunté nerviosa.

—No sé. En su casa, supongo —se encogió de hombros con inocencia de un modo *too sexy for my love*.

Dios...

Sonrió ante mi turbación e hizo un gesto con las cejas que rebotó directamente entre mis piernas.

—Anoche no viniste a la cena. Eso conlleva una penalización.

—¿Qué...? —balbuceé apreciando como se acercaba más a mí.

—Hola —escuché la voz de Manu.

Eso me salvó de estrellarme contra su *aftershave*, porque sería incapaz de apartarme de la esencia que acababa de invadir mi nariz.

Ander giró la cabeza y retiró su asedio a regañadientes.

—Hay que decirle a la gente que vaya entrando en la iglesia. La novia está a punto de llegar.

En cuanto vi que llevaba a Lía en brazos, salí del trance.

—¡Mi niña! —exclamé yendo a su encuentro—. ¡Madre mía, cómo has

crecido! ¿Qué diablos te dan de comer?

Miré a Manu agradeciéndole que me hubiera salvado, aunque no sé si me entendió.

—¿Te la quedas un segundo? Tengo que subir un momento a avisar a los del coro.

—Claro —respondí sustrayéndola de sus brazos.

—Ander, mete a la gente en la iglesia. Ya. —le ordenó.

—¡Sí, mi sargento! ¡Enseguida, mi sargento!

Me quedé atónita. ¿Ander vacilando a Manu? Dios...

El caso es que me pareció ver a Manu reprimiendo una sonrisa. ¿Estaría en un universo paralelo?

Me hice a un lado con la pequeña en mis brazos y Ander salió, pero cuando llegó a mi altura se acercó a mi oído.

—Yo que tú, no bebería mucho durante el cóctel. Los baños son de lo más tentadores...

Pasó de largo y me quedé boquiabierta.

—¿Has oído lo que acaba de decirme tu tío? —le pregunté a Lía—. Sí. Se cree muy malo y peligroso. Ya. Ya lo sé, es muy guapo. Y apetecible. Y más haciéndose el cabronazo. Si es que somos tontas desde pequeñas... —Suspiré resignada dándole un beso en la cabeza.

Fue una boda preciosa, con el peliculero de Manu intentando hacernos llorar con Lía en brazos al entregar los anillos.

Los mayores estaban encantados. Sobre todo, César y Leo, que parecían guardar un gran secreto. ¿Habrían organizado alguna sorpresa? Miedo me daban. ¿Qué digo miedo? ¡Más bien pánico! Aunque algo menos que Ander. Porque estaba irresistible con esa aura maligna intentando intimidarme. Y lo peor es que funcionaba.

Cada vez que nuestra mirada coincidía (y yo hacía por coincidir) me lanzaba el aviso de que tramaba acorralarme de nuevo. Pero ni de coña iba a dejarme atrapar, por mucho que lo deseara. Eso sería volver al punto de

partida.

Tomar distancia siempre hace que las cosas parezcan más pequeñas de lo que son. Como ese diminuto avión que surca el cielo, pero, en realidad, el feo que me hizo fue considerable. ¡Me abandonó, joder! Y sin avisarme. Y después se echó novia en vez de luchar por nosotros. Si volvía a recordar aquello, nuestra familia acabaría rota en lugar de unirse como lo estaba haciendo hoy. Tenía que pedirle que volviera a leer el *e-mail* que me envió. Porque quien juega con fuego, acaba quemándose.

Por suerte no nos tocó sentarnos en la misma mesa. Pero tenía una buena visual de su succulenta espalda. ¿Desde cuándo estaba tan *mazado*? Y sus brazos eran...

«¡Deja de fijarte en eso!», me regañé.

Llevaba un rato deseando ir al baño, pero me daba miedo levantarme por su sugerente promesa, y más después de verle con Lía.

Buff, ¿qué tendrá un hombre haciéndole carantoñas a un bebé? Mis hormonas llevaban un rato bailando el *Saturday night*. «¡Da ba da ban, dee dee dee da dee na na na! ¡Be my baby!».

Alguien se acercó a Ander para saludarle y vi la oportunidad. Eso le mantendría entretenido.

Hice pis tan rápido que hubiera ganado el oro olímpico, pero al abrir la puerta, allí estaba. Haciéndome retroceder a medida que se adentraba en el cubículo sin dejarme escapatoria.

Quería gritarle, pero me quedé enganchada en sus ojos porque lo que me transmitieron me dejó sin palabras.

Una seguridad desconocida me inmovilizó y se quedó a cinco centímetros de mis labios.

—Esta podría haber sido nuestra boda —susurró canalla.

Mi cuerpo traicionándome. Mis ojos derritiéndose. Mi boca sin respuesta. No estaba fuerte. Solo quería entregarme a él y llorar por los sueños que nunca podrían ser.

—No he hecho las cosas bien —comenzó—. Y no las he hecho a tiempo, pero me muero por ti y creo que tú por mí, ¿me equivoco?

Quise negarlo, pero no pude cuando le vi morderse el labio y acercarse a mi boca.

No me besó. Sentía su aroma invadiendo mi espacio vital y comencé a jadear como un perro.

—Contesta, Adriana... ¿Me equivoco?

Negué con la cabeza y no desaproveché esa invitación para invadir mi boca, pero lo hizo con cuidado, igual que en el coche la última vez. Era el tipo de beso que impedía que pudiera volver a abrir los ojos. No quería parar. No quería que terminase. No quería coger un avión. Solo sentirle una vez más.

Después de un minuto de lametazos salvajes, el grado de excitación se descontroló. El calentón fue mayúsculo. Me notó inquieta y terminó metiendo la mano por la raja de mi vestido. Estaba vergonzosamente empapada. ¡Dos meses de ganas acumuladas!

Me hormigueaba todo el cuerpo. Él, al darse cuenta de mi estado, soltó un gruñido y empezó a desabrocharse el pantalón.

—Este no era el plan..., pero necesito estar dentro de ti ahora mismo —me rogó contrariado.

Diez segundos después encajábamos con un delicioso empujón. La impresión fue la misma que sumergirme en una piscina. La respiración sostenida. El impacto sobre todas las terminaciones de mi cuerpo. Un placer que me ahogaba... Y un deseo intenso de moverme más y más rápido.

Cuando escuchaba que alguien tenía sexo en los servicios, solía darme asquito. De hecho, procuraba no usar ningún inodoro que no fuera el de mi casa, pero aquello era un hotel de cinco estrellas, con un baño de diseño precioso y espacioso, y la ejecución de movimientos acontecidos no podía ser más perfecta, más dura y más húmeda. Llegamos al orgasmo a la vez en menos de un minuto. Y flipé en color.

Durante mi adiestramiento, estudié teorías que confirmaban que el sexo era

mental en un noventa por ciento. Siempre me había pareció exagerado, pero acabábamos de comprobarlo empíricamente.

—Joder... ¿Sabes cuánto te quiero? —dijo a media voz.

—Yo también —me sinceré.

—No puedo estar sin ti. Lo he intentado. No he dejado de pensar en ti estos dos meses.

—Yo tampoco. Lo nuestro es complicado, pero no creo que se nos pase nunca... Jamás amaré a nadie que no seas tú... Lo sé.

Él me miró conmovido y vi una súplica en sus ojos.

—Quédate conmigo, por favor.

—Si lo hago, no sé cuánto resistiré —le advertí—. Tarde o temprano querré volver allí, me necesitan...

Me dio un beso que me supo a despedida y salió de mí con cuidado.

—Adri, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo con una seriedad que me dio miedo—. ¿Por qué en Ginebra no usamos protección? Ni ahora... ¿estás tomando la píldora?

—No —confesé. Y sus cejas subieron hasta el límite de su pelo—. Pero es prácticamente imposible que me quede embarazada, y si ocurriera...

—Ojalá ocurriera —soltó convencido.

En ese momento mi corazón comenzó a pegarme. Por no cuidar de ese hombre y por no poder darle lo que se merecía.

—Ander, te confieso que lo he deseado con todas mis fuerzas cada vez que lo hemos hecho, pero es poco probable que ocurra...

—¿Y si te acabases de quedar embarazada? ¿Te quedarías?

—Si llegara a buen término..., cambiaría de vida. Cogería otro puesto. Vendría a Madrid y... supongo que estaríamos juntos.

—Me alegro de que digas eso —contestó ufano—. Porque nuestro hijo ya está en camino.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel.

Lo miré y mi corazón dejó de latir. Era una ecografía.

MAMMA MIA

Ander

Sé que parecía un suicidio.

Pero si era lo que hacía falta para que viniera, tenía que intentarlo.

La idea no se me ocurrió por ciencia infusa, digamos que la llamada de Zeta fue determinante.

—Sí, ¿quién es? —respondí después de varios tonos.

—Soy Zeta. Te llamo porque me dejaste un mensaje agobiante, dando a entender que te convertirías en mi peor pesadilla si no te localizaba.

—Ho-hola —tartamudeé—. Siento haberle importunado, pero necesitaba decirle...

—No lo has hecho. Lo que no entiendo es cómo has tardado tanto en dar el paso. Adri lleva seis meses sin levantar cabeza —masculló.

Si hubiera tenido algún problema de corazón, con esa respuesta, no lo hubiera contado. ¿Por qué Adriana se rodeaba siempre de gente que me imponía tanto? Salía cara.

—Necesito que la cambie de puesto para poder estar juntos. Tal vez, ¿que trabaje de instructora aquí?

—Nada me gustaría más, hijo. Se lo he dicho a ella varias veces, pero no podemos moverla de esta unidad sin su consentimiento. Tiene una plaza fija. Depende de ella.

—¿Y qué puedo hacer? —pregunté desesperado.

—No sé cómo ayudarte... —respondió sombrío—. Solo puedo decirte lo que sé. A Adriana le gusta cuidar de la gente. Necesita hacerlo. Dale eso y la tendrás donde sea.

Es justo lo que había dicho Manu. La clave era su eterno papel de mamá pato. Necesitaba serlo de alguien, porque llevaba haciéndolo toda su vida. Y, a falta de poder ser madre de verdad, ayudar a otros niños le aliviaba. Pero se estaba volviendo peligroso, y había llegado el momento de parar y buscar otro modo de sentirse realizada.

—También sé que, hace cinco años, cuando le dijeron por primera vez que no podría tener hijos, se asustó y congeló óvulos...

Abrí los ojos como platos y la idea me atravesó el pecho.

—¿Qué has dicho?

—Yo no te lo he dicho.

—¿Estás seguro?

—Sí, al cien por cien. Habla con Manu. Él lo sabe.

¡Maldito bastardo hermético!

—¡Vale, muchas gracias! ¡Ha sido de gran ayuda! Adri tenía razón, ¡es el mejor!

Y colgué el teléfono porque tenía que ir cuanto antes a aporrear la puerta de ese maldito manipulador de mirada aguamarina. Y me cebé todo lo que quise contra ella.

—¿Quién coño es?! —Abrió mosqueado.

—Tenemos que hablar —dije colándome en su casa.

Se cruzó de brazos y esperó a que comenzara, pero la expresión de su cara anunciaba que ya sabía por qué venía.

—¡Óvulos congelados! —solté sin preámbulos.

Manu sonrió.

—Chico listo.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer, cebollón?!

—¡Por tu hermana! Siempre dice que tengo complejo de Dios, ¡y no quería que fuera idea mía! Ya he terminado de meterme en líos por una temporada. Ha sido idea tuya, ¿estamos?

—Perdona, pero esto lleva tu sello bien visible, tío. Y, por cierto, ¡¿TE HAS VUELTO LOCO?! ¡No podemos hacerlo!

Pero en el fondo deseaba equivocarme.

—Llevo años con ello en la cabeza. Poder, se puede.

—Joder...

Necesitaba sentarme. Y también asimilar hasta qué punto tendría que incluir a Manu en mi vida. Porque me estaba dando cuenta de que su relación con la mujer de mis sueños superaba niveles desconocidos.

—Solo quería hacerla feliz... —se justificó Manu—. Y hoy en día parece que todo está en venta. Visto así, parece una auténtica locura. ¡Quería comprarle un bebé a mi mejor amiga! Por eso no me sorprende que en España no se legalizara a la primera, hay muchos detalles que limar en un proceso tan delicado. El alcance de la idea puede ser atroz si no hay un riguroso control. Pero sé que terminarán aprobándolo porque un 87 % del país está a favor. Hoy por hoy, muchos países lo están regulando con ciertas condiciones, y una de ellas es que exista un problema médico certificado en la futura madre. Otra es que la gestante que lo lleve a cabo lo haga por altruismo. En Barcelona hay un sitio que...

—Nos matará —atajé directamente—. Es denunciable. ¡Es una LOCURA!

—Ya lo sé. Pero cuando pensaba en hacerlo, en el fondo, estaba convencido de que me perdonaría. Es lo que más desea en el mundo...

—Dios mío... —dije frotándome la cara—. La sola idea de estar planteándomelo es...

—La cuestión es... ¿tú quieres ser padre o te estás agarrando a un clavo ardiendo para tenerla contigo?

Me miró intensamente para adivinar la verdad. Me di tiempo para contestar,

mientras él evaluaba todos mis tics.

—Si me diesen a elegir entre ser su pareja sin hijos o solo tener un hijo en común con ella, elegiría lo último. Porque, en esa opción, ella estaría fuera de peligro y sería feliz siendo madre. Además, tendríamos un vínculo eterno. Y yo también cumpliría mi sueño de ser padre. Son cuatro contra una, aunque me costara renunciar a tocarla...

Manu me miró asombrado.

—¿Resuelve eso tus dudas?

—Del todo, pero te equivocabas en una cosa, Ander. Creo que sí vamos a ser amigos.

Sonreí halagado, pero pronto recordé la misión suicida.

—¿Cómo conseguiremos sus óvulos? No vamos a poder acceder a ellos tan fácilmente.

—Si vamos a hacerlo, necesitamos un médico a nuestro lado. Y, si es su hermano, mejor.

—¡No podemos contárselo a Diego! —exclamé aterrado.

—Debemos. Necesitamos su ayuda a nivel logístico. Y es un pariente. Será más fácil si se pone feo.

—Nos asesina —aseveré tapándome la cara.

—No te creas, Diego ha cambiado mucho. Desde que Kevin le pegó un tiro, se ha vuelto un poco loco. Es genial. Nunca pensé que diría esto, pero «bendito Kevin».

Cuando nos plantamos en su casa al día siguiente, pensaba que me moría. Estaba toda La Mafia esperándonos en su salón y miré a Manu ultrajado.

—Te dije Diego para suavizarlo... pero me refería a TODOS —aclaró con una sonrisa culpable.

Me entraron unas ganas de matarlo que me asusté de mí mismo. Manu y sus ideas. Manu y sus FABULOSAS ideas.

—Te escuchamos, Ander —espetó Axel, el padre de Adri.

Pero no podía hablar porque tenía los huevos de corbata.

—Yo...

Era incapaz de contárselo. Les parecería una atrocidad. ¿Qué pensarían de mí?

Miré a mi hermana, a Diego y a Manu implorando ayuda.

—Ander y Adriana están enamorados —soltó Martina como si fuese un bombazo, pero a los mayores no pareció extrañarles mucho.

—Eso ya lo saben —continuó Diego—. ¿Quién escuchó la bofetada en el pasillo el día de Navidad? Que levante la mano —La mayoría la levantó y yo me hundí en la vergüenza—. Lo que no sabéis es que Adriana no puede tener hijos.

La exclamación fue generalizada.

—¿Cómo que no? ¡¿Por qué?! —preguntó Naia asustada.

Diego nos miró a Manu y a mí advirtiéndonos de que los mayores no debían saber jamás el motivo.

—Es estéril, hace tiempo tuvo varios abortos y los médicos le dijeron que se olvidara de tener hijos.

—¿Por qué no nos lo contó? —preguntó su padre dolido.

—No lo sé, pero el caso es que Ander sí quiere y ella ha evitado tener una relación con él para que no sufra su suerte. Pero le ha resultado inevitable, claro...

Todos me miraron posiblemente preguntándose qué habría visto ella en mí. No hay dolor. Yo también me lo preguntaba.

—El trabajo de Adriana es otro de los hándicaps para que sea inviable esta preciosa historia de amor —soltó Manu con un tono un tanto socarrón para mi gusto.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? —preguntó su padre perdido.

—Adriana trabaja para el CNI —le contestó César.

—¡¿Tú lo sabías?! —

—Sí. Tengo mis contactos.

—¿Por qué no nos lo contaste?! —le acusó Axel enfadado.

—Porque tu querida niñita se pasa el día en África controlando a traficantes de armas. No creo que te hubiese hecho mucha ilusión saberlo.

—¿Qué?! —exclamó su padre. Parecía a punto de darle un síncope.

—Escuchad —intervine. La Mafia entera me miró expectante—. Adri ya ha corrido suficiente peligro durante doce años, le han ofrecido un traslado aquí, pero no quiere aceptarlo porque siente una responsabilidad social con los más necesitados. Si tuviera un hijo, cosa que anhela profundamente, todo cambiaría, y se me ha ocurrido una idea para conseguir que cambie de opinión...

—¿Adopción? —sugirió Zoe.

—Está descartado, pero sabemos que hace años Adri congeló óvulos... —solté valiente.

La piedra estaba lanzada. Ahora tocaba capear la avalancha.

—¿Qué buena idea! —exclamó César, como era de esperar, el primero en entenderlo.

Hubo un silencio mientras los demás lo analizaban.

—¿No lo dirás en serio? —empezó Naia.

—Rotundamente, no —opinó mi padre.

—¿Por qué no? —saltó mi madre.

—¿Te has vuelto loca?

—No entiendo —dijo Axel—. ¿Qué pretendes hacer?

—Está muy claro —apuntó Jorge—. Un vientre de alquiler. Tienes mi apoyo, chaval. Puede que no te hable en nueve meses, pero cuando vea al niño, se le olvidará el pequeño detalle de que no le pediste permiso.

—¿Cómo que hacerlo sin su permiso?! —objetó su padre indignado.

—Papá, —reaccionó Diego—. Adriana está en contra del embarazo subrogado, dice que es un atropello a los derechos humanos.

Todo el mundo se dio cuenta del problema.

—A mí me parece un poco gore —señaló Zoe levantando la mano—. Se

supone que la decisión última de crear una vida la tiene la madre. Por no hablar de lo difícil y costoso que va a ser que os permitan hacerlo sin que ella esté presente.

—Tenemos un plan —Manu salió en mi defensa y se lo agradecí—. Ander sería el cliente de la clínica, un hombre soltero que quiere ser padre, con un óvulo elegido por catálogo, para que me entendáis. No mencionaríamos a Adriana. Podemos falsificar la procedencia de la compra y, para cuando lo quieran comprobar, conseguiré tener firmado un poder notarial.

—¿A alguien más esto le parece una locura? —preguntó Naia preocupada—. ¿No conocéis el carácter de Adriana? Os va a pulverizar cuando se entere... Cuando el bebé llegué, ¡no quedará nada de vosotros! —dijo mirando a Jorge.

—Por eso tenemos que estar todos de acuerdo —continuó Manu—. Necesitamos vuestro apoyo. Sé que algunos no estáis del todo a favor de la práctica, yo tampoco lo estoy cuando se trata de hacer un negocio con vidas humanas, o con usar tu cuerpo para sacar dinero teniendo 17 embarazos, o con pedir una cantidad exorbitante de dinero por algo que es un derecho de todo ser humano, no solo de los ricos. Es un tema muy nuevo y delicado, por supuesto, pero terminará regulándose por vía legal cuando se estudien unas condiciones completamente altruistas, basadas en problemas médicos certificados, parejas homosexuales, o sencillamente hombres solteros. Hacer eso posible, no me parece una aberración, me parece un milagro. Y será una fuente de felicidad para mucha gente, si se logra controlar la mala praxis. Que la hay, desde luego. ¿Qué opináis?

Todos empezaron a hablar a la vez formando grupitos.

—Para terminar antes —alzó la voz Leo—. ¿Quién está en contra?

Cuatro manos se levantaron. Zoe, Naia, mi padre y el de Adriana. Los más duros de pelar. Zoe empezó la cruzada:

—Yo lo entiendo todo, ¿vale? Pero siempre me ha parecido que el embarazo subrogado socava la dignidad de la mujer. Utilizar sus cuerpos para

mercadear es un paso atrás hacia la igualdad de género. Se convierten en objetos.

—Ponerle precio a un bebé, me parece el colmo —añadió Naia—. Por no hablar de la explotación monetaria del deseo de ser padres.

—Es carísimo. Es peligroso. Y es amoral hacerlo sin el consentimiento de Adriana —soltó mi padre furioso.

—Mi operación de corazón también fue cara —saltó Martina—. Y peligrosa. ¿Por qué la hiciste?

—¡Eso era cuestión de vida o muerte!

—¡Esto también lo es! —sentencié yo—. No es solo un capricho. Adri está en peligro. ¡Y la quiero!

Se hizo un silencio. Mi padre pareció creerme y desafié con la mirada a cualquiera que lo pusiera en duda, hasta que llegué a los ojos del padre de Adriana, que aún escondían sus motivos en contra.

Todos miraron a Axel para escuchar su opinión.

—Yo solo tengo miedo de que Adriana se enfade y nos dé la espalda —explicó con pesar—. Ya la veo poco, no quiero perderla por completo...

Una frase dura proveniente de un hombre que necesita hasta la última migaja que su hija esté dispuesta a darle.

—No te ofendas, Axel —respondió Manu—, pero los que mejor la conocemos estamos a favor y es por un motivo. Adriana no te echó de su vida, solo se apartó para no molestarte. ¿Hija de un matrimonio fallido? Es un complejo muy común, se siente en tierra de nadie. Sé que solo quieres que sea feliz y es lo que estamos intentando. Y te aseguro que sé, aquí dentro —dijo con convicción apretándose el pecho—, que terminará viendo que ha sido lo mejor que alguien ha podido hacer por ella.

Se miraron fijamente y Axel habló.

—Contad conmigo.

—Pero ¿qué dices? —susurró Naia girándose hacia él.

—Vuestras razones me parecen superficiales cuando hablamos del milagro

de la vida. Zoe, ¿mercadear? ¿mujer objeto? Eso se soluciona fácilmente buscando un sitio con motivaciones altruistas, pasando de «objeto» a «favor». Y Naia, cariño, en la factura no aparece el precio del bebé, en todo caso serán los gastos en viajes, alojamientos, tratamientos. Son los medios para traerlo al mundo.

—Visto así... —aceptó Naia.

—Joder, ¡ahora toda la culpa para mí! —protestó Zoe.

Me tranquilizó ver una sonrisa en la cara de Leo ante esa queja. Le divertía muchísimo su mujer cuando se ponía en plan *drama queen*.

—Yo solo digo que un embarazo de este tipo no es ninguna tontería — advirtió Zoe—. Mil cosas pueden salir mal. La pobre mujer que lo tenga puede sufrir consecuencias psicológicas muy graves. Imaginaos que aborta, el problema anímico que supondría para todos.

—Esos riesgos se corren también en un embarazo normal —tercié yo.

—¿Y qué me dices de cómo lo hacen? Usan técnicas donde implantan varios óvulos y al final solo se quedan con el mejor, ¡el resto los desechan! Ahí se van vidas.

—Nena, ¿sabes cuántas vidas se han desechado en los polvos que hemos echado? —apostilló Leo burlón.

—No es lo mismo, está fecundado.

—¿No creerás de verdad que una bola de células tiene alma?

—¿Bola de células? —repitió indignada.

—Se llama blastocito —apuntó Martina guiñándole un ojo a Leo—. Y sí, es una bola, hueca además, de células.

—¡Joder! ¡Vale! ¡A tomar por culo! ¡Quiero un sobrinito!

Leo, que en ningún momento había dejado de sonreír, se acercó a ella y la abrazó por detrás susurrándole algo al oído.

—¿Estamos todos de acuerdo, entonces? —pregunté con miedo.

—¡Ay, qué emoción! —saltó Naia nerviosa.

—¡Hace un momento estabas en contra! —la acusó Axel.

—Pero ya he cambiado el chip. ¡Le va a dar algo cuando se entere! ¡Qué fuerte y qué ilusión!

Todos pusimos los ojos en blanco y sonreímos.

—¡Abrazo masivo! —gritó Martina.

Y todos formamos un corro, que me recordó a cuando lo hacían los personajes de *Friends*, causándome envidia. Estaba alucinado, nunca había sido un protagonista dentro de La Mafia, era el chico de relleno, pero, con sus gestos, sus palabras optimistas y su emoción, me sentí más apoyado que en ningún otro momento de mi vida.

Nunca hubiera creído que, dos semanas después, se produjera el embarazo *in vitro* y fuera cuidadosamente introducido en el útero de una mujer rusa que gestaría a nuestro hijo.

No dormí en toda la noche.

Guardar un secreto así puede destruirte. Lloré de felicidad, de miedo y de pena por no haber podido engendrarlo nosotros mismos en un encuentro especial, pero así era la vida. Y, al final del día, siempre terminaba pensando que lo único importante es que ese niño sería el más deseado y querido del mundo.

Generé mucha ansiedad pensando en cómo iba a reaccionar Adriana. Podía perderlo todo en esa apuesta.

La tenía delante en esos momentos y parecía petrificada.

—¿Qué... ?

«Es eso», pareció querer decir, pero media frase se quedó sin pronunciar.

—Es nuestro hijo —aclaré con decisión—. Tuyo y mío. Si no dejas tu actual trabajo por mí, al menos hazlo por él.

—¿Cómo que nuestro hijo? —preguntó perpleja.

—Es tu óvulo fecundado por mi espermatozoide creciendo fuerte en el vientre de una mujer rusa.

Adriana observó la foto y después me miró alucinada.

—Pero... ¡¿Qué has hecho, Ander?!

—Echarle huevos para conseguir la vida que realmente deseo tener.

—¡¿Sin mi permiso?!

Era de esperar una reacción así, pero estaba preparado para justificar ese pequeñísimo detalle ético que me había pasado por el forro de los cojones. Nunca mejor dicho.

—Sin tu permiso, pero con tus condiciones. Acabas de decirme que ojalá estuvieses embarazada.

—¡Pero no así! ¡¿Estás loco?!

—¡Sí! ¡Estoy loco! ¡Por ti, por nosotros, por verte feliz! Y sabía que nada de lo que pudiera decir te iba a hacer cambiar de idea. Porque «son las acciones las que cambiarán el mundo», ¿no?

—¡Ander, yo no quería esto! —exclamó apretándome los brazos con fuerza. Después me empujó a un lado y se fue corriendo.

«¡Me cago en mi puta vida!», pensé alterado.

No estaba mal para ser yo. Así la quería.

DEEP IMPACT

Adriana

¡¿Pero cómo se le había ocurrido hacer eso?!

En buena hora le llamé cobarde, porque, desde luego, ¡le acababa de echar, huevos no, HUEVAZOS!

Corrí mientras se me saltaban las lágrimas. Me sentía traicionada. Salí a una pequeña terraza que había visto anteriormente al pasar y cerré la puerta. Necesitaba respirar aire puro.

¡Un bebé!

¿Cómo lo habría conseguido?

¿Era mi óvulo realmente?

¿Quién sería esa mujer que lo llevaba dentro?

Miles de preguntas sin respuesta apaleaban mi mente aterrorizándola.

Estaba rabiosa. ¡¿Por qué no me había llamado para consultármelo?!

«¡Porque te habrías negado!», le imaginé replicar.

Me froté los ojos e intenté serenarme.

«¡¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?!».

Por el amor de Dios... ¡No podía ni pensar!

Unos golpes en el cristal me arrancaron de esa reflexión. Era César, mirándome con cara inexpresiva.

¡El que faltaba!

Me hizo un gesto para que le abriera y vi que Ander venía hacia nosotros a lo lejos, así que abrí rápidamente para que César pasara y volver a cerrar.

—¿Estás bien? —preguntó cauto.

Me alejé de él e intenté respirar hondo. No se atrevió a acercarse a mí.

—Sí, estoy bien. No, no lo estoy.

—¿Has discutido con Ander?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Porque está loco! —exclamé enfadada.

—Los mejores solemos estarlo.

Le miré furiosa y me guiñó un ojo.

Genial. Vivía rodeada de chiflados.

—Se ha pasado de la raya... —dije mortificada desgastando el suelo de un lado a otro. Estar activa me despejaba.

Si me quedaba quieta, me hundiría.

Si miraba a alguien a la cara, me hundiría.

Si volvía a hablar con él, me hundiría.

César pareció darse cuenta de ello y se acercó tranquilamente a la barandilla. Se quedó apoyado mirando a la lejanía y no me preguntó qué había hecho Ander que fuese tan grave. ¡Parecía no importarle! ¿Creería que era una loca exagerada?

Y con esa elegante manipulación tan típica en él, me obligó a contárselo.

—¡¡Ha fabricado un bebé a mis espaldas!!

Me miró sin mostrar sorpresa y saltó a otro tema dejándome patidifusa.

—¿Sabes que tú fuiste el primer bebé que tuve en brazos?

—¿Qué? —dije olvidando mi drama por un segundo.

—Sí, eras tan pequeña... Y me dejaron cogerte. A mí.

Mi cabeza imaginó la vida de La Mafia 35 años atrás.

—Axel siempre había sido mi ejemplo de normalidad. Se casó, tuvo un hijo, y yo me escondía detrás de él, subrayando lo distintos que éramos para

justificar mi trastorno, y no tener que hacer nada que me asustara. Pero, cuando tú apareciste, se convirtió en un adulto con responsabilidades a mis ojos. Por eso cuando, poco después, nos dijo que quería divorciarse de tu madre, me enfadé mucho con él.

—¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Porque su verdad reflejó mi mentira. —Sonrió—. Porque tuvo agallas, porque me demostró que la normalidad no existe, que todo es posible y que el resto solo son prejuicios, vergüenza y miedo.

Una frase muy buena, hasta que recordé la parte mala.

—Me alegro de que te viniera bien el divorcio de mis padres, a mí no me hizo tanta ilusión.

—La culpa fue tuya.

—¿Mía?! —exclamé desconcertada.

—Sí, cuando entendió hasta qué punto te quería a ti, se dio cuenta de que no amaba como es debido a tu madre, y viceversa.

Mis ojos se inundaron fácilmente de nuevo.

—Aguantó un tiempo, hasta que vio que estabas creciendo en un hogar de frustración, de tristeza y de peleas... y no quiso eso para ti. Quería que fueras feliz. Siempre lo ha querido.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —grazné.

—Porque, Adri, tu *modus operandi* es apartarte de todo pensando que serás una carga y crees que solo te querrán si eres necesaria de verdad, por eso te cuesta tanto dejar tu empleo. Tenías miedo de estar con Ander y que fueras inútil para darle hijos. Pero tienes que dejar de aparcas tu vida.

No contesté. ¿Por qué le habría abierto la puerta a la puta «máquina de la verdad»?

—Puedes pensar lo que quieras del embarazo subrogado —continuó—, pero a mí me salvó la vida. Me devolvió a Jorge y me dio a Noa... Sin ellos no sería nada.

Me mordí los labios y entendí que, muchas veces, hasta que no le pasa a tu

vecino, a tu frutero o a alguien a quién quieras, no entiendes la importancia de las cosas.

—Ander está tras el cristal —advirtió César sin volverse.

Giré la cabeza y vi a Ander con la frente apoyada mirándome fijamente. Tenía la expresión más triste del mundo.

—Escúchale. Él no tiene miedo de quererte. Y no está loco, todos estuvimos de acuerdo en lo del bebé. Hasta tu padre.

Esa información me dejó boquiabierta.

—¿QUÉ...? —Ahora sí que me había dejado muda.

César se acercó a mí y me cogió la cara para que le mirase fijamente. Cosa que me impresionó porque César no solía mirar de esa forma a los ojos. Su mirada siempre andaba perdida.

—Habla con él, deja al menos que te explique por qué creyó que lo aprobarías; si no tuviese esa esperanza, no lo hubiese hecho —sentenció, pero me sonó a súplica. ¿Cómo lo hacía?

Cerré los ojos y asentí.

Hubo un cambio en el ambiente. Noté cómo un ente salía y otro entraba, pero no lo vi porque me giré hacia el balcón e intenté limpiarme los ojos y respirar profundamente, aunque me era difícil con el sofocón que llevaba.

—Adri... —escuché la voz de Ander a mi lado—. No soporto verte así. No quiero avasallarte con explicaciones. Te las daré, pero primero necesito que te tranquilices un poco. Vamos al baño, te lavas la cara y hablamos cuando te apetezca, no cuando el lunático de César te hipnotice para hacerlo —masculló mirando hacia atrás.

En mi boca quiso aparecer una sonrisa, pero no pudo, y no porque no me esforzara en hacerlo. Tenía un disgusto considerable, y quizá no fuera mala idea serenarme primero. Era una de las cosas que adoraba de Ander, su templanza. Algo que Manu nunca tuvo porque era puro instinto. Puede parecer apasionado, pero tener paciencia es la verdadera virtud. Una paciencia regia y respetuosa que me transmitía que, fuera como fuera, aquello terminaría en un

abrazo.

HA NACIDO UNA ESTRELLA

Ander

Acababa de lavarse la cara y secársela con una de las delicadas toallas perfectamente enrolladas que había en el lujoso baño. Y, a pesar de ello, no desapareció de su rostro esa expresión de vulnerabilidad que indicaba que estaba lista para echarse a llorar.

—Siéntate —le dije señalando el espacio habilitado para minusválidos; era como una pequeña *suite*, con un sofá blanco en una esquina. Y obedeció dócilmente. Iba a darle más tiempo, pero empezó a hablar.

—¿No crees que... si hubiera querido tener un embarazo subrogado lo habría hecho hace tiempo?

—No —respondí rotundo—. Aunque quisieras, creo que no lo harías. Nunca había conocido a alguien con tanta fuerza de voluntad como yo, pero tú me superas. —Sonreí tenuemente.

Ella miró al suelo y no replicó enseguida.

—Adri, piénsalo bien —continué—. Has dicho que tú no querías esto..., pero ¿qué es lo que no quieres exactamente? ¿Tener un hijo conmigo?, ¿vivir cerca de tu familia?, ¿que una mujer que ha cobrado un mínimo de dinero para cubrir gastos médicos quiera ayudar a una pareja que tiene dificultades para formar una familia siendo lo que más desea en la vida? Tú me pediste que hiciera algo.

Ella fue a replicar, pero fui más rápido.

—Subconscientemente lo hiciste —aclaré—. Estudié la situación y tomé una decisión por los dos, vale, pero lo hice pensando en ti, porque sabía que tú eras incapaz de tomarla por ti misma sin sentirte culpable.

Adri me miró atentamente. No sé en qué estaría pensando, pero continué hablando con argumentos e ideas que llevaban un mes sin dejarme dormir y necesitaba que escuchara en ese preciso momento.

—¿Recuerdas tus palabras? «Tú sola no puedes con el mundo, se necesita colaboración y la buena fe de la gente para conseguir las cosas». Sabes que «lo imposible, solo se consigue en equipo»... Y yo he tenido mucha ayuda, no creas que he orquestado esto yo solo. Diego ha tenido que tirar de muchos contactos y urdir mil argucias, si no, hubiera sido imposible. Todos te quieren, aunque yo te amo mucho, MUCHO MÁS que los demás —subrayé—, y, a pesar de lo grotesco que pueda parecerte, solo deseamos que sonrías, que te ilusiones y que abras por fin la vida que te mereces.

Ella me miró y vislumbré el perdón en sus ojos.

—Os voy a matar...—dijo negando con la cabeza. Aunque con un tono que escondía un «PERO» que me hizo sentir el hombre más feliz del mundo.

—Mi amor —susurré cogiéndole la cara—, como dijiste una vez: «La vida, a veces, te la devuelve», y tú le has dado tanto al mundo... Ahora, deja que te lo devuelva...

En un arrebato se lanzó a mis brazos y yo la recibí estrechándola con fuerza.

La noticia había sido de tal impacto que ni siquiera podíamos besarnos. Aquello iba mucho más allá. Había un corazón latiendo en alguna parte, asegurando que ese «nosotros» ya nunca moriría.

—Te quiero, ¿me oyes? Y vas a ser la mejor madre del mundo.

Se despegó de mí y me miró sobrepasada, asustada y emocionada.

—¿Adri? —se escuchó la voz de Noa, que entraba en los lavabos—. ¿Dónde te has metido, estás aquí?

—Sí —respondió ella en un tono bastante normal. ¡Menudo autocontrol

tenía mi niña! Y sonreí al pensar que podía mantenerlo a raya, con todos, menos conmigo.

—Diego y Martina acaban de darnos el ramo. ¡No he pasado más vergüenza en mi vida! ¡Te lo juro! Tu gemelo malvado está encantado. Me pone los pelos de punta ver en su cara que se muere por casarse. ¡A mí hoy me da un parraque!

Nos miramos y sonreímos. Luego juntamos nuestras frentes y suspiramos aliviados.

—¿En qué baño estás? Encima César se acaba de sentar con él... ¡Es el fin!
Adri soltó una carcajada y decidimos dar la cara.

—¡Hola! —exclamó Noa entusiasmada al vernos salir juntos del excusado—. Buenoooo, ya veo que tienes tu propio holocausto sentimental que resolver. Os dejo solos.

—Ya hemos terminado —dije divertido.

—¡Genial! ¿Lo sabe ya? —preguntó con avidez.

—Sí... estoy fecundada —respondió Adri resignada.

Noa se acercó a Adriana y le acarició los brazos.

—Yo entiendo muy bien tus motivos laborales, pero ya es hora de cambiar —le dijo con cariño.

—¿A qué te refieres?

—A que transmitas tus conocimientos a otros. A jóvenes reclutas que salvarán muchas vidas gracias a tus enseñanzas. A jóvenes que no serían ni la mitad de buenas si no hubiesen pasado por tus manos antes de salir al mundo. Piensa en eso, y... bueno, miedo me da la simbiosis que saldrá de un juez y un CNI. Sea lo que sea, no quiero que se acerque a mi primogénito.

—¿Estás...? —preguntó Adri ilusionada.

—No, pero desde hoy quito las barreras. Él todavía no lo sabe. —Sonrió pícara—. No se lo digáis, a ver si conseguimos guardar un puto secreto en esta familia.

—Tienes nuestra palabra —le prometí. Y miré a Adri—. ¿No crees que

Manu también se merece que alguien maquine una sorpresita para él?

—Desde luego. —Sonrió Adriana taimada—. ¿Y lo del ramo, seréis los siguientes?

—Ese es otro tema —respondió Noa frustrada—. ¡Es superior a mis fuerzas! ¡Nunca podré hacerlo!

Todos nos reímos, pero los tres sabíamos que podían pasar muchas cosas entre el ahora y el nunca. Sobre todo, tratándose de Manu.

Salimos del baño y la felicidad no tardó en hacer mella.

Habíamos acordado no hacernos eco del momento más feliz de nuestra vida. Era el día de Martina. Y tampoco era justo para los padres del novio que estallasen por procesar tanta felicidad de golpe.

Sin embargo, Adriana me dijo: «Ahora vengo» y fue directa a por Diego. Ambos se fundieron en un abrazo fraternal muy especial, y todo el mundo empezó a aplaudir y a echar fotos, creyendo que se trataba de la emoción normal de una mujer sensible por el enlace de su hermano. Pero La Mafia sabía que ahí había mucho más. Fue un momento único en el que a más de uno se nos empañó la vista.

—En las bodas siempre se soluciona todo —dijo una voz a mi espalda.

Me giré y encontré a César.

—Me alegro mucho por ti, chaval —murmuró con secretismo.

Tuve ganas de abrazarle, pero sabía que no le gustaba.

—Gracias por todo lo que nos has ayudado, César. No sé qué le has dicho, pero menos mal que has mediado —dije agradecido. Además, durante los trámites, hubo un momento clave donde pareció que las cosas iban a torcerse, pero con un par de llamadas él lo solucionó. Era mi héroe.

—No me las des a mí —respondió encogiéndose de hombros—. Todo esto es gracias a tu hermana.

Fruncí el ceño. Ese hombre cada día estaba más lejos de nosotros. ¿Hasta dónde habría ido su mente esta vez?

—¿Qué quieres decir?

—A veces, cuando una persona nace, cambia el curso de las cosas para siempre. Y tu hermana, sin saberlo, causó un impacto asombroso en multitud de vidas a la vez. Si Martina no hubiera nacido, Naia no hubiera venido a Madrid, ni hubiera empezado a trabajar en CXL. Yo nunca hubiera conocido a Jorge, y seguramente Axel no hubiera dejado a su mujer. Sé que vosotros nunca os habéis sentido completamente parte de La Mafia, pero si estamos todos aquí hoy, celebrando grandes cosas, es gracias a Martina.

No pude remediarlo y le abracé de lado para tocarle lo mínimo. Era tan... César.

Él se rio y me dio unas palmaditas en el brazo que me supieron a gloria. Porque eso era lo máximo que hacía.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Leo asombrado y contento de ver ese gesto.

—Ander está feliz —declaró César—. Y yo más. La fundadora de La Mafia se está casando con el último en llegar. No daba un duro, la verdad. Me encanta cuando me equivoco para bien.

—Es que antes Diego no tenía la visión adecuada —tercié—. Si os chiváis, negaré haberlo dicho, pero, esa bala le quitó la paja del ojo.

—Y Manu se la quitó de la mano, drogándolo —añadió Leo. Ambos rompieron a reír y yo puse los ojos en blanco. Vaya dos.

—¿Qué has estado haciendo, compadre? Hace un rato que te he perdido de vista —le preguntó a César.

Eran uña y mugre. No podían vivir el uno sin el otro.

—Hablando con tu hijo.

—¿De qué?

—Le he sonsacado que va a pedirle matrimonio a Noa el día de su cumpleaños.

Leo abrió la boca alucinado.

—¡Cuanto mayor te haces, menos te duran los secretos!

—Sabes que, si preguntas, respondo. Si no fueras tan cotilla...

—Yo me voy —les corté alejándome de ellos—, antes de que me preguntéis qué sé exactamente sobre los inminentes planes que tiene Noa para haceros abuelos.

Los dos sonrieron encantados y alucinados. César me señaló y me guiño un ojo, y Leo se puso una mano en el pecho e hizo un puchero.

No teníamos remedio. Nadie puede esconderse de La Mafia.

Fui en busca de Adriana y la vi hablando por teléfono. Me acerqué a ella por detrás. Su pelo caía por su espalda en preciosas ondas. Su vestido me recordaba un poco al de Vivian en *Pretty Woman*, cuando van a la ópera y él le cierra la caja del colgante en los dedos y se parten de risa. Pero este era mejor. Más Adri. Era sexy pero romántico, elegante pero atrevido, juvenil pero clásico. Era ella. No había nadie más perfecto para mí.

—Sí. Sí. ¡Pues casi me muero!, ¿a ti qué te parece? Lo sé, ya lo sé. Sí. Seguro, te lo prometo. De acuerdo. Adiós.

Colgó y al volverse me vio.

—¿Era Zeta?

—Sí. Se alegra mucho por nosotros y quiere conocer al pequeño Ash.

—¿Ash? ¿Como el de... los Pokémon?

—Si es niño, me haría mucha ilusión... —murmuró haciendo un puchero y mirándome con los ojos del gato de *Shrek*.

—¿Y si es niña?

—¡Entonces Serena!

—¿Esa no es...?

—Ríndete a la magia Pokémon —contestó acercándose a mí.

Y ya era suyo. Dios... me volvía tan loco.

Nos besamos ensimismados y le acaricié la barbilla.

—¿Eres feliz?

—Demasiado, me temo. —Sonrió—. Estoy deseando que me cuentes todos los detalles de Pika.

—¿Pika? —Subí las cejas.

—Lo llamaremos así hasta que sepamos el sexo.

—Madre mía, ¿dónde me he metido?! —lamenté teatral.

Ella se carcajeó y fui consciente de la suerte que tenía. Volvimos a abrazarnos y a rozarnos como dos cachorros.

—Es la boda de nuestros hermanos. No podemos desaparecer. Así que será mejor que nos emborrachemos.

—Buena idea, hay mucho que celebrar.

—Sí, pero la auténtica celebración comenzará esta noche en tu bañera.

Me esquivó para regresar a la fiesta, no sin volver la cabeza una última vez y guiñarme un ojo.

Pfff... tuve una visión muy bizarra para un alma cándida como la mía.

Cuando Adriana desplegaba su magia, podía paralizar a cualquiera al entender que estaba en presencia de algo grande. No sabía cómo lo había conseguido, pero me había llevado el premio gordo, y el motivo no tenía nada que ver con poderes mágicos, sino con un poder superior.

Epílogo

Adriana

No puedo explicar lo chocante que es subirse a un avión sabiendo que volverás siendo uno más.

El plan era volar quince días antes de la fecha prevista de parto y dejar el billete abierto para la vuelta.

La última semana apenas dormí. Aún no era madre, pero como si lo fuera. Todo el mundo me decía que intentara descansar, que ya llegarían las noches en vela, pero era imposible. Existía un pedacito de Ander y de mí al que teníamos que ir a dar la bienvenida y, si me hubiesen dejado, hubiera dormido de maravilla abrazada a la tripa de la gestante. Se llamaba Larisa y había acudido fielmente a sus citas con el médico y mandado los informes durante todos aquellos meses.

Todo me parecía muy surrealista. Y me costó un tiempo asimilarlo para no montar un *jari* por querer controlar la situación.

—Vuelve a la cama —susurró Ander en mi oído una noche. Me abrazó por detrás y reposé mi cabeza sobre él.

Me había levantado a beber agua y a pensar. Mi vida había dado un giro muy drástico.

Cuando empecé a dar clases como instructora me preocupé porque algunas de las reclutas eran muy jóvenes. ¿Correrían mi misma suerte? ¿Alguna la tendría peor y acabaría muerta?

Cuando se trataba de mí, no me importaba arriesgar, pero ahora, viéndolo

desde otra perspectiva, entendía mucho mejor que mi familia quisiera que abandonara ese mundo.

Las razones por las que había que mantener en secreto ese tipo de trabajo cobraron más sentido, si cabe. Lo único que me tranquilizaba un poco era pensar que esas chicas se unían libremente al programa con intención de ayudar, y yo sabía que no había nada más fuerte que el corazón de un voluntario.

Ander y Zeta me ayudaron mucho a superar los primeros meses. Entre el cambio de trabajo y la espera del bebé, estuve a punto de volverme loca. Zeta me buscó un curso formativo sobre violencia de género y pude seguir ayudando a víctimas. Era un lujo asesorarlas directamente. Y me di cuenta de que hay muchas formas de salvarle la vida a una persona, no solo literalmente a punta de pistola.

También me inscribí en un curso básico de diseño de moda. Ander insistió en ello y no me arrepentí porque, además de entretenerme aplacando mi ansiedad, me gustaba muchísimo ese mundillo. Mi tía Zoe ya estaba tramando contratar una fábrica de confección para vender mi propia firma de ropa por internet. ¡Estaba lanzada! Pero lo mejor era cómo Ander me apaciguaba en la intimidad consiguiendo que la culpabilidad se fundiera entre nuestros cuerpos, recordándome que una vida esperaba para recibir mis cuidados y no podía volver a ponerme en peligro.

Hablábamos constantemente de Pika hasta el día que nos dijeron el sexo.

—¿De verdad quieres saberlo? —le pregunté antes de abrir el *e-mail*.

—No puedo continuar llamando Pika a nuestro hijo ni un día más —replicó con guasa.

—Pues a mí me estaba empezando a gustar...

—Por eso mismo, ¡abre ese *e-mail*! —exclamó alarmado, pero con una sonrisa en los labios.

Empecé a leer en voz alta y cuando llegué a la parte crucial me detuve.

—¿Qué?! —gritó Ander.

—Es un niño...—musité y me tapé la boca.

Ander se sentó a mi lado y analizó la pantalla. Había una ecografía al final de la hoja donde la forma del bebé se apreciaba por completo. También sus atributos, sus manitas, su cabeza... Fue impactante.

—Dios mío... —dijo Ander emocionado.

Nos abrazamos y empecé a creermelo que aquello era de verdad.

¿Cómo habían podido hacerme ese regalo? Era de un valor incalculable.

En lo más hondo de mi ser, me había rendido hacía tiempo pensando que nunca podría ser madre, pero ellos lo hicieron posible.

—¿Cómo vamos a llamarle? —pregunté nerviosa y feliz.

Él sonrió maravillado ante mi actitud pletórica.

—Ash no estaba tan mal...

—¡Hurra! —exclamé contenta—, pero hasta que nazca ¡le llamaremos Ashachu!

—¡Noooo! —gritó él tapándose la cara simulando horror, pero pude ver que se estaba carcajeando.

Luché contra él para apartarle las manos y nos miramos risueños. Nos besamos y abrazamos de nuevo. Nunca había estado más feliz en mi vida, pero aquello no era nada comparable con lo que estaba a punto de vivir.

El día que salía de cuentas, no pegué ojo. Fue una tortura, porque en aquella ocasión el habitáculo no llegaba a los 18 metros cuadrados. Me levanté de la cama y fui al baño siete veces. Solo a mirarme al espejo. A ser consciente de que ese momento de mi vida marcaría un antes y un después. A despedirme de mí misma. Porque, en cuanto naciese, mi vida no volvería a ser igual.

—Como se retrase una semana, me muero —balbuceó Ander contra el colchón.

Otro que ya no sabía cómo ponerse para dormir. Sé que quería atarme y amordazarme. Y no precisamente en plan morboso.

—Tengo más ganas de que nazca para que te tranquilices que por verle —soltó agotado.

—Es un bebé. ¡Un bebé! Y no uno cualquiera. Tendrá mi nariz, tus ojos... ¡será nuestro! —repetí balanceándome en una butaca de la habitación agarrada al osito que habíamos comprado para él.

—Ya sé que es muy fuerte, pero temo por tu salud mental.

—Estoy preocupada.

—No lo hagas. Lo peor que puedes hacer es preocuparte por problemas que aún no existen. Intenta descansar.

De repente, mi móvil sonó emitiendo un pitido de SMS.

Fui corriendo a cogerlo y vi que era de Larisa.

—¡¡Está de parto!! —chillé.

Ander se levantó de un saltó y me tapó la boca.

—¡Shhh! ¡Son las tres de la mañana! ¿Qué te pone exactamente? —preguntó desconfiado.

—¡Va hacia el hospital! —exclamé bajito—. ¡Sabía que sería hoy! ¡Nuestro hijo es más preciso que un reloj suizo!

Ander negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco, pero enseguida sonrió.

—¿Estás preparada?

—¡Nací preparada! ¡Vamos! —dije empezando a vestirme a toda velocidad.

Fueron horas agónicas. No había dejado de mover el pie contra el suelo con rapidez durante todo el rato, al día siguiente no podría andar, pero tampoco me importaba. Pensaba pasármelo entero con Ash en brazos supervisando cada una de sus respiraciones.

—Ya está aquí —nos dijo un enfermero apareciendo de la nada—. Todo ha ido muy bien, ¿queréis verle?

Ander me sujetó los brazos discretamente porque casi le estrangulo. ¡¿Qué pregunta era esa?!

Le seguimos, pero el tío andaba a un ritmo desquiciadamente lento, hasta que entramos en una zona restringida.

La matrona salió a nuestro encuentro con un bulto en los brazos, lo llevaba

con el mismo cuidado que manejaría una barra de pan. Mis ojos saliéndose de sus órbitas.

—Quítese la ropa y tumbese ahí —me ordenó seca, señalando una camilla, como si fuera un requerimiento para darme a mi hijo—. Se lo pondré encima y sentirá su calor. Háblele hasta que se calme. Y no se preocupe, va a llorar por frío, pero así entenderá que usted es un lugar calentito y seguro en el que estar.

Lo hice a la velocidad de la luz sin perder de vista el bulto. Ander estaba catatónico intentando entender cómo un ser humano puede llegar a ocupar tan poco espacio.

Extendí los brazos instándole a que me lo diera y la mujer empezó a desenvolverlo con calma. El pequeño, al ser perturbado, comenzó a llorar y la mujer sin prisa lo depositó suavemente sobre mí.

—Chiquitín... —musité deslumbrada.

Su llanto era extraño, como si no supiera llorar y eso le cabreara. Le sentí sobre mi piel y pensé que se rompería. ¡Era extremadamente suave! Solo llevaba un gorrito y le acuné entre mis brazos. La matrona nos puso una manta por encima.

—Shhh —intenté calmarle—. Mamá está aquí, tranquilo. Todo irá bien.

El niño se calló de golpe mágicamente como si estuviese analizando esa nueva voz tan cercana y que le hablaba con tanto amor. Estuvo atento como si quisiera que volviera a hablar de nuevo.

—Pequeño, yo te cuidaré. Vamos a estar bien... —susurré acunándolo. Eso pareció convencerle. Pegó su oído a los latidos de mi corazón, rozó sus manitas con mi esternón y se dejó llevar por el sueño de nuevo. Flipante.

—Se le da bien —apuntó la señora. Y nos dejó solos.

Miré a Ander desencajada de felicidad y vi que él no le quitaba la vista de encima al bebé.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida... —anunció—. Me da miedo hasta tocarlo...

Se acercó a mí y me dio un beso en la sien.

Acaricié con los ojos a Ash y sentí una clase de amor nueva. Una muy potente e incondicional de la que nunca tendría escapatoria y, de pronto, recordé la voz de César diciendo: «Cuando tu padre entendió hasta qué punto te quería a ti, se dio cuenta de que no amaba como es debido a tu madre». Aquellos meses nuestra relación había ido mejorando considerablemente, pero seguía siendo como un extraño para mí. Y entender que algún día me pudo estar mirando igual que yo a Ash, me encogió el alma.

¿Qué había hecho? ¡Tenía que recuperar al 100 % la relación que tenía con mi padre! Si mi hijo hubiera de mí como yo lo había hecho de él, creo que me moriría... Por otro lado, avisé a mi madre de la inminente llegada de su nieto y ni siquiera me había contestado... haciendo oídos sordos a ser catalogada de abuela. Pero no la necesitaba. Tenía a Naia, que suplía por dos la alegría e ilusión de cualquier abuela. Se pasaba las 24 horas en tiendas de bebés comprando de todo para los futuros retoños, el de Diego y el mío, sin hacer distinciones de ningún tipo. Y yo tampoco pensaba hacerlas más. Sonreí satisfecha y por fin pude decirle a Ander algo que me daba miedo no poder reconocer.

—Nunca podré agradecerte esto lo suficiente... Si me lo hubieses consultado, me habría negado, estoy segura —dije con los ojos empañados—. Y ahora lo tengo en brazos y me siento... Dios... creo que voy a explotar de felicidad, literalmente. ¡Siento la presión de que no me cabe más!

Ander se rio.

—Tuve mucha ayuda. Sin Manu el plan hubiese sido inviable... Si no hubiera visto en sus ojos que lo tenía tan claro, nunca me hubiera atrevido a hacerlo.

Las lágrimas resbalaron por mi cara, pero lo ignoré. Era algo ya habitual últimamente. Las emociones me desbordaban. Y ahora sé que llorar es la única forma de limpiar tu alma cuando has escondido lo que eres detrás de tanta suciedad. Por fin estaba saliendo el sol en mi vida, después de años de tormentas.

—Se parece mucho a ti... —añadí orgullosa.

—Tiene tu boca —replicó emocionado—. Son tus labios... Es perfecto.

—Es un milagro —susurré observando cómo dormía.

Pronto estuvimos de vuelta en Madrid henchidos de felicidad. Tanto que, en el avión, Ander me había advertido que tenía tal colocón de endorfinas que no sabía cuánto podría aguantar sin pedirme matrimonio. Su apuro me pareció cómico, sobre todo, porque era falso. Qué idiota. Cada hora que pasaba con él conseguía enamorarme de nuevo.

—No te preocupes, probablemente te conteste que sí, pero pídemelo cuando el bebé esté durmiendo, si no, no creo ni que te oiga.

Me sonrió ladino y amé ser más «nosotros» que nunca.

Diego nos vino a buscar al aeropuerto. Toda La Mafia nos esperaba en casa de mis padres en una fiesta de bienvenida a la secta familiar.

Al subir en el ascensor nos miramos ilusionados.

Aunque ya habíamos enviado mil fotos al grupo de WhatsApp «Mafiosos», sabíamos que más de uno lloraría al ver lo precioso que era al natural.

—¡Hola a todos! —gritó Ander entrando en el salón—. ¡Os presento al pequeño Ash!

Entre besos y abrazos cada uno se acercó a conocerle.

Casi salimos en canoa. Hasta pensamos en cambiar el nombre del grupo por «Llorones». Hubo un pequeño pisolabis durante el cual el bebé ruló de brazo en brazo encantado de la vida, pero me emocioné cuando se cansó del barullo y reclamó la tranquilidad de mi regazo, como si yo fuera su edén o algo así.

—Estoy que ni me lo creo todavía —dije sentándome en el sofá al lado de Martina, que sujetaba a Lía en sus rodillas. Una Noa embarazadísima se sentó a mi lado.

—No sabes de la que te has librado, guapa. He tenido un embarazo horroroso. Estoy pensando en escribir un libro de terror.

—Doy fe —respondió Manu sentándose frente a mí—. El otro día me mordió.

—Y volveré a hacerlo como vuelvas a esconder el chocolate —amenazó Noa sonriente.

—¿Estás contenta? —me preguntó Manu feliz.

—Más que eso... es indescriptible. Siento tantas cosas a la vez... Mirarle y reconocernos a nosotros en él es... magia.

—¿Magia? —preguntó Ander divertido acercándose a mí. Me dio un beso en el pelo y acarició la cabeza a nuestro hijo.

—Sí, nunca había creído en el poder de la magia, pero esto, sin duda, lo es.

—No, cariño, más bien, es el poder de La Mafia —dijo complacido.

FIN

Agradecimientos

Bego, sin ti no sería nada, ya lo sabes. Siempre estás ahí, para hacerme ver un rayo de sol en todas mis tormentas. Con tu «furungutu» y tu «autodiversión». Eres tan grande que *Enorme* se te queda pequeño.

Ana G. Gracias por tus maratones de audios, tus ideas y tu ingenio. Gracias por tus comas, por tus carcajadas y por tu esfuerzo.

Pablo, gracias por darme esa versión que siempre enriquece la que imagino originalmente. Gracias por descubrirme que hay un mundo más allá de mis límites. Gracias por existir y por encontrarme. Gracias por quererme y por «verme».

Y gracias a todos los lectores que sienten el impulso de escribirme para felicitarme cuando leen alguna de mis novelas. Sois mi gasolina. Sois sentimientos que no tiene precio. Sois mi motivo para encontrar fuerzas y para creer en mí. Conseguís dejarme sin palabras en este mundo insensible.

Si te ha gustado
El poder de la mafia
te recomendamos comenzar a leer
Tu único error
de *Olga Hermon*



Capítulo 1

Ciudad de Londres. Finales del siglo XVIII

En cuanto Alexander Blackheart, conde de Hardrock, terminó de leer la misiva, su mente voló trece años atrás, justo al día en que sepultaran a la dulce y joven Marianne.

—Prométeme que si algo llega a pasarme cuidarás de mi hija, Alex.

El chaparrón de verano arreció y empezó a dispersar a todos los presentes; solo él y su amigo permanecieron de pie junto a la tumba, calados hasta los huesos.

—No pienses en eso ahora, Richard.

—¡Promételo!

—Lo prometo.

Alexander volvió al presente cuando el papel resbaló de sus manos y cayó sobre el escritorio, se mesó el cabello en un acto reflejo y terminó con las manos en el rostro como si quisiera detener los sentimientos que se le desbordaban por los ojos. Con paso cansino caminó hacia la ventana y paseó la mirada por las sombras de la noche que se estremecían con el gélido viento. Era un invierno crudo, pero, a pesar de que en la habitación ardían las llamas del hogar, su cuerpo no lograba entrar en calor al saber a su amigo del alma muerto.

—¡Alex, es una locura! ¿Cómo piensas que de buenas a primeras te puedes hacer cargo de una joven a la que hace años no ves? No tienes ni idea de las complicaciones que implican los hijos y más aún los ajenos.

La chillona voz de lady Lucrecia de Harris le recordó su presencia en el estudio y la de la pequeña Marianne dos habitaciones más allá. Esta esperaba

a ser recibida luego de su largo viaje trasatlántico para cruzar del continente americano a la Gran Bretaña.

—Lucrecia. —Alexander volvió el rostro y su mirada gris brilló como dos cuchillos afilados al descubrir la carta entre sus manos—. Te lo voy a decir de una vez y para que te quede claro: Lo que haga o no en relación a la hija de mi mejor amigo solo me concierne a mí. Y, en lo que respecta a mi correspondencia, será mejor que no se repita tu atrevimiento o no respondo de las consecuencias —pronunció duro y cortante y con un rechinado de dientes recuperó la misiva.

—No tienes por qué molestarte tanto, querido, solo quiero ayudar. —La mujer hacía pequeños pucheros que, para su mala suerte, no le funcionaron, por lo que resolvió cambiar de estrategia. Como una serpiente, tras su presa, se acercó sin apartar los ojos hipnotizadores de los grises. Una vez junto a él se enredó en su fuerte cuerpo cual hiedra venenosa.

Lady Lucrecia era consciente de que, aunado a la difícil labor diaria de enamorar a su amante para convertirse en la condesa de Hardrock, ahora tenía que resolver el contratiempo que le significaba la inesperada llegada de la chiquilla.

—Lucrecia, tendrás que disculparme, pero debo dar recibimiento como es debido a mi pupila —declaró Alexander desprendiéndose de su amarre.

—Lo entiendo perfecto. Por favor, no dudes en pedirme lo que sea, sabes que cuentas conmigo de forma incondicional. Vas a necesitar la ayuda de una profesional y yo conozco a... —Su voz empezó a apagarse al ver la mirada de advertencia—. Bueno. Será mejor que me retire —concluyó en un ronroneo mientras giraba a su alrededor arrastrando las manos por los músculos de su fuerte abdomen y espalda. Eso siempre le funcionaba.

Pero de nuevo le fallaron las técnicas de seducción; le quedó bien claro cuando con resolución el conde la tomó de las muñecas y la apuró a la salida. Ya en la puerta:

—¡Doiley! —Se escuchó el imperante llamado desde el umbral—.

Acompaña a lady Lucrecia al coche y trae de inmediato a la joven.

—Como usted ordene, milord.

De suerte que el ofuscamiento de la lady y la sordera del anciano no les permitió a sus oídos escuchar los apresurados pasos de la tercera en discordia, que casi fue sorprendida espiando por la brusca despedida. Lucrecia, por su parte, tendría que contener la expectación por conocer a la niña inoportuna, pues el anciano sirviente no se le separó en todo el trayecto.

La protagonista de la tarde gustaba de atisbar detrás de las puertas cuando la carcomían las ansias y la curiosidad y, aunque su comportamiento era impropio de una señorita de sociedad, estaba bien fundamentado, pues su futuro sería decidido entre esas gruesas y viejas paredes.

Cuando el mayordomo llegó a la salita del té, encontró a lady Marianne casi en la misma pose en que la había dejado una hora atrás, sentada en un extremo del sillón de tres plazas, de la salita de té, con las manos cruzadas sobre el regazo y la pelliza de fina piel, que antes colgaba de sus hombros, ahora descansando sobre el asiento a un lado de ella. Y cómo no iba a entrar en calor la niña con las carreras que se cargaba. En cuanto le comunicó que el conde la recibiría, la joven lo desconcertó al levantarse de un salto y dirigirse al corredor donde de forma abrupta detuvo su carrera. —A tiempo ella recordó que «no sabía» dónde se encontraba él—.

Como consecuencia del espionaje, las expectativas de Marianne habían descendido hasta el nivel del piso al descubrir la falta de entusiasmo de Alex y la presencia de la descarada mujer. Para colmo estaba la banal cuestión de que se sentía algo débil a causa del escaso descanso y alimento de los últimos dos días en que la salud de su nana se había venido abajo; aunque su falta de apetito tenía rato, desde que supo que había llegado la hora de reencontrarse con el hombre que había alimentado sus fantasías por años y que ahora era el poseedor del destino de su vida.

—Pase. —Se escuchó la voz de barítono, que recordaba tan bien.

—Lady Marianne Saint James McGregor, milord —anunció con pompa el

sirviente una vez que la dejó cruzar el umbral.

Marianne avanzó hasta el centro de la habitación con repentina timidez. De inmediato lo ubicó junto al ventanal, de espaldas a la entrada, con las manos entrelazadas sobre sus asentaderas, más alto y fornido, soberbio enfundado en un frac con levita de terciopelo café camello y mallas beige fajadas en botas negras hasta la rodilla. El dueño de sus sueños, desde que tenía memoria, pensativo miraba la oscuridad a través del cristal. Mientras Doiley se despedía con exagerada reverencia, para su avanzada edad, Alex preparó una sonrisa para recibir a la niña que no veía desde hacía dos años y meses.

—Bienvenida a casa, pequeña —saludó en cuanto se giró de frente; casi se atraganta con su propia saliva al descubrir a una bella joven, que para colmo lo miraba como si fuera un pastel de cerezas, en vez de la niña que lloraba desconsolada cada vez que lo veía partir de su hogar.

«¡Santo cielo!». Marianne sintió el momento exacto en que su corazón dejó de latir, para un segundo después precipitarse como un potro a todo galope por una pradera. El aire en los pulmones le pesaba como plomo. No esperó que volver a verlo pudiera causar en ella tal estrago.

Con creciente interés paseó los ojos por la piel bronceada de su rostro, por el cabello negro como la noche, recogido en una coleta. Gruesos risos se habían escapado del amarre y enmarcaban la barbilla cuadrada y la frente amplia. Su mirada cayó sobre la cicatriz de la ceja, resultado de una riña callejera por defender el honor de su mejor amigo cuando aún eran unos mozuelos. La mujer de hoy, a un antojo estaba de pasar el dedo índice por la fina línea, como tantas veces lo hiciera la niña de ayer, que inocente creía que aún dolía. Entonces, su atención emigró hasta el delirio de sus frecuentes sueños: la boca de labios carnosos que invitaban a ser besados sin respiro. Sin embargo, lo que realmente la poseyó y le robó el aliento fue esa mirada gris acero que enamoraba, pero que ahora la veían con censura. En ese momento Marianne salió de su bloqueo mental, obligándose a cerrar la boca ruborizada hasta las puntas de los cabellos, que ya de por sí eran rojos.

Entendía que su comportamiento no era propio de una señorita respetable, pero la tentación de observar de pies a cabeza a la impactante presencia había sido demasiada.

—Primero que nada —empezó el conde resuelto a seguir con el protocolo de recibimiento—, quiero expresarte mi más sentido pesar por la muerte de tu padre; de haber tenido tiempo hubiera acudido a su lado para... —Su voz se quebró impidiéndole continuar. Carraspeó dos veces luego de inspirar con fuerza.

—Lo sé, Alex —se apresuró a decir al ver su afligimiento. Aunque lo que le apetecía era tirarse en sus brazos para llorarlo juntos—. Por desgracia, la forma como se dieron las cosas nos obligó a que el sepelio se llevara a cabo de inmediato. —Aún se estremecía al recordar las condiciones en que encontraron los cuerpos de su padre y el cochero, al haber permanecido varios días en la barranca donde quedaron medio sepultados por el alud de lodo y piedra del camino.

—Por favor, Marianne, toma siento. —La sujetó de las manos, temeroso de que desfalleciera ante su repentina palidez—. En la carta decía que vendrías acompañada de tu nana —mencionó extrañado de no ver a la entrañable Gertrudis a su lado.

—Y así es, pero mi querida nana se encuentra delicada de salud, por eso preferí que aguardara en el barco al cuidado de la enfermera que contraté para el viaje —informó con evidente pesar.

—Ahora mismo giraré instrucciones para que mi asistente y el cochero lleven al doctor Harris con ella. En cuanto el médico dé su autorización, ordenaré que sea trasladada a la mansión. Ya verás cómo pronto mejora —prometió de camino a la puerta, más seguro de que el sol sale por el oriente y se oculta por el occidente que de otra cosa, pues, si mal no recordaba, la buena mujer estaba por completar el siglo de vida.

Dos horas después, la anciana descansaba en la alcoba contigua a la asignada para Marianne y esta se encontraba reunida de nuevo con el conde en

la salita del despacho.

—Lo que tenemos que hablar no será rápido —Alexander retomó sin más el tema que lo aquejaba —, así que ordenaré un aperitivo en lo que llega la hora de la cena —declaró, con amabilidad, sentándose frente a ella una vez que despachó al mayordomo.

Marianne había seleccionado el sillón de dos plazas, con la esperanza de que Alexander se sentara a su lado, pero no dejó que ese detalle le robara la paz por ver a salvo a su querida nana, aunque el pronóstico del galeno no había sido tan halagüeño.

Doiley regresó al minuto, pero en lugar del servicio traía una nota urgente para su señor. Este, luego de leerla, se disculpó con la joven para dar respuesta a la misiva sentado ante el escritorio, momento que ella aprovechó para admirar su entorno. Era la primera vez que estaba en tan magnífica mansión; a decir verdad, era la primera vez que se encontraba en Inglaterra.

De un rápido vistazo llegó a la conclusión de que el despacho era una de las habitaciones en que más tiempo pasaba Alexander, lo sabía porque poseía esa elegancia y grado de sofisticación que distinguían a su propietario; de hecho, era un reflejo de él.

Al mismo tiempo que el anfitrión regresaba a su sitio, la puerta se abrió para dejar pasar al mayordomo seguido del servicio. La doncella, apenas un poco mayor que Marianne, se atrevió a cruzar la mirada con ella, cosa que le ganó la reprimenda del anciano cascarrabias. Apenada, la chica se apresuró a vaciar la charola y en cosa de segundos la mesita de centro quedó cubierta con la humeante tetera, una jarra llena de jugo de frutas y platitos de aromáticas galletas recién horneadas y bocadillos de carnes.

—Yo solo tomaré zumo de frutas —aclaró luego de servir una taza de té para el conde. «Es una lástima tanto desfogue de atenciones», pensó Marianne, pero le sería imposible pasar nada con esa bola de nervios que crecía más y más en su estómago.

—Gracias, Doiley —expresó el conde para despedir al servicio.

Entre la privacidad y la cercanía que los rodeaba, Marianne de nuevo cedió a la tentación de ver a Alex directo a los ojos. En un instante cayó en la misma fascinación que desde siempre le provocaba la mirada que parecía oscurecerse a capricho de su dueño, provocándole una revuelta de mariposas en el estómago. Sin pensar en lo impropio de su acción, se dejó llevar observándolo sin un atisbo de sensatez. Por lo que alcanzaba a apreciar, el hombre gozaba de una «saludable fisonomía», por no decir que estaba para comérselo. Al terminar el minucioso escrutinio a lo largo de su cuerpo, volvió los ojos al atractivo rostro para enfrentarse a la extraña sonrisa que parecía decirle: «Conozco la naturaleza de tus pensamientos».

Evidenciados sus bajos instintos, el rubor de su rostro se intensificó al grado de secarle la boca y la garganta. Para hidratarse, la joven tomó un largo trago de su jugo, fingiendo interés por los detalles de la decoración, rehuendo la repentina seriedad del conde.

—¿Supongo que es de tu conocimiento el contenido del documento elaborado por tu padre ante su abogado? —preguntó sacando de su chaqueta la misiva que ella misma trajera desde Boston.

La carta, elaborada con el humor negro que caracterizaba a Richard, decía que, si ahora estaba en su poder, era porque él se encontraba tres metros bajo tierra. Dadas las circunstancias, en poco menos de seis párrafos escritos de su puño y letra, Alexander se había enterado de la muerte de su mejor amigo y de que por la vía legal se había ganado algo parecido a una hija, por lo menos hasta que le encontrara un buen esposo.

—Debe ser similar a lo que dice el testamento, pues estoy aquí contigo —dijo con sonrisa tímida. Saber que viviría con Alex fue lo único que le dio un poco de felicidad y paz en medio de la conmoción—. Luego de su lectura todo se convirtió en apresuradas reuniones y trámites para ponerme al día de los negocios de mi padre y de la herencia —testificó con un hilillo de voz. En su rostro se reflejó el dolor, el desamparo y el caos en que se había convertido su vida en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Alexander captó la desolación y tristeza de Marianne, se pasó al asiento de enfrente para tomar sus manos entre las suyas y brindarle consuelo. Necesitaba conferirle el apoyo que de seguro esperaba recibir del hombre que fuera como un hermano para su progenitor y que había estado presente en sus primeros años de vida. Ahora, por azares del destino, se había convertido en su tutor.

Marianne mantenía la cabeza baja, perdida en tantos momentos de felicidad compartidos con su adorado padre. Alexander, mientras tanto, se perdía en los recuerdos de aquella niña que aprendió a querer mientras la veía crecer, hasta que fue enviada a Francia con el fin de que se convirtiera en toda una dama. En su opinión, Richard decidió muy a tiempo sacrificar su amor por el bienestar de su hija, pues era consciente de que, de seguir educándola por su cuenta, terminaría por criar a un marimacho. Eso era un gran inconveniente para cualquier mujer en edad casadera, por mucho que fuera poseedora de una increíble hermosura.

«Deslumbrante belleza» era el segundo nombre de Marianne, divagaba Alexander al verla. Su piel de un blanco inmaculado, su larga cabellera de gruesos risos rojizos y ojos azul turquesa, bordeados de espesas pestañas, eran, sin duda, herencia de la sangre escocesa de su madre. Recordaba que la pequeña Anne solía ser una niña obediente y tierna, siempre y cuando no se tratara de hacer justicia, porque le brotaba su personalidad rebelde y peleonera, rasgos seguro heredados de su padre. Ahora era una joven alta y espigada, con curvas que se insinuaban por debajo del recatado vestido negro. Sospechaba que su encomienda no iba a ser nada fácil, conociendo a los de su especie.

Alexander sacudió la cabeza para alejar sus perturbadores pensamientos. Tenía claro que ya no debía tratarla con la misma confianza y familiaridad de antaño, eso sería por completo inadecuado, amén de la cantidad de problemas que podría acarrearle en esa sociedad tan dada al cotilleo.

De pronto fue consciente de cómo sus dedos pulgares acariciaban la suave

piel bajo ellos, entonces soltó sus manos como si le quemaran.

—Esta será tu casa a partir de ahora —declaró con rigidez—. Puedes sentirte en libertad de reacomodar, cambiar o lo que quieras hacer en cuestión de decoración en las que serán tus dependencias. Deseo que cuentes con un ambiente confortable y acorde a tus necesidades. Nada me complacería más que brindarte un verdadero hogar.

Marianne también se vio afectada ante el sensual contacto, pero hizo sus emociones a un lado para responder como toda persona bien educada mientras asentía con una sonrisa suave. En silencio dio gracias al cielo por que no se le escapó un gemido al soltar el aire retenido en los pulmones. Lo cierto es que nunca antes había sentido que la temperatura de su cuerpo se elevara al punto del sofoco, que el corazón amenazara con salirse por la boca, que el ardor de su piel le despertara zonas del cuerpo que desconocía fueran capaces de sentir. Y eso que contaba con algo de experiencia en caricias masculinas.

Trastocada hasta lo más profundo, clavó sus azules ojos en los grises para descubrir si Alex estaba experimentando las mismas emociones; ansiaba saber si compartían la atracción que estaba creciendo dentro de ella a pasos agigantados. Pero el lenguaje corporal de él era de incomodidad, casi de rechazo, y eso la hizo sentirse perdida.

—Gracias —repitió bajando la mirada.

—Marianne, debo pedirte algo...

—Lo que sea —se apresuró a responder con una nota de esperanza.

—Necesito que sepas que las decisiones que tome para tu vida futura serán cumpliendo a cabalidad la voluntad de tu padre —aclaró con la elocuencia de un sacerdote a la hora del sermón dominical.

Al sospechar que la única entusiasmada por el reencuentro era ella, Marianne observó su entorno palidecer y el desánimo dio paso al agotamiento por la larga y agitada travesía. Pero una parte de sí, la positiva y luchadora, le explicó que Alex apenas se encontraba en el difícil proceso de asimilar la situación, cosa en la que ella le llevaba dos meses de ventaja. Entonces se dijo

que lo mejor sería dejar a su «amigo tiempo» que acomodara las cosas para que el río volviera a su cauce. Solo tenía que ser paciente e inteligente y encontrar la forma de mostrarle a ese hombre que ella había dejado de ser parte de su pasado para convertirse en su presente y en su futuro.

—Creo que por hoy es suficiente conversación —Alexander declaró al notar por vez primera las oscuras ojeras de la joven—. Te mostraré tus habitaciones por si quieres refrescarte y descansar un poco antes de la cena — sugirió tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse

Al roce de los fuertes dedos, Marianne sintió un estremecimiento recorrerle todo el cuerpo. Se preguntó qué pasaría si esas mismas manos que ahora apenas la tocaban la acariciaran y, si esos labios que ahora solo hablaban, besaran los suyos. ¡Dios bendito! Qué fuerte era todo lo que Alex le provocaba; ni el más apasionado de sus sueños se acercaba a la realidad. Lo experimentado con su novio francés era juego de niños.

En un inquietante silencio, lo siguió a la planta alta por todo el corredor del ala este tapizado de pinturas de los nobles antepasados Blackheart, cada uno sumido en sus propias reflexiones. Pasaron por varias habitaciones, hasta que Alex se detuvo frente a una puerta doble que se apresuró en abrir para permitirle el paso. Al adentrarse, Marianne ubicó sus baúles al pie de la cama y algunas prendas de dormir colocadas sobre esta. Caminó al fondo de la alcoba para atisbar por la puerta entreabierta, desde donde constató que su nana dormía tranquila. Luego regresó sobre sus pasos junto al conde.

—Ya he asignado a las doncellas que serán tu ayuda personal y la de tu nana. Mañana en el desayuno hazme saber si han sido de tu agrado, de no ser así, haré los cambios pertinentes —aclaró con voz profunda y baja sin apartarse del quicio—. Marianne, a riesgo de sonar repetitivo, te reitero que eres bienvenida. A partir de hoy este será tu nuevo hogar.

Al ver a Alexander tan frío y distante, la joven dejó traslucir en sus bellos ojos el desconsuelo que sentía. Ya no sabía cómo comportarse en su presencia y mucho menos cómo dirigirse a él.

—Debes saber que, a pesar del tiempo transcurrido, sigues siendo «mi niña consentida» —citó la expresión con la que solía referirse a ella en el pasado al verla desprotegida y vulnerable—. No soy tu padre ni pretendo serlo, pero trataré en todo lo posible compensarte por su ausencia —prometió conmovido al ver sus ojitos llorosos. Por un momento volvió a ser la niñita de coletas que no se le despegaba ni a sol ni a sombra durante sus visitas a Boston—. Es importante que recuerdes que siempre podrás contar conmigo.

A pesar de que no era lo que soñó escuchar, Marianne se sintió tan conmovida que el llanto reprimido por horas se desbordó al punto de que tuvo que sofocarlo con las manos para no despertar a su nana. Entre gruesas lágrimas alcanzó a ver cómo Alex abría los brazos invitándola a que se refugiara en ellos.

Alexander reaccionó de forma espontánea. Apretó contra su pecho las suaves curvas mientras acariciaba con la mano libre la cabellera rojiza. Su boca descansaba en la coronilla de la cabeza femenina y de tanto en tanto se despegaba para proferir palabras tiernas. Por un momento mágico se dejó llevar, disfrutando como un mozuelo de las emociones que en nada se parecían a las experimentadas en el pasado con la pequeña Anne.

Ante la inesperada situación, Marianne entró en conflicto. Necesitaba de una vez por todas salir de dudas; ya se preocuparía después por las consecuencias de sus arrebatos; al menos por ese momento él era suyo.

Temblando ante su osadía, dejó que sus manos subieran lento por el fuerte pecho, siguieran por los poderosos hombros hasta terminar en la nuca masculina, de donde se colgó para halar hacia abajo la cabeza morena. Luego, parada sobre la punta de sus pies le plantó un beso suave en la comisura de los labios. Así, unida a él, con el rostro casi rozando el suyo y su aliento acariciándolo, le habló en un susurro, ardiendo por dentro ante el cúmulo de sensaciones que la invadían.

—Gracias, Alex. No sabes cuánto aprecio el apoyo que me brindas. Mi mayor interés, a partir de ahora, será devolver con creces lo que me ofreces

tan generosamente —prometió perdida en el gris oscurecido de sus ojos.

Lo que inició como la genuina intención de dar consuelo al necesitado se convirtió en un tormento para Alexander cuando cierta parte de su cuerpo reaccionó de manera inapropiada. «¡Por todos los cielos!, es la pequeña Anne», se recordó con dureza. Soy su tutor. Ella es fruta prohibida para mí.

El conde luchaba por controlarse para no ceder a la tentación de proceder de forma nada honorable, sin sospechar si quiera el trasfondo de las palabras de su pupila. Tomando fuerzas de flaqueza cogió las delgadas muñecas y las desprendió de su cuello. Lo mejor era despedirse de una vez y encerrarse en la privacidad de su habitación con un vaso de whisky para recuperar el buen juicio.

Furioso con Marianne y con él mismo, Alex se alejó a grandes zancadas. Por un terrible instante se sintió como un perverso. Pasado un tiempo, al calor de las copas, se convenció de que lo sucedido había sido producto de las emociones desbordadas por la noticia de la muerte de Richard.

A solas en su habitación, Marianne festejaba su arrojo, gracias a ello pudo constatar que no le era indiferente a Alexander. Ya podía sentirse tranquila, porque era seguro que haría lo necesario para recuperarlo. Ella sabría esperar por el momento en que él se le declarara.

Contra toda lógica, la estimulada joven logró dormirse de inmediato; ni el hambre, que atacó sin clemencia a las mariposas de su estómago, consiguió apartarla de los brazos de Morfeo o, más bien, de Alex.

Marianne se dejó sumir en un sueño donde reinaba la ilusión de un mañana maravilloso, pero pasada la medianoche, un alarido la despertó sobresaltada; cuando palpó las lágrimas en su rostro se percató de que el grito había salido de su garganta. Poco a poco vino a su memoria la voz que reconoció como la del abogado de su padre, sin embargo, las palabras dichas por él no eran de alguna conversación pasada:

—Lo siento mucho, Marianne, ahora se encuentra sola en el mundo. Tendrá que abandonar su hogar y su patria para cumplir la última voluntad del

marqués. Viajará a su tierra natal, Inglaterra, donde se establecerá bajo la tutela y custodia de su amigo Alexander Blackheart, conde de Hardrock, hasta que él le elija un marido digno de su apellido y de su herencia.

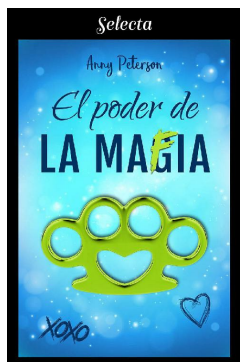
Convencida de que solo era una pesadilla, Marianne se arropó con la intención de dormirse de nuevo, pero el sueño brilló por su ausencia. Empezaba a amanecer cuando el cansancio venció al insomnio y cayó en una somnolencia en la que se mezclaban la realidad y la fantasía de una charla que nunca existió:

—Se equivoca, Arnold, yo me casaré con Alex.

—¿De dónde saca eso, pequeña? Hasta donde sé, el conde solo la ve como a una sobrina.

—¡Eso no es cierto! Me ama como yo a él.

¿Y si descubres que la persona más decepcionante que conoces salva vidas todos los días?



Todo el mundo cree que Adriana es una niña rica y mimada que se dedica a disfrutar de la vida, de fiesta en fiesta, gracias al suculento fideicomiso que le dejaron sus abuelos. Y le parece perfecto, porque eso significa que está haciendo bien su trabajo. Lleva años siendo ciudadana del mundo, pero, de vez en cuando, regresa a España para ver a sus padres y su íntimo círculo de amigos al que denomina cariñosamente: La Mafia. Esa pequeña y entrometida familia que forman siempre ha sido su punto débil, y hará cualquier cosa por esconderlo de sus enemigos detrás de una ácida personalidad.

Ander es un joven Juez recién titulado que estuvo enamorado de Adriana durante su niñez, pero ella le rompió el corazón de la peor manera. Siempre ha sido un chico educado, serio y responsable y ha estado mucho tiempo guardado silencio ante sus mordaces provocaciones, pero, un buen día, ella se cruza en su ámbito de trabajo y le asombrará descubrir que no es la “Ni Ni” tóxica que les ha hecho creer a todos.

Ander está a punto de asomarse a un mundo peligroso, ¿estará dispuesto a arriesgar su vida y su corazón de nuevo para descubrir la verdad? ¿Correrá el riesgo Adriana de enamorarse sabiendo que cualquiera que se atreviera a amarla estaría sentenciado a muerte?

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983 y es lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones.

Es Licenciada en Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico.

Su primera biología, *La Droga más dura*, vio la luz en 2017.

Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Amny Peterson

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-73-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El poder de la mafia

Prólogo

1. Beautiful girls
2. Cisne negro
3. Pena de muerte
4. Sombras de sospecha
5. Memorias de África
6. Enemigos íntimos
7. Atracción fatal
8. Secretos compartidos
9. Bailando con lobos
10. Cortocircuito
11. 12 años de esclavitud
12. Gladiador
13. Traffic
14. Y entonces llegó ella
15. In time
16. Animal party
17. Una serie de catastróficas desdichas
18. Muere otro día
19. Frozen
20. Top Secret
21. Noche de fin de año
22. Mar adentro
23. El hijo invisible
24. El renacido

- 25. Killers
- 26. Cadena perpetua
- 27. Eclipse
- 28. Gorrión rojo
- 29. Regreso al futuro
- 30. Mamma mia
- 31. Deep Impact
- 32. Ha nacido una estrella
- Epílogo
- Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Anny Peterson

Créditos